

Luxuria

S

Gula

Siete

Avaricia

Formas

de

Peregrina

Ira

sentir

Envidia

Riley Redgate Sabiduría

Siete formas de mentir

Riley Redgate

*Siete
formas
de
mentir*

Traducción de Camila Batlles Vinn



P U C K

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay – Venezuela

Título original: *Seven Ways We Lie* Editor original: Amulet Books New York, an Imprint of ABRAMS, New York Traducción: Camila Batlles Vinn 1ª edición Octubre 2017

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2016 by Riley Redgate First published in the English language in 2016
By Harry N. Abrams, Incorporated, New York *All Rights Reserved* © de la traducción 2017 by
Camila Batlles Vinn © 2017 by Ediciones Urano, S.A.U.

Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-16990-84-9

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Noelle, las historias que hemos escrito, las que hemos vivido, y los superhéroes en todas ellas.

HOLA,
mi nombre es

Olivia Scott

—Bueno —digo—, o la caldera funciona a toda marcha, o hemos caído literalmente en las fosas ardientes del infierno.

—Creo que la respuesta es «ambas cosas» —apunta Juniper—. Asambleas, condena eterna..., el mismo concepto de base.

—Correcto. —Me limpio el sudor de la cara, es como si me estuviera derritiendo—. Dios, esto es horrible.

Otros chicos pasan en tropel por nuestra derecha, invadiendo los sobrecalentados pasillos del auditorio, adelantándose a nosotras para coger sitio. Juniper se recoge el pelo en una coleta, mostrando un aspecto limpio, sin una gota de sudor, como esas chicas aerografiadas en los anuncios de desodorantes que aparecen siempre retozando en unos espacios en blanco. Estoy acostumbrada a eso. Juniper es el tipo de belleza con la que los humanos vulgares y corrientes no nos identificamos. Con sus ojos grises y cautelosos, su cabello rubio recogido y un leve toque de colorete, presenta una fachada compuesta con esmero. Como de costumbre.

Un ruido procedente del otro extremo del pasillo atrae mi atención, un ruido que podría ser un violento carraspeo o un gato al que están estrangulando. Al volverme, capto una mirada de

Andrea Silverstein capaz de demoler un edificio.

—Dios, otra vez no —mascullo, hundiéndome en mi asiento.

—No le hagas caso.

—Eso intento, Juni.

En serio, ¿puede alguien explicarme por qué lo llaman «vida privada» cuando es la parte de mi vida que todo el mundo conoce? Hoy, sin ir más lejos, he recibido tres miradas homicidas en el pasillo, dos cuchicheos acompañados por ojos que evitaban mirarme y una especie de reconocimiento facial que decía: «¡Conque *ésa* es Olivia Scott!»! Pero ¿es posible que exista un «reconocimiento facial» de mi persona?

Vale, reconozco que Andrea quizá tenga motivos para ponerse a la defensiva, dado que estuve con su hermano. Pero, el resto del mundo, que se ocupe de sus propios asuntos.

Los ojos de Andrea me perforan la sien durante un minuto. Por fin, Juniper se inclina hacia delante y le dirige una mirada fría e indiferente. Andrea deja de mirarme.

Juniper y yo somos amigas desde tercero de primaria, y sigo esperando que algún día saque la varita mágica que, sin duda, posee. Tiene un aplomo que asombra a la gente; cuando habla, atrae la atención de todos con facilidad. Juni rumia sus palabras antes de decirlas, como si analizara las frases en su mente, asegurándose de que suenen perfectas.

—Mierda. ¿Has visto a Claire? —pregunto, mirando alrededor del auditorio—. Le dije que la localizaría.

Las luces fluorescentes nos bañan a todos en un débil color verdoso, por lo que el pelo rojo de Claire no destaca entre la multitud como suele hacer.

—Quizás haya decidido saltarse la asamblea —sugiere Juniper con una sonrisa irónica.

Suelto un bufido lo bastante enérgico como para matar unas cuantas células cerebrales. Que Claire se saltara algo relacionado con el instituto sería la primera señal del Apocalipsis.

Tras echar un último vistazo alrededor del auditorio, renuncio a mi búsqueda, preocupada. Sabe Dios cuántos estudiantes se saltan las asambleas, pero veo un montón de asientos vacíos, y pienso que mi hermana debería ocupar uno de ellos.

En casa recibimos continuas llamadas del instituto informándonos de que mi hermana ha hecho novillos. Son unos mensajes de voz muy desganados. «Éste es un mensaje grabado del instituto del condado de Republic. Llamamos para informarles de que Katrina Scott ha vuelto a saltarse hoy las clases. Les rogamos nos remitan un justificante en el plazo de tres días.»

Esos mensajes me desconciertan. ¿Qué hace Kat cuando no va al instituto? No tiene coche ni, que me conste, amigas con las que hacer novillos. Aunque lo cierto es que apenas sé lo que hace mi hermana últimamente; parece empeñada en eliminarme de su vida a toda costa. Si sigue así, más vale que esté al tanto por si diviso a algún francotirador.

Las luces se atenúan y las puertas se cierran al fondo del auditorio. Los profesores cierran filas a ambos lados de la salida, como tratando de impedir que se produzca un alzamiento revolucionario. Las luces del escenario se intensifican cuando la directora Turner se dirige hacia el podio.

Es un bonito gesto, el podio, el micrófono y todo lo demás, pero Ana Turner no necesita esa parafernalia. Nuestra directora es una veterana de las fuerzas aéreas de treinta y tantos años, cargada de

perlas, con la mirada de un perro de guarda y un ladrido no menos feroz. Cada vez que abre la boca, toda persona menor de veinte años en un par de kilómetros a la redonda padece un ataque de pánico.

La directora se aclara la garganta. El silencio cae como una bomba.

—Buenas tardes —dice, mostrando una curiosa mueca de disgusto. Digo «curiosa mueca de disgusto» porque Turner ha hecho siempre una labor genial en convencer al instituto de que no tiene sentimientos.

Junta las manos y las apoya sobre el podio.

—Profesores y estudiantes, he convocado esta asamblea para abordar un grave problema que ha llegado a conocimiento de la administración.

—Esto puede ser divertido —susurro a Juniper, frotándome las manos—. ¿Crees que habrán pillado al tío que ha estado haciendo caca en el tercer piso del ala vieja?

Juniper sonríe, hasta que Turner dice:

—Hemos sido informados de que un profesor de Paloma High mantiene una relación sentimental con una estudiante.

Yo pestañeo varias veces mientras trato de asimilar la noticia.

Miro a Juniper. Está boquiabierta. A nuestro alrededor se produce un revuelo y la directora se aclara de nuevo la garganta, pero esta vez el parloteo no remite. Turner parece resignarse al caos y dice, alzando la voz para hacerse oír:

—El mensaje que hemos recibido era anónimo, remitido a través de nuestra web. Aunque no incluye nombres, nos tomamos muy en serio este tipo de acusaciones. Si saben algo sobre este

tema, hagan el favor de informarme a mí o a una orientadora del instituto. Entretanto, hemos enviado una carta a sus padres, que llegará dentro de dos o tres días. —La algarabía aumenta de volumen y la directora alza más la voz para compensar—. Estas medidas tienen como objeto una transparencia total. Confiamos en resolver este asunto a la mayor brevedad.

Me cruzo de brazos y miro a mi alrededor. Las expresiones en el mar de rostros varían: estupor, nerviosismo, curiosidad. En otras circunstancias me preguntaría a qué viene tanto revuelo por un escándalo sexual entre un profesor y una estudiante, pero bueno, incluso el rumor de una relación sexual normal y corriente fascina a nuestros simpáticos compañeros de estudios.

Turner se enjuga el sudor de la frente —por lo visto, ni siquiera ella es inmune al calor— y consulta sus notas.

—Este tipo de alegaciones no probadas son preocupantes, pero constituyen un importante recordatorio de que la seguridad del cuerpo estudiantil es nuestra primera prioridad. Hemos convocado esta asamblea para reiterar nuestro código de conducta y asegurar un entorno académico seguro. He pedido al señor García que prepare una breve presentación sobre cómo resolver cualquier tipo de acoso sexual.

Turner hace una indicación con la cabeza hacia un lado del escenario. El señor García, nuestro profesor de inglés, entra empujando un retroproyector sobre ruedas e inserta en él una hoja de diapositivas, un divertido salto atrás a mediados de los noventa. La obsesión del señor García por lo *vintage* pasa de lo pintoresco a lo exasperante en lo referente a la tecnología. En serio, ¿quién siente nostalgia de los retroproyectores?

Cuando Turner abandona el escenario, García nos endilga una conferencia. A medida que se adentra en el tema, menos sentido

tiene lo que dice. He visto este tipo de chorradas en las noticias de la tele, pero siempre tratan de un profesor de gimnasia desquiciado y una estudiante quinceañera preñada. La idea de que nuestros profesores de gimnasia dejen preñada a alguna chica me produce náuseas, porque los dos que tenemos rondan los sesenta y cinco años. Visto desde la perspectiva de la chica, aún tiene menos sentido. ¿Qué persona de mi edad se metería en semejante lío? ¿Es posible que alguien no llegase a comprender cómo se arruinaría su vida si su nombre saliera a relucir en un asunto así?

Algunos profesores son lo bastante jóvenes para enrollarse con un alumno o una alumna sin que la cosa resulte nauseabunda. Siempre sorprendo a los chicos babeando cuando observan a la profesora de economía, la doctora Meyers, que es bajita y curvilínea y tiene veintitantos años. El señor Andrews, nuestro profesor de cálculo, es guapo al estilo de un vampiro lívido, y el señor García está francamente bien. Pero no es mi tipo. Por la forma en que se derrite al hablar de Mercucio, estoy prácticamente segura de que es gay.

Dios, no me imagino a ninguno de ellos tratando de ligar con un alumno o una alumna. Algunas chicas hacen ojitos a Andrews o a García, pero si los profesores se dan cuenta no lo demuestran. En cuanto a la doctora Meyers, el año pasado envió a un chico al despacho de la directora por decirle: «Hoy está usted supersexy, doc». Bien por Meyers.

Media hora más tarde, los poderes fácticos nos liberan del horno de ladrillo del auditorio y salimos a la tarde de noviembre. Sopla un aire frío y tonificante. Cuando el fuerte resplandor del sol me asalta los ojos, una parte de mí siente como si la asamblea hubiera sido irreal. Una alucinación debida al calor. Juniper y yo bajamos por la cuesta hacia el aparcamiento de los estudiantes de

penúltimo año. Ella parece tan aturdida como yo.

Una voz nos saca de nuestro estupor.

—¡Hola, chicas!

Nos detenemos en el borde del aparcamiento, a pocos pasos del Mercedes de Juniper. Claire se acerca apresuradamente, su pelo rojo y rizado recogido en una gruesa coleta para la clase de tenis.

—No te vi en la asamblea, bonita —dice, dándome un codazo.

—Te prometo que te busqué —contesto—. No te vi. Allí había al menos mil personas.

—Cierto. —Claire se aclara la garganta—. ¿Adónde vais?

Mierda. Su tono expectante significa que he olvidado algo.

—Esto... —respondo, dirigiendo a Juniper una mirada frenética—. Pues a...

—A ningún sitio —dice Juniper—. Íbamos a dejar nuestras cosas antes de la reunión.

Ya, la reunión del gobierno estudiantil. Juniper y yo prometimos a Claire que nos postularíamos para el cargo de presidente de la clase de penúltimo año para que tuviera al menos dos personas garantizadas en la candidatura.

Este asunto me causa un millón de problemas, ninguno de los cuales he expresado debido a la seriedad con que Claire se lo toma. Pero el hecho de que Juniper y yo compitamos por ese cargo es una farsa. Juni podría pedir a todo el instituto que se tirara de un puente y todos dirían: «¡Genial! ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes?»

Juni abre la puerta de su coche y arrojamos nuestras bolsas en el asiento trasero. A continuación las tres echamos a andar a través del

césped. Al final del largo trecho de hierba, el edificio principal de Paloma High se yergue ante nosotras como un Frankenstein arquitectónico. Hace dos años renovaron el ala este. Ahora el edificio se compone de tres plantas de reluciente vidrio laminado y vigas de acero. El ala oeste —de ladrillo, erosionado, con sesenta años de antigüedad— sobresale de la nueva sección como un bulto desafortunado.

Atravesamos todo el césped sin que una de nosotras pronuncie palabra.

—Esa asamblea... —digo, entreabriendo la puerta del ala este.

—Ya —tercia Claire—. Qué puta locura.

Yo la miro horrorizada.

—Te has quedado pálida. Estás más blanca que Moby Dick.

Juniper se ríe y Claire se sonroja, apartándose un rizo de los ojos. Echamos a andar por un largo pasillo inundado de sol vespertino. La luz se refleja en las taquillas, dándoles un aspecto aún más grotesco que de costumbre: rojo en la parte superior, verde en la inferior. Los colores de nuestro instituto. Y los colores navideños. Cada año, por Navidad, alguien pega un dibujo de la nariz roja de Rudolph en el logotipo de los Lions que hay en la fachada del instituto.

—En serio —dice Claire, abriendo la puerta de acceso a la escalera—, cuando descubran quién se acuesta con un profesor...

—Lo sé. —Subo trotando tras ella—. No nos enteraremos del desenlace del asunto hasta dentro de unos doce años.

Claire se vuelve hacia mí y dice con una sonrisita irónica:

—No serás tú...

Eso me escuece —apuesto a que la mitad del instituto piensa que soy yo—, pero lanzo una carcajada forzada.

—Vete a la mierda.

—Vale, vale —responde, alzando las manos—. En realidad soy yo. Yo... y la directora Turner.

Juniper, que sube detrás de nosotras, finge que le dan arcadas.

—¿Por qué, Claire? —pregunto con tono quejumbroso—. ¿Por qué nos causas estos traumas?

Salimos a la tercera planta, sorteando el tráfico de los que asisten a los clubes después de clase. Pasamos frente al aula de ciencias informáticas, llena de chicos del Club de Programación que trabajan con sus ordenadores portátiles, y el aula de inglés, donde el Club de la Poesía se reúne formando un círculo de aspecto solemne y elitista. Nos dirigimos hacia el aula de política y gobierno.

—Vaya multitud —comento. El aula está vacía.

—Tres son multitud —apostilla Claire, consultando su reloj—. Hoy están sólo los de penúltimo año. Y la chica que se presenta para secretaria me ha enviado un correo electrónico informándome de que no puede venir. Pero hay un chico que también se postula para presidente, así que...

El alma se me encoge. Si hay otro candidato, las posibilidades de que pueda librarme de esta competición sin herir los sentimientos de Claire son casi nulas; y, con su hiperactivo sentido de la responsabilidad, me lo tendrá en cuenta durante un largo periodo.

—¿Quién es el chico? —pregunta Juniper, sentándose en la silla vacía del profesor. El señor Gunnar debe de estar ayudando a recogerlo todo después de la asamblea. Apuesto a que necesitan

una docena de personas para limpiar el sudor de todas partes.

Claire abre su mochila y rebusca en una carpeta. Saca una hoja de inscripción en la que figura un solo nombre en la parte superior.

—Tiene una letra malísima, pero creo que pone Matt algo. ¿Jackson, quizá?

—Lo conozco. —Juniper arquea una delgada ceja—. Hicimos juntos un proyecto en grupo sobre biología, es decir, yo lo hice todo. Ese chaval no es precisamente un modelo de autodisciplina.

—Espera un momento —digo, recordando al chico que llega siempre tarde a clase de inglés apestando a marihuana—. ¿Un chico alto? ¿Que nunca abre la boca? ¿Con la cara afilada?

—El mismo.

—Vaya —digo—. Esto va a ser... Genial.

Claire escruta mi expresión.

—¿Pasa algo, Liv?

—¿Qué? No, todo va bien. —Me encojo de hombros—. Yo... no es que no quiera ser la nueva estrella política de Paloma, Kansas, pero prefiero abandonar la competición.

Claire chasquea la lengua en señal de desaprobación y deja su mochila en el suelo.

—Venga, no me digas eso.

—Tía, para serte sincera, no conozco a ese Matt, pero todo el mundo sabe que, si la cosa está entre Juniper y yo, no hay color.

Las dos miramos a Juniper, que guarda silencio, haciendo girar la silla del señor Gunnar.

—Bueno, ya sé que andas muy liada —dice Claire con tono de

complicidad.

—¿A qué te refieres?

—No sé... ¿A tu último ligue, quizá? —Claire mueve sus cejas—. Con que Dan Silverstein, ¿eh? Una elección muy interesante.

Sé que no lo dice en serio, pero ha sido un día muy largo durante el cual he recibido muchas miradas inquisitivas.

—Vaya, es curioso —respondo—. No recuerdo haberte contado lo de...

—No te juzgo. Pero ¿te habías dado cuenta siquiera de que ese tío existía antes del sábado pasado?

—Dame un respiro, Claire —protesto, tratando de ignorar el pellizco de dolor que siento—. ¿Puedes dejar de hacer eso cada vez que me enrolló con alguien? Ya sé que todo el mundo piensa que soy una zorra. La Reina Zorra de la Isla de las zorras, pero se supone que tú estás de mi parte.

—¡Eh, no te flipes! En primer lugar, era una broma, y en segundo, no estoy *de parte* de nadie. —Claire frunce el ceño—. Aunque reconozco que no entiendo por qué te acuestas con tantos tíos.

—No creo que eso tenga que ser del dominio público —contesto, tratando en vano de controlar el tono de mi voz.

—¿Perdona? ¿De modo que ahora resulta que lo tuyo no me concierne? —Claire abre sus ojos azules como platos. Perfilados con lápiz dorado, parecen unas ventanas auríferas que enmarcan un mar iluminado por el sol—. ¿Necesito un motivo para preocuparme por ti y tu...? —Hace un gesto señalando mis ovarios.

—¿Mi qué? ¿Mi vida sexual? ¿Quieres que nos pasemos por una CVS¹ para pillar la píldora del día después? Porque no te he visto

nunca ni a ti ni a las demás interesadas en hablar de estas cosas conmigo.

—No iba a decir tu vida sexual. —Claire se pone en jarras—. Vale, ¿quieres que te sea sincera? Esto va a más y tu bienestar emocional empieza a preocuparme.

Se me ocurren un millón de respuestas virulentas —Claire no es precisamente el tipo de chica que te ofrece el hombro para que llores sobre él—, pero, antes de que pueda contestarle, Juniper interviene.

—Basta, chicas —dice, levantándose de la silla de un salto. Su sosegado tono indica irritación—. Pero ¿vosotras os oís? No voy a deciros que os disculpéis, pero todo esto es, desde mi punto de vista, una gilipollez. —Se cruza de brazos y añade—: ¿Queréis hacer el favor de pararos a pensar durante diez segundos?

Yo me tenso. La voz de la razón de Juni suele ser más paciente.

Claire y yo nos miramos, contritas. No es justo que involucremos a Juni en todas nuestras disputas cuando ya tiene bastante con lo suyo. Aparte de un insano montón de clases de nivel avanzado, es concertista de violín y tiene que aprenderse una cantidad obscena de piezas de Paganini para el recital de diciembre. Dos veces al año, los padres de Juni nos llevan a Claire y a mí en coche a Kansas City para que asistamos a sus recitales cuando Juni toca en una de las salas de concierto de la Universidad de Misuri. El programa de esta temporada parece que le está causando un estrés considerable.

Fijo la vista en mis deportivas y cuento hasta diez, concentrándome en los bordes deshilachados de los cordones. Cuando alzo de nuevo la vista, la mirada acusadora de Claire se ha suavizado.

—Lo siento —dice—. No quería pasarme tanto.

Yo suspiro, tratando de contener mi furia. Cada vez que sucede esto me resulta más difícil sonreír y contenerme. Claire nunca se ha mostrado tolerante con mis decisiones de carácter sexual, pero desde mayo, cuando Lucas —su novio durante más de un año— la plantó de forma arbitraria sin más explicaciones, se muestra un millón de veces más crítica conmigo. Fue todo muy raro, porque Lucas parecía una buena persona, pero..., en fin... El mundo está lleno de cretinos que no lo parecen. No debemos sorprendernos.

Claire lleva seis meses soltera y sus comentarios sobre mis citas casi han agotado mi paciencia, que —sabe Dios— no es un recurso renovable. Me cuesta un esfuerzo tremendo abrir la boca para decir:

—Yo también lo siento. He tenido un día bastante chungo.

—Yo también. —Después de una larga pausa, Claire toma su bolsa de la mesa—. No puedo esperar hasta que se le ocurra aparecer a este tío. Llegaré tarde a clase. Más tarde os enviaré un *mail* con todo. —Me mira indecisa y agrega—: Si tú...

Yo suspiro a la vez que me comprometo a regañadientes:

—Si quieres que me presente, lo haré.

—Gracias. —Claire sale del aula con su habitual paso militar, evitando mirarme. No hemos arreglado nuestras diferencias ni lo más mínimo.

Juniper se apoya en la mesa del señor Gunnar con expresión cansina.

—¿Qué pasa con vosotras últimamente?

—No lo sé. Mira, lo siento, no es justo que tengas que hacernos de niñera.

Ella se encoge de hombros.

—No importa. ¿Estáis mosqueadas por algo?

—En realidad, no. Es que... ya estoy acostumbrada a que se preocupe por mí todo el tiempo. Ella es...

—Es así. Y punto.

—Sí, es así. Pero últimamente tengo la sensación... No sé, me agobia y tengo ganas de decirle: «¡Déjame en paz de una puta vez!» Te juro que a veces se comporta como si fuera mi madre.

La última palabra se desvanece demasiado despacio en el aire.

—No te pases —apunta Juniper, ladeando la cabeza. Su pelo rubio, que se ha soltado, forma dos delgadas cortinas, enmarcando sus ojos. Esas pupilas de un gris frío como el acero son tan perspicaces como de costumbre.

—Lo digo de verdad. —Cruzo los brazos en actitud de rebeldía —. No necesito que Claire sustituya a nadie. Y está muy claro que es justo lo que pretende con estas mierdas.

—¿Se lo has dicho?

—No. Respondería: «¿quién, *moi*?», haciéndose la pava. Y yo no podría tomármelo en serio.

—Si quieres, hablaré con ella.

Pienso en ello un segundo, pero enviar a Juniper como mi embajadora me parece un tanto infantil.

—No, gracias. Ya lo arreglaremos.

Juniper balancea las piernas con expresión pensativa.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Dispara.

—No pretendo juzgarte, pero tengo curiosidad: podrías

acostarte sólo con un tío, ¿por qué necesitas siempre a más de uno?

Yo me encojo de hombros.

—Porque mi cuerpo es mío y tomo mis propias decisiones.

Juniper me mira arqueando una ceja.

—Me refiero a más allá de la Teoría Feminista 101, Olivia.

La miro con una tímida sonrisa.

—Bueno, la verdad es que no busco rollos serios. Dudo de que encuentre al amor de mi vida en el instituto, así que... más vale que me divierta, ¿no? Baja dedicación, bajo compromiso. —Sale de mis labios con demasiada rapidez. Sacudo la cabeza—. ¿Nos vamos?

Juni no insiste. Se levanta de la mesa y me sigue. La siento como un silencio tranquilizador junto a mí mientras bajamos apresuradamente la escalera, pasamos frente a las taquillas y abandonamos el edificio.

No dejo de darle vueltas a su pregunta. El sexo me fascina, me gusta tomar mis propias decisiones y me convence mucho la Teoría Feminista 101. Pero hay otro motivo que me induce a acostarme con chicos. Yacer junto a alguien y apoyar la cabeza en su hombro me relaja. No pretendo ofender a los hombres, pero la mayoría de las veces esa parte es mucho más placentera que el sexo.

Pero el hecho de pensar en ello con tanta insistencia es como si dudara de mi criterio, y tengo que tragar tanta basura por «comportarme como una puta», como dicen los bienintencionados, que no quiero dar a mis críticos la razón.

Cuando echamos a andar a través del césped, cruzo los brazos para protegerme del frío. Trato de olvidar la expresión de ofendida que ponía Claire y los recuerdos de mi madre. No debí mencionarla a Juniper. Ahora se ha impuesto en mi pensamiento y se niega a

marcharse.

Siempre echo de menos a mi madre en esta época del año. Con la celebración de *Halloween*, el día de Acción de Gracias y la Navidad una detrás de otra, no dejo de pensar en ella cuando nos aproximamos al invierno. Mantener esos pensamientos bajo control requiere más energía de la habitual. A veces saco esos recuerdos, les quito el polvo y los contemplo durante largo rato, observando que relucen un poco por los bordes. Todavía guardo la imagen de las delicadas manos de mi madre extrayendo las semillas de la calabaza y depositándolas en un bol. «Aaah, las tripas de la calabaza —decía con voz fantasmal—. Katrina, Olivia, jóvenes mortales, ayudadme con los intestinos de la calabaza.»

Estos días, la casa está vacía. Papá no dice nada al respecto, pero tengo la impresión de que este espacio vacío a él le resulta más llevadero que a nosotras. Kat tampoco dice nada al respecto, pero Kat nunca dice nada.

Juniper abre la puerta de su coche. Me acomodo en el asiento del copiloto y lo deslizo hacia atrás para estirar las piernas.

Juni pulsa un botón. El motor se pone en marcha.

—¿Quieres que llevemos a Kat a casa?

—No. Hoy tiene Club de Arte Dramático —respondo—. Supongo que cuando termine alguien la llevará en coche. —Mi hermana gemela debe de haber ocupado la parte del útero donde se encuentra el «talento». Aunque yo he desarrollado un gran talento para sentarme entre el público y aplaudir.

—Mira, nuestro competidor. —Cuando el coche arranca, Juni señala con la cabeza el aparcamiento de estudiantes de penúltimo año, donde un chico alto está sentado sobre un Camry negro—. Allí.

Al incorporarme casi me golpeo la cabeza con el techo. Miro por la ventanilla y veo a Matt Jackson tumbado sobre el coche, texteando en su móvil. Nunca me he fijado en ese chico. Tiene aspecto de zorro, con unos rasgos afilados y las puntas de su pelo cobrizo teñidas de rojo fuego.

El coche de Juniper da una sacudida al pasar sobre un badén reductor de velocidad. Desde el techo de su coche, Matt Jackson se vuelve hacia nosotras y aparto la vista. Pero no con la suficiente rapidez.

—Mierdamierdamierda —digo—. Me está mirando. Me ha visto haciéndome la loca.

—No te preocupes —me tranquiliza Juniper—. No imagina que estemos planeando su asesinato político —añade, soltando una sonora carcajada.

Yo sonrío.

—Ya, siempre he pensado que eras una tía rollo John Wilkes Booth.

—En todo caso, June Wilkes Booth.

Yo emito un sonido gutural y me hundo en el asiento. Juniper, que parece muy satisfecha de sí misma, enciende la radio. Los altavoces emiten un murmullo profundo que marca el comienzo de uno de los *Caprichos* de Paganini. La mano izquierda de Juni, con las uñas muy cortas, pulsa las cuerdas de un violín imaginario sobre el volante.

Cuando abandonamos el aparcamiento y enfilamos la calle, los problemas del día se han desvanecido a lo lejos. Se han quedado en Paloma High, con sus pasillos encerados, sus lavabos con las paredes cubiertas de grafitis y todos esos estudiantes que creen que tienen derecho a juzgarme.

[1.](#) Una importante cadena de farmacias en Estados Unidos. (*N. de la T.*)

HOLA,
mi nombre es

Kat Scott

Las cortinas entre bastidores huelen a polvo. Aquí me resulta fácil olvidarme de mí misma, engullida por la oscuridad.

A mi espalda oigo los susurros de las chicas que hacen el papel de mis hijas. Unos susurros que reclaman mi atención.

Concéntrate, Kat.

Me recojo unos mechones detrás de las orejas mientras digiero el monólogo que la actriz declama en el escenario, palabra por palabra. Es el monólogo de Emily, una súplica para ser tomada en serio.

Concéntrate...

Los susurros entre bastidores me rechinan de nuevo, esta vez con más intensidad. Siento un hormiguelo de ira en las palmas de las manos. Las otras deberían escuchar y estar atentas a sus entradas. Deberían tomarse esto más en serio.

—... y estoy cansada de esperar —dice Emily, dándome la entrada.

Cuando salgo al escenario me pierdo en mí misma por completo.

Aquí, bañada por las luces cegadoras, me despojo de las capas de mi persona como un caballero se despoja de su armadura pieza por pieza. Me muevo con determinación, con arrojo, con energía. Kat Scott no es nadie. No es ningún sitio. Si existe, no me preocupa.

—¿*Estás* cansada de esperar? —pregunto.

La chica frente a mí retrocede medio paso. No es Emily. Ya no lo es. Ahora que estoy ante ella, es Natalia Bazhenova: una profesora de matemáticas que hace años hizo una promesa a mi personaje. Prometió sacarme de mi población natal rusa y llevarme a una escuela de élite en la que poder cultivar mi talento para las matemáticas. Entre los actos 1 y 2 he cumplido treinta y siete años esperando que ella me recatara de esta vida, pero no lo ha hecho. Se olvidó de mí. Y ahora se ha atrevido a regresar.

—De modo que estás cansada de esperar —digo—. ¿Tú, Natalia, que me dejaste plantada en esta población? —Avanzo hacia ella, recitando con furia los diálogos de la dudosa traducción, increpando a Natalia con los ojos—. Mírame. Mira en qué me he convertido.

—Ya te miro —responde ella.

—Mírame bien.

—Veo a una madre entregada, una hermana afectuosa. Veo...

—No ves nada —murmuro—. No soy nada excepto un potencial desaprovechado. ¡Nada!

El eco de mi voz retorna del fondo del auditorio, seguido por un silencio que rebota como un bumerán. Un silencio muerto, bellissimo.

Hablo más despacio, sintiendo el sabor amargo de cada palabra.

—Ibas a ser mi profesora. Dijiste que yo era brillante, un

prodigio. Ibas a llevarme lejos de aquí, enseñarme todo lo que debía saber, pero huiste a la primera oportunidad que tuviste. ¿Y ahora vuelves y dices que estás cansada de esperar? —Mi voz se endurece y asume un tono acusador—. Eres una hipócrita.

—Lo siento, Faina —responde ella.

Antes de que suceda, me doy cuenta de que nuestro director va a detener el ensayo.

—Un momento —dice el señor García desde la primera fila.

Me despojo de mi personaje y me siento en la silla de la cocina. Todo lo que estaba en tensión en mi cuerpo se afloja, cada músculo, toda mi concentración.

Es un alivio despojarme de ese estado de ánimo. ¡Dios, qué tristes eran los rusos! Esta obra, titulada *Las cosas ocultas*, fue escrita por un hombre llamado Grigory Veselovsky hacia finales de siglo, y, cuando la obra concluye, ningún personaje se siente feliz. El amigo Grigory debía de ser un sádico.

El señor García salta sobre el borde del escenario. Nuestra profesora de arte dramático, la señora Stilwater, tiene que preparar una conferencia regional, por lo que García se ha encargado de dirigir la obra de otoño. Técnicamente, es profesor de inglés, no un experto en teatro, pero sabe lo que hace.

He oído decir que no le pagan por esto, lo cual me parece demencial. Pero no me quejo. De no ser por él no estrenaríamos una obra en otoño, y la mayoría de los días ésta es la única razón que me induce a levantarme de la cama.

García se acerca a mi compañera de escena.

—Creo que debe darle más intensidad, Emily. Debe potenciar la parte física del temor que siente. Y vuélvase un poco hacia la

derecha; estamos perdiendo a esa parte del público.

Y ahora viene el problema del volumen...

—Además, lamento decirle que no oímos bien sus diálogos.

—Lo siento —responde Emily, a punto de romper a llorar.

Yo frunzo los labios. Tiene motivos para sentirlo. García se lo ha advertido cien veces. Estrenamos dentro de tres semanas, justo antes de las vacaciones del día de Acción de Gracias, y empiezo a pensar que Emily no conseguirá corregir esa carencia.

—No se preocupe —dice García—. Vamos, Emily, no se disguste. Más tarde haremos unos ejercicios para proyectar la voz, ¿de acuerdo? —agrega, levantando los pulgares para animarla—. Debe confiar en su voz, es un problema de confianza. Usted la tiene.

Dios, qué paciencia tiene García. Yo ya habría abroncado a la mitad de las personas que trabajan en la obra, pero en las cinco semanas que llevamos ensayando él no ha levantado siquiera la voz.

Emily asiente con la cabeza y su pelo de color pardusco le cae sobre los ojos.

—Ah, y otra cosa —dice García, escribiendo una nota en su omnipresente carpeta sujetapapeles—. Recójase el pelo en una coleta o algo. Se le cae siempre sobre el ojo derecho.

Yo suspiro y me hundo en mi silla. García también ha advertido antes a Emily sobre eso. No entiendo por qué la gente no puede acatar una simple orden. A veces tengo la sensación de que García y yo somos los únicos que damos lo mejor de nosotros mismos en esta obra.

No es que piense que tengo más talento que mis compañeros de reparto; los otros chicos lo hacen bien, a su manera. Pero... no sé. Parece como si no necesitaran el escenario, el espacio que deben

llenar, el eco de la voz, el impacto de las palabras.

—¿Kat?

Alzo la vista.

—¿Qué?

García se acerca a mí.

—Lo hace muy bien, pero creo que falta algo en la forma en que aborda esta escena. —García deja su carpeta sujetapapeles en la mesa—. ¿Cuál es el objetivo de su personaje en esta escena? ¿Qué quiere del personaje de Emily?

Ya pensé en esto cuando estudié la obra en septiembre. Respondo sin titubear:

—Quiere que Natalia se disculpe.

García se pasa la mano por el pelo, alisándolo. Con su barba de un día, sus gafas de pasta y su pelo revuelto, parece un estudiante universitario con resaca. Ha empezado a dar clase en el instituto este año, pero es un tipo estupendo y no nos manda demasiadas tareas, por lo que cae bien a la mayoría de la gente.

—Sí —dice—. Entiendo el motivo de la disculpa. Pero ¿qué otra cosa podría ser?

Yo lo miro extrañada.

—Estoy bastante segura de que es eso. Natalia ha arruinado la vida de mi personaje, de modo que...

Se oyen unas risas entre bastidores. La frustración que se ha acumulado en mi pecho estalla. Me vuelvo en la silla y les increpo:

—¿Queréis callaros?

Las risas cesan.

Los ojos de García chispean, divertidos.

—Deje eso de mi cuenta. Aunque no lo crea, yo también soy capaz de decir: «Silencio entre bastidores».

—Disculpe —murmuro.

—No se disculpe. Pero que no se convierta en una costumbre. —García consulta su reloj—. Vaya por Dios. Bueno, vamos allá. —Regresa apresuradamente al borde del escenario, se baja de un salto y ocupa de nuevo su asiento en la primera fila.

Emily, que todavía tiene unos diálogos en esta escena, se apresura a coger su guion. Aún no disponemos de todo el atrezzo, de modo que me sitúo ante una pizarra imaginaria en el centro del escenario.

—De acuerdo —dice García mientras Emily se apresura a colocarse en el lugar que le corresponde—. La última parte de la escena 6. Desde «¿qué te parece?»... Cuando quiera, Emily.

Tras un breve silencio, Natalia Bazhenova me pregunta:

—¿Qué te parece?

Miro el espacio vacío en el aire, donde mis dedos sostienen una tiza imaginaria frente a una pizarra imaginaria. Escruto una ecuación imaginaria.

—Es una maravilla —respondo—. Un trabajo maravilloso.

—¿Comprendes ahora por qué tuve que marcharme? ¿Por qué tuve que reanudar mis trabajos de investigación?

—No, no lo comprendo. Pero es un trabajo maravilloso.

Dejo caer la tiza imaginaria y me vuelvo. No ajustarán las luces hasta dentro de dos semanas, por lo que todos los focos emiten una luz demasiado intensa. Entrecierro los ojos para protegerme del

resplandor.

Natalia se acerca a mí.

—¿Quieres que te enseñe el resto? —me pregunta, estimulando mi imaginario deseo—. Podría tratar de hallar una solución —dice—. Podría regresar y preguntar a los otros profesores si puedes incorporarte con nosotros a la universidad. Podría...

—¿Mamá? —dice una voz. Me vuelvo hacia la izquierda del escenario. El personaje de mi hija hace su entrada.

—Ya está hecha —dice—. He preparado la cena. Y... te estamos esperando todos en casa.

Observo los rasgos del rostro de mi hija, teñidos de un desagradable color blanquecino por la luz del escenario.

—Gracias, cariño —contesto de forma mecánica. Me vuelvo hacia Natalia—: No —digo—. No puedo ir contigo.

—Pero...

—No puedo ir —repito con gesto de derrota. Después de unos segundos, sigo a mi hija y ambas abandonamos el escenario por la izquierda. Natalia observa cómo nos alejamos.

—Y las luces se apagan —dice García—. Estupendo. Todo el mundo al escenario.

Nos sentamos en el borde del escenario; mis compañeros de reparto charlan y bromean entre sí. El chico que hace el papel de mi marido flirtea con Emily, que no parece darse cuenta. Yo me siento aparte, lo más lejos posible de las chicas a las que he abroncado. No debí perder los nervios —sé que es cosa de García decirles que guarden silencio—, pero me cabrea que la gente no tenga al menos la educación para guardar silencio durante los ensayos.

García repasa sus notas correspondientes a las escenas que hemos ensayado hoy.

—Kat —dice al cabo de unos momentos—, ¿qué cree que significa el final de la obra?

Mis compañeros se vuelven hacia mí. Siento los once pares de ojos como focos. Me encojo de hombros, evitando mirarlos.

—Que yo pierdo —respondo—. Mi personaje pierde. Ha estado esperando en su casa quince años a que su profesora regrese a por ella, y, cuando ésta se presenta por fin, ella tiene una hija a la que criar, de modo que... no puede perseguir su sueño. Y pierde.

—Supuse que respondería eso —dice García, tachando una nota en su carpeta sujetapapeles—. Quiero que lo reconsidere. Y que reconsidere lo de la disculpa que comentamos hace un rato. ¿De acuerdo?

Yo asiento, casi aliviada de que García haya escrito unas notas referentes a mí. Por lo general, dedica tanto tiempo a fijar la posición de los actores en el escenario que no ahonda en la caracterización.

No obstante, sus preguntas me desconciertan. ¿Qué otra cosa podría desear del personaje de Emily, sino una disculpa, después de una década y media? Y está claro que yo pierdo al final. El sueño de mi persona se va al traste, y tiene que conformarse con una vida que nunca ha deseado.

García guarda su carpeta en la mochila.

—Gracias por haberse aprendido todo el guion, Kat. El resto, acuérdense de estudiar sus diálogos de las últimas escenas para el jueves. Buen trabajo.

Salto del escenario y me apresuro a salir por la puerta lateral

antes que los demás. Bajo corriendo por la hierba de la pendiente, entrecerrando los ojos para protegerlos del resplandor del sol vespertino. Aún no estoy acostumbrada a que el sol se ponga tan pronto debido al horario de verano, que en realidad no sirve para ahorrar demasiada luz eléctrica. Aunque quizá se deba a que permanecemos encerrados en el edificio del instituto hasta el atardecer.

Atravieso el aparcamiento hacia la calle. Paso junto al Mercedes vacío de Juniper Kipling, un espléndido vehículo extranjero entre la multitud de destartalados Jeeps y camionetas llenas de barro. Qué raro, creí que Juniper iba a llevar hoy a mi hermana a casa.

Cuando alcanzo el bordillo, meto las manos en los bolsillos, preparándome para la larga caminata. No vivo muy lejos —a unos tres kilómetros—, pero el tiempo ha refrescado. Dentro de poco tendré que pedir a mis compañeros que me lleven a casa en coche después de los ensayos. Me horrorizan las estúpidas conversaciones que la gente mantiene en el coche.

Diga lo que diga, siempre que converso con alguien quedo como una estúpida. Los demás deberían evitarme, por su bien y por el mío. Cada vez que alguien invade mi privacidad, el pánico hace presa en mí. Pierdo el hilo de mis pensamientos en el ruido blanco y la confusión. Tengo una «mecha corta» que enseguida empieza a chisporrotear. Y lo que sale siempre de mi boca es una sarta de palabras furibundas.

La vida es mejor cuando está guionizada.



Una hora más tarde sigo pensando en sus ojos y en su atención puesta en mí, tumbado boca arriba y dejando que esa mirada gire como en un bucle, repitiéndose una y otra vez.

Ella me ha mirado. Ese recuerdo retorna sin cesar, reproduciéndose, girando como una escultura articulada o una galaxia, y en estos momentos en que tengo un colocón considerable me parece aún más imposible.

Por lo general, cuando estás colocado te gusta que te miren, porque, a menos que tengas un mal viaje y estés paranoico, la persona que te mira no es más que otro ciudadano del mundo y te parece genial. Pero, aunque no estuviera colocado, fliparía con la insistente mirada de Olivia Scott. Estoy sentado tres filas detrás de ella en clase de inglés, y me paso un ciento ocho por ciento de la clase contemplando la parte posterior de su cabeza, preguntándome cómo es posible que tenga una melena tan espesa, lisa y lustrosa. Todo lo que le he oído decir me parece brillante, y cuando sonrío, su sonrisa es tan electrizante que cada puñetera vez me sobresalto un poco. Olivia Scott es impresionante.

A veces, sin embargo, me irrita su risa estridente y su porte sexy, su seguridad en sí misma y sus ojos azules y luminosos, porque sólo

se fija en capullos como Dan Silverstein, aunque no puedo entenderlo. Pero luego recuerdo que, si por algún milagro ella se fijara en mí, me sentiría incómodo porque no tenemos amigos en común. Ni siquiera sé si nos llevaríamos bien. Por lo que he visto, Olivia es una de esas personas medio empollonas a las que el instituto les gusta lo bastante como para que les vaya bien, pero no lo bastante como para emplearse a fondo. Francamente, no lo entiendo. Es como si... No sé, pero, si no te importa una mierda, al menos demuestra que no te importa una mierda.

¿Pero yo qué coño sé? Nunca he hablado con ella. Quizá sea una chica muy distinta a lo que me imagino por lo que he observado.

Sin embargo... Me ha mirado y no dejo de pensar en ello.

Rescato el porro del techo de mi coche y juego con el humo, inhalándolo, lamiéndolo, paladeándolo y aspirándolo a través de los dientes. No es higiénico dejarlo sobre el techo del coche, pero he hecho cosas peores, y Burke también. Un día recogió un porro de la acera y le dio una calada en plan de broma, y no se puso malo, aunque durante una semana le di la tabarra insistiendo en que iba a pillar un herpes oral o algo por el estilo. Pero Burke tiene el sistema inmunitario de un dios.

Mi reloj indica las cinco. Los empollones del Club de Arte Dramático bajan por la cuesta desde el auditorio, montan en sus coches y se marchan.

Doy una calada al porro y alzo la vista para contemplar las nubes, esas plumas de algodón y dulce de merengue, con sus panzas teñidas de rosa por el sol que declina. Es increíble que sean tan enormes, y más increíble aún que algo tan grandioso sea tan fugaz, que jamás vuelvan a tener el mismo aspecto que ahora, y que en cuanto se hinchen y rompan a llorar, descargando cortinas de lluvia, desaparezcan como si nunca se hubieran cernido un par de

kilómetros sobre mi cabeza. Este día ya está perdido. Esta hora está a punto de desaparecer.

Cierro los ojos y borro estos pensamientos, sustituidos por otros que aparecen flotando como la brisa, como el sonido de campanas. Los minutos giran a mi alrededor y los segundos rozan mi piel, produciéndome el hormigueo, el cosquilleo, el picor del sol que muere. ¡Dios, jamás me había sentido tan relajado como ahora!

De pronto una voz familiar hace añicos mi nirvana con un «*Hola, Mateo*» en español. Yo mantengo los ojos cerrados y respondo arrastrando las palabras: «*No hablo español*»; y la voz dice: «¿Cómo que no, si eres medio mexicano?»; y yo respondo: «Tío, soy un seiscientos por ciento norteamericano», aunque mi madre me mataría por decir eso porque supongo que es un insulto contra mi legado cultural o algo por el estilo.

Miro a un lado desde el techo del coche y veo a Burke. A la luz rojiza del atardecer, visto con la cabeza ladeada, parece salido de una película de terror: los *piercings* en su nariz, su oreja y su ceja relucen, por su brazo izquierdo reptan una manga de tatuajes negros y violáceos como una cicatriz. Hoy lleva el pelo teñido de rubio y unas crestas formadas con fijador.

—Eh, tío —digo.

Mientras trepa por la parte posterior de mi coche hacia el techo, masculla: —¿Has estado fumando?

Y yo contesto:

—Sí, no tenía otra cosa que hacer. ¿Y tú?

—He estado leyendo. Esperando a que mis esculturas se enfríen.

Burke me muestra un libro. Cuando no está creando esculturas metálicas con barras de acero y tapacubos abandonados, se pasa el

tiempo leyendo, aunque jamás lo adivinarías, porque es el estereotipo de un macarra. En realidad, quizá sea la persona más leída e inteligente de este instituto —sin contar a Valentine Simmons, porque me niego a tener en cuenta a ese engreído capullo—, y nadie lo sabe, porque Burke procura ocultar lo inteligente que es.

A veces juraría que es de otro planeta. Resulta de lo más normal cuando tratas con él, pero, aparte de mí, nadie habla con él, porque la gente se siente intimidada por su aspecto. No son sólo los tatuajes, los *piercings* y el pelo, que se tiñe de un color distinto cada dos semanas. Es su ropa, que en el mejor de los casos podríamos calificar de original y en el peor de horripilante. El viernes apareció en el instituto con unos vaqueros ajustados de un amarillo neón y unos zapatos de plataforma. Hoy lleva un chaquetón verde, unos *leggings* vaqueros y una falda escocesa. Parece vestido directamente del contenedor de ropa de una ONG caritativa.

También suele llevar maquillaje. No el típico perfilador de ojos que utilizan algunos chicos. La semana pasada llevaba los labios pintados de azul eléctrico y anteayer una sombra de ojos naranja. Hoy lleva la cara lavada, pero cuando era un estudiante de primer año no pasaba día que no se maquillara. Toda su nueva personalidad, la forma en que se viste y se arregla, se produjo de improviso, cuando terminó la secundaria. En aquel entonces me pregunté si era una *performance* artística, quizás. Una movida desconocida para mí por completo. Pero ahora estoy tan acostumbrado que apenas reparo en ello cuando aparece con los ojos delineados con alas y sombra púrpura.

Al principio temí que un día le dieran una paliza, pero la gente teme hablar mal de Burke porque mide dos metros y tiene la complexión de una camioneta. A veces, incluso cuando va vestido

de forma discreta, tienes la impresión de que sería capaz de asestarte una puñalada sin pensárselo dos veces. Pero, claro, si tuviera mi talla le sacarían a collejas de Kansas.

Tomo el libro que sostiene y miro el título. Se llama *La gaya ciencia* y está escrito por un tipo extranjero cuyo nombre parece un estornudo. ¿Cómo es posible que le divierta leer estas cosas?

—¿Qué? —pregunta mirándome fijamente.

—Nada, tío, tú sabrás.

Dejo caer el libro en su mochila y le paso el porro. Él da una calada.

—Así que Dan se ha tirado a Olivia Scott —digo.

Y él contesta:

—Sí. Eso dice. Y resulta que es una máquina.

Yo fijo la vista en el cielo y él pregunta:

—¿Qué?

—No he dicho nada —respondo.

Y él dice:

—Tu silencio es más silencioso de lo normal.

—Chapa la boca —digo.

Y él replica:

—¿Lo ves? Tengo razón.

Yo me encojo de hombros.

—Vale. Olivia es impresionante y Dan es un gilipollas, y sólo me pregunto cómo ha conseguido tirársela.

—¿Por qué se la tienes jurada a Dan? Que tengas celos no

significa que...

Yo me río.

—Tío, yo no tendría celos de Dan ni queriendo.

Al menos eso es cierto, porque es difícil describir lo insoportablemente insulso que es Daniel Silverstein. No tiene personalidad, sólo le interesa acostarse con todo lo que se mueve. A veces miras a algunas personas y ves cada segundo que va a configurar sus vidas, lo cual es deprimente, porque está claro que están destinados a no hacer nada que perdure siquiera una década después de que hayan muerto, y uno les preguntaría: ¿cómo es que tú llevas una vida regalada en una zona residencial, cuando un millón de niños desfavorecidos podrían aprovechar mejor el lugar que ocupas en este mundo? Ése es Dan en estos momentos. Y te enoja ver en qué se ha convertido, porque antes era distinto.

Cuando íbamos a secundaria, Dan, Burke y yo estábamos siempre juntos. Al Dan de secundaria le encantaba la música de *dubstep*, Mario Kart y los paseos de noche, cuando los tres charlábamos de todo, desde el aspecto que podían tener los alienígenas hasta el sentido de la vida. Pero, en cuanto empezamos el instituto, Dan cambió. Dejó de hablarnos y se buscó nuevos amigos, y ahora, cada vez que nos cruzamos con él por los pasillos, ni siquiera nos saluda con un gesto de cabeza. Burke y yo tratamos de no tomárnoslo como algo personal, pero el hecho de que un amigo te niegue el saludo es personal por definición.

Burke me da un toque en el hombro y me pasa de nuevo el porro. Doy una larga calada —demasiado larga— y me incorporo. Los ojos me lagrimean.

—¿Por qué estás mosqueado con Dan? —me pregunta Burke.

Suspiro porque pienso que a estas alturas ya debería saberlo.

—Porque hace como treinta años que me mola Olivia Scott — respondo.

Y Burke dice:

—Pero si ni siquiera has hablado con ella.

Y yo contesto:

—Ya, pero...

No termino la frase, trato de hallar una justificación por estar tan cabreado. Al fin, me rindo.

—Olvídalo —murmuro.

Observamos a los equipos deportivos que pasan frente a nosotros, con los rostros enrojecidos y sudorosos debido al entrenamiento. El equipo masculino de tenis. El equipo femenino de *cross-country*. Lacrosse. Fútbol americano...

Al cabo de un rato, Burke dice:

—Si quieres toparte con Olivia, ¿por qué no vas a la fiesta que Dan monta este fin de semana? Quizás esté allí.

Yo emito una especie de gruñido. Prefiero beber cianuro que asistir a la fiesta de cumpleaños de la hermana de Dan. Es triste pensar que todas las personas que conozco están tan reprimidas que tienen que pillar una curda y así tener un pretexto para comportarse como les gustaría.

—Gracias, tío, pero paso —respondo—. De todos modos, ella ni se dignaría a hablar conmigo.

—No seas tan puñeteramente derrotista, colega —me espeta Burke, una frase que no le he oído decir nunca, «tan puñeteramente derrotista», pero, antes de que le comente que dicha por él suena ridícula, una voz nos interrumpe preguntando a

gritos: —Hola, ¿eres Matt? ¿Matt Jackson?

Yo me vuelvo. Un par de chicas del equipo de tenis se han detenido junto a mi coche. A la única que conozco por el nombre —la que se ha dirigido a mí— es Claire Lombardi, que tiene tantas pecas como una familia de cuatro, además de un arsenal de camisetas idénticas que lucen *Nike* sobre su voluminoso pecho. La chica es famosa en Paloma porque participa en todas las deprimentes actividades extraescolares que ofrece este instituto: el equipo de debate, el Club de Francés, el concurso de preguntas sobre temas académicos, los Jóvenes Ecologistas, el gobierno estudiantil... Y un largo etcétera.

Se sitúa frente a mi capó, apartándose unos rizos pelirrojos de la cara. Dado que no recuerdo haber hablado nunca con ella, y dado que procuro no hacerme notar, me choca que sepa mi nombre, pero respondo: —Eh..., sí, hola.

—Antes no te vimos —dice ella—. Pero más tarde puedo enviarte un *mail* con toda la información.

—¿Qué? —contesto, mirando a Burke—. ¿Dónde no me visteis?

—En la reunión del gobierno estudiantil. Sólo hay tres candidatos, así que tienes bastantes posibilidades.

—¿Yo...? ¿Posibilidades de qué?

—Deberías empezar a hacer campaña la semana que viene. Sería genial para el programa que la carrera presidencial fuera reñida. Por lo de la visibilidad.

—Hum —digo, tratando de ocultar mi confusión. Ella continúa: —Compites contra Juniper Kipling y Olivia Scott, por si no lo sabías.

Yo respondo:

—Pero yo...

En ese momento, una de sus amigas tenistas le da un codazo. Claire se vuelve hacia la derecha, fija la vista en algo que está en el otro extremo del aparcamiento y se apresura a decir: —Nos vamos... Hasta luego.

Y me deja desconcertado, preguntándome a qué venía todo esto. Me vuelvo para ver qué la ha hecho marcharse precipitadamente. Es el equipo masculino de natación. Por un momento me pregunto qué problema tiene Claire con ellos, pero entonces veo a Lucas McCallum, que me saluda desde el centro del grupo con su habitual jovialidad, y recuerdo la sonada ruptura que se produjo entre él y Claire la primavera pasada, de la que todo el mundo estuvo hablando durante semanas.

Lucas pasa junto a nosotros alisándose su ondulado cabello con la mano, mostrando su habitual sonrisa del tamaño de California.

—¡Hola, Burke! ¡Hola, Matt! ¿Cómo va, tíos?

Yo contesto con un gesto de cabeza, preguntándome si sus carrillos no se cansan nunca de la tensión de sonreír. Si uno convirtiera un cachorro de seis semanas en un ser humano, sería Lucas. Siempre se muestra tan afable, que tengo la incómoda sensación de que cree que somos amigos sólo porque me vende hierba. Pero eso no tendría sentido, porque abastece a la mitad del instituto, proporcionando a las masas un montón de marihuana y cerveza barata. Quizá se siente crónicamente feliz de estar vivo.

Lucas se aleja con el resto del equipo de natación, dejándonos solos a Burke y a mí.

—Tío, no sé a qué se refería Claire —digo, volviéndome hacia él—. No me he inscrito en nada.

Al cabo de un segundo, la comisura de la boca de Burke se curva hacia arriba.

—¡Serás capullo! —exclamo al darme cuenta de lo ocurrido—. Has sido tú. Me has apuntado en alguna puta lista.

Burke estalla en carcajadas.

—¿Quién, yo? —contesta—. Claro que no. Pero me muero por escuchar las promesas que harás durante tu campaña.

—Te mataré —le digo, propinándole un puñetazo en broma.

—Venga, chaval, será divertido.

Soplo para apartar un mechón de pelo de mis ojos a la vez que lo fulmino con la mirada, pero no puedo permanecer cabreado mucho tiempo; me falta dedicación para alimentar resentimientos. Por suerte para Burke, porque le encanta hacer ese tipo de cosas, como obligarme a asistir a la reunión de un club después de clase o incluir mi dirección de correo electrónico en listas de *mailing* sobre actividades del instituto. Sabe Dios qué saca con ello.

Me recuesto de nuevo sobre el techo del coche. El cielo empieza a oscurecerse y la retorcida colilla de nuestro porro arde unos instantes sobre el asfalto junto al coche, emanando un olor agridulce que flota en el aire y se desvanece.

—Bueno, ¿quién crees que es? —pregunta Burke.

—¿Quién creo que es quién? —respondo.

Y él pregunta:

—¿No fuiste a la asamblea?

Rompo a reír tan fuerte, que acaba dándome un ataque de tos.

—¿Lo preguntas en serio? —respondo entre resoplidos.

—Un profesor está liado con una estudiante. Todavía no saben quién es.

Lo miro confundido y pregunto:

—¿Crees que eso me importa una mierda?

—Hombre —responde—, es muy loco, ¿no?

—No tanto —digo—. Pasa en todas partes.

Él suspira y pregunta:

—¿Qué hace falta para que algo te importe, tío?

—Eh, pasa de mí, ¿vale? —contesto, ofendido—. No todos podemos ser unos ciudadanos ejemplares y distraernos leyendo la puta *Gaya ciencia*.

Burke se encoge de hombros y se ajusta la falda escocesa.

—No tiene nada que ver con leer —contesta—. Me refiero a cualquier cosa, literalmente lo que sea. Echo de menos los tiempos en que hacíamos algo que no fuera fumar porros.

Quiero replicar, pero, por segunda vez en diez minutos, no encuentro una justificación.

El silencio me estresa. ¿Qué pretende Burke, que me disculpe?

Como no sé qué hacer, saco mi teléfono móvil. Tengo una llamada perdida. De mi madre.

—Tengo que irme a casa —digo.

Y Burke responde:

—Sí, hace fresco.

Lo cual es verdad, pero yo soportaría incluso temperaturas bajo cero con tal de gozar del relajante ambiente del Paloma High a última hora de la tarde, porque si estoy aquí significa que no estoy en casa. Además, me gusta la compañía de Burke, porque siempre está pensando algo o leyendo algo o haciendo algo, y quizá sea

patético vivir a través de mi mejor amigo, pero mis aficiones, consistentes en dormir, comer y rehuir toda responsabilidad, resultan insulsas en comparación. Aunque jamás se me ocurriría decírselo.

Mi móvil empieza a sonar.

—¿Sí? —respondo.

—¿*Dónde estás?*² —pregunta una voz con tono brusco.

Suspiro y alzo la vista al cielo.

—Ya voy, *mamá*. Cálmate, ¿quieres?

Ella me cuelga. Genial.

—Dios, es tremenda —digo.

Burke responde con calma:

—Seguro que no es para tanto.

Lo miro molesto, porque cuando se pone en plan razonable hace que me sienta culpable por sentirme infeliz, lo cual no me ayuda en nada.

—Hasta luego, tío —dice, bajándose de mi coche. Se abrocha el chaquetón, se enrolla la bufanda dos veces alrededor de su fornido cuello y echa a andar hacia su Jeep.

Yo me bajo del coche. Cuando me siento en él, Burke ya ha desaparecido. Sentado al volante, se me ocurre fumarme otro porro para calmarme, pero de pronto veo a Juniper Kipling dirigirse presurosa hacia su Mercedes, el único coche que queda en el aparcamiento de estudiantes de penúltimo año además del mío.

Se monta en él, se detiene un segundo y rompe a llorar a lágrima viva, lo cual me deja perplejo, porque ¿qué problemas puede tener una chica con una vida tan perfecta? ¿Y no podría irse

a llorar a casa?

Cuando arranco, me siento como un cretino por pensar eso, porque, para ser justos, este lugar está básicamente desierto y ella no tiene la culpa si está atravesando una crisis personal. Pero puede que yo sea un rencoroso, porque las personas como Juniper tienen siempre el camino allanado para alcanzar el éxito. Irá a Yale o a Harvard o adonde sea, en parte porque es un prodigio como violinista y bastante inteligente, y en parte porque sus padres están forrados. ¿Y yo? Aunque vaya a la universidad, mis padres no pagarán mis estudios. Cuando salga de aquí, vaya o no vaya a la universidad, sabe Dios si seguirán juntos. Anoche estuvieron peleándose hasta tan tarde que tuve que pedirles que pararan para no despertar a Russell. ¿Quién velará por mi hermano pequeño cuando yo no esté aquí?

Observo la puesta de sol a través del techo solar de mi coche. Odio enfadarme, disgustarme o entristecerme. Por lo que sea. Siempre me produce angustia y creo que no me lo merezco. *¿Qué eres, un estúpido adolescente?*, pregunta una voz en el fondo de mi mente. *Procura ser un poco original, capullo.*

Conduzco hacia casa sin prisa.

[2.](#) En castellano, en el original



Por fin.

Soy el último coche que queda aquí.

Soy una isla.

He regresado aquí,

atraída por una gravedad irresistible, pero me he dado un batacazo.

Las rodillas se me han doblado,

dejándome postrada en el suelo.

Deja de llorar. Estás en público.

Sujeta el volante con firmeza y conduce. No pienses. Arranca de una vez.

Estoy en casa, digo, más como un mecanismo de defensa que una declaración..., porque este sitio ya no es mi hogar.

La única voz que responde susurrando es el reloj de cuco, *clic, toc, cucú*, increíble.

Increíble porque oigo notas en el silencio, unas suaves notas de barítono,

y, por más rápido que toque,
por más que mis dedos se tensen,
por más puro que suene el vibrato,
no logro dominar el sonido memorizado.

El arco tiembla en mi mano derecha,
y no consigo ejecutar el *pizzicato* con la izquierda.

Vuelve a empezar. Otra vez. Otra vez.

Esos dos, por más que lo intenten, no lo averiguarán.

Jamás lo adivinarán.

Cada día me siento como una piedra sobre una tabla de pino pulido, la espalda tesa *las piernas cruzadas* los codos pegados a los costados / los ojos fijos en el suelo, eludiendo preguntas y ocultándome de voces cálidas.

Hace meses que no les puedo decir la verdad, hace meses que no puedo hablar sin que el temor me atenace la garganta, pero ellos se empeñan en decir que nuestra casa es un hogar.

Me siento desplazada. Un peso acuoso, que se mueve, haciendo que mi taza rebose.

¿Cómo he medido estos siete días sola? ¿En suspiros, parpadeos, latidos?

¿Con números, preguntas?

No:

con pinzas, creo,

arrancando el tiempo de una piel sensible.

Un segundo tras otro.

Devoro mi comida en silencio.

El sábado devoré ruido y luz y el movimiento de unos cuerpos agitados.

Bebí con determinación, con violencia, bebí hasta caer redonda.

El sábado olvidé que me sentía sola. Olvidé cómo me sentía.

Olvidé mis torpes dedos y los mástiles de violín de arce, mi dolorido corazón y las cuerdas de tripa, las sábanas cálidas y los papeles limpios.

Olvidé el comienzo y el fin. *Da Capo al Fine.*

(Resiste hasta el fin de semana, Juniper, podrás volver a olvidarlo todo.)

HOLA,
mi nombre es

Olivia Scott

Desde donde estoy sentada, en el cuarto de estar, oigo el sonido de las llaves. Por fin. Debe de ser Kat.

Cierro mi libro de texto, entro en la cocina y le doy al interruptor. La lámpara desportillada sobre la encimera se enciende, iluminando nuestra mesa de madera. Nuestra desnuda nevera está enmarcada por una alfombra cuadrada de color gris. La decoración de esta casa parece inspirada en los consejos sobre interiorismo que ofrece la sección de «prisiones», poco conocida, de *Better Homes and Gardens*. Recuerdo con nostalgia las marchitas calabazas y los tríos de piñas, las decoraciones que ostentaban nuestros noviembreres cuando mamá estaba en casa. No han pasado ni tres años, pero parece que haya pasado toda una vida.

—¿Dónde te habías metido? —pregunto cuando Kat cierra la puerta—. Te he llamado tres veces.

—Lo sé. —Se quita los zapatos sacudiendo los pies junto a la nevera.

—Tía, hace casi una hora que terminaste de ensayar.

—Lo sé —repite Kat—. Gracias por mantenerme informada, hermana helicóptero.

El despectivo apodo me exaspera. Procuro no perder la paciencia.

—Papá trabajará hoy hasta las once, y me ha pedido que cuando vuelva a casa no hagamos ruido. Necesita dormir, así que... No sé, ponte los auriculares si vas a jugar a la consola.

Kat se dirige hacia la escalera. Me apresuro a decir:

—He preparado la cena. Y había dos mensajes nuevos informando de que te has saltado las clases, así que tenemos que hablar sobre...

Mi hermana empieza a subir la escalera.

—Dios, Kat —le espeto—. ¿No podrías...?

Ella se vuelve.

—¿Qué?

Cuando observo su rostro, mis furiosos pensamientos se desvanecen. Mi hermana parece agotada. Su cabello rubio largo hasta los hombros está revuelto y enmarañado. Tiene un aspecto quebradizo por las frecuentes decoloraciones de confección casera, pero empiezan a asomar unas raíces oscuras. Sus ojeras parecen manchas de vino sobre un mantel blanco. Sus labios delgados muestran un gesto agrio.

—¿Estás bien? —es lo único que le pregunto con timidez.

Ella esboza una media sonrisa. Parece una mueca despectiva.

—Sí, claro —responde—. ¿Y a ti cómo te ha ido hoy, cariño?

El dolor estalla dentro de mí como una uva amarga. Kat sube la escalera.

¿Qué problema tiene? ¿No se da cuenta de lo mucho que me esfuerzo?

No hay nada que hacer con ella. Se pasa horas encerrada en su habitación con sus mejores amigos: BioShock, Mas Effect y Half-Life 2. Oigo disparos a través de las paredes. Es increíble el volumen que alcanza su ordenador portátil.

No me corresponde a mí sacarla a rastras, gritando y pataleando, pero hay días en que desearía tener el valor de hacerlo. Nuestra casa empieza a parecer una cárcel en la que los presos están incomunicados.

Oigo el zumbido de mi teléfono móvil, que transmite un mensaje de texto. Es de Dan Silverstein. Hola, ¿cómo va todo?

Yo suspiro. Lo de Dan ha sido tan aireado en el instituto que no quiero contestar. Pero no es justo hacerle pagar por lo que los demás me hacen tragar.

Como siempre, respondo. ¿Y tú qué tal?

Mientras espero su respuesta, retiro la pasta del fuego y me sirvo unas cucharadas en un bol. Luego pongo el resto a fuego lento, para que esté caliente para Kat. Siempre confío en que baje a cenar conmigo, pero nunca lo hace; quizá sea mejor así. La última vez que comimos juntas fue hace más o menos un mes. Nos cruzamos media docena de frases. Dos de ellas eran «hola» y «hola».

No puedo evitar acordarme de las cenas cuando íbamos a segundo de secundaria. Para empezar, estaban mejor preparadas, porque mi madre —a diferencia de mí— era una experta a la hora de poner la comida en utensilios adecuados para mantenerla caliente sin provocar un incendio. Pero, sobre todo, las cenas sabían mejor porque toda la familia estaba sentada alrededor de la mesa. La ausencia de mi madre siempre se hace notar, y esta noche la silla de mi padre también está vacía. Últimamente trabaja hasta muy tarde. Éste es el tercer día consecutivo que no llegará hasta

pasadas las once.

Engullo mi pasta con tal rapidez que me quema la boca. Tuerzo el gesto mientras me quito unos trocitos de piel del paladar con la lengua.

Mi móvil suena de nuevo. Yo estoy bien, dice Dan. El sábado lo pasé genial.

Yo también, contesto. No es del todo mentira. Ese chico no es un Han para mi Leia, pero es atractivo y simpático, y parecía bastante inofensivo. Una combinación sorprendentemente rara.

¿Qué haces?, me pregunta.

Estoy cenando. ¡Pasta!

Lo siento, no quiero interrumpirte.

No, tranquilo, ya he terminado, respondo, levantándome para fregar mi plato. ¿Y tú que haces?

Nada importante, se limita a decir. Espero que continúe, pero no lo hace. Me echo a reír. ¿Por qué me mensaja, si lo único que contesta a mi pregunta es «nada importante»? ¿Qué extraño mecanismo tiene el cerebro masculino?

De repente aparece en la pantalla de mi teléfono móvil la foto de su pene.

Lanzo un taco y dejo caer el móvil. «¿Qué? ¿Por qué?», pregunto en voz alta a mi teléfono, confiando en que Siri arroje luz sobre la situación. Debe de ser un error. ¿Le he dicho yo a Dan algo que le indujera a pensar que quería una foto de eso?

Recojo mi móvil del suelo y miro mis mensajes de texto. Está claro que no he dicho nada que le invitara a hacer eso, a menos que Dan sienta una extraña atracción por la pasta que prefiero no saber.

¡Ni siquiera es la hora adecuada para fotos de penes! ¡Son las seis y diez de la tarde! Aunque, en realidad, no existe una hora adecuada para recibir la foto de un falo que no has solicitado.

Respondo con un mensaje de texto. Tío.

Su contestación: Tío, ¿qué?

Tecleo lo que me parece una respuesta bastante medida. Aunque tengo que hacer un esfuerzo para superar el pánico que me produce la recurrente imagen mental de un *¡pene! ¡pene! ¡pene!*

¿Qué se supone que he de hacer con eso?, pregunto.

No sé. ¿Disfrutar?, responde Dan.

«Disfrutar», digo al teléfono. «¿Disfrutar?» Me imagino un anuncio de comida italiana. «¡A disfrutar!»

Suelto una carcajada, aguda, nerviosa, que apenas suena como mi voz. Dejo el teléfono sobre la mesa de la cocina y me apoyo en ella. Dios, si Kat ha oído esto, debe de pensar que he sufrido un brote psicótico.

En la pantalla de mi móvil aparece un globo con puntos suspensivos cuando Dan teclea otro mensaje. El siguiente texto es otra joya: ¿De modo que no voy a recibir nada a cambio? ;)

Yo suspiro. Debí suponerlo. «No», digo a mi teléfono.

Oigo un ruido a mi espalda. Me vuelvo. Kat está en la puerta.

—Hola —digo, guardándome el móvil en el bolsillo.

Ella responde con un ademán de la cabeza y se acerca a los fogones. Vierte el resto de los espaguetis en un plato con gesto displicente. Entre nosotras se hace un tenso silencio mientras se sienta en una silla, haciendo girar el tenedor entre los dedos.

Me siento en la silla frente a ella. Me mira entrecerrando los

ojos. Esos ojos azules —los ojos azules de mi madre— son la única cualidad que compartimos. Aparte de eso, somos unas gemelas antiidénticas. Kat apenas mide un metro sesenta de estatura, y es muy pálida. Yo solía bromear sobre su estela de ectoplasma cuando íbamos a segundo de secundaria y hacíamos cosas como bromear entre nosotras.

—¿Ha ido bien el ensayo? —pregunto.

Se encoge de hombros y sigue comiendo. Pasan unos minutos.

Me aclaro la garganta y observo a Kat con recelo.

—Bien, sobre lo de no ir a clase...

—Ya, tranquila. He resuelto lo de mis faltas. Pedí a papá que firmara unos justificantes diciendo que he estado enferma.

—Pero... no lo estabas.

—Pero él firmó los justificantes —dice, encogiéndose de hombros—. Problema resuelto.

Apoyo el codo en la mesa. Está claro que tengo que hablar con mi padre. Entiendo que quiera darnos cierta libertad de movimientos cuando tiene un horario de trabajo tan irregular, pero no puede soltar las riendas por completo.

Mi padre es el encargado adjunto del McDonald's que hay en Franklin Road. Yo creía que el hecho de que la palabra «encargado» figure en tu título significaba menos horas, pero papá trabaja una cantidad de horas obscena. ¿Es posible que prefiera tratar con los necios que se acercan en sus vehículos a la ventanilla del establecimiento que con nosotras? ¿O tenemos unos problemas de dinero que nos oculta?

Suena el zumbido de mi móvil. Si no hay más remedio, esperaré ;)

—¿Quién era? —pregunta Kat.

—Un chico.

—¿El tío que te follaste el fin de semana pasado?

—¡Eh! —contesto bruscamente—, cuidado con lo que dices.

—Tenemos un equipo ganador. —Kat suelta una carcajada—. Tú y el tío que está en mi clase de álgebra. La pareja ideal.

Las mejillas me arden. Genial. Me he convertido en objeto de burla para mi hermana.

Quizá sería mejor que subiera a mi cuarto. ¿Por qué sigo esforzándome con ella? ¿Por qué me molesto? ¿Por qué me quedo aquí sentada, aguantando sus pullas?

Porque antes era diferente, dice la voz en mi cabeza. Pero al mirar a Kat apenas recuerdo cómo era antes. La Kat de la escuela secundaria tenía una melena larga y lacia que le caía hasta la mitad de la espalda. Era muy reservada, pero no era una niña solitaria. A la hora de almorzar se sentaba con Juniper, Claire y yo, tratando de vez en cuando de convencernos para que jugáramos a videojuegos con ella. Pero sólo jugábamos al tenis; en verano, las cuatro nos dividíamos en dos parejas de dobles. El equipo en el que jugaba Claire siempre ganaba el partido.

Luego abandonamos la escuela secundaria y mi madre se marchó de Paloma, desapareciendo en las profundidades de la Costa Oeste. Han pasado dos años y medio desde que Kat se encerró en su mutismo.

Pero ¿cuándo se volvió tan mezquina? No existe una línea divisoria clara. ¿Habría hecho un comentario semejante el verano pasado? ¿El año pasado? ¿Cómo hemos llegado a este punto?

—¿Cuántos chicos llevas ya? —pregunta—. ¿Una docena?

—Oye, tía —le espeto, dejando mi móvil con violencia en la mesa—, ¿qué problema tienes?

—No tengo ningún problema. Está claro que la que tiene un problema eres tú.

—De acuerdo, para. ¿Por qué te portas así conmigo? Yo no te hago nada.

—Sigues ahí sentada, ¿no?

Eso me sienta como una patada en la espinilla.

—Vale —digo, procurando controlar mi tono de voz—. Deja de comportarte como una cría, Kat.

Nada me produciría más satisfacción que lanzar mi silla bruscamente hacia atrás, pero resisto la tentación. Doy media vuelta y me esfuerzo en no subir la escalera a toda prisa. En cuanto llego arriba, fuera de la vista, me apoyo en la pared, contemplando el oscuro papel pintado. En el pasillo cuelgan varias fotos familiares, dejando una estela de nostalgia.

Mamá, ¿qué le dirías a Kat? ¿Qué harías?

Mi madre era despistada, nerviosa, una buenaza. Se entregaba con generosidad a todo el mundo. Seguro que habría abrazado a Kat hasta conseguir que se ablandara, negándose a soltarla hasta que le confesara qué rayos le ocurría.

Me clavo las uñas en las palmas de las manos. Hiciera lo que hiciera mi madre, Kat me seguirá odiando. «Hermana helicóptero», me ha dicho, dedicándome el epíteto más hiriente que me han llamado en mucho tiempo, que es mucho decir. No trato de asfixiarla, pero ¿qué debo hacer? Mi padre no la sacará de esta espiral, y alguien tiene que hacerlo. No la agobio para que asista a clase y todo lo demás por diversión. No debería corresponderme a

mí esa tarea.

Me dirijo por el pasillo hacia mi habitación, me tumbo en la cama y saco mi móvil del bolsillo. Venga, tía sexy, porfa, dice el último mensaje de Dan.

Al cabo de un segundo, caigo en la cuenta de que me lo estoy pensando. ¿Por qué? No hay ninguna garantía de que él no vaya a difundirlo, y mi reputación no necesita otro escándalo.

Mientras releo sus mensajes de texto, siento un extraña ansia detrás de mi esternón. Es más bien triste, pero, comparado con la mirada furibunda de Andrea, la opinión que Claire tiene de mí y el desprecio de mi hermana, esta invitación resulta muy agradable. La persistencia es odiosa, pero al menos me recuerda que mi presencia no repele a todo el mundo, como al parecer repele a mi hermana.

Al cabo de unos minutos, respondo con un mensaje de texto: Yo no envió fotos. Haz el favor de no mandarme esas cosas.

Me doy la vuelta, agotada.



Mientras me seco el pelo con una toalla, examino de nuevo los estantes de mi dormitorio, con la esperanza de que quizá se me haya pasado algo por alto. Pero no. He contado cada libro: treinta y siete en las baldas junto a la puerta, dieciocho en el estante sobre mi espejo y otros sesenta y seis en la estantería de debajo de mi cama alta. A día de hoy he leído cada libro dos veces, excepto *Física de lo imposible*, que no pienso leer nunca. No es el tipo de lectura que me atraiga; es evidente que va dirigida a personas aficionadas a la ciencia ficción.

No entiendo que a la gente le parezca tan fascinante la ciencia ficción. Algunas de esas obras carecen del más elemental sentido común. ¿El inevitable tropo de un mundo futuro donde coches voladores han sustituido a otros medios de transporte? Sí, excelente. ¿Se han parado a pensar estos autores en la acrofobia? Es un decir, claro está, pero para los millones de personas que sienten pánico patológico a las alturas volar en coche puede ser algo *absolutamente aterrador*. Pero no: a los autores no parece que les preocupen los acrófobos de este mundo.

—Valentine —me llama mi madre—. ¿Estás aún en la ducha?

—Si lo estuviera, no podría oírte —contesto, colgando la toalla.

—Ven a cenar, listo.

Me pongo una camiseta y me dirijo hacia la cocina. Mi madre coloca un plato ante mí y cuando se sienta al otro lado de la mesa, me preparo para oír las acostumbradas frases estúpidas, como: *¿Qué tal te ha ido hoy en el instituto?, ¿has aprendido algo nuevo?, ¿has hecho nuevos amigos?* Uno de los muchos inconvenientes de tener una madre que trabaja como orientadora en el instituto es su inagotable entusiasmo por la charla intrascendente.

Pero lo único que dice es:

—Tu padre está aún en el laboratorio.

—Sí. Ya lo suponía —respondo con tono neutro—. Puesto que no está.

Mi madre no dice nada. Receloso, bebo unos sorbos de agua y la miro sobre el borde del vaso. Tiene la cabeza inclinada, con unos mechones de color castaño miel que le caen sobre los ojos. Mira su tenedor, con el que remueve su puré de patata en lugar de hacer algo productivo con él.

No me impresiona. Siempre me riñe *a mí* por pasear la comida por el plato en lugar de comérmela.

—Algo pasa —aventuro.

Ella me mira y se apresura a sonreír.

—No, nada.

—De acuerdo...

—Sólo... la asamblea.

—Ah. Eso. —Como un bocado y dejo el tenedor sobre el plato—. ¿Qué te preocupa?

—El hecho de que haya sucedido en Paloma... —Mi madre

menea la cabeza—. Espero que averigüen pronto todos los detalles. La forma en que han explicado el asunto me ha disgustado un poco.

—¿Por qué?

Mi madre apoya un codo en la mesa y sonrío con ironía, lo que no es habitual en ella.

—Lo comprenderás cuando tengas hijos.

—Eso no va a suceder —murmuro, y sigo comiendo—. De todos modos, a mí la exposición me pareció bastante clara. No vale la pena preocuparse por ello.

Quizá sea hipócrita por mi parte decir eso, dado que no puedo dejar de pensar en la asamblea. Pero es debido a que fue justamente mi mensaje lo que desencadenó ese follón.

Hace dos semanas, después de clase, estaba esperando a que mi madre viniera a recogerme en coche para llevarme a casa. A las seis, después de que se vaciaran las aulas, pasé frente a la sala de descanso de los profesores, situada en la nueva ala. Oí una voz a través de la puerta cerrada. Me acerqué lo suficiente para captar lo que decía.

—Nadie lo sabrá. —Esa frase hizo que me detuviera en seco. Era la voz de una chica que no identifiqué, cuyo tono denotaba ansiedad—. Por favor..., no te preocupes. No estoy en tu clase, no nos han visto juntos y yo no se lo he dicho a nadie, te lo prometo. —Una pausa. El sonido de un beso—. Te quiero.

Me aparté de la puerta. Mientras asimilaba lo que acababa de oír, me alejé apresuradamente, sintiendo que el pulso se me había acelerado. Esa noche envié el mensaje mediante el formulario anónimo de la web del instituto: *Un profesor y una estudiante tienen una relación sentimental. Los oí en la sala de descanso de los profesores después de*

clase. Ignoro sus identidades.

Es curioso, pero ahora casi pienso que no debí hacer nada, lo cual es absurdo. ¿No me convertiría eso en cómplice?

El poco apetito que tenía ha desaparecido. Me disculpo y, por una vez, mi madre no dice nada sobre la comida que he dejado en el plato. Regreso a mi habitación, pero nada en ella me reconforta: ni los maltrechos lomos de mis libros favoritos, ni el frío resplandor de mi ordenador portátil, ni el marco de la noche negruzca a través del tragaluz. Hago girar el giroscopio que tengo en mi mesa —una vez, dos veces—, pero su hipnótico zumbido no me calma.

Tomo las llaves de reserva del coche de mi madre que cuelgan de un gancho en la puerta. Me pongo el abrigo y paso a través de la cocina, donde mi madre sigue sentada.

—¿Adónde vas? —pregunta.

—Fuera —contesto. No me quedo esperando para recibir una respuesta.

Dar una vuelta en coche por la noche siempre me ayuda a aclarar las ideas. No sé muy bien por qué. Desde luego no es la vista, puesto que no hay mucho que ver en Paloma, Kansas, 38.000 habitantes. Supongo que la soledad resulta más llevadera cuando te mueves.

Paso frente a los modestos aunque pretenciosos centros comerciales situados en medio de la ciudad, los comercios locales y las tiendas de antigüedades. Al cabo de un rato, cuando los dejo atrás, aparece a la izquierda un McDonald's de aspecto solitario, la única evidencia de que la Norteamérica corporativa reconoce nuestra existencia. El resto de esta pequeña población se compone de un laberinto de vecindarios residenciales. Algunos son elegantes barrios estereotipados con idénticas minimansiones; otros, unos

proyectos *yuppies* generosamente adornados con ventanas circulares y jardines orgánicos; otros consisten en unas callejuelas desiertas con vallas de tela metálica patrulladas por nuestro reducido cuerpo policial.

De alguna forma, termino en el Paloma High, en el aparcamiento de estudiantes de penúltimo año. Por la noche nuestro instituto es un edificio distinto, un cuerpo desierto sin luz en sus ojos. Mientras observo por el parabrisas de mi coche el batiburrillo de tres plantas de ladrillo y modernismo, sólo pienso en el breve sonido de esas dos personas al besarse. La frase murmurada que recuerdo: *te quiero*.

En parte me pregunto qué se siente al besar a alguien. Nunca he sentido el deseo de tratar de oprimir mi boca contra la de otra persona. Me niego a creer que sientes como si escucharas una sinfonía de violines, o una cámara enfocándote de forma feroz, o una erupción de emociones en el centro del pecho, ni nada de lo que dicen que uno siente.

Me miro las manos. Alzo dos dedos, cierro los ojos y oprimo los labios contra ellos.

Nada. No siento nada.

Después de permanecer inmóvil durante un segundo, aparto mi mano. Me bajo del coche y cierro de un portazo, avergonzado de haber sentido el deseo de hacer eso. Avergonzado de que se me haya ocurrido siquiera. Me subo en el capó del coche, me apoyo contra el parabrisas y alzo la vista, con las manos enfundadas en los bolsillos. La galaxia parece pintada con aerosol a través del cielo. Al contemplarla, noto como si me engullera. Me siento infinitamente pequeño.

Sé que la Tierra gira sobre su eje a 1.600 kilómetros por hora. Sé

que gira alrededor del sol a 106.000 kilómetros por hora. Sé que todos giramos alrededor del centro de la Vía Láctea a 777.000 kilómetros por hora. Pero tumbado aquí, tengo la sensación de estar inmóvil. Inspiro, contengo la respiración mientras cuento hasta diez y la suelto. Mi aliento se extiende sobre mi cabeza y se esfuma en el cielo negro.

Has hecho tu parte, dice una voz en el fondo de mi mente. No tienes más información que proporcionar al instituto. Es inútil que te preocupes por esto.

Pero la voz de la chica no deja de resonar en mis oídos, grave, sensual, dulce.



Llevo tres días, desde el lunes, escuchando teorías.

Teorías sobre quién sería tan sinvergüenza como para acostarse con una estudiante.

Teorías sobre quién sería tan puta como para acostarse con un profesor.

La cafetería parecía una guarida de lobos,
mesa tras mesa llena de afilados colmillos.

En la cola, a mi espalda, unas extrañas aúllan y ladran; hoy tienen carne fresca que despedazar:

La lista de candidatos de Claire, recién publicada.

«Las listas del gobierno estudiantil son la hostia, por poco me parto de la risa...»

«Matt Jackson está en ella, pero ¿qué mierda...?»

«... y Olivia Scott, que es..., ya me entiendes.

«Sí.

«He oído decir que Olivia es como... muy maja. Pero, en seeerio, es tan putón. Madre mía.»

«Ya, joder, ¿sabes que el fin de semana pasado se tiró a Dan Silverstein?»

«¿Qué te apuestas a que es ella la que está liada con el profesor? ¡Espera, madre mía, soy un genio! ¿Y si todos esos tíos fueran una cortina de humo para que no la descubran?»

(Yo me encaro con ellas porque esta semana el tema se ha salido de madre y ya no lo soporto.) —¡Ni se os ocurra!

El cuerpo estudiantil es un cuerpo

que se está envenenando a sí mismo por vía intravenosa.

Ácido y odio y bilis.

No es de extrañar que me den ganas de vomitar.

Nadie dice nada.

Dos bocas pintadas con brío formando una O, cuatro ojos perfilados me miran con insistencia.

Nunca había visto a estas chicas.

Espero no volver a verlas nunca.

Si condenan a Olivia por abrirse de piernas, me condenarán a mí si averiguan...,

pues adelante.

El número de parejas es tan poco importante como la estatura, el peso y el color de los ojos, ¿no?

¿La edad...?

Pero no, no, *por supuesto que no*, porque nos han enseñado a obedecer a los adultos; porque rechazar a alguien requiere una fuerza de voluntad tremenda cuando te han enseñado a adaptarte, a aplacar los ánimos, a complacer a los demás; porque la edad sí importa, me consta.

Lo juro.

—*Lo siento, Juniper*—dice una de las chicas—, *yo no quería...*

Me alejo apresuradamente. Paso junto a nuestra mesa. Olivia y Claire me miran con los ojos como platos, como si yo estuviera hecha de polvo de estrellas, como si quisieran absorber mi extraña e insólita luz.

Percibo una mirada escandalizada en el pasillo cuando paso a toda prisa,

dos, tres, cuatro miradas escandalizadas dirigidas a la chica que muestra sus emociones a plena luz del día.

Extiendo mis dedos sobre mi rostro,

como si nadie pudiera verme a través de ellos, deseando, *deseando...*

doblo-la-esquina-entro-y-cierro-con-llave-temblando-de-pies-a-cabeza-a salvo.

La luz se refleja en las paredes del lavabo, reverbera en el interior de los cubículos.

Minutos. Me cubro de calma como si extendiera un protector solar sobre mi piel.

Siento un grito atrapado en mis costillas.

Sostengo los dedos debajo del agua caliente. Se ponen rojos.

Observo mis ojos en el espejo, pero hay algo en ellos que no es mío.

Aún no he aceptado la nueva situación,

y no consigo convencerme:

hemos terminado, hemos terminado, hemos terminado.



¿Has sentido alguna vez vergüenza ajena, el deseo de que la tierra te trague, ponerte a patallar y gritar? *¿Por qué motivo ibas a sentirte así?*

Jamás pensé que un día experimentaría un sentimiento de humillación indirecta precisamente por Juniper. Siempre parece tan serena y segura de sí, que a veces cuesta creer que sea real.

Lo cual no quiere decir que sea perfecta. Nadie es perfecto. Ni yo misma soy perfecta.

No obstante, tranquiliza comprobar que Juniper no teme mostrar al mundo que no es perfecta. Echar la bronca a dos chicas en una cafetería atestada de gente no tiene nada de perfecto. Yo jamás he hecho nada tan bochornoso.

Aunque no me deja en buen lugar, el hecho de que Juniper se comportara de ese modo hace que me sienta como si yo hubiera ganado algún concurso.

—¿A qué venía eso? —pregunta Olivia, mirando asombrada a Juniper.

—Ni idea. Iré a ver si quiere hablar. —Me levanto, guardando los

restos de mi comida en una bolsa de papel.

—No querrá hablar —dice Olivia—. ¿Recuerdas el recital del invierno pasado?

Tuerzo el gesto. Es difícil olvidar el recital que dio Juniper en diciembre pasado. En medio del último movimiento de un *concerto*, se equivocó en una transición y dejó de tocar, ante el silencio atronador del público y de su acompañante. Tuvo que volver a tocar el movimiento desde el principio, una pieza de siete minutos difícilísima que requiere un gran dominio técnico del violín. Cuando el público abandonó la sala, Juniper se encerró en el lavabo y nada de lo que dijéramos sus padres, Olivia o yo consiguió convencerla para que saliera.

Al cabo de media hora, salió en silencio, habiendo recobrado la compostura. Nunca ha mencionado ese episodio.

—Bueno, puedo intentarlo —digo.

—Suerte —responde Olivia.

Me dirijo hacia la puerta, frunciendo el ceño mientras me coloco la mochila mejor sobre los hombros. Diez kilos de libros de texto, libretas y carpetas llenas a rebosar. Cuando abandono la cafetería, una voz en mi cabeza dice: *Lo menos que podría hacer Olivia es tratar de hablar con ella*. Pero Olivia nunca trata de hacer eso con Juni ni conmigo. No le gusta entrometerse. Tengo la sensación de que detesta ese tipo de intimidad.

Cuando la madre de Olivia se marchó de Paloma, yo hacía algo por ella todos los días. Le enviaba mensaje, iba a verla..., hacía cuanto podía por ayudarla a superarlo. En aquel entonces, el verano antes del primer año de instituto, yo era demasiado joven para conducir, de modo que convencí a mi hermana, Grace, para que me llevara adonde Olivia quisiera que fuese. Pero cuando rompí

con mi chico, en mayo, Olivia se ocultó detrás de una débil y cobarde capa de simpatía, ofreciéndome topicazos como: «Todo se arreglará» y «dime si puedo hacer algo por ti».

Bien pensado, no sé si eso fue justo.

Al doblar la esquina veo a Juni al fondo del pasillo, metiéndose en el lavabo de chicas. Corro tras ella.

Cuando alcanzo la puerta, la empujo con el hombro. Está cerrada con llave.

—¿Juniper? —digo—. Soy Claire. ¿Podemos hablar?

—Estoy bien —contesta en voz baja—. Por favor, sólo necesito tiempo.

—Vale. Ya me dirás si puedo hacer algo. —Me aparto de la puerta, conteniendo un suspiro. Olivia tenía razón. Por supuesto.

A veces tengo la impresión de que Olivia y Juni se hallan en un plano distinto del mío. Les encanta fingir que todo va bien. Se entienden mutuamente. Yo, en cambio, odio guardarme las cosas para mí. Comparada con ellas, creo que soy un desastre. Ellas son unas arias compuestas con esmero, mientras que yo soy una mala sonatina garabateada en el pentagrama. Juniper es elegante. Olivia es estoica. Sabe Dios lo que soy yo.

Estas disputas y estos silencios entre las tres me causan un estrés tremendo. ¿Se está enfriando nuestra amistad? Hemos formado un trío inseparable desde sexto de primaria, y pensar en la posibilidad de perderlas hace que se me encoja el corazón.

Me muerdo la uña del meñique. El término «perderlas» no es correcto. No es que las tres nos alejemos una de otra. Yo me esfuerzo como siempre. Son ellas las que se alejan de mí.

En todo caso, es lo que pienso. Juni y Olivia forman una pareja

perfecta, como siempre, y yo soy una especie de espectadora que se siente cada día más alejada de ellas.

Me vuelvo y miro la puerta del lavabo. El hecho de que Olivia tuviera razón sobre esto me irrita. Conoce a Juniper mejor que yo, está claro. Yo estaba equivocada.

Odio equivocarme.



Cuando regreso en coche al instituto desde la tienda de licores no dejo de pensar en un programa de televisión que solía ver en Nueva York, *El confesor*. El protagonista, el presentador, es un tipo llamado Antoine Abbotson, bajito y sonriente, que luce un traje azul marino. En cada episodio presenta a tres personas que guardan un secreto. La idea consiste en que el confesor les ofrece una cantidad de dinero, que va en aumento, para que cada una confiese su secreto en el programa en directo. Pero, cuando el dinero alcanza cierto umbral —un número oculto por debajo de 50.000 dólares—, el concursante se suele marchar con las manos vacías. A veces, sin embargo, los participantes se llevan un buen dinero. Una mujer consiguió 47.000 dólares por explicar a su marido que el cuarto de estar apestaba porque una noche en que se paseó dormida por la casa hizo caca dentro del piano vertical, y por más que se esforzó no logró alcanzar el lugar donde habían quedado los excrementos, y no había tenido el valor de decírselo a nadie.

Al mirar ese programa, resulta curioso ver el precio que la gente pone a sus secretos. Los miembros de mi familia se cuelgan sus excentricidades alrededor del cuello cada día cuando salen de casa. Mi tío Jeremy ganó un trofeo por tener el bigote más largo del

estado de Nueva York. Mi prima Cabret abandonó la universidad para fundar una empresa de investigadores privados. Y no me olvido de mi bisabuela Louise, quien a los noventa y un años vive sola en una cabaña en los Catskills y cada mañana sale a comprobar si hay algún animal muerto en las trampas que ella misma coloca.

Mi familia valora la honestidad por dos razones: en primer lugar, los Diez Mandamientos dicen: «No levantarás falso testimonio»; y, segundo, mi familia está llena de *dadores*. Los *dadores* ofrecen sus secretos con cada apretón de manos; lo ponen todo al descubierto.

En cuanto a mí, tengo un secreto que oculto a mis padres. Es aburrido, y en el instituto todo el mundo lo sabe: vendo drogas. No drogas duras, sólo hierba y alcohol, pero no estoy dispuesto a contárselo a mis padres. Piensan que el dinero del que dispongo proviene de barrer los suelos de Brent Hardware, donde trabajo en verano.

Les rompería el corazón si les contara la verdad, pero, aunque son muy generosos, nunca tengo suficiente con el dinero que me dan. Siempre quiero más, y el hecho de estar en Paloma empeora la situación. Este lugar me pareció irreal cuando llegué aquí para estudiar en el instituto: una población del tamaño de una casa de muñecas, increíblemente pequeña, que desde entonces se ha encogido. Conozco a todo el mundo. He estado en todas partes. Ya no me ofrece ningún beneficio salvo el que obtengo con el negocio que he emprendido. A veces resulta deprimente.

Cuando entro en el aparcamiento de estudiantes de penúltimo año, las cajas de cerveza apiladas en la parte trasera de mi camioneta emiten un coro de sonidos metálicos. De improviso aparece un destartalado Camry haciendo sonar el claxon. Muevo el pie hacia el pedal del freno. Pero es demasiado tarde.

El Camry choca con mi guardabarros delantero y salgo

proyectado hacia delante. No es tanto un choque como un encontronazo. «Encontronazo» suena menos dramático que «choque». Me siento un tanto estafado.

En el silencio repentino, hago inventario de mi cuerpo, confeccionando una lista mental:

- *Piel helada.*
- *Pulso en sitios extraños: ¿lóbulos de las orejas, antebrazos?*
- *Ningún dolor.*

Al menos no me he lesionado, y puedo tachar algo de mi lista de «Nunca he...».

El maltrecho Camry se mete en un espacio libre, y yo aparco junto a él y me bajo apresuradamente del vehículo para comprobar los daños. La puerta de mi camioneta rechina cuando la cierro.

El Camry ha sufrido sólo una pequeña abolladura debajo de un faro. Mi camioneta, por el contrario, parece como si se hubiera peleado con un Transformer. El Camry debió de golpear la última tuerca que impedía que mi guardabarros se desprendiera. Ahora cuelga torcido, como una sonrisa lasciva.

Aprieto la mandíbula y me paso la mano por el pelo. Parece mentira que me preocupe por una desvencijada camioneta cubierta de barro. ¿Qué dirían mis amigos de secundaria?

Tardo un minuto en borrar ese pensamiento. En primer lugar, si todo sale según lo previsto, habré ahorrado el suficiente dinero para comprarme un coche nuevo, uno bueno, antes de graduarme. Segundo, dado que no tengo ningún contacto con nadie de la Pinnacle School, sus opiniones me tienen sin cuidado.

No obstante, no consigo quitarme de encima el complejo que ese lugar me generó.

Mi escuela secundaria era una academia privada ubicada en el vecindario más próspero de Brooklyn. Yo había ingresado en ella con una beca, era el chico más pobre, con mucho, de todos los que estudiaban allí. Era humillante. Todo lo referente a mí, desde mi corte de pelo hasta mi ropa, pasando por el medio de transporte que utilizaba, resultaba chocante. Una hora de viaje en tren separaba nuestro apartamento en Coney Island de la elegante zona en Brooklyn Heights donde se hallaba la Pinnacle School. Yo hacía los deberes en el tren, sentado en un rincón del vagón junto a mi madre.

Los chicos que iban a la Pinnacle no parecían preocuparse nunca por el dinero, porque estaban rodeados de él. En cada recreo, mis cuentas de Instagram y Facebook se inundaban con fotos de viajes en primavera a las Maldivas, vacaciones de esquí en Aspen y casas de veraneo en Europa. Exhibían su riqueza con toda naturalidad. Los más pijos ostentaban jugadores de polo y logos de Golden Fleece en sus prendas color pastel. Los *otros* estudiantes lucían holgados jerséis y *leggings* con unos rotos artísticamente distribuidos, pero era la misma historia de vida de cantidades increíbles de dinero, sólo que traducida a un lenguaje distinto.

No echo de menos ese lugar. Aún me avergüenzo de mi familia debido a ello. Aún me preocupa lo que los demás piensen de nosotros, incluso aquí, en Paloma, donde ahora formamos parte de la clase media acomodada.

—¿Estás bien, Lucas?

Levanto la vista de mi guardabarro. El hecho de ver un rostro conocido me tranquiliza; conozco a Matt Jackson desde primer año.

—¿Y tú? —le respondo.

—Sí. ¿Quieres llamar a la poli?

—La policía... —Miro la plataforma de mi camioneta—. Vale.

Matt observa las lonas que cubren las cajas.

—No es preciso. Mi coche está bien, así que, si no te importa conducir con el guardabarros colgando, por mí no hay problema.

—Gracias, tío. Te lo agradezco.

Matt responde con un gesto de cabeza. Es un chico discreto y agradable, que apenas dice nada. Aparte, es muy atractivo, en un estilo que me gusta, pero he aprendido a no fijarme en los tíos atractivos, porque en este instituto todo el mundo es agresivamente heterosexual.

Según un artículo que leí, el tres o cuatro por ciento de las personas son gais, lesbianas o bisexuales. No sé de dónde sacarían esa estadística, pero seguro que no fue de Paloma High School. Mil doscientos estudiantes, y no he conocido a un solo homosexual ni a una lesbiana. Está claro que aquí no existe ningún Club de Alianza Entre Gais y Heterosexuales.

A veces pienso que deberíamos fundar un club para todas las poblaciones minoritarias, dado que este instituto reúne la diversidad étnica de un tarro de mayonesa. Al principio, cuando me trasladé aquí, donde todo el mundo ostenta la misma tonalidad blanca y pertenece al mismo subgénero metodista, el choque cultural fue tremendo.

Matt abre la puerta trasera de su coche y mete la cabeza dentro; sus poderosos omóplatos resaltan a través de la parte posterior de su sudadera con capucha. Su voz suena ahogada mientras rebusca entre los trastos en su asiento posterior.

—¿Puedes pasarme algo hoy?

—Sí, ven a verme después de clase.

—Perfecto. —Matt se coloca la mochila sobre los hombros y cierra la puerta—. Nos vemos, colega.

Siento un pellizco en el centro de mi pecho. No digo nada mientras Matt se ajusta un pañuelo en la cabeza. Sus ojos son de color castaño claro y cautelosos, y me pregunto si...

«¿Nos vemos, colega?»

De repente me dejo llevar por un impulso. Quizá sea la adrenalina que sigue circulando bajo mi piel, o el olor del aire frío que evoca la sensación de la mano de otra persona en la mía. La primera vez que sostuve la mano de un chico fue en invierno de segundo de secundaria, y las frías tardes invernales me lo recuerdan de vez en cuando: la mano cálida y vacilante de Caleb.

—Oye, Matt —digo—. ¿Quieres que quedemos un día para tomar un café? ¿O para cenar?

Me mira pasmado. Si fuera la pantalla de un ordenador, indicaría: *Error 404. No se puede procesar su solicitud.*

—Yo... ¿qué? —contesta.

He metido la pata. Mierda. *Di algo, Lucas.*

—Nada, déjalo estar —respondo. Las tres palabras pronunciadas con menos convencimiento.

Como es natural, a Matt, que no es idiota, no lo convence mi respuesta. Me mira como si yo fuera una serpiente venenosa que trata de entablar una conversación amigable con él.

—Pero ¿tú no eras hetero hace seis meses?

Una ráfaga de viento recorre el aparcamiento. La observo jugar con los gruesos cordones de cuero de mis Sperry Top Siders. Debí callarme la boca.

En Pinnacle, que estaba lleno de liberales *yuppies*, nadie daba importancia a estas cosas. Mi amiga Alicia solía besar a su novia en la escalera, y tenían trece años, pero nadie protestaba. En Paloma High es diferente. Si formas parte del equipo de natación, como te quejes de un ejercicio de entrenamiento, aunque sea levemente, te dicen: «Que te den, maricón». Después de un examen duro, la gente se lamenta y llama «maricón» al profe. Y, cuando mis compañeros de equipo se felicitan entre sí, lo rematan diciendo: «Sin mariconadas» (como si se hubieran olvidado desde la última vez que no son maricones). La verdad, nunca he visto que crucifiquen a nadie por ser homosexual, pero es el paso siguiente a: «Que te den, maricón». De modo que mantengo la boca cerrada.

Debería decir «Aquí sin mariconadas», fingir que bromeo, pero no puedo pronunciar esas palabras. Me saben amargas.

Matt sigue mirándome extrañado.

—Pensé que salías con esa chica que se llama Claire.

—Estuve saliendo con ella.

—¿Y? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Y... ¿qué?

—¿Por qué salías con ella si eres gay?

—No soy gay.

Matt me mira perplejo.

—Acabas de proponerme que quedemos para salir, tío.

—Ya, bueno, no soy gay. Es que...

En esto suena el timbre de llamada, ahorrándome la explicación. Matt se coloca la mochila más alta y renuncia a seguir

interrogándome.

—Vale, como quieras. ¿Nos vemos después de clase? Para lo de la hierba... ¿Seguimos siendo amigos?

—Claro —respondo—. Y, esto... Matt...

—¿Qué?

—Te pido que... no digas nada, ¿vale?

Él se encoge de hombros.

—Ya, claro.

Matt se aleja, dejándome preocupado pero aliviado al verlo marcharse. Detesto la conversación sobre *¿Qué es un pansexual?* Significa explicar lo mismo que he explicado multitud de veces a todos mis primos, tíos y tías que figuran en nuestra agenda. Saldré del armario un millón de veces antes de que me muera, y el tema ya me aburre.

Para ser justos, la conversación *¿Qué es un pansexual?* es un millón de veces mejor que la conversación de *eso no suena real*. Mi tío Jeremy sigue insistiendo en que mi sexualidad es imaginaria. Me alegra saber que no existo.

Sin embargo, en general me siento afortunado de tener la familia que tengo, porque mis padres son el tipo de cristianos que no acatan la regla del Levítico al pie de la letra. Mi padre sigue deseando que me case con una chica, pero al menos ha dejado de expresarlo en voz alta.

Me preocupa que la semilla del secreto se descubra en el mundo de Paloma. Deseo recuperarla, guardármela en el bolsillo. No volver a hablar del tema.

Tras asegurarme de que el aparcamiento está desierto, traslado

media docena de cajas de Miller al SUV de Dan Silverstein, cojo mi dinero del maletero y salgo. Atravieso el césped a paso ligero, contando los delgados billetes de veinte dólares, deleitándome con su olor y su tacto. Obtengo unos beneficios ridículos, más un par de dólares adicionales por caja en concepto de comisión. La gente siempre quiere lo mismo: una cerveza que consiste básicamente en agua azucarada y suficiente hierba para sedar a un elefante.

La única parte un tanto complicada de esto fue organizar mi negocio. En lo referente al licor, pedí a un amigo en Nueva York al que había hecho un favor que me lo devolviera enviándome un carné de identidad falso, porque aquí los carnés falsos cuestan un dineral y no resultan convincentes. Ahora, con mi pedazo de plástico mágico, mi identidad secreta es la de un superhéroe local llamado Anderson Lewitt, un chico de veintidós años de Vermont que siempre compra al por mayor.

Con la hierba tuve suerte. El tipo que la vendía en nuestro instituto se mudó a otra población a los seis meses de haber comenzado yo mi primer año, y me las arreglé para sustituirlo. Mi proveedor es un tipo de treinta y seis años, con obesidad mórbida, llamado Phil, aunque prefiere que le llamen «Teezy». Nunca me ha explicado el motivo.

El timbre suena de nuevo. «Mierda», mascullo, guardándome la billetera en el bolsillo. Recorro el último tramo de césped a la carrera, empujo la puerta del edificio con el hombro y entro en el aula de español. El señor Muniz-Alonso me mira irritado y yo respondo con una leve sonrisa mientras me apresuro a ocupar mi mesa.

—Luciano... *llega tarde* —dice Muniz-Alonso en español como quien emite una sentencia de muerte—. *Y ayer también llegó tarde. ¡Tenga cuidado! No quiero castigarlo después de clase...*

Trato de traducir sus palabras, pero éstas se desvanecen en el aire en cuanto las pronuncia.

—*I'm sorry* —digo en inglés, sentándome.

—*En español, por favor.*

—Uh... *Lo siento* —respondo.

Muniz-Alonso continúa escribiendo conjugaciones irregulares en la pizarra y me relajo.

—Sí, Luke, *ten cuidado.*

Mi compañero de mesa, Herman, me da un codazo. Yo se lo devuelvo, sonriendo. Herman nada estilo espalda y, como es natural, en cuanto se incorporó al equipo de natación los compañeros le pusieron el apodo de Merman.³ Tiene el pelo tan largo y espeso que algunos lo llaman directamente «Mermaid», pero no acaba de atraerme la idea de unos tíos-sirenas surcando el mar luciendo una cabellera que les llega a la cintura.

Muniz-Alonso comienza otro gráfico de conjugaciones. Espero a que termine, extendiendo los brazos. Herman mira mi muñeca.

—Bonito reloj.

—Gracias —contesto. Antes de que pueda contenerme, suelto el nombre de la marca—. Movado.

Herman me mira perplejo.

—¡Guau!

Yo me aclaro la garganta.

—De segunda mano —miento.

—Ah. Pensé que me estabas *conjugando.*

Sonrío y froto la esfera del reloj con el pulgar. Me abstengo de

mencionar el precio: buena parte de los beneficios de agosto. Quisiera arrepentirme de haberme gastado casi mil dólares en un reloj —podría ahorrar ese dinero para comprarme un coche, o ayudar a mis padres a pagar las facturas—, pero por mucho que lo intente no me arrepiento. Con una pieza tan valiosa en mi muñeca, cada vez que la miro siento una enorme satisfacción. Ya he pensado en mi próxima adquisición, Gucci o Citizen, imaginando una docena de relojes de esas marcas en mi carrito de compra *online*.

Muniz-Alonso retrocede un paso, mostrando los gráficos de conjugaciones. El sonido de lápices arañando hojas de cuadernos y algunos dedos tecleando en ordenadores portátiles rompen el silencio. Tomo el lápiz que llevo detrás de la oreja. Las navidades pasadas me compré un nuevo ordenador portátil, pero a la hora de tomar notas prefiero la sensación de escribir con lápiz o bolígrafo.

—Eh, Mer —digo en voz baja mientras empiezo a escribir—. ¿Hay algo montado para mañana por la noche?

—Nada interesante. He oído decir que algunos tíos del equipo quieren organizar una fiesta de cumpleaños sorpresa para Layna.

—Supongo que en casa de Bailey, ¿no? ¿Crees que les molestará que me presente?

—No creo que puedas presentarte sin invitación. —Herman copia un gráfico de conjugaciones de la pizarra, apartándose unos mechones de la cara.

—¿Es el único plan? —pregunto.

Herman suelta una carcajada.

—Tú debes de saberlo mejor que yo.

—Ya, o sea que no —comento, mientras escribo *tendré, tendrás, tendrá*—. Bueno, llamaré a algunos colegas. No hay nada peor que

un viernes por la noche tranquilo.

—Vamos, tío —dice Herman con fingido tono quejumbroso—, dales un respiro a los compañeros del equipo.

Yo me río por lo bajo. Les daré un respiro cuando me haya muerto. Cuando te mudas de sitio cada pocos años vives con raíces poco profundas. Me he pasado la vida trasladándome de un lado a otro, y estoy hartito. El tiempo se acelera. No quiero terminar sin nadie y sin nada.

Los años de la adolescencia son los mejores de nuestra vida. Al menos, eso dicen. Pero no lo sé. Voy a la caza de personas, las busco con afán. Cuando las encuentro, anoto sus nombres y pienso en las que deseo conservar. A veces encuentro a unas personas y pienso... no sé. Me pregunto si son las mejores personas con las que estar.

3. Un juego de palabras entre Herman y *mermaid*, que significa 'sirena' en inglés. (*N. de la T.*)

HOLA,
mi nombre es

Olivia Scott

—Puntual como siempre, señor Jackson —dice el señor García al abrir la puerta.

Matt Jackson entra en nuestra clase de inglés con un nuevo récord de diez minutos de retraso, tan fresco.

—Lo siento —murmura; las puntas color cereza de su pelo le caen sobre los ojos—. Tuve un accidente de coche.

—Espero que no haya habido ningún lesionado —comenta el señor García.

Matt se encoge de hombros y se dirige al fondo del aula, pasando frente a mi mesa e ignorando a todos los que lo miran.

El señor García suspira con expresión resignada. Nunca le he visto dar a Matt una nota amonestándole por llegar tarde, aunque este año ha llegado a la hora tan sólo dos veces.

—De acuerdo —dice García, tomando un trozo de tiza—. Hemos dicho adiós al módulo de *La buena tierra*. Nuestra siguiente tarea consiste en revisar algunos libros europeos como parte de la literatura internacional. Pero es una lista demasiado estándar. Seguro que ustedes ya han leído algunos de ellos. De modo que he

decidido cambiar este módulo.

García nos entrega un montón de hojas, que nosotros pasamos hacia atrás, de asiento en asiento.

—A los dieciocho de ustedes que forman el módulo los he dividido en parejas —dice—, y cada pareja recibirá un libro. De aquí a Navidad organizaremos unas presentaciones de estas nueve obras. Hasta la primera presentación, leeremos unos extractos en clase, de modo que durante un tiempo no tendrán deberes.

Unos murmullos de satisfacción recorren el aula. García se apoya contra su mesa, esperando que cese la cháchara. Cuando cruza los brazos, se me ocurre que, si no fuera por la chaqueta y la corbata, podría pasar por un estudiante de último año. Algunos estudiantes de último año parecen mayores que él. No dejo de pensar que...

No, me digo enojada por pensar eso. La idea de que García se insinuara a una estudiante es ridícula. No parece que le interese nada aparte del inglés. La mayoría de los profesores suelen mencionar algo referente a sus vidas fuera de clase, pero García no. Con él todo es *el texto, el texto, el texto*.

No obstante... Al mirar alrededor de la habitación, veo diecisiete rostros inexpresivos, y apuesto a que todos han pensado lo mismo durante los últimos días.

El chico sentado frente a mí deja caer el montón de papeles sobre mi mesa. Tomo una hoja y la examino. García me ha emparejado con Matt Jackson. Reprimo un suspiro, recordando el diagnóstico de Juniper sobre el proyecto de biología que hicieron «conjuntamente». ¿Nuestro libro? *El infierno*, de Dante Alighieri. Al menos no nos ha endilgado *Los miserables*; podría pasarme tres horas al día leyendo ese libro y en julio aún no habría conseguido

asimilarlo. Pese a mi afición por la lectura, tardo siglos en digerir cada frase. Mi madre me leyó en voz alta hasta que fui lo bastante mayor para querer mantenerlo en secreto, por una cuestión de dignidad.

Matt y yo tenemos la primera presentación prevista para el jueves próximo. Eso significa otra semana de mi vida sacrificada a las llamas del infierno.

—De acuerdo —dice García—. Nos tomaremos diez minutos para que se reúnan en parejas y decidan qué tipo de presentación quieren hacer. Las opciones están en la parte inferior de la hoja; pueden elegir una sátira, un juego o un PowerPoint. Pero, si van a hacer un PowerPoint, no deben limitarse a leer el artículo de Wikipedia mientras muestran unas diapositivas.

La gente se ríe mientras nos levantamos y agrupamos en parejas. Me dirijo hacia el fondo del aula y me siento a la mesa frente a Matt. Está tan hundido en su asiento, que su pecho roza el borde de la mesa.

—Hola —digo.

Visto de cerca, Matt tiene un rostro extraño. Casi salvaje, con los ojos entornados y una boca fina y asimétrica contraída en una perpetua mueca despectiva. Me mira antes de fijar la vista de nuevo en la hoja.

Me vuelvo en mi mesa para mirarlo de frente.

—Bien, ¿qué te gustaría que hiciéramos?

Él se encoge de hombros.

—Vale —digo, cerrando y abriendo mi bolígrafo—. Prefiero morirme que hacer una sátira sobre *El infierno*, te lo aseguro.

—¿Lo conoces? —me pregunta.

—¿Qué?

—¿Lo has leído? —Matt tiene una voz sosegada y grave. Articula las palabras de forma apresurada, como si no le permitieran hablar.

—Sólo unos pasajes, pero sé de qué va la obra —respondo—. Básicamente, Virgilio ofrece a Dante una visita guiada por los nueve círculos del infierno, y Dante se pasea por allí juzgando a las personas y desmayándose un montón de veces. Lo cual debe de ser bastante peligroso, me refiero a perder el conocimiento nada menos que en el infierno, pero supongo que mi experiencia es limitada, así que...

Observo un leve tic en la comisura de la boca de Matt. Por un momento pienso que quizá logre arrancarle la risa, pero permanece en silencio.

Espero a que me dé su opinión. No sucede nada.

—De acuerdo —digo—. ¿Qué te parece si organizamos un juego en el que la gente tenga que distribuirse en los nueve círculos?

La expresión de Matt no muestra el menor cambio. Me pregunto si va a decir algo, o si voy a tener que sostener un monólogo hasta que completemos este proyecto.

—¿Qué opinas, Matt? —pregunto arqueando las cejas.

Encoge sus estrechos hombros de la forma más perezosa que he visto en mi vida.

—Bueno, sugerir que todos los de nuestra clase irán al infierno es un buen punto de partida.

Me río, sorprendida por su respuesta. Él casi parece sentirse abochornado.

—Genial —digo—. Haremos un póster para nuestra

presentación, una estación para cada círculo y unas hojas indicando el lugar en que se encuentra cada pecado.

Matt emite un sonido semejante a un murmullo que suena afirmativo.

—Más tarde te enviaré un mensaje para concretar los detalles —digo—. ¿Somos amigos de Facebook?

Él niega con la cabeza.

Saco mi teléfono móvil de debajo de la mesa, abro la aplicación de Facebook y le pido amistad.

—Ya está —digo, observando de cerca la foto de su perfil—. ¿Quién es el crío que está en tu foto?

—Mi hermano pequeño —contesta, enderezándose un poco—. Russell. Tiene tres años.

—Es una monada.

La boca de Matt esboza de nuevo algo parecido a una sonrisa, pero el gesto se desvanece de inmediato.

Miro el reloj. Nos quedan unos minutos, y este chico se encierra en unos silencios que exigen que sigas intentando conversar con él.

—¿Estás preparado para la elección de presidente?

Él cierra los ojos.

—Dios, me había olvidado de eso.

—Entonces, ¿por qué te presentas?

—Fue un error.

—Ah —digo—. Será difícil conseguir que Claire modifique la candidatura, pero puedo hablar con ella, si quieres retirar tu

nombre.

—¿Por qué? —pregunta—. ¿Necesitas algo con lo que rellenar tus solicitudes de ingreso a la universidad?

Yo pestañeo varias veces. ¿Es una broma, o tiene este chico algún problema conmigo?

—Vaya, hombre, perdona.

—Lo digo en serio —dice Matt—. Estoy seguro de que la única razón por la que la gente quiere figurar en el gobierno estudiantil es para poner «cosecretario de la clase de segundo año» o lo que sea en la solicitud de ingreso. Se me ocurrió retirarme, pero, bien pensado, quizá deba mantener mi candidatura.

—¿Estás seguro de que la gente lo hace por la solicitud de ingreso en la universidad? —pregunto—. Puede que algunos quieran hacer que este instituto sea un poco menos horrible.

—¿Así que por eso te presentas tú? —me pregunta Matt.

—A ver, tío, lo primero: no necesito tu sarcasmo. Y segundo: resulta que esa podría ser exactamente el motivo.

Matt levanta la vista hacia el techo y lanza una risita. Siento el repentino y abrumador deseo de golpearlo en la laringe. Quiero gritar que *mostrar una total indiferencia hacia todo no mola*. Pero me esfuerzo en adoptar un tono paciente:

—Si no te lo tomas en serio, y no vas a retirar tu candidatura, ¿qué vas a hacer si ganas?

—Nada.

—¡Ah, genial! Porque todo esto no es importante para nadie ni nada.

—Por lo visto lo es para una persona.

—Sí, mi amiga Claire. —Aprieto los puños—. De todos modos, tienes pinta de haber estado tres días encerrado fumando hierba, cualquiera podría eliminar tu nombre de la candidatura si quisiera.

Me mira arrugando el ceño.

—Un momento, ¿eso es una amenaza?

—A lo mejor.

—Vaya —dice, cruzando los brazos—, no te mosquees, pero tú y Juniper Kipling tampoco sois un ejemplo para nadie, que digamos.

—¿Perdona?

—Alcohol. —Matt se encoge de hombros—. No tiene sentido que critiques que yo fume porros cuando tú sales a emborracharte todos los fines de semana.

Podría replicar que no bebo, pero, francamente, no me siento obligada a defenderme contra esta diarrea verbal. Este tipo no sabe nada sobre mi vida los fines de semana. Durante un segundo me quedo callada, frunciendo los labios.

—Vaya —digo por fin—. Yo..., vaya.

En ese preciso momento García nos llama.

—Ocupen otra vez sus asientos.

Me dirijo de nuevo a mi mesa, donde me quedo sentada, echando chispas, hasta que suena el timbre.

Soy la primera en abandonar el aula, y atravieso los pasillos, furiosa, hacia el ala antigua del edificio. Me topo con Juniper frente al aula de francés.

—¿Qué pasa? —pregunta mientras nos dirigimos a nuestra fila—. Parece como si alguien hubiera criticado *El retorno del Jedi*.

—No, es que... he hablado con Matt Jackson por primera vez. García nos ha entregado el proyecto y me ha emparejado con él.

Juniper me da una palmada en el hombro.

—Mi más sentido pésame.

—Gracias. Es un tío... —Agito ambos puños—. No lo aguanto.

Juni se ríe.

—¿Qué te ha dicho?

—Estuvo normal hasta que hablamos sobre las elecciones, y a partir de ahí empezó a hacer el capullo. ¡Dios! —Hago crujir mis nudillos—. Una de nosotras tiene que ganar, Juni. Ese tío no puede ganar. ¿Vale? ¿De acuerdo?

—De acuerdo, supongo. Pero pensé que querías retirar tu candidatura.

—Y así era, hasta hace unos cuarenta y cinco minutos. —Me aparto el pelo de los ojos—. Ahora quiero ganar por mis ovarios.

—No me extraña. —Juniper se acaricia una perilla imaginaria, mirando a lo lejos con expresión juiciosa—. Ya sabes el dicho. «Hay tres cosas que duran eternamente: la fe, la esperanza y el rencor. Y la más potente es el rencor.»

Me da un ataque de risa tan fuerte que tengo que apoyar la cabeza en mi mesa.



Entre la sexta y séptima hora, paso frente a una de las listas de candidatos para el gobierno estudiantil que pegué entre las hileras de taquillas. Me fijo en una mancha roja y, al aproximarme, veo que alguien ha añadido con un rotulador dos palabras al nombre de Olivia. Ahora pone: OLIVIA SCOTT ¡CHUPA POLLAS!

Pongo los ojos en blanco y sigo adelante.

Tras avanzar unos pasos por el pasillo, me doy cuenta de que debí arrancar esa lista o, al menos, borrar la pintada. ¿Cómo no se me ocurrió hacerlo? Dios, qué mala amiga soy.

Me detengo ante mi taquilla, suspirando. De un tiempo a esta parte, Olivia salta de un tío a otro con tal velocidad que no es de extrañar que abunden las referencias a su vida sexual. Esto me está exasperando: las pintadas, los chismorreos, las conversaciones en voz baja que oigo en clase.

Las cosas no suceden porque sí. Si te acuestas con un montón de chicos, la gente tiene una opinión distinta de ti. Quizá sea mezquino, pero es natural, y Olivia lo sabe tan bien como yo. Nunca he hablado del tema con ella. No la critico por acostarse con un montón de gente, y ella no parece dar importancia a los insultos

que le dedican, así que ¿por qué voy a molestarte en inmiscuirme en su vida?

Sin embargo, siento que el hecho de no defenderla me convierte en una persona despreciable. Muchas veces pienso que soy una mala persona aunque nadie me lo haya confirmado todavía. A fin de cuentas, ¿cómo puede alguien saber algo así con certeza? ¿Quién te lo va a decir? ¿Quién va a tener el valor de decírtelo?

Recojo mis folletos de los Jóvenes Ecologistas y sigo avanzando por el pasillo. ¿Qué les pasa a todas mis amigas, que parece que han perdido los papeles? Juniper tiene la tolerancia al alcohol de una niña de cinco años, pero el sábado pasado se bebió tres cervezas seguidas sin más ni más y acabó bastante ebria. Olivia cree que fue porque Thomas Fallon no deja de acosarla y está al límite, pero yo creo que si Juni quisiera que un tipo la dejara tranquila se lo diría sin más.

Si estuviera preocupada por algo seguro que *nos* lo contaría, ¿no?

Quizá sea un hecho positivo que haya empezado a relajarse, a cometer errores. Así es como se aprende, a través de los errores. Puede que Juni esté cansada de hacerlo todo bien.

Cuando regreso por el pasillo, me cruzo con Andrea Silverstein. Un par de chicos a mi lado esperan a que pase de largo para burlarse del mechón teñido de verde que luce en la parte delantera de la cabeza.

Como de costumbre, pienso que debería mandarlos callar. Pero —como de costumbre— la idea de salir en defensa de alguien me bloquea, como si al intervenir sus burlas pudieran volverse contra mí. Un día, cuando iba a sexto de primaria, me pillaron enviando un mensaje de texto en clase y la señora Rollins lo leyó en voz alta. Dios, Eddie está para comérselo, había escrito yo a Olivia. Quiero

que nos intercambiamos nuestros números telefónicos y será superromántico y divertido.

Los demás rompieron a reír como locos, aunque yo estaba a punto de desmayarme de la vergüenza, pero Juniper me defendió. Recuerdo ese día como si fuera de cuarzo, duro y claro. Fue en noviembre, hace cinco años. «Dejad de comportaros como críos — dijo Juniper a los otros chicos—. ¿Os gustaría que ella se riera de vosotros?»

Yo no había hablado en mi vida con Juniper, pero después de clase se acercó a mí y me pidió que a la hora del almuerzo me sentara con ella y Olivia. Me sentí muy agradecida, afortunada de estar con las dos. No sólo eran brillantes, sino muy atractivas, con el pelo lacio y perfecto y una piel impecable. Yo era una niña que llevaba un gigantesco corrector en los dientes y tenía que medicarme para el acné. Recuerdo lo sorprendida que me sentí de que rieran mis chistes, de que se hubieran fijado en mí y me hablaran. Recuerdo que me afané por imitar sus gestos, porque temía que me dejaran plantada con la misma rapidez con que se habían hecho amigas mías. Recuerdo que me esforcé en adaptarme a ellas, en hacerme un hueco en sus vidas, invitándolas a pasar la noche en mi casa y compartiendo con ellas veladas de cine.

Recuerdo a una Juniper de doce años trazando ochos en el aire con su raqueta de tenis, una tarde estival, con su pelo rubio agitándose como un molino de viento. De pronto la raqueta se le escurrió entre los dedos, pasó volando sobre nuestras cabezas y cayó al lago con un ruido sordo. Nos reímos hasta que nos dolió la barriga. Todo resultaba muy fácil en esa época.

Me apresuro hacia la escalinata y subo los escalones de dos en dos. En mi mente veo las palabras garabateadas junto al nombre de Olivia, y pienso que *al menos los tíos quieren acostarse con Liv*. Apuesto a

que nadie se fijaría en mí aunque llevara un letrero luminoso que dijera ESTOY DISPONIBLE colgado en la espalda. O en otra zona del cuerpo.

No estoy celosa. Estuve saliendo con el chico más atractivo del Paloma High durante trece meses. ¿Y qué si rompió conmigo sin apenas darme una explicación?

Bueno, quizás esté un poco celosa.

El día que rompimos, Lucas empezó a explicarme el motivo. Dijo: «No puedes compararte...», antes de detenerse y echar mano de una disculpa ridícula. Yo no insistí —lloraba a lágrima viva—, pero ahora lamento no haberle exigido que terminara la frase. *No puedes compararte..., no puedes compararte..., no puedes compararte, no puedes, no puedes...* Las palabras de Lucas se repiten sin parar en mi mente. ¿Con quién no puedo compararme?

Si mencionas un tema con frecuencia, al poco tiempo todo el mundo te odia cada vez que lo sacas a colación. Durante dos meses no he dicho una palabra, pero, Dios, aún me duele ver su rostro. Lucas: alto, fornido, vestido de modo impecable. Recuerdo la calidez de sus abrazos, el sabor a menta de sus besos, todo, hasta la textura de su pelo rizado. Recuerdo la primera vez que me mostró su pertenencia más personal: un diario lleno de listas. Listas de la compra. Listas de cosas que tiene que hacer. Listas de cosas por las que está agradecido, de personas a las que quiere y personas a las que desea conocer. Me pregunto si aún figuro en alguna de esas páginas. Solía tener mi propia página: *Razones por las que Claire no deja de asombrarme.*

Ahora sólo soy otro rostro que tachar de la lista de *Amistades indefinidas*. Lucas es capaz de encontrarse con un desconocido en la calle y convertirse en su mejor amigo al cabo de cinco minutos; es el vecino del pueblo por antonomasia. Colecciona personas como

otros coleccionan monedas, de forma indiscriminada y con voracidad. Ahora he quedado relegada al fondo de su catálogo, indigna de toda distinción.

Salgo de la escalera en la tercera planta, los dientes hundidos aún en mi labio superior. Un chico me llama por mi nombre. Su amigo, apoyado en las taquillas, suelta una aguda risotada en mi oído y yo contengo la respiración. Ignorar a los chicos es imposible en este instituto. Intentan ligarse a mis amigas a todas horas, con bastante poca gracia, por cierto, arman ruido en clase y cuentan chistes malos, aunque todo el mundo les ríe las gracias. Aparte de que, claro está, el equipo de fútbol, que no ha cosechado ni de lejos tantos éxitos como el equipo de tenis femenino, acapara toda la atención por el mero hecho de existir. En parte pienso que es natural que esté obsesionada con un chico. Como todos y todas.

Entro en clase de cálculo. Después de ocupar mi asiento en primera fila, me pregunto si todas las chicas pasan por lo mismo que yo, o si soy patética.

No lo entiendo. Sigo sin saber por qué terminó todo y con quién no puedo compararme.

—Bien —dice el señor Andrews cuando suena el timbre. Avanza por los pasillos del aula entregándonos unos papeles verde chillón—. Son unos cuestionarios. No escriban sus nombres en ellos.

Se coloca frente a la clase y cruza los brazos. Sus ojos relucen detrás de sus gafas de concha.

—Nos han pedido que entreguemos estos cuestionarios a nuestros estudiantes de la quinta hora. Aunque sean anónimos, tómenselos en serio —dice—. Se refieren a la asamblea, ya saben..., que convocamos el lunes. —Se aclara la garganta, sonrojándose.

No puedo evitar preguntarme si es Andrews. Hace un par de

años que terminó la universidad, está soltero y es un tipo muy apasionado. Apuesto a que mucha gente piensa que es él. Desde la asamblea, observo a mis profesores con ojos críticos, preguntándome: *¿Es posible que se sientan atraídos por alguien de nuestra edad? ¿Oculta algo esta persona? ¿Y esta otra?*

Ayer llegó a casa la carta que Turner prometió enviar. Mis padres estaban horrorizados. Incluso comentaron la posibilidad de sacarme del instituto hasta que descubran al culpable. Como si eso fuera una opción. Sin mí, el tenis se iría al garete. Y el gobierno estudiantil. Y los Jóvenes Ecologistas.

Suspiro y miro el cuestionario. Tres preguntas y un amplio espacio en blanco.

¿Algún profesor o miembro del personal de Paloma High le ha hecho insinuaciones amorosas o proposiciones sexuales? Explíquelo.

¿Algún profesor o miembro del personal de Paloma High le ha acosado sexualmente o se ha comportado con usted de forma poco profesional (abrazos, caricias, palmadas no deseadas en el hombro)? Explíquelo.

¿Tiene alguna información sobre la identidad de una de las partes que pueda estar implicada en una relación ilícita?

Escribo «no» debajo de cada pregunta y doy la vuelta a la hoja. Apuesto a que más de una persona de este instituto responderá con una estúpida broma.

Cuando suena el último timbre, a las tres y media, en el vestíbulo se forma un tumulto que marca el fin de la jornada. Los estudiantes se empujan unos a otros en los pasillos, abrazándose exageradamente y dándose palmadas en los hombros, riéndose sobre «un comportamiento poco profesional». Me abstengo de poner los ojos en blanco. Quizá les parezca divertido, pero hay un profesor cuya carrera puede irse al traste debido a esto, y una chica

que probablemente esté siendo manipulada. ¿Y si esa chica tiene que recibir tratamiento psicológico durante años? Sí, es muy cómico.

Sigo a la multitud que baja por el pasillo inundado de sol. La luz se refleja en las paredes cubiertas de letreros y pósteres de neón: anuncios referentes a los clubes, en un cincuenta por ciento míos. Me detengo ante mi taquilla para guardar mi libro de química y, al cerrarla de nuevo, una voz dice con tono jovial:

—¡Hola, Claire!

Siento que las palmas de las manos me sudan. No necesito mirarlo para saber que es él.

Al volverme compruebo que está más cerca de lo deseable. ¿No sabe que no puedo respirar cuando está tan cerca? Su proximidad me produce una añoranza dulce y enfermiza.

Tiene mejor aspecto que nunca, con su pelo corto y rizado cayéndole sobre su frente despejada y un *piercing* en su oreja izquierda. El jersey, que realza sus anchos hombros, ostenta un elegante logo, y sobre el escote asoma el cuello blanco de su camisa, enmarcando las puntas internas de sus prominentes omóplatos.

Al mirarlo a los ojos, capto un recuerdo en un breve *flash* fotográfico: la forma en que me miraba antes de besarme. Era una mirada llena de ternura, tan rebotante de felicidad que anulaba todo frenético pensamiento en mi cabeza. El hecho de saber que nos pertenecíamos el uno al otro disipaba todo atisbo de ansiedad en mí.

¿Guarda Lucas algún recuerdo semejante? ¿Echa de menos algo referente a mi persona?

—Hola —digo, pensando: *Compórtate con normalidad*. He mejorado

mucho; mido mi progreso comparándolo con mi estado de ánimo el verano pasado. A veces pienso que evoco los recuerdos de otra chica: una infeliz extraña con mirada atormentada y un exceso de lágrimas.

Trato de sonreír mientras la marea humana nos empuja hacia la puerta.

—¿Cómo te va?

—¡Hace un rato tuve un accidente! —responde, con tal entusiasmo que cualquiera diría que ha adoptado un gatito.

—¿Qué? ¿Estás bien? ¿Qué ha ocurrido?

—Ha estado guay. Ahora valoro la vida mucho más.

Yo me río, pero es una risa débil. Observo sus manos cuando se aparta el pelo de la frente. Ansío acariciar el grueso anillo de plata que luce en el dedo meñique. Sigue llevando encima la mitad del dinero que gana, invirtiéndolo en su aspecto. Compra zapatos de cuero y vaqueros de diseño, elegantes abrigos de paño y vistosas gafas de sol. Camisetas que tenían un tacto como de seda entre mis dedos. En su casa, su habitación está repleta de tesoros: el último MacBook Pro y unos auriculares que reducen el ruido exterior. En su pequeño y destartado hogar, las adquisiciones de Lucas resplandecen como diamantes.

Cuando salimos del edificio, alguien grita:

—¡McCallum!

Yo retrocedo apresuradamente. Me alegra comprobar que aún conservo mis reflejos para esquivar a sus colegas. Sus compañeros de equipo se abalanzan hacia Lucas desde el césped. Un chico fuerte y enjuto salta sobre su espalda, gritando algo sobre levantar pesas. Otro sepulta ambas manos en su pelo, revolviéndoselo hasta

que parece una planta rodadora. El equipo de natación tiene los chicos heterosexuales más gais del mundo.

—Eh, esto es un *comportamiento poco profesional* —dice Herman, el de la melena larga. Tras no pocos esfuerzos, consigue obligar al chico que está montado en la espalda de Lucas a que se baje—. Si no os andáis con cuidado, convocarán otra asamblea.

—Nos vemos —digo a Lucas, pero su única respuesta es un apresurado gesto con la mano mientras trata de quitarse de encima a sus amigos. La silenciosa despedida me hiere como si se me hubiera clavado una espina, pero echo a andar por el césped con la cabeza bien alta.

Cuando llego junto a mi coche, meto en él la mochila y saco mi bolsa de gimnasia, tratando de borrar su rostro de mi mente. Pero la imagen persiste. Cuando pestañeo, la veo grabada en la oscuridad.

Cada dos semanas, Lucas se presenta ante mí de esta forma, de improviso, y durante todo el día, a veces más tiempo, no pienso en otra cosa. Cuando rompió conmigo, me preguntó: «¿Podemos seguir siendo amigos?» Y yo, como una idiota, dije: «Desde luego». De modo que ahora tengo que sonreír y aguantarme cada vez que me trata con este tipo de camaradería tan impersonal.

Cuando me dirijo de nuevo hacia el césped para asistir a la reunión de los Jóvenes Ecologistas, me fijo en el coche de Juni, aparcado en un extremo del aparcamiento de estudiantes de penúltimo año. Detrás del parabrisas, Olivia tiene los pies apoyados en el salpicadero. Juni tiene el ceño fruncido. ¿Le está explicando por qué montó el numerito a la hora del almuerzo?

No recuerdo haber visto nunca a Juni tan estresada. Por lo general no deja que nada le afecte, todo lo afronta con su infinito sentido común. Pero juraría que hoy parece estar a punto de llorar.

Por un momento se me ocurre acercarme para preguntarle qué sucede de una vez por todas. Pero entonces recuerdo su voz a través de la puerta del lavabo: «Necesito tiempo».

¿Necesitaba realmente tiempo? ¿O quería un par de oídos que no fueran los míos?

Me esfuerzo en no alimentar mi curiosidad. Si ella quisiera decirme lo que le pasa, me lo diría.

Bajo la cabeza, sintiendo que las mejillas me arden. Me alejo presurosa del coche y sigo avanzando por el césped.

HOLA,
mi nombre es

Kat Scott

—Yo... no recuerdo mis diálogos —dice Emily.

El señor García le apunta desde la primera fila:

—Vas a casarte con...

—Con Faina —concluye Emily—. Es guapa, brillante. ¿Qué podrías...? Dios, lo siento. No recuerdo lo que debo decir.

Observar a Emily siempre me estresa, esta escena más que las otras. Está enamorada de su compañero de reparto, que hace el papel de mi marido. Cada vez que ambos establecen contacto visual, ella olvida sus diálogos. Lo más fastidioso es que él también está enamorado de ella —todo el mundo lo sabe—, pero no se deciden a dejar de tontear y formalizar su relación.

Me retiro a la sala de espera de los actores. En un rincón hay dos estudiantes de primero, sentados en dos amplios sofás de cuero. Me molesta que esos sofás estén aquí. Facilitan que todos los chicos del Club de Arte Dramático obsesionados con estos mullidos sofás se apalanquen en ellos e incluso traten a veces de pasarlo bien aquí con sus parejas.

Me siento en la silla junto al sofá más cercano, me coloco los

auriculares de botón y saco mi ordenador portátil. Se abre un juego que había interrumpido, listo para que lo retome. Le doy al *play* y avanzo entre las ruinas, sosteniendo un enorme rifle de asalto en la mano de mi avatar.

—Oí decir a unos tíos que era la doctora Meyers —apunta Ani, la chica que hace el papel de mi hija.

Genial. Hablan del tema como si no estuviéramos hartos de oír hablar de él desde el lunes. Gracias a Dios que la semana casi ha concluido.

Disparo una descarga cerrada contra unos zombis que se aproximan. En mi visión periférica, Elizabeth apoya la cabeza sobre un reposabrazos. Ani está tumbada en el otro sofá.

—Probablemente, lo dicen porque piensan que está muy buena —comenta Elizabeth—. ¿No suelen ser viejos verdes los que hacen estas cosas?

—No siempre —responde Ani—. Se ve que una vez, en Montana...

Frunzo los labios y me cargo a más zombis. De sus cabezas sale un chorro de sangre negruzca cuando caen de lado. Hago doble clic sobre la tecla y trepo sobre un muro de ladrillo a punto de desmoronarse, me oculto detrás de él y encuentro dos paquetes de munición. Un tanto para mí.

—¿Kat?

Al oír mi nombre me sobresalto. Pulso la tecla de pausa y me quito uno de los auriculares de la oreja.

—¿Qué?

—¿Tú qué opinas? —me pregunta Elizabeth.

Miro a una y luego a la otra.

—¿Sobre lo del profesor y la estudiante?

Ambas asienten.

—No opino nada.

—¿En serio? —pregunta Ani.

—En serio. No me interesa. Estos días procuro centrarme en la obra.

Ani y Elizabeth se miran, reprimiendo unas sonrisas.

—¿Qué? —pregunto, procurando no alzar la voz. La insonorización de la sala de espera de los actores deja mucho que desear.

Ani se encoge de hombros.

—Hay otras cosas importantes aparte de esta obra.

Se me ocurre una respuesta —*¿Es por eso que no te acuerdas nunca de tu puta colocación en el escenario?*—, pero me abstengo de soltarla. Me limito a mirarla con frialdad, me coloco de nuevo el auricular y sigo jugando. Ambas me dirigen unas miradas que me taladran un lado de la cara. Estoy acostumbrada a este tipo de miradas. *¡Dios, qué tía más insoportable! ¿Qué problema tiene?*

Que piensen lo que quieran. No las necesito. No necesito a nadie.

Resulta cómico la cantidad de chicos del Club de Arte Dramático que se consideran unos parias sociales, explicando a otros que es evidente que son amigos suyos que «no encajan». No tienen ni idea. Si fuera verdad, no tratarían de darle un aire glamuroso. La realidad de sentirse aislado no tiene nada de glamuroso ni apasionante.

Pasarte años sin hablar con nadie —hablar sobre cualquier tema importante— parece duro en teoría, pero cuando respondes con monosílabos a todo el que se te acerca, cabreas a la gente. La última vez que mantuve una conversación interesante fue en segundo de secundaria, antes de que mi madre decidiera que no merecíamos que nos dedicara su tiempo y energía.

Para ser justos, no es que mi madre no tuviera motivos para marcharse. Cuando Liv y yo empezamos primero de secundaria, nuestros padres se peleaban cada semana, acerca de todo, desde lo que comíamos para cenar hasta la ropa que nos poníamos Olivia y yo. Siempre terminaban con mi padre gritando: «¡genial!», hundiéndose en un humor de perros y sin hablar durante horas. Mamá, presa de la ansiedad, corría a encerrarse en su habitación. Nuestra madre tenía mucha energía, que transmitía a nuestro padre. Pero tras varios años de infelicidad se volvió más inestable, como un nudo de cables desgastados.

Yo podría perdonarle que quisiera marcharse. Lo que es imperdonable es la forma en que lo hizo.

Mi madre abandonó nuestras últimas vacaciones familiares antes de lo previsto, después de una pelea que duró toda la noche. Cuando el resto de nosotros regresamos a casa, había desaparecido, dejando cero pruebas de que había vivido allí. Se lo había llevado todo: sus vaporosas túnicas, sus cuadernos de dibujo, los suvenires que llenaban las estanterías, absolutamente todo. Ni siquiera dejó una nota. No respondió a los mensajes de texto, a las llamadas ni a los correos electrónicos que le enviamos durante semanas después de su marcha.

Lo que me revienta es que ni siquiera tuvo la delicadeza de despedirse. Sé que mi madre tenía problemas, pero nunca pensé que fuera cobarde.

Al cabo de un tiempo mi padre averiguó su nuevo número en el oeste. El mensaje era bien claro: mi madre necesitaba poner tierra de por medio. Pero ¿necesitaba alejarse 2.500 kilómetros? Si quería comenzar de cero, ¿no podía haberlo hecho en Kansas City y vernos a Olivia y a mí los fines de semana? Eligió el camino más egoísta y desapareció de nuestras vidas. Por lo que a mí respecta, puede quedarse donde esté.

No sé qué diría mi madre la última vez que habló con papá, pero él no volvió a llamarla. A partir de ese día, fue como si una parte de él también se hubiera marchado. Actualmente mi padre es una sombra de lo que era, trabaja hasta caer rendido y cuando está en casa apenas despega los labios. En parte sigo confiando en que mi verdadero padre regrese algún día, el padre aficionado a deportes raros como el bádminton y el pimpón, que empezaba a prepararse para las navidades en agosto. Cuando montábamos el árbol, se pintaba la barba con purpurina e inflaba los carrillos: *¡Feliz Navidad, ho, ho, ho!* En aquellos días, no era difícil adivinar de quién había heredado Olivia su pésimo sentido del humor.

Ya no veo a ese hombre. Se ha perdido en alguna parte, dentro de su propio cuerpo. Odio a mi madre por haberle hecho eso. Tenía tanto poder que acabó destruyéndolo.

Nadie me hará eso a mí.

Cuando termina el ensayo, vuelvo a la sala de espera para recoger mis cosas. Cuando tomo mi mochila y regreso al teatro, los demás ya se han ido.

—Mierda.

Tengo que pedir a alguien que me lleve a casa en coche. Mi teléfono móvil indica que la temperatura ha descendido a tres grados. Con el viento que sopla, llegaré a casa helada.

—¿Kat? ¿Todo va bien? —pregunta el señor García, empujando la luz fantasma sobre ruedas hacia el escenario. Supuestamente, las luces fantasma —que se dejan para iluminar el escenario desierto— se utilizan por motivos de seguridad, pero apuesto a que el verdadero propósito es aplacar las supersticiones de los actores teatrales.

Entrecierro los ojos para evitar que la bombilla desnuda me deslumbre.

—Sí, todo va bien. Me he dado cuenta de que tendré que volver a casa caminando.

Las precarias ruedas de la luz fantasma rechinan cuando García la coloca en el centro del escenario.

—Hace un frío polar —dice—. ¿No tiene coche?

—Iba a pedir a alguien que me llevase a casa. Me olvidé.

—Puedo acercarla yo.

—¿De veras? —Meto las manos en los bolsillos de mi chándal con capucha—. Se lo agradecería.

—De acuerdo. Sígame.

García salta por el borde del escenario y atraviesa la platea hacia el aparcamiento de los profesores. Me apresuro a seguirlo y salgo del edificio. Fuera, el viento me agarra del pelo, zarandeándolo. García se detiene junto a un pequeño dos puertas blanco que parece a punto de desmoronarse. Cuando me monto en él emite una especie de chasquido. No obstante, es un alivio poder resguardarme del viento.

—¿Hacia dónde vamos? —pregunta García mientras hace marcha atrás.

—Gire a la izquierda. Luego, al llegar a ese semáforo, a la derecha.

Miro a mi alrededor. El coche huele a Windex. Los asientos están limpios y libres de trastos. Una larga hilera de cedés, apilados entre los asientos del conductor y del copiloto, están protegidos en unos estuches de plástico impolutos y alfabetizados.

—Ha sido un buen ensayo hoy, ¿verdad? —pregunta García.

—No ha estado mal.

Él sonrío.

—Es difícil impresionarla. Supongo que querrá seguir haciendo teatro en la universidad. ¿Quizás ir a un conservatorio?

—Sí.

García gira a la derecha.

—Bueno, tendrán suerte de contar con usted. —Aceleramos por la vía más ancha de Paloma, que atraviesa toda la ciudad de cabo a rabo. Pasamos frente a un centro comercial situado a la izquierda—. Yo obtuve un doble grado en arte dramático —dice García—. Inglés y arte dramático.

—Ah. ¿Quería ser actor?

—No. Principalmente trabajaba de director de escena. —García tuerce el gesto—. En la universidad me dieron exactamente un papel, de dos líneas, y la noche del estreno me equivoqué en las dos. De modo que fue un desastre.

Me muerdo la lengua. No me imagino la universidad. Queda aún muy lejos; no es tanto una distancia en el tiempo, sino una distancia física. Como si tratara de recorrer miles de kilómetros a pie.

—Tuerza a la izquierda por Cypress Street —digo.

García se mete en el carril para girar y dobla por una calle estrecha llena de baches.

—Por curiosidad —dice—, ¿tiene una hermana que se llama Olivia?

—Sí. Somos gemelas.

—Ya. No estaba seguro. Está en el cuadro de honor de mi clase.

—No me sorprende —respondo—. Es la inteligente de la familia.

—Usted también es inteligente. Tiene otro tipo de inteligencia —dice García—. Créame, Kat, se requiere una gran inteligencia para desarrollar un personaje como hace usted en el escenario. —Tras reflexionar un instante, prosigue—: Supongo que no se puede medir, pero a mi entender significa más que un par de puntos en el examen de acceso a la universidad. Le aseguro que la noche del estreno el público también lo apreciará.

Lo miro de refilón. Lo dice con tono despreocupado, como si esas palabras no tuvieran ningún peso, pero penetran muy dentro de mí. Nunca me he sentido inteligente junto a Olivia. Va a una clase de matemáticas dos cursos más avanzados que yo. Incluso en las asignaturas que me gustan —historia e inglés—, siempre tuve que esforzarme, a diferencia de mi hermana, para sacar buena nota.

En la actualidad, mis notas rayan en el desastre. Me falta motivación, me siento agotada. Salvo la obra, no me interesa nada.

Me hundo en mi asiento, decidida a no responder a nada más. Esta conversación es demasiado personal.

El señor García parece darse cuenta de que he reforzado mis muros y guarda silencio.

Seguro que piensa que estoy celosa de mi hermana o que la

odio. Estoy convencida de que es lo que piensa Olivia, pero no es cierto. No voy a trenzarle el pelo y confeccionar guirnaldas de flores con ella, pero sabe Dios que no la odio.

En secundaria estábamos muy unidas, antes de que ella se desarrollara y yo me encogiera, antes de que escogiéramos caminos distintos en el instituto. Supongo que estuvimos unidas hasta el mismo segundo en que mamá se largó sin despedirse. Eso afectó mucho a Olivia, que mostraba un ingenuo optimismo al asegurar que mamá regresaría, aunque yo sabía que no ocurriría nunca. La primera vez que sugirió llamar a mamá, para permanecer en contacto con ella, salí de la habitación. ¡Mi hermana deliraba! A veces Olivia aún parece negarse a aceptar la realidad, como si todavía fuéramos una familia feliz con algo en común aparte de vivir bajo el mismo techo.

Durante estos dos últimos años he llegado a sentirme agotada de todo el mundo, incluso de mi hermana. Es mucho más sencillo dedicarte a los videojuegos y cultivar la soledad, donde es evidente que nadie te ofrece consuelo, pero tampoco te lastima nadie. Al menos, allí los enemigos están claramente etiquetados.

Observo cómo las casas que desfilan frente a mi ventanilla se encogen, sus jardines quedan reducidos a pequeños rectángulos verde gris. Las casas en las afueras del sector oeste de Paloma son pequeñas y tienen un aspecto dilapidado.

—Tuerza a la izquierda —digo cuando saltamos sobre el bache número ochocientos—. Vivo a la derecha, en el número 243.

—Muy bien.

Al cabo de un minuto el señor García toma el camino de acceso de hormigón. Nuestra casa espera a la derecha, de color beis y con el tejado plano. Al verla me invade una sensación de resignación.

—Nos vemos en clase —dice el señor García.

—De acuerdo —respondo, apeándome—. Gracias por traerme.

—De nada.

Cierro la puerta del coche y entro en casa, deseando desplomarme en la cama.



Son las 10 de la noche del jueves y, como es natural, mis padres se están peleando en la cocina a grito pelado. Tengo más deberes de lo que estoy dispuesto a reconocer, así que me entretengo navegando por Internet. Llega un momento en que la procrastinación se convierte en resignación y nunca haces lo que debes hacer. Ese momento llegó hace dos horas, después de abrir un documento de Word impulsado por un breve arrebató de optimismo. A estas alturas, todo lo que escriba me parecerá una basura cuando lo relea mañana por la mañana, de modo que me pregunto si merece la pena. Todo indica que no.

Las voces en la cocina se elevan hasta el punto de quebrarse.

—¡No debimos marcharnos de St. Louis! —grita mi madre—. Yo quería quedarme junto a mi familia, cerca de mis padres, pero no, tú querías...

—Ah, ¿de modo que fui yo? ¿A quién se le ocurrió...?

Suspiro y me levanto para sellar el espacio debajo de mi puerta. Mis ropas, esparcidas por el suelo como escombros en una tormenta, son muy útiles a estas horas de la noche. Acercó con el pie un par de sudaderas con capucha y las coloco contra la rendija,

a modo de improvisado silenciador. Me vuelvo para mirar mi cama. Russell duerme entre las sábanas, con el pulgar en la boca. Si se despierta, mataré a mis padres. Últimamente ni siquiera se esfuerzan en bajar la voz.

Me siento cómodamente en el suelo, me coloco los auriculares y abro Spotify, subiendo el volumen. Avril Lavigne canta a pleno pulmón, emitiendo una nota aguda inhumana a través de la voz amortiguada de mi padre. Me llevaré mi página de Spotify a la tumba, porque si alguien la viera yo resucitaría de la vergüenza. Siento debilidad por los cantantes pop rock que gimen; tengo muchas canciones de Nickelback, Avril y lo último de Weezer, lo cual resulta patético y embarazoso, pero no tiene cura, ni por el rock clásico de mi madre ni por la mierda *hipster* de Bon Iver que le gusta a Burke. Además, no hay nada mejor para ahogar el ruido de una disputa que Avril Lavigne cantando/gritando que es una zorra desquiciada, respecto a lo cual, si así es como quieres describirte, por mí adelante.

En la parte superior de mi página de Facebook aparece una notificación roja, anunciando un mensaje de texto de Olivia. Mis tripas hacen acrobacias y el cerebro me duele como si alguien me hubiera golpeado en la frente con una tabla. ¡Joder, qué humillantes son los enamoramientos!

Hola, Matt: Sobre lo de del proyecto. Deberíamos reunirnos el fin de semana para ensayar la presentación y decidir quién dirá qué. Yo puedo comprar los materiales para un póster. Llámame al número 476-880-1323. Así lo arreglamos todo antes.

Otra cosa, te envió un link para que leas El infierno online; www.bartleby.com/20/101.html.

Olivia Sin pensármelo dos veces, saco un porro de mi cajón. Mis dedos se mueven como si fueran de goma, gruesos y torpes, cuando abro la ventana y lo

enciendo. La primera calada me inunda los pulmones unos segundos antes de exhalar el humo fuera, hacia la brisa nocturna, asomado a la ventana para evitar que Russ lo aspire. No tardo en sentirlo: el mundo me acoge en sus brazos. Los acordes de guitarra resuenan en mis auriculares, cada nota disipándose en su intensa y vibrante melodía.

Cuando estoy lo bastante colocado, tomo mi teléfono móvil, marco el número de Olivia y la llamo. Mientras suena, detengo la música. Me siento en la silla de mi mesa experimentando una profunda sensación de quietud. Al otro lado de la puerta de mi habitación las voces suben y bajan, como delicadas olas que bañan mi conciencia. Mis ojos se fijan en la voluta de humo de mi porro que se esfuma por la ventana, mientras el teléfono de Olivia sigue sonando. Pienso que las diez de la noche quizá sea un poco tarde para llamar a alguien. No sé..., ¿no habría sido mejor esperar y hablar con ella mañana en clase?

Al fin, contesta.

—Hola, soy Olivia —dice con voz clara y jovial, como si fuera temprano por la mañana.

—Hola, soy Matt.

—Ya lo supuse —dice—. ¿Cuándo quieres que nos veamos para trabajar en el proyecto?

Quiero decirle *tómatelo con calma*; quiero esperar; quiero saborear el sonido de su voz. Respondo con tanta lentitud, que las palabras no parecen palabras, sino un torrente de sílabas sin sentido.

—Tengo disponibilidad total. Cuando tú quieras.

—Podemos quedar este fin de semana, para quitarnos este rollo de encima cuanto antes —sugiere.

Yo contesto:

—Muy bien. ¿Qué tal el sábado?

Y ella dice:

—Vale. Pero no tendré coche, así que...

—Podemos quedar en tu casa —propongo, procurando que no se note lo mucho que me apetece la idea.

—Mejor no —contesta.

—¿Por qué? —pregunto.

Y ella responde:

—Kat estará en casa. Mi hermana.

—No haré ruido ni molestaré —digo.

—No lo digo por eso —responde.

—Entonces, ¿a qué te refieres? ¿No quieres verte metida en una situación comprometida invitándome a tu casa?

Tan pronto como esas palabras salen de mi boca, cierro los ojos y una voz en mi mente dice: «Cállate, Matt, cierra la boca».

Olivia lanza una carcajada de incredulidad.

—Ahora que lo pienso, quizá deberías conocer a Kat. Seguro que os llevaréis de muerte.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto.

—Está claro que ambos tenéis muchos temas que resolver antes de poder comportaros como gente civilizada —responde.

Mi instinto defensivo me induce a replicar:

—Vaya, echarle mierda encima a tu propia hermana. Cuánta clase.

Y ella me espeta:

—Bueno, se ha comportado fatal desde que nuestra madre se marchó, aunque lo que pase en mi familia no es tu puto problema.

Yo callo.

—Mierda. No quería decir eso —aclara—. Es que... últimamente está muy rara, pero no es...

Me froto la frente.

—No te preocupes por...

—Lo que quería decir es que, si no la conoces, no es fácil tratar con ella.

—Vale.

De pronto soy hiperconsciente de que aunque hace años que voy a la misma clase que Kat Scott, nunca he hablado con ella, y supongo que se debe a que es una chica muy callada. No sé, en las películas y los libros hay esa idea romántica de que las personas calladas *son muy misteriosas*, cuando según mi experiencia no es así. Todo se reduce más bien a *¿No quieres hablar?, de acuerdo, te dejaré tranquila, puesto que no quieres saber nada de mí*.

—Escucha —digo—, lo siento, ¿vale? No hago más que... No consigo encontrar las palabras cuando... —No termino la frase. Mis pensamientos se enredan como hilos dentro de mi cabeza. Joder, ¿qué tiene esta chica que es capaz de anular mi capacidad de *hablar*?

Al cabo de un segundo, es ella quien me rescata.

—Bueno, yo también me he puesto borde, así que...

Busco las palabras adecuadas, pero lo que sé sobre su familia es como una valla en la carretera que desvía mi atención. Su madre se largó. Ella y su hermana no han dejado de pelearse desde entonces. Hace años que estoy enamorado de Olivia, siento que la conozco

bien porque... No sé por qué. Porque he compartido un par de clases con ella. Porque, como todo el mundo, conozco a los chicos con los que ha salido. Ahora, sin embargo, pienso en sus ojos azules y trato de imaginar los kilómetros de pensamiento que se ocultan tras ellos, los años de historia que se ocultan allí, y me pregunto por qué he tardado tanto en verla como una persona con cien mil dimensiones, de las cuales sólo conozco una. Era muy fácil imaginarla como una muñeca recortable de la chica perfecta.

De pronto suena un grito a través de mi puerta que me sobresalta: «¡Cállate de una vez!» Horrorizado, me apresuro a tapar mi teléfono móvil, pero Olivia pregunta: —¿Qué pasa?

—Son mis padres —respondo. Porque es más fácil que mentir.

—Qué fuerte. Es muy tarde —dice, y yo suspiro.

No quiero que se compadezca de mí, pero quiero que sepa que yo también sé lo que se siente cuando regresas a un hogar en el que no te sientes a gusto, de modo que me encojo de hombros y digo: —Llevan así desde que yo tenía diez años. A ratos. Así que entiendo... Espero que tu hermana mejore. Y espero que resolváis vuestras historias. Porque esta mierda acaba haciéndote perder la cabeza, ¿sabes?

Durante unos momentos que se me hacen eternos, Olivia no dice nada. Luego oigo de nuevo su voz, serena y pausada.

—Sí —dice—. Cuando salgo del instituto y vuelvo a casa me encuentro con... esta atmósfera tan espesa, y no entiendo a qué viene, no sé qué he hecho, ¿comprendes? Me vuelvo loca tratando de adivinar qué coño he hecho.

—Seguramente no has hecho nada —apunto.

—¿Qué? —pregunta.

Yo respondo:

—Me refiero a que *mis* padres están siempre enfadados porque no son felices.

Silencio. Pienso que las palabras deberían ser difíciles de decir, pero han brotado con la facilidad de un líquido poco espeso, sin la menor resistencia. Fijo la vista en la pared de mi dormitorio y mi voz sigue hablando prescindiendo de mí, de modo despreocupado, sin pensar: —Mi madre cree que está desaprovechando su valioso título académico en esta mierda de sitio, Kansas, y mi padre se lleva todas las broncas. *¿Por qué eres tan desagradecido?*, y nada de lo que yo diga puede cambiar eso. Como en el caso de tu hermana, quizá. Me imagino que está pasando por una crisis personal y tiene que resolverla antes de tratarte como... no sé. Una persona.

Al volverme hacia la repisa de la ventana, me doy cuenta de que mi porro se ha consumido sobre el plato. Lo apago sin siquiera cabrearme por haber desaprovechado medio canuto, porque ¿cuándo se ha convertido esto en una conversación normal y corriente? Estoy tenso, sentado en el borde de mi silla, esperando su respuesta.

—¿A qué universidad fue tu madre? —pregunta Olivia.

—A Yale —contesto—. Es bióloga.

—¿Cómo encajas las peleas? —me pregunta.

—No lo sé. —Busco en mi mente una respuesta mejor, pero no encuentro ninguna—. No las encajo. Me agunto.

—¿No tratas de pararlos? —pregunta Olivia.

—No —respondo—. La última vez que traté de hacerlo fue cuando iba a primero. Ahora sólo intervengo cuando involucran a Russell, y mi madre dice: «tu hermanito», y yo lo observo,

durmiendo con la boquita abierta. «Sí» —digo—, es mejor que todos los miembros de esta familia juntos.»

La brisa entra por la ventana mientras escucho su silencio al otro lado del hilo telefónico. Hace mucho que no conversaba así con nadie; siento como si en mi corazón se despertara algo, alzando su cabeza somnolienta.

—¿Qué le pasa a tu hermana? —pregunto.

—No va a clase, siempre está encerrada en su habitación, y cuando me atrevo a decirle algo me contesta de mala manera. Es como vivir con una... no sé, una venus atrapamoscas. Una enorme y feroz venus atrapamoscas. —Olivia ríe y luego calla, y yo muevo los dedos sobre la funda de plástico caliente de mi teléfono móvil sin saber qué decir.

—Es desesperante —continúa—, porque las dos estamos pasando por lo mismo, ¿sabes? Ella es la única que podría entenderme, pero no hablamos nunca de mamá, jamás. Me gustaría que hablara conmigo. Dios, nunca pensé que diría esto, pero echo de menos la escuela secundaria.

—Pero es lógico querer rebobinar de vez en cuando.

Su silenciosa comprensión suena a través de mi móvil. Yo estaría incluso dispuesto a volver a primaria, cuando mis padres todavía no tenían esas arrugas permanentes en el entrecejo.

—Aunque por otra parte, que le den a la secundaria —añado, y ella se ríe.

El silencio se asienta con cuidado, como cenizas.

—Esto es un poco raro —dice Olivia al cabo de un minuto.

—Ya —contesto.

—Siento arruinarte la noche... —agrega.

—No me...

—Quedamos entonces...

—De acuerdo —respondo—. ¿El sábado? ¿En mi casa? Pasaré a recogerte.

—De acuerdo, muy bien. Te enviaré mi dirección y... sí, genial.

Su voz suena vacilante, tensa debido a la extraña ansiedad que yo también siento, e imagino sus ojos cansados y su larga melena oscura sobre su hombro, y me sorprende un poco este recordatorio de que es una persona real, física, alguien que veré mañana en carne y hueso en el instituto. ¿Qué sentiré al mirarla a los ojos después de haberle contado todo esto? Seguramente meteré la pata. La fluidez con que ha discurrido esta conversación desaparecerá, y me comportaré como el patoso cretino que soy.

—Leeré *El infierno* —suelto de golpe, sin saber por qué. De alguna forma, aunque no he leído ningún libro por obligación desde que tenía doce años, no tengo la impresión de haber dicho una mentira.

Ella se ríe.

—Espero que cumplas tu palabra. ¿Nos vemos mañana?

—Vale —contesto.

Y ella dice:

—Adiós, Matt.

Cuando cuelga, siento como si me despertara de un sueño profundo. Respiro hondo, aturdido, tomo a Russ en brazos y lo llevo arriba para acostarlo. Cuando me encierro de nuevo en mi habitación y me meto en la cama, me parece increíble que, en el

otro extremo de la ciudad, Olivia haya respondido a mi llamada y se haya producido algo —no sé qué exactamente— a través de la línea telefónica.

Una voz nerviosa me susurra en la cabeza: *Más vale que desistas antes de que esto se vaya al traste*. A fin de cuentas, hace doce horas apenas tenía valor para mirarla a los ojos. Pero hay otra cosa que me da vueltas en la cabeza, más persistente que la preocupación que me asalta: el sonido vacilante de su voz al decir mi nombre. Quiero seguir oyéndolo. Quiero seguir ofreciéndole mi voz en respuesta. Me agarro a las sábanas con fuerza y contemplo el techo de mi habitación, la mandíbula un poco crispada, los latidos de mi corazón un poco acelerados.

El sonido de su voz se fija en mi tímpano, y oigo su eco hasta que me duermo.



El viernes por la mañana me apresuro a través del aparcamiento para estudiantes de penúltimo año, contando las grietas en el asfalto a medida que mis zapatillas, bien anudadas, las pisan. *Veintitrés. Veinticuatro. Veinticinco.* No levanto la vista para nada. Una de las cosas que más me disgustan es un contacto visual inesperado. ¿Qué haces si conoces a la persona? ¿Saludarla con la cabeza? ¿Sonreír? ¿Mirarla con expresión vaga? *Conócete a ti mismo*, dicen los griegos, y, conociéndome como me conozco, me limitaría a mirarla con expresión vaga.

Las conversaciones de pasada me aburren en incrementos de tres segundos: notas y profesores, deportes y resultados, música pop y rupturas entre celebridades. Nada de eso tiene importancia. ¿Por qué es tan insulsa la gente que me rodea? Empiezo a pensar que deberían nombrar de otra forma la supuesta «vida inteligente».

—Friki —dice una voz junto a mí. Levanto la cabeza y observo con tirria al grupo que pasa de largo. Es la mitad del equipo de natación, todos altos y musculosos, riendo como un organismo satisfecho de sí.

—Muy original —replico con tono cortante, observando sus espaldas mientras se alejan. No sé por qué les hago caso. Soy mejor

que eso. Soy mejor que *ellos*. No merece la pena dignificar su pueril conducta con una respuesta.

El que está en el centro del grupo, un chico de pelo rizado y nariz larga, se vuelve con gesto de disculpa. Yo lo fulmino con la mirada. Si lamentara lo ocurrido, reprendería a su estúpido compañero de equipo. Debe de ser agradable estar rodeado por una legión de amigos que respaldan tu conducta hagas lo que hagas.

El nadador me mira un instante antes de volverse de nuevo hacia sus amigos. No dice una palabra.

Es lo que yo suponía.

Bajo de nuevo la vista y la fijo en mis pies, pero he perdido la cuenta de las grietas en el asfalto. Suspiro y levanto la cabeza. Veo a una chica apoyada en un coche: Izby Qing: bajita, delgada, con el pelo teñido de rosa. Está de pie, riendo y tocándose el pelo, junto a un chico pecoso, claramente encantada con la atención que él le dedica.

Durante un segundo me pregunto qué sentiría si alguien me mirara así, o si yo mirara a alguien de la misma forma.

Pero al poco rato vuelvo a pensar con frialdad en lo absurdo que es todo. Me horroriza que los chicos de nuestra edad dediquen tantos esfuerzos a estas cosas. Creí que todos éramos conscientes de que la gran mayoría de las relaciones que entablamos en el instituto son efímeras y vacías, pero al parecer no es así. La gente dedica un enorme porcentaje de sus vidas a caer en este ciclo perpetuo de interdependencia. Pierden el tiempo, y obtienen cero beneficios a largo plazo. Sabe Dios por qué lo hacen.

—¡Eh, esperad!

Un chico corre para alcanzar a los nadadores, choca con mi

hombro y me caigo. Mi botella de agua con la tabla periódica sale disparada de mi mochila y cae rodando delante de un coche, derramando xenón sobre helio. Me incorporo, esperando una disculpa, pero el chico ni siquiera se vuelve.

Odio a la gente. Me agacho y meto el brazo debajo del guardabarros para rescatar mi botella, pero no puedo alcanzarla. Una mano la recoge de debajo de la puerta del conductor.

—Ya la tengo —dice la voz a la que pertenece la mano.

—Gracias —contesto enderezándome.

—De nada —responde la chica—. ¿Ese tío ni siquiera se ha disculpado? Vaya tela.

Retrocedo un paso, sorprendido. Esa voz...

—Debe de hacer tiempo que la tienes —dice la chica, observando la botella—. No menciona el copernicio.

Fijo de nuevo la vista en el suelo y asiento.

—¿Te gusta la química?

—Me encanta —responde la chica, y su voz dice en mi cabeza: *te quiero.*

Es ella.

Siento una repentina presión en la sien. La miro a los ojos y de pronto sé muchas cosas sobre esta chica: la visualizo en la penumbra de la sala de descanso de los profesores, mirando un rostro anónimo, prometiendo que nadie lo averiguará nunca... Yo desearía no saber esto. Es demasiada responsabilidad. Podría arruinar su vida.

Ella me mira ladeando la cabeza. Tiene unos ojos preciosos, luminosos y penetrantes. Que me atraviesan.

No sé su nombre. Lo cual ya es algo. Una pequeña protección contra esta responsabilidad.

Me ofrece la botella y se la arrebato de las manos.

—Debo irme.

Me apresuro a través del césped hacia el edificio del instituto, sin volverme.



Los comunicados del viernes resuenan en la cafetería a la hora del almuerzo, confirmando que tengo razón: las personas han escrito respuestas falsas en los cuestionarios de la quinta hora. Las suficientes personas como para que la directora Turner dedique más de cinco minutos a regañar al instituto a través de los altavoces.

—Por último —dice, al concluir su perorata—, estas hojas están aún disponibles junto al despacho de la orientadora, por si alguno de ustedes desea proporcionarnos información. Y, como de costumbre, el formulario sigue abierto en nuestra web. Gracias y buenos días.

—No, gracias a usted, estimada líder —dice Olivia, levantando su zumo Capri Sun en un saludo a nuestra directora. Las conversaciones en la cafetería se reanudan a nuestro alrededor—. Y buen fin de semana —agrega, dirigiéndose a Juni y a mí.

—Gracias a Dios —comento—. ¿Son imaginaciones mías, o esta semana se ha hecho eterna?

—No son imaginaciones tuyas —responde Juniper, removiéndome su yogur. Olivia y yo cambiamos una mirada de preocupación. Juni parece aún más agotada que ayer.

—Oye, Juni, ¿estás bien? —pregunto con el máximo tacto.

—¿Qué? Sí. —Juniper alza la visa y sonrío con determinación—. Anoche estuve despierta hasta las tres. Tenía que terminar dos trabajos que debía presentar hoy, y... bueno, ya sabéis, la llamada de Paganini... —Se vuelve hacia Olivia—. Por cierto, ¿ha dejado de acosarte tu indeseable pretendiente?

El repentino cambio de tema no me pasa inadvertido, pero me pica la curiosidad.

—¿Tu indeseable pretendiente?

—Uf. —Olivia sopla para apartarse el pelo de los ojos—. Daniel.

—¿Por qué es un indeseable?

Juni y Olivia cambian una mirada de complicidad que hace que me sienta al instante excluida.

—¿Seguro que quieres saberlo? —pregunta Olivia.

—Venga, tía, suéltalo ya.

—Me envió la foto de su polla y ahora las cosas entre nosotros están tensas porque..., ¡fotos de penes!

Me atraganto con mi sándwich.

—¿Eso hizo? ¿Cuándo?

—El lunes.

—¿Cómo te atreves a ocultar esta información tan importante? —pregunto con un tono cargado de sarcasmo. Olivia sonrío ante mi jocosos comentario, pero siento un pellizco en el corazón. No es que el miembro de Dan Silverstein revista el menor interés, pero Olivia ya se lo había contado a Juni. ¿O sea que, debido a nuestra casi pelea el lunes, yo ya no cuento para nada? Y, con las excusas y evasivas de Juni..., ¿es normal que ahora me oculten cosas?

—Mis más sentidas disculpas —dice Olivia, alzando las manos en alabanza a los cielos—. ¡Pero al menos tenemos el fin de semana en puertas! Podré quedarme en la cama el rato que quiera. Y hacer una maratón de la serie *Parks and Rec*. Y pasarlo en grande con mis personas favoritas —añade, mirándonos a Juni y a mí con una sonrisa encantadora.

—Ya, pasarlo en grande —apunta Juni con ironía—. Tú y tu yo no alcohólico.

—¿A qué viene eso, lista? Puedo pasarlo en grande sin emborracharme con Miller Lite. —Olivia bebe un trago de su Capri Sun—. ¿Qué plan tenemos?

—Siento chafarte las expectativas —respondo—, pero este fin de semana no tenemos ningún plan. Cero planes. La hermana de Dan organiza una fiesta de cumpleaños, pero, si él ha pasado a ser una persona *non grata*, supongo que no querrás ir.

—¿No tenemos ningún plan? —Olivia se deshinchaba visiblemente mientras mordisquea su pajita—. Joder. La semana pasada hablé con aquel tío superguapo del equipo de béisbol. Quizá pueda arreglármelas para encontrarme con él este fin de semana.

—¿Por qué no salimos las tres? —propone Juniper.

Olivia parece animarse.

—Sí, muy bien.

—Yo tengo la tarde libre —digo.

—Por la tarde no puedo salir —comenta Olivia. Sacude su largo cabello y fija la vista en una distancia intermedia—. Tengo una cita clandestina con un caballero.

Esa información me provoca un profundo rechazo. Dios, ¿con

cuántos tipos se acuesta al mismo tiempo? ¿No ha oído hablar de la moderación?

Junto las manos y las aprieto con fuerza. *Basta, Claire.* Olivia puede salir con quien le dé la gana. Puede hacer lo que quiera. ¿Qué más da que tenga ochenta chicos rendidos a sus pies?

Tomo un deliberado bocado de mi manzana al tiempo que Juniper dice:

—Anda, cuéntanos.

—Bueno, ¿por dónde queréis que empiece? —contesta Olivia—. Será una cita increíblemente romántica, durante la cual confeccionaremos un póster sobre *El infierno* de Dante.

Pestañea de forma exagerada y yo suspiro, sintiéndome como una estúpida. Se trata de un proyecto de clase, no de una cita. Por supuesto. El día que Olivia quede con un chico para salir en lugar de enrollarse con ellos en fiestas, el sol estallará.

—¿Y por la noche? —sugiere Juniper—. Podríamos hacer algo tranquilo, como ver una película.

Me lo imaginaba. Mañana por la noche estoy ocupada, y ya sé lo que va a ocurrir. Mi ausencia es menos importante que la de Olivia, de modo que quedarán el sábado por la noche y lo pasarán en grande sin mí y me enviarán un montón de Snapchats que harán que me sienta excluida, y no diré nada para que no se me vea el plumero.

—Por la noche no puedo —digo.

—¿Por qué?

—Es el cumpleaños de Grace. Saldremos a cenar.

—¿Y después? —pregunta Olivia—. Podríamos quedar a las

nueve y media o a las diez.

—El domingo tengo torneo. Tengo que levantarme temprano.

—Excusas, excusas, Lombardi —tercia Olivia—. Pasaré a recogerte, y no puedes impedírmelo.

—En serio, tengo que levantarme a las seis. —Bebo un trago de Gatorade—. Puedes pasar a recogerme si estás dispuesta a meter mi cuerpo dormido en el maletero del coche de Juni.

Ambas se ríen. Su risa se desvanece en un silencio expectante, y supongo que esperan que les imparta una extraña bendición dándoles permiso para que salgan sin mí. No quiero pronunciar las palabras, pero surgen de mis labios de todos modos.

—Vale, no os divirtáis demasiado sin mí.

Juraría que los ojos de ambas adquieren una expresión más animada. Observo mi almuerzo mientras me muerdo las uñas. Al poco rato Juni y Olivia dejan de hablar del tema, pero mi mente se aferra a las pequeñas cosas de esta semana. Los silencios de Juni. Las insinuaciones secretas de Dan. La perspectiva de que las dos salgan sin mí. Por lo que se refiere al sábado, ya tengo la sensación de que me estoy perdiendo algo.

HOLA,
mi nombre es

Kat Scott

—¿Kat? —dice el doctor Norman.

Levanto la cabeza bruscamente y abro los ojos.

—¿Conoce la respuesta? —pregunta Norman, las primeras palabras a las que presto atención desde que empezó la clase. En la pizarra no hay ninguna pregunta. Aunque tampoco podría responderla (la química es la asignatura que llevo peor), pero, si supiera de qué tipo de pregunta se trata, al menos emitiría un sonido menos estúpido.

Miro al chico sentado junto a mí. Él me devuelve una mirada que dice *a mí no me mires*.

—Esto... —digo.

El doctor Norman suspira.

—Por más que apreciamos su asistencia hoy, señorita Scott, tendría más sentido si prestara atención.

A mi alrededor suenan unas risitas. Imagino los sonidos como si rebotaran sobre mi piel, un golpecito tras otro.

—Kat —dice Norman—, voy a pedirle que se quede después de clase y lave el material del laboratorio para los estudiantes del

programa avanzado.

—Tengo ensayo —protesto.

El doctor Norman me dirige una sonrisa feroz. No es un buen síntoma. Le encanta poner castigos ejemplares a sus alumnos para regodearse. Lo cual me hace pensar que tiene un ego de una fragilidad increíble, porque, en serio, ¿qué hombre de cuarenta y cinco años que se precie se sube la autoestima riéndose de unos adolescentes?

—¿Ensayo? —repite—. Es curioso, porque el otro día hablé con Dave García y me dijo que había dado a sus actores el día libre el viernes. De modo que, si pudiera usted pedirle que me aclare el asunto, se lo agradecería. —Su risa se ensancha, trazando unos surcos en sus mejillas pálidas y de aspecto gomoso—. De lo contrario, se quedará después de clase para lavar el material, gracias.

Todos exclaman «*oooohhh*» al unísono, el sonido universalmente aceptado de *alguien va a comerse un marrón*. Yo fulmino a varios de mis compañeros con la mirada, sintiendo la humillación sobre mi piel como una llama demasiado próxima. Norman no tenía por qué decirlo de esa forma. Yo no pretendía mentir; había olvidado que García nos había dado hoy el día libre.

Diez minutos más tarde suena el timbre. Dejo mi mochila en mi mesa y me dirijo hacia la parte delantera de la clase. El doctor Norman espera detrás de su escritorio con una expresión de justicia en los ojos. Seguro que piensa que está combatiendo la delincuencia juvenil diciendo esas estupideces delante de toda la clase, pero lo único que consigue es que le tenga aún más inquina.

Después de mostrarme lo que quiere que lave, abandona el aula, dejándome sola. Me acerco a los cubos negros junto al lavabo, viejos

y cubiertos de arañazos, llenos de probetas graduadas. Compruebo la temperatura del agua y cojo el jabón.

La puerta se abre a mi espalda. Me vuelvo.

Veo a un chico en el umbral, más rubio que yo y no mucho más alto. Tiene el físico de un insecto palo, y su ropa no contribuye a mejorar su aspecto: su ajustado pantalón caqui hace que sus piernas parezcan escobillas limpiapipas, y su chaquetón negro es tan enorme que parece como si lo devorara vivo.

—¿Necesitas algo? —pregunto.

—Sí, hola —dice—. Debe de ser un error. Me han enviado para lavar el material.

—¿Estás en el PA? —inquiero.

Él asiente.

—Bueno —digo—, pues no tienes que hacerlo, PA. Norman me ha dicho que lave estos cubos.

—Ah.

El chico se fija en mis manos, que sostengo debajo del grifo de agua caliente. En su rostro se dibuja una expresión paternalista mientras me observa con ojos entrecerrados.

—¿Qué? —pregunto.

—No pensarás lavar esas probetas graduadas con agua del grifo.

Me siento casi asombrada. Ese nivel de mofa podría hundir a una persona con la piel más fina que yo. Cierro el grifo.

—Sí, ¿cuál es el problema?

—Desionizada. Tienes que utilizar agua desionizada. Vas a contaminar el..., está en..., mira, déjame a mí...

El chico se acerca a los armarios y los abre uno tras otro, murmurando entre dientes. Tira su mochila al suelo, que queda apoyada contra la encimera.

Después de murmurar durante un minuto, abre el último armario.

—Toma —dice, sacando un par de botellas de plástico con pulverizadores adheridos a los tapones. Cuando deposita las botellas junto al lavabo, lo miro a los ojos. Son perspicaces, de un color grisáceo-azulado-verdoso indefinido. Ojos de camaleón. Pero no sostiene mi mirada mucho rato, sino que aparta la vista y la fija en el nacimiento de mi pelo, mi cuello, la pared a mi espalda.

Yo espero que se vaya, pero se queda ahí plantado, como aguardando una condecoración. Después del silencio más incómodo que cabe imaginar, me aclaro la garganta.

—¿Vas a marcharte o qué?

—Me quedaré para ayudarte.

Coge una botella de su agua milagrosa especial y empieza a enjuagar una probeta graduada.

—Ya. —¿Cuál es la forma más educada de decir a alguien *Vete a cagar?*—. No —respondo por fin—, no es necesario.

—De todos modos, me quedo —dice—. Mi madre es la orientadora del instituto, y tengo que esperar a que me lleve a casa en coche. De modo que quizás eres tú quien deba irse. A mí me asignaron esta tarea antes que a ti.

—Mira, PA, no te pongas chulo. —Noto un tic en un músculo sobre mi ojo izquierdo. Me lo froto, pero el tic persiste.

—Parece que estás falta de sueño —comenta el chico.

—¡No me jodas, genio!

En vista de que no dice nada, me vuelvo para mirarlo.

—Lo siento —murmuro—. Se me ha escapado.

Él ladea la cabeza como un cachorro perplejo.

—No pasa nada. La interacción social tampoco es mi *forte*.

—¿Tu qué?

—Mi *forte* —repite—. Es una palabra de origen italiano que se utiliza en la escritura musical.

—No entiendo.

—Mi punto fuerte.

Lo miro pasmada, pero procuro no decir nada demasiado ofensivo. ¿Quién diablos se cree que es este chico, un profesor adjunto desnutrido? Es tan rarito que resulta casi refrescante.

Hay algo en él que calma mis nervios, aunque no logro identificarlo.

Tomo una botella y saco una probeta del segundo cubo. El chico, a mi lado, mueve las manos con gestos bruscos, impaciente, hipereficiente.

—Después de enjuagarlas tres veces —me explica— colócalas en los armarios, ¿vale?

Yo asiento.

Él se vuelve hacia mí.

—¿Lo has entendido?

—He asentido con la cabeza.

—Ah. Vale. —Sigue lavando las probetas—. No me había fijado.

—No te preocupes.

—No.

—¿Qué?

—Que no me preocupo —responde.

Lo observo un segundo preguntándome cuánto hace que no habla con un ser humano. No soy una experta en charlas intrascendentes, pero lo de este chico es algo extraordinario.

Sigo lavando las probetas. Ambos guardamos un grato silencio, que él no tarda en romper.

—Valentine Simmons —dice, presentándose—. Junior.

—Ya —respondo, colocando una probeta en uno de los armarios.

—*Pese a* la creencia popular —añade—, Valentine es nombre de chico, puesto que san Valentín era un hombre. De modo que no tiene nada de raro.

—De acuerdo —contesto—. No he dicho que lo fuera.

Pasa otro minuto en silencio antes de que Valentine me pregunte: —¿En qué clase estás?

Dios, este chico no capta una indirecta.

—En la misma que tú —contesto.

Vierte un fino chorro de agua a través del pulverizador de la botella sin inmutarse, mostrando una expresión calculadamente neutral. No obstante, tengo la impresión de que le fastidia que yo no muerda el anzuelo.

De repente comprendo por qué tiene un aspecto que desarma: es un aire que lo envuelve y que sólo yo reconozco porque me

resulta familiar. Es uno de esos chicos que, como yo, tiene cero amigos. Me alegra comprobar que tengo un superpoder para detectar a los marginados sociales.

Le hago una ofrenda de paz.

—¿Qué te pareció esa asamblea? Menuda pérdida de tiempo, ¿no?

—¿Pérdida de...?

—¿Un *mail* y pierden el oremus? Seguro que lo envió un *troll* que quería vacilarles.

—Piensa lo que quieras —responde. Emanan un aire de superioridad tan espeso que casi puedo olerlo. Sigue lavando su probeta, en silencio.

—Soy Kat Scott —le informo—. ¿Por qué te encargó Norman que lavaras estas cosas?

—No me encargó que lo hiciera. Me ofrecí yo.

—¿Es que sois amigos?

—Bueno, hoy almorzamos juntos, por si te interesa.

Lo observo de refilón.

—Eso es...

—Te parece raro.

—Mira, no te diré lo que pienso.

—Ya, bueno. —Valentine se encoge de hombros—. Empezó a llover y no pude almorzar fuera.

—Y no podías ir a la cafetería porque...

Él arruga la nariz.

—No me gusta la compañía de mis compañeros.

—Ya. Eso no ha sonado nada ensayado.

—Pues es verdad. No me gusta. La última vez que comí con una persona de mi edad fue hace cuatrocientos diez días.

—Hum. —Lo observo de nuevo. No parece darse cuenta de lo extraña que resulta esa frase—. ¿Cómo es que te acuerdas con tanta exactitud?

—No sé. Me gusta llevar la cuenta de las cosas, y... —Frunce el ceño—. Sí.

Dios, qué triste es eso. Después de buscar durante un minuto una respuesta adecuada, sigo lavando probetas graduadas. No me imagino peor tortura que almorzar con el doctor Norman, ese estirado paternalista. Prefiero que me asen viva lentamente.

Aunque, bien pensado, ¿cuánto hace que he almorzado con alguien? No tengo la menor idea, pero debe de hacer varios años. Mi santuario para almorzar es un rincón del patio, y cuando hace demasiado frío utilizo un aula vacía o la parte del fondo de la biblioteca. No necesito compañía.

No recuerdo la última vez que me senté a cenar con mi padre y Olivia. El hecho de que Valentine coma solo me parece de lo más triste. ¿Es ésa la impresión que doy yo vista desde fuera? ¿Una paria, una intocable, condenada a permanecer aparte del resto del mundo? Dios, espero que la gente comprenda que es una decisión personal.

Valentine termina de lavar el contenido de su cubo antes que yo. Pero no se marcha ni busca un pretexto para alejarse de mí, sino que se queda mirándome como la encarnación de la torpeza.

Guardo la última probeta graduada en el armario superior y

cierro la puerta, mirando el reloj. Genial. Son las cuatro y cuarto y el autobús hace rato que se ha marchado, y hoy llueve. Si pillo una neumonía por volver a casa caminando y me muero, espero que Olivia se querelle contra el doctor Norman y le saque una buena suma.

Mientras Valentine coloca los cubos vacíos en la parte delantera del aula, me acerco a una de las ventanas y miro el aparcamiento de estudiantes de penúltimo año. Me llevo una agradable sorpresa al ver que el coche de Juniper aún está allí. Envío a mi hermana un mensaje de texto. He perdido el autobús. ¿Puedes esperarme? Bajaré enseguida.

Valentine se detiene junto a la ventana mientras se coloca la mochila sobre los hombros. Echa el aliento sobre el cristal y dibuja una cara con expresión indiferente en el vaho.

—¿Has visto algo ahí fuera?

—Mi hermana aún está aquí. Me llevarán en coche. —Señalo el Mercedes plateado a través de la llovizna—. Es ése.

El dedo de Valentine se detiene sobre el cristal empañado.

—*Ah* —dice, cargando esa sílaba de más significado de lo que parece concebible.

—¿Ah? —repito.

—Nada. Sólo «ah». —Valentine parece haber perdido la capacidad de pestañear mientras contempla el coche de Juniper—. Deduzco que es la rubia, ¿no?

—No, mi hermana es la morena. La rubia es Juniper Kipling. Una amiga. ¿Por qué?

—Por nada —se apresura a contestar.

Yo me apoyo contra la pared.

—¿No estarás enamorado de una de ellas?

—Eso no va conmigo.

—¿Qué, el amor?

—Sí —contesta—. Y no, no lo estoy.

—¿Eres una de esas personas que afirman que el amor es un invento social?

—No sé qué decirte. Yo no me enamoro. —Me mira de nuevo con sus ojos como rayos láser—. ¿Crees que es un invento social?

—A mí no me preguntes. Y no cambies de tema. ¿Qué te pasa con Juni y mi hermana?

Valentine aprieta los labios.

—Nada. No me pasa nada. —Mete las manos en los bolsillos y se vuelve—. Debo irme. Adiós.

Sale del aula a toda prisa, con la cabeza gacha, mirando el suelo.

Cuando cierra la puerta, me apoyo contra una mesa, agotada por la interacción que hemos mantenido. Quisiera ser uno de esos androides de Electric Forces VI para enchufarme en mí misma y recargarme.

Salgo del aula con paso cansino, preparándome para el tenso trayecto hasta casa.

El hecho de ver esa noche a Olivia junto al fogón me produce una extraña sensación de ansiedad. Por lo general me voy a mi habitación en cuanto ella entra en la cocina. Pero hoy me quedo sentada a la mesa mientras juego a Mass Effect. De vez en cuando le echo una mirada. Está de pie, con el peso apoyado en una cadera, el pelo recogido en una desordenada coleta. Canturrea una canción

que me suena familiar, pero no la identifico.

Mi padre abre la puerta unos minutos pasadas las siete, con sus gafas manchadas de gotas de lluvia. Muestra una espesa barba de ocho horas negra grisácea, que hace que los picos y los valles de su enjuto rostro parezcan más abruptos que de costumbre. Mi padre es un saco de huesos, un esqueleto de dos metros con mirada bondadosa.

—Hola —dice, cerrando la puerta. Se quita la gabardina, mostrando la tarjeta de plástico con su nombre sobre su camisa, adornada con los Arcos Dorados.

Lo saludo alzando la mano y Olivia le pregunta:

—¿Qué tal te ha ido en el trabajo?

Mi padre no parece oírla. Cuando se dirige con paso cansado hacia la escalera, se limita a decir: —Menudo tiempesito.

Su voz es tan débil y aflautada que apenas alcanza mis oídos.

—Sí, es horroroso —responde Olivia—. La cena estará lista en una media hora, ¿de acuerdo?

—Gracias.

Mi padre sube al primer piso, dejando un largo silencio salvo por el silbido del agua que hierve. Mientras lo observo subir la escalera, pienso en la deprimente estadística de *Cuatrocientos Diez Días Comiendo Solo* de Valentine Simmons.

—¿Quieres que ponga la mesa? —pregunto, deteniendo el Mass Effect.

Olivia se vuelve y me mira sorprendida.

—Sí, sería... estupendo —responde—. ¿Cenas con nosotros, Kat?

Yo asiento.

—Huele muy bien.

En las mejillas de Olivia se dibuja una amplia sonrisa de gozo. Tres palabras y sus ojos se iluminan como farolillos; había olvidado lo transparente que es mi hermana.

—¡Genial! —dice—. Papá se llevará una alegría.

Yo no estoy tan segura. Cuando los tres cenamos juntos, mi padre come con rostro inexpresivo y en silencio, pese a los intentos por parte de Olivia de hacerle participar en la conversación.

Durante la cena observo a mi hermana y a mi padre con disimulo. Su presencia me abruma. ¿Qué puedo decirles? Los siento muy lejos, como unos países isleños distantes. Sabe Dios lo que pasa por la cabeza de mi padre, y ya no sé nada con respecto a Olivia. Ella, Juniper y Claire son inseparables, como siempre, y mi hermana sale todos los fines de semana. Es lo único que sé, aparte de la música que escucha en su habitación.

—¿Alguna novedad, Kat? —pregunta Olivia mirándome a los ojos.

Yo fijo la vista en mi regazo mientras busco las palabras.

—Poca cosa. Hum..., el doctor Norman se burló hoy de mí en clase de química.

—¿Por qué?

—Porque es un mamón.

—Esa lengua —murmura mi padre. Nunca he oído un rapapolvo menos enérgico.

—No, pero lo es —dice Olivia—. El año pasado se burlaba de mi estatura. Y yo pensaba, vale, ya sé que soy alta, gracias por

recordármelo todo el tiempo. —Bebe un trago de zumo de naranja—. ¿Qué te dijo?

—Estaba dormida y me puso un castigo ejemplar.

—Ah —dice Olivia. Espero que me sermonee con un comentario tipo *Deberías procurar permanecer despierta*, pero se encoge de hombros y agrega—: Ya, la voz de ese tío es capaz de dormir a un delfín. Es increíble.

—¿Qué? ¿Eso es digno de admiración?

—Los delfines, es un hecho demostrado, no duermen —explica Olivia con la boca llena de fideos—. Sólo una parte de sus cerebros descansa en algún momento, así que siempre están conscientes. Además, son perversos. Raptan a las personas y se las llevan a sus guaridas.

Yo me río sin poder contenerme. Olivia me mira con una mezcla de asombro y regocijo, como si le hubiera dado un número de lotería ganador. Mi padre nos mira a las dos, confundido, lo cual es comprensible, porque yo también me siento un poco confundida. Olvidé que Olivia hace bromas y te ofrece su comprensión. Olvidé que hace otras cosas aparte de decirme que afronte mis responsabilidades.

Cuando terminamos de cenar, mi padre se levanta de la mesa.

—Estoy hecho polvo, chicas. Me voy a la cama.

—Muy bien —responde Olivia—. Yo fregaré. No te preocupes.

—Gracias, Olly. —Mi padre le dirige una sonrisa ausente y sube a su habitación.

—Joder. Está muy callado —comento, observándolo subir la escalera.

Mi padre nunca fue un tipo gregario, pero, cuando íbamos a primaria, él y mamá soltaban un chiste tras otro durante la cena hasta que acababan llorando de risa. Mi madre hacía aflorar esa faceta de su personalidad. Cuando estaba con ella, mi padre mostraba su sentido del humor. Quizá trataba de impresionarla, o de retenerla. Quizá siempre supo que tratar de retenerla era como tratar de sujetar el hielo, una pérdida de tiempo que sólo conseguiría dejarlo helado.

Olivia recoge los platos con gesto serio.

—Sí, el trabajo lo agota y cuando llega a casa sólo tiene ganas de acostarse.

Toco una mancha en la mesa. Conozco esa sensación, aunque no tengo derecho. Un millar de chicos en nuestro instituto hacen lo mismo que hago yo todos los días, pero con energía y motivación. Yo no tengo ninguna excusa. Cansada de autocompadecerme, me levanto, digo «buenas noches» y me dirijo hacia la escalera. Mi hermana sonrío, pero yo apenas me fijo.



El sábado por la tarde, Matt pasa a recogerme, junto con el material para el proyecto que he comprado. Su coche huele como si cultivara plantas de marihuana en el maletero. El espacio frente al asiento del copiloto está tan lleno de papeles, botellas y trastos que es como un práctico cojín sobre el que apoyar mis pies.

—Siento el desorden —dice Matt, aunque no parece que lo sienta en absoluto.

—No te preocupes —contesto, volviéndome para mirar el asiento trasero, que está aún más desastroso. Parece como si alguien lo hubiera confundido con un vertedero.

Matt no baja el volumen de la radio, de modo que me pongo a canturrear al ritmo de varias canciones pop durante el trayecto hasta su casa. En cierto momento me parece oírle cantar una canción de Avril Lavigne, pero cuando lo miro de refilón veo que tiene la boca cerrada.

Lo observo durante unos segundos. Parece empeñado en presentar el aspecto de un adicto a la hierba. Luce un pañuelo granate alrededor de la frente, por el que asoman unos mechones de pelo. Conduce con una mano, relajado y en silencio, pero su

expresión me produce la sensación de que se trae algo entre manos.

Ayer no hablamos durante la clase de inglés. Ni siquiera nos miramos, a pesar de nuestra conversación telefónica del jueves por la noche, o quizá debido a ella. Ahora, sentada a medio metro de él, me imagino a su madre, una científica que se siente frustrada en la pequeña población de Paloma, y a su padre, un hombre resentido que se siente menospreciado. En cuanto a Matt..., después del jueves por la noche no sé qué pensar de él. Por teléfono era otro chico, me mostró otra faceta de su persona.

Miro por la ventanilla el cielo azul y despejado. La forma en que mi hermana se comportó anoche durante la cena —recordándome cómo era antes— me hizo pensar que quizás ella también puede cambiar. Hacía mucho que no la oía reír. Su risa evocó en mí un montón de recuerdos, incluso cierta nostalgia, como oír una canción que tuve en constante repetición durante un verano agridulce.

—Aquí vivo yo —dice Matt, bajando el volumen de la radio. Nos detenemos frente a una casita blanca con postigos negros. Aparca junto al bordillo.

Me coloco la mochila sobre los hombros y lo sigo por un camino de acceso flanqueado por hierbajos. El porche está lleno de desconchones y los insectos han agujereado las mosquiteras en las ventanas. Me pongo a tiritar mientras espero a que Matt abra la puerta con una llave plateada manchada.

Por fin consigue abrirla y entramos en su cuarto de estar, un nido cálido y lleno de color. Contiene un sofá de aspecto mullido tapizado de rojo, cubierto con unos cojines bordados. Sobre él, un magnífico cuadro del sol que cubre casi toda la pared, cuyos rayos naranjas iluminan los picos de una cordillera. En la repisa de la

chimenea, llena de arañazos, hay tres relojes de cuco y una hilera de vistosos crucifijos, y en una mesita auxiliar, un televisor. Todas las superficies están cubiertas con edredones, mantas y cachivaches. Está claro que los Jackson no son partidarios del minimalismo.

—Podemos trabajar aquí o en la cocina, como prefieras —dice Matt, empujando la puerta con el hombro. Ésta se cierra con un ruido sordo.

Miro a mi alrededor. La mesita de café, como el resto de la habitación, está llena de revistas y velas medio consumidas.

—¿Tienes una mesa de cocina que podamos utilizar?

—Claro.

Matt echa a andar por el pasillo. Yo lo sigo, observando a través de las puertas entornadas a izquierda y derecha: un cuarto donde se oye el zumbido de la lavadora, un pequeño baño con un espejo manchado y otro pequeño pasillo que desemboca en una escalera. En el aire flota un olor impreciso, el aire nuevo de una casa que no me resulta familiar. Un detergente que huele distinto, quizá, mezclado con varios tipos de ambientadores.

Su cocina, más grande que el cuarto de estar, contiene una larga encimera, una isla, y una amplia mesa de madera con seis sillas. En la pared, pintada de un azul jaspeado, junto a la mesa, cuelgan tres platos cuyo centro está decorado con unas delicadas flores verdes y naranjas.

—Son preciosos —digo, señalando los platos y depositando los materiales para el póster en la mesa.

—Son de mi abuela. —Matt saca una silla y se sienta—. Tienen unos sesenta años.

—¿Los hizo ella?

—No. La familia de mi madre es de Puebla. Tienen una cerámica típica regional, se llama Talavera, y esos platos son de allí.

Me siento frente a él y abro mi mochila.

—Puebla. ¿Está en...?

—México. En el centro meridional.

—¿Tienes aún familia allí? —pregunto.

—Sí, unas tías abuelas, pero mis abuelos se mudaron a St. Louis en los setenta, así que todos mis parientes próximos viven aquí. Salvo mi tío. Es corredor de Bolsa en Londres.

—Vaya. —Desenrollo el póster y sujeto sus bordes con un par de libros de texto—. Me apetece mucho ir a Londres. México también está en mi lista de países que quiero visitar. Nunca he salido de aquí, así que...

—¿De veras? —pregunta Matt—. Yo he visitado México varias veces, unos quince días cada vez, pero siempre me siento como un falso mexicano porque sólo soy medio mexicano. No he vivido nunca allí, así que todos mis parientes mexicanos me consideran un norteamericano blanco criado aquí.

—¿Sabes hablar español con acento mexicano?

—*Claro que sí.*⁴

—Ah —digo—. *Yo también*, más o menos.

Matt sonrío y se quita el pañuelo que lleva en la cabeza. Su pelo encrespado le cae sobre la frente.

—Sobre este póster, ¿te parece que...?

—¿Matt? —dice una voz.

Me vuelvo. En la puerta aparece posiblemente el chiquillo más

guapo del mundo. Su carita morena está enmarcada por una cabellera negra y espesa, y sus ojos, a diferencia de los de Matt, son de un azul intenso. Al verme, cierra la boca y retrocede un paso.

—Hola, Russ —dice Matt, poniéndose de pie—. ¿Has bajado la escalera tú solo?

—Sé bajar la escalera —replica Russ, la viva imagen de un crío de tres años ofendido.

Yo sonrío. Matt alza las manos,

—Vaya, he metido la pata. Ésta es Olivia —dice señalándome—. ¿Quieres saludarla?

Russell me saluda agitando la mano con energía.

—Hola. Me llamo Russell.

—Hola, Russell —respondo—. Encantada de conocerte. Me gusta tu casa.

El niño no responde, sino que mira a Matt con gesto de súplica.

—¿Qué pasa, Russ? —pregunta Matt.

—Quiero el coche. El coche estaba... muy alto. Quiero subir para cogerlo.

—No se te ocurra trepar por la estantería —dice Matt—. Yo te lo daré. Vuelvo en un segundo, ¿vale? —agrega, mirándome.

—No te preocupes —respondo—. Yo empezaré con esto.

—Gracias.

Cuando Matt desaparece en el pasillo, empiezo a escribir *INFIERNO* en la parte superior del póster. Sé muy bien cómo se escribe, pero dibujo una letra mal dos veces. Estas letras rojas, gigantescas y chillonas hacen que la palabra no parezca una

palabra.

Matt regresa antes de que yo haya terminado la «N».

—Lo siento —dice, sentándose—. Le he dado unos juguetes para que se entretenga, pero, ya sabes, los críos de tres años siempre reclaman tu atención.

—Es adorable.

—Sí —responde Matt—. Y es muy listo para la edad que tiene. Yo no aprendí a articular frases enteras hasta los cinco años, pero Russ ya sabe palabras como... ¿Qué fue lo que dijo el otro día? «Efectivamente» o algo parecido. Y «filosofía». Es increíble... —Se detiene bruscamente. En sus ojos sucede algo, como si se cerraran unos postigos, ocultando el cariño que siente por ese niño—. Bueno...

Yo reprimo una sonrisa y me centro de nuevo en el póster.

—Eres un buen hermano.

—¿Qué?

—Lo eres. Se nota en el entusiasmo con que hablas de él. Es bonito. —Lo miro, pero él rehúye mi mirada.

—Hum —dice.

Guardamos silencio un segundo. Yo lo observo —sus ojos castaños y achinados, sus tupidas cejas— y en la parte frontal de mi mente reaparece nuestra conversación telefónica. Quiero contarle cómo se comportó Kat anoche —¡un gran progreso!—, pero temo que se convierta de nuevo en el chico de la clase de inglés, el chico al que todo lo deja indiferente. Temo que diga, *El jueves estaba colocado*, dando por zanjado el tema.

—Bien... —dice con tono cauteloso.

Yo me tenso. No sé por qué o qué espero que diga.

—¿Qué? —respondo.

Al cabo de un segundo, toma una de las hojas de papel que hay sobre el póster.

—Yo... nada —murmura—. Nada. No he terminado de leer *El infierno*.

—Ah, bueno. Yo tampoco —digo, cerrando mi rotulador—. Leo muy despacio.

—¿En serio?

—¿Te sorprende?

—No sé —contesta—. Supongo que un poco. Eres inteligente.

Yo sonrío.

—Hombre, gracias, pero leyendo soy más lenta que un caracol en arenas movedizas. Bueno... Saqué un montón de temas y cosas de SparkNotes, así que ya podemos empezar a colocar lo más importante.

—Pero empecé a leerlo —dice Matt—. Te lo juro. Leí unos quince cantos. —Su tono es tan apremiante que parece como si su progreso con *El infierno* sea lo único que se interpone entre nosotros y el Tártaro. Su rostro denota cierta intensidad, y las comisuras de sus labios finos están crispadas.

Lo miro ladeando la cabeza.

—Te creo.

—Bien. —Agita la hoja que sostiene en la mano—. Bien. Yo... Sí.

Bajo la vista y contemplo el póster durante unos segundos, sin pensar en el proyecto.

—Esto..., hum... —digo.

Matt me mira a los ojos. Jamás he visto un color castaño tan luminoso. Es como miel o ámbar, con un toque brillante que cristaliza en el centro. La opresión en mi pecho se intensifica.

—Quería darte las gracias —digo—. Por hablar conmigo el jueves. Yo... Sí.

Él permanece callado, sin moverse. Yo contengo el aliento, confiando en que no despache mis palabras encogiéndose de hombros. El hecho de hablar con él, a esas horas de la noche, una charla tranquila e inesperada, significó algo. No sé por qué le hablé de mi madre, como para desquitarme, pero él no me lo reprobó, sino que, a cambio, me contó un poco de su vida, lo cual, a mi entender, merece que le dé las gracias.

—Es... —dice mientras se forma una arruga entre sus cejas rectas—. Yo... Fue agradable...

No termina la frase.

—Sí —respondo—, fue agradable.

Matt sonrío. La presión de sus mejillas hace que sus ojos formen unas medialunas.

—Bueno... —Me aclaro la garganta—. Creo que deberíamos ponernos a trabajar en esto.

Durante dos horas trabajamos a tope, recortando lenguas de fuego en un papel color naranja, anotando citas literarias, agrupando personajes de cada círculo, enumerando pecados y virtudes.

Todo está en silencio excepto el ruido sordo ocasional de la nevera; a veces nos inclinamos sobre el póster y nuestras cabezas están tan próximas que el leve sonido de su respiración me distrae.

También me fijo en sus tostados antebrazos apoyados en la mesa, en sus huesudas muñecas y el escaso vello que cubre sus brazos hasta los codos. Me produce una sensación curiosamente íntima, el hecho de estar los dos sentados en un rincón de su cocina, trabajando en un silencio que me resulta más cómodo de lo normal.

[4.](#) En castellano, en el original.



El sonido de mi móvil me despierta a las once y media de la noche. Lo tomo, sobresaltada, y miro la pantalla. El resplandor azul hiere mis retinas en la oscuridad.

—¿Juniper? ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

—Claire... —responde con tono cantarín—. Claire, bonita. Claire, osita. Claire Clah-Claire, Claire, Claaaire. Nos lo estamos pasando en grande y te echamos de menos.

Cierro los ojos y me resguardo de nuevo bajo de las mantas. No ha sucedido nada, sólo que ha pillado una curda. No sé si me siento aliviada o irritada.

—Juniper, necesito dormir —digo. No es preciso que me recuerden lo mucho que se divierten sin mí. ¿Es pedir demasiado que tengan un poco de consideración?

—Mierda —dice Juniper. Oigo un ruido como si se le hubiera caído el teléfono. Luego la oigo hablar con Olivia—. La he despertado.

—Pues claro, tonta —dice Olivia, al fondo—. Son las once y media.

—Juni, ¿cuánto has bebido? —pregunto.

—¿Qué? ¿Cuánto he bebido? No te preocupes por eso — responde—. No te preocupes para nada. Sí.

Tuerzo el gesto y me muerdo la uña del pulgar. Antes de que pueda decir algo, oigo unos ruidos confusos. Capto el sonido amortiguado de una protesta. Luego oigo la voz de Olivia.

—Hola.

—Hola, Olivia. ¿Quieres hacer el favor de explicarme qué sucede?

—Juni ha bebido mogollón y ha vomitado, así que pasaré la noche con ella. Hemos visto *La ruta hacia El Dorado* y Juni quiere que ahora pongamos *Buscando a Nemo*.

Las imagino instaladas cómodamente en el cuarto de estar, sobre la mullida alfombra, delante del televisor de Juni. Mi frustración va en aumento.

—¿Por qué bebe?

—No lo sé. Le apetecía. Siento que te hayamos llamado tan tarde. Sé que tienes que madrugar.

—No te preocupes. —Me incorporo, resignada al hecho de que estoy despierta—. Sólo que... Pensé que ibais a pasar una velada tranquila, y Juni lleva dos semanas seguidas emborrachándose. ¿Crees que le ocurre algo?

—A mí no me ha dicho nada —responde Olivia—. Pero... sí, tienes razón, ha estado muy rara. Iba a preguntárselo, pero me distraje con todo ese vómito.

—Qué asco.

—Pero es mejor. Más vale que haya sacado todo eso de su

cuerpo, ¿no?

—¿Tú crees?

—Sí —responde Olivia—. ¡Pura ciencia! —A través del teléfono oigo el sonido de un anuncio publicitario. Su voz se hace distante—. Juni, ¿quieres que pongamos ahora *Buscando a Nemo*? Iré a por unas mantas.

—Oye, ¿te ha vuelto a escribir Dan? —pregunto. En cuanto la pregunta sale de mis labios, me parece increíble haberla hecho. Hablar de chicos con Olivia siempre es mala idea.

—No, menos mal —contesta—. Pero Richard Brown consiguió de alguna forma mi número y está muy pesado. Aunque le he dejado muy claro que no es mi tipo.

—Estás a tope.

—Eso no siempre es bueno.

Yo suspiro. Olivia siempre se empeña en negarlo, como si el hecho de atraer a los chicos fuera algo malo.

—En serio —dice—. ¿Crees que fanfarroneo?

—No lo sé —contesto, mordiéndome la uña del pulgar con más ganas. Desde la perspectiva de alguien que pasa totalmente inadvertida para la población masculina, es difícil no verlo como una fanfarronada.

—Una cosa es que traten de enrollarse conmigo —dice—. Pero cuando los chicos no me dejan en paz, ni aunque les diga con toda claridad que no me interesan, significa que han oído decir que estoy dispuesta a tirarme a cualquiera que se acerque a mí. No es un cumplido.

—Ya —respondo, aunque sigo sin entenderlo. Si Olivia dejara de

acostarse con todo bicho viviente, los tíos dejarían de suponer que está dispuesta a hacerlo con ellos. ¿No es una conclusión obvia?

—En cualquier caso, es muy estresante —me asegura—. Una vez dije que no a un tío y contestó: «Vale, me buscaré a otra, puta asquerosa».

La ira me saca de mi confusión. Procuro no alzar la voz, pero sólo porque Grace duerme en la habitación de al lado.

—¿Qué? ¿Un tío te dijo eso?

—Ya te digo, estaba borracho, así que...

—¿Es alguien a quien conocemos?

—No, claro que no —responde Olivia—. No hablo con tíos que van de ese palo. Cuando dices: «Mira, lo siento, pero no me interesas», nunca sabes si el tío se va a poner como una fiera o te va a soltar una barbaridad para ofenderte.

—Ya..., es verdad —digo, empezando a ver la situación desde su punto de vista. No sé por qué me resisto a mostrarme de acuerdo con ella. No es que desee que estas cosas sean culpa suya—. Quiero decir..., vale.

La oigo manipular lo que deduzco que son mantas.

—Buenas noches —dice—, tengo que ir a cuidar de nuestra querida y embolingada Juni.

—Buenas noches, Liv.

Enchufo de nuevo el móvil para cargarlo y lo dejo en mi mesita de noche. Luego me doy la vuelta y sepulto la cara en la textura fresca de la almohada.

Putas asquerosas. Olivia lo dijo de una forma que parecía que ese insulto no la afectara. ¿Cuántas veces lo ha oído? ¿Cuántas veces ha

tenido que soportar eso sin contárnoslo a Juniper o a mí?

¿*O es a ti a quien no lo cuenta, Claire?*, murmura esa voz en mi cabeza.

De todo, eso es lo que más me duele: sentirme excluida. Cierro los ojos, odiándome egoístamente, como si éste fuera el momento para estas tonterías.

HOLA,
mi nombre es

Kat Scott

A las tres de la madrugada del domingo se pone a llover. La lluvia comienza y se detiene frente a la ventana, una y otra vez. *Duerme*, me digo, pero no puedo, no consigo concentrarme como lo hago en el escenario. Tumbada en la cama, no logro aclarar mis ideas, y menos dejar de obsesionarme y refugiarme en un lugar seguro.

Odio la noche. En las horas nocturnas, antes de conciliar el sueño, mi cerebro me bombardea con cada pensamiento que he tratado de desterrar desde la mañana. Esta noche, la rueda giratoria se ha parado en el tema de la tristeza y lo poco original que es. Las personas siempre se han sentido infelices. Es en los últimos cien años —o quizá menos— cuando la gente ha empezado a pensar que la infelicidad es algo anómalo, que todos tenemos derecho a ser felices. Qué estupidez. El mundo no funciona así. Seguro que en tiempos de Grigory Veselovsky, en Rusia, todos los siervos o campesinos se sentían profundamente deprimidos.

De modo que llevo tres horas acostada en la cama, comportándome de forma nada original. No lo sé.

Hace tiempo que llorar no me ayuda. Ahora, por las noches, me dedico a contemplar la ventana, hasta que un sueño intermitente

se apodera de mi mente, que se resiste pataleando, protestando, hasta sumirse en el silencio.

Suena una llamada en mi puerta. Me vuelvo hacia la pared y miro el reloj antiguo, una novedad, que mi padre me regaló por Navidad cuando íbamos a primero de secundaria. Tiene una cita de *Como gustéis*, de Shakespeare: «Un hombre puede representar en su vida muchos papeles» y, debajo, las máscaras de la tragicomedia.

El reloj indica las seis de la tarde. Ha pasado todo un día y apenas me he percatado. Gracias a Dios por Internet. Con un poco de ayuda de estos juegos adictivos, puedo olvidarme de mí misma en casa, convertirme en un caparazón de mi mente. Me produce un grato adormecimiento. Este fin de semana, me he dado un atracón de Blade-X, que, pese a su desafortunado nombre, no es una marca barata de hojas de afeitar que venden en el súper, sino un juego de acción en primera persona con numerosos baños de sangre de pésimo gusto.

Suena otra llamada en mi puerta.

—Sí, ¿qué? —pregunto, cuando mi avatar arroja una caja contra un muro de metal. De la caja cae un reluciente escudo que me apresuro a sujetarme a la espalda.

La puerta se abre un poco. Olivia entra y cierra tras ella.

—Hola.

—Hola —respondo, sin detener la partida.

—¿Te has pasado todo el día en la cama?

—Sí.

—¿Qué te apetece para cenar?

—No tengo hambre.

El viernes no debí cenar con ella y con mi padre. Espero que Olivia no piense que eso va a ser habitual. La energía que yo tenía anteayer hace mucho que se ha evaporado.

—¿A qué juegas? —me pregunta, acercándose a mi mesa y sentándose.

—Se llama Blade-X...

—Suena... guay.

Me abstengo de responder mientras enfundo mis cuchillos para trepar por un depósito de agua.

—¿Conoces a mucha gente a través de estos videojuegos? —pregunta Olivia.

—No tengo una vida social gracias a los videojuegos, si es lo que quieres saber.

—De acuerdo —dice—. Porque esta cosa del aislamiento no parece superdivertida.

Mientras rodeo con cautela el depósito de agua, recibo una andanada de disparos de más abajo. Salto a un lado y empiezo a trepar por la segunda escalera, cambiando de perspectiva. Debe de haber una entrada por aquí...

—Me alegré de que el viernes decidieras salir de tu cuarto, porque últimamente parece que estés siempre enfadada —dice Olivia—. He tratado de dejarte espacio, porque supuse que era por algo que yo había hecho.

Apenas la escucho. Voy a morir aquí arriba. Trepar por escaleras me deja agotada, y por la parte superior del depósito de agua empiezan a salir unos enemigos negros semejantes a insectos. No puedo combatirlos con mi barra de vida vacía; tengo que refugiarme en un lugar seguro.

Olivia continúa:

—Pero alguien me dijo que quizás estabas pasando por una crisis, así que pensé que debía preguntarte si...

Pulso el botón de pausa, sin dar crédito.

—¡Espera un momento! ¿*Alguien*? ¿Has preguntado a alguien qué debías hacer para... resolver mis problemas?

—¿Qué? Yo no he dicho eso. —Olivia tamborilea con sus uñas doradas sobre la superficie de cristal de mi mesa—. Mira, ya sé que no soy quién para decirte lo que debes hacer con tu tiempo, pero...

—Tienes razón. No lo eres en absoluto.

—Pero, Kat, tienes que levantarte de la cama. Tienes que seguir un horario normal para comer y dormir. No es mucho pedir. Es lo mínimo, las cosas básicas del día a día...

No me molesto en responder. ¿Qué puedo decir? Estos días mi condición de persona es la de una piedra. No tengo apetito. No tengo un ritmo circadiano. No me interesa nada, salvo entretenerme con los videojuegos. ¿A quién diablos le importa?

—Y, si no puedes hacerlo sola —prosigue Olivia—, alguien tiene que ayudarte. Prefiero no ser yo, porque me odias, por el motivo que sea, pero...

—Calla. No te odio.

—Pero no te caigo bien —afirma Olivia, alzando la voz—. Y no sé cuándo ocurrió eso, pero ¿sabes qué te digo? Que habría preferido que me dieras algún tipo de pista.

Yo callo. Mientras la observo, unos desagradables recordatorios penetran en mi imaginación: imágenes de nosotras pasándonos notas en cuarto de primaria y encaramándonos a los árboles en

quinto, dándonos un atracón de películas por la noche en sexto y entreteniéndonos leyendo en la misma habitación en primero de secundaria. Cada vez que Olivia me atosiga de este modo, un montón de recuerdos de años pasados se cuelan en el fondo de mi mente.

Relajo la mandíbula y digo:

—Nadie me cae bien.

Ella guarda un silencio cargado de significado. Durante un segundo me pregunto si he herido sus sentimientos.

Olivia vuelve la cabeza y mira por la ventana. Pienso que quizá rompa a llorar. No la he visto llorar desde primaria. ¿Conserva todavía unos conductos lagrimales en esos ojos perfilados con esmero?

Miro de nuevo la pantalla de mi ordenador y pulso la tecla del *play*.

Ella se levanta.

—Si cambias de idea sobre bajar a cenar, voy a hacer sopa.

Apenas la oigo. Se produce una grieta entre las placas de metal del depósito de agua. Me abro paso a través de la entrada hacia la oscuridad. Por fin estoy a salvo.

HOLA,
mi nombre es

Valentine Simmons

El lunes por la mañana la directora Turner saluda al instituto con un anuncio pronunciado con tono distendido:

—Estudiantes y profesores, hemos decidido que el siguiente paso en nuestra investigación será llevar a cabo unas entrevistas al cuerpo estudiantil. Todas las entrevistas serán estrictamente confidenciales y realizadas en un lugar seguro, a puerta cerrada.

Observo a mi alrededor, pero nadie en primera instancia parece escandalizarse ante este anuncio. Por lo visto, no les preocupa que este follón de un romance-estudiante-profesor se haya convertido a la Inquisición española.

Me siento a mi mesa, tenso, y observo una lista de ecuaciones diferenciales. Este fin de semana se me ocurrió hablar con Juniper Kipling, pero el hecho de que las conversaciones telefónicas constituyan la plaga de mi existencia me hizo desistir. Por otra parte, llamarla sin más ni más para acusarla de esto me pareció, como mínimo, bastante violento.

No obstante, tengo que hablar con ella lo antes posible. Si alguien la está coaccionando, no puedo mantener la boca cerrada. De hecho, estos interrogatorios pueden ser la oportunidad ideal de

revelar a la dirección lo que sé, si lo considero oportuno.

Al comienzo de la hora del almuerzo, espero fuera de la cafetería, confiando en interceptar a Juniper. Varios grupos de estudiantes pasan a mi alrededor como si no me vieran. Es como si estuviera pintado del mismo color que la pared.

Veo a Juniper bajar por el pasillo flanqueada por un par de chicas: una morena alta, con los hombros rectangulares de una amazona, y una pelirroja bajita, con los ojos perfilados con lápiz plateado. La morena dice algo y el terceto rompe a reír; sus sonrisas son tan idénticas que se diría que han aprendido a sonreír juntas. Cuando se acercan, me aclaro la garganta y aprieto los puños.

—Perdonad —digo, interceptándoles el paso.

Las tres se paran y me miran con idéntica expresión perpleja.

—Ah, hola —dice la morena—. Eres Valentine, ¿no?

—Sí. —Me dirijo a Juniper hecho un manojito de nervios—. ¿Puedo hablar contigo un minuto?

—¿Conmigo? Claro. —Juniper se vuelve hacia la chica alta—. Nos vemos en la cafetería.

La morena y la pelirroja desaparecen entre la multitud, y, cuando Juniper y yo retrocedemos hacia el muro, una voz con un sonsonete que me resulta familiar dice:

—Friki.

Me vuelvo, sonrojándome, y veo a un par de chicos que me pasan una cabeza.

—¿No podéis decir al menos algo divertido? —les espeto cuando pasan de largo, luciendo unas mochilas calcadas. Ellos ni se inmutan.

—Dean —grita Juniper.

Ambos se vuelven al instante. Uno es delgado y fuerte, con el pelo cortado al cero. Al otro lo reconozco: es el nadador con la nariz larga y el pelo rizado de la semana pasada, que tampoco se disculpó conmigo.

Juniper mira al chico del corte de pelo al cero con gesto de censura.

—¿Has sido tú? ¿Has dicho eso?

—Hum... —responde Dean, mirando a su amigo del pelo rizado, cuyos ojos se pasean por el pasillo sin detenerse en ningún punto.

—Discúlpate con Valentine —dice Juniper, acercándose a él.

—Dios —murmuro—. Por favor, no tienes por qué ser mi caballero defensor.

—Es un servicio público —contesta ella, mirando a los chicos. Se han entretenido demasiado; la multitud los escupe y se quedan junto a la puerta de la cafetería. Cuando los ojos de Juniper adoptan una mirada más dura, doy gracias a Dios de no estar en su feroz línea visual—. Discúlpate —insiste.

Dean se encoge de hombros.

—Vale, lo siento —dice sin apenas mirarme. Da un codazo a su amigo—. Vamos a coger mesa.

Pero, cuando Dean entra en la cafetería, Juniper vuelve su mirada acusatoria contra el chico del pelo rizado, que se ha quedado rezagado.

—¿En serio, Lucas? —dice Juniper como si se sintiera decepcionada—. ¿Vas a quedarte ahí plantado viendo estas

injusticias sin más?

Lucas encorva la espalda, derrotado. Aparte de su actitud de desánimo, me pasa casi una cabeza y tiene unos hombros tan anchos que es como si me enfrentara a un oso. Sus ojos culpables son castaño oscuro, como la corteza húmeda de un árbol. Al ver su melancólica expresión, me compadezco de él, aunque no es la víctima en este asunto.

Abre la boca, supongo que para disculparse, pero lo interrumpo.

—Tranquilo, no pasa nada.

En cuanto digo eso, me pregunto por qué lo he dicho. ¿Cómo que no pasa nada? Desde mi punto de vista, el silencio tiene todo el aspecto de la complicidad.

Antes de que pueda añadir algo, la amiga morena de Juniper sale de la cafetería y se detiene junto a nosotros dando un traspié.

—Eh, Juni —dice—, ¿puedes venir? Claire dice que tenemos que hablar sobre el sábado por la noche, que es lo peor que ha ocurrido en muchas lunas. Creo que piensa que te obligué a beber vino.

El sonido de un carraspeo hace que todos nos volvamos. El señor García, que pasa junto a nosotros, se detiene, arrugando el ceño. No dice nada, pero observa a Juniper y a Olivia con una mirada cargada de significado.

—Esto... —dice Olivia cuando él pasa de largo—, aquí nadie bebe alcohol porque todos somos menores de edad.

García arruga más el ceño. Desaparece por el pasillo, y Olivia lo observa haciendo una mueca.

—¿A qué viene que se ponga tan serio sobre el alcohol? ¡Dejó la universidad hace sólo un par de horas, como quien dice! —Me mira—. Por cierto, siento haberos interrumpido. A todo esto, me llamo

Olivia. Encantada de conocerte.

Juniper me mira con gesto de disculpa.

—¿Te importa que nos veamos luego, Valentine? Tengo que aclarar unas cosas con Claire. Esto no es urgente, ¿verdad?

—Bueno, es...

Me detengo. Si digo que es urgente, despertaré la curiosidad de Lucas y Olivia, cosa que no quiero hacer. Trato de decir que no, pero no puedo; tengo la garganta agarrotada como por falta de uso, y el hecho de que los tres me miren fijamente no ayuda. Todos son más altos que yo y muy atractivos. Ésta es, sin duda, la conversación más desequilibrada que he mantenido en mi vida.

—Está bien —respondo, alzando el mentón al máximo sin sentirme ridículo—. Podemos aplazarlo si tú... Sí.

—Nos vemos mañana.

—Vale.

Juniper se detiene debajo del arco, se vuelve y me mira con determinación.

—Por cierto..., Valentine. El sábado doy una fiesta en mi casa, a eso de las nueve. Ven si te apetece.

Mi primer instinto es romper a reír a carcajada limpia. Me contengo de milagro.

—De acuerdo —contesto, procurando disimular mi incredulidad. Me han invitado a una fiesta. Una opción decididamente viable—. Gracias.

Las dos chicas desaparecen al fondo de la cafetería. Lucas se detiene junto a la puerta, observándome.

—Adiós —digo con tono tajante.

Pero él no se mueve.

—Lo siento.

—Ya te he dicho que no pasa nada.

—Dean es el capitán del equipo de natación este año, así que los demás callamos y punto. Y, como sólo falta una semana para el campeonato regional, estos días nos vacila el doble, y eso...

—No me importa.

Lucas me mira sorprendido.

—Ya —dice—. Bien. Aun así, lo siento.

Tiene un acento que no es del todo de Kansas: escupe sus consonantes con demasiada fuerza, suavizando las vocales. Tiene una voz que denota impaciencia, rápida e insistente, como si temiera perder mi atención durante un segundo. Dios, la gente que se esfuerza tanto da pena.

Me he entretenido demasiado rato. El otro parece pensar que es una invitación para seguir conversando.

—Soy Lucas McCallum —dice—. ¿Cómo te llamas?

—Valentine Simmons.

—Un buen nombre —comenta, sonriendo.

Al ver su sonrisa siento náuseas. Es estúpidamente fotogénica, con un atractivo hollywoodiense que raya en lo absurdo. Este chico no tendrá que mover un dedo en la vida, se lo servirán todo en bandeja de plata porque tiene el aspecto de un dios menor griego. Le odio un poco y me choca que se muestre tan deseoso de que yo lo acepte. ¿No le han enseñado, como a toda persona atractiva, a dar por sentado que el mundo se rendirá a sus pies sin el menor esfuerzo por su parte?

—Bien —dice—, ¿qué hay, Valentine Simmons?

—Poca cosa. Me voy a almorzar.

Doy media vuelta, pero apenas avanzo un paso cuando me pregunta:

—¿No almuerzas en la cafetería?

Me vuelvo y lo miro con desdén. Algunas personas dicen que no hay preguntas estúpidas, pero ésta es un ejemplo perfecto.

—La cafetería está llena de gente que no me interesa lo más mínimo —respondo con frialdad.

Él lanza una generosa y descontrolada risotada, como si yo le hubiese contado el chiste más gracioso del día. Me vuelvo y lo miro sin molestarme en ocultar mi desprecio.

—¿Qué?

—Me ha parecido divertido —contesta—. ¿No era un chiste?

—Más bien no.

—Ah. Vale. —Se esfuerza en adoptar una expresión seria—. ¿Almuerzas fuera del campus?

—No.

—Entonces, ¿dónde?

—¿Por qué quieres saberlo? —inquiero.

—Era sólo una pregunta. No requiere ningún tipo de análisis.

—Ya. —Arrugo el ceño—. De acuerdo. Bien. El análisis es mi *modus operandi*.

Él sonrío de nuevo sin ningún motivo aparente. Las implacables luces del pasillo iluminan las patas de gallo en las esquinas de sus ojos. Parece resplandecer con una satisfacción interior, que no sé

de dónde saca, pero debe de ser agradable. Quizá provenga de otro planeta, donde el sol brilla siempre, todo el mundo se comporta con una amabilidad incondicional y los cachorros juegan en las calles.

—Fuera —digo—. Junto a los tráileres.

—¿No tienes frío allí?

—Prefiero tener frío que soportar lo que hay allí dentro — contesto señalando la cafetería con la cabeza—. Conversaciones intrascendentes y concursos de popularidad... ¡Uf!

En el entrecejo de Lunas se forma una arruga. ¿Qué significa? ¿Sorpresa? ¿Confusión? ¿Irritación?

—Los demás no son tal como aparentan —dice—. Todo el mundo tiene algo que ocultar.

—Ya —respondo, poniendo los ojos en blanco—. Seguro que *tú* ocultas muchos secretos inconfesables bajo la superficie.

Él no se ríe. Durante un minuto pienso: *Vaya, quizá sea un asesino en serie*. En serio, ¿qué secretos puede tener este chico? Nadie que se muestra tan grotescamente feliz es interesante.

Metó las manos en los bolsillos.

—Da lo mismo. Al margen de lo que las personas muestren u oculten, me molestan, y entiendo que soy un bicho raro, y no caigo bien a nadie. Así que es mutuo.

Lucas ladea la cabeza.

—Oye, lo siento.

—¿Qué? No lo sientas. ¿Qué más da? No importa.

Sacudo la cabeza con energía. ¿Por qué sigo hablando con este chico? Echo a andar hacia la puerta sin molestarme en decir adiós.

Pero, antes de alcanzarla, juraría que le oigo decir:

—Claro que importa.

Al comienzo de la sexta hora me llaman para mi entrevista. La breve ausencia de clase es una bendición. Nuestra profesora de latín avanzado está resfriada y los que nos sentamos en la primera fila recibimos sus estornudos. Estoy decidido a tomármelo con calma mientras voy y vuelvo del centro de orientación. Un tranquilo paseo es mucho mejor que permanecer en esta zona de guerra inundada de mucosidades.

Mientras me dirijo hacia allí, observo los carteles para la campaña del gobierno estudiantil que adornan las paredes y las taquillas, algunos pegados en las barandillas de la escalera. La mayoría son de los candidatos presidenciales de primer año, que en total suman ocho, los cuales muestran un exceso de entusiasmo. Los estudiantes de penúltimo año sólo presentan tres, una de las cuales es Juniper. Me pregunto cómo tiene tiempo de dedicarse a tantas actividades extraescolares, pero, a juzgar por los pósteres, seguro que gana ella: sus anuncios son los únicos que tienen un aspecto vagamente oficial. Los de Olivia me asaltan desde el muro de ladrillo, en unos colores tan chillones que mis ojos protestan. Y los de Matt Jackson, ¡válgame Dios!, muestran la frase: «¡Tu Voto a MATT Importa!»⁵ escrita en la tipografía Comic Sans.

Abro una puerta de doble hoja y paso de la nueva ala del edificio a la vieja. Se acabaron los adornos arquitectónicos de vidrio laminado y la intensa iluminación. A partir de aquí, unas elevadas ventanas arrojan dramáticos haces de luz sobre los suelos oscuros y desgastados. Golpeo con mi pase de plástico los candados de las taquillas, haciéndolos oscilar. No es buena idea que te asignen una taquilla en esta sección del instituto; son tan espaciosas que podrían encerrarte en una de ellas, al estilo de los telefilmes sobre

institutos rodados antes de 2000. Para alguien de mi talla, ni siquiera resultaría incómodo. Podría montar una mesita y disfrutar al fin de un lugar apacible donde leer.

Bajo a la primera planta y entro en el pequeño laberinto de despachos del centro de orientación. Mi madre, la jefa del mismo, está sentada a la mesa de recepción debajo de un póster motivacional de un gatito que dice: ¡ÁNIMO! El gatito cuelga de la rama de un árbol, con cara de que su vida corre peligro.

—Hola, cariño —me saluda mi madre—. ¿Has venido para tu entrevista?

—Sí. —Miro las puertas cerradas junto al pequeño cubículo de mi madre—. ¿En serio vas a entrevistar a mil doscientos estudiantes?

—Somos ocho, de modo que irá más rápido de lo que imaginas —responde, entregándome un papel con mi nombre en la parte superior—. Dale esto a la señora Conrad cuando te llame.

Me siento en un banco tapizado entre otros dos chicos, tratando de no ponerme nervioso, contando los cuadrados de la moqueta para relajarme. Quizá debería revelar lo que sé. Juniper se las cargará por su errónea conducta y mis dudas sobre si debo hacerlo o no desaparecerán. Habré cumplido con mi deber.

—Valentine Simmons —dice una voz desde el fondo del centro de orientación.

Me dirijo hacia la última puerta a la izquierda, cruzándome con la persona a la que han entrevistado ahora mismo, una chica menuda, nerviosa. Cierro la puerta con suavidad y me siento frente a la señora Conrad, una mujer rechoncha que luce unas rastas más gruesas que mis dedos.

Le entrego el papel y ella sonríe.

—Gracias, Valentine. Es el hijo de Sarah, ¿verdad?

—Sí.

—Buenos genes —comenta, alisando el pedazo de papel. Abre un bolígrafo rosa con un clic—. Bien, le haré algunas preguntas y le agradecería que respondiera con la máxima precisión. En primer lugar, ¿ha oído alguna tesis acerca de quiénes pueden ser los participantes en la supuesta relación ilícita entre una estudiante y un profesor?

Yo arrugo el ceño.

—¿Me pide que le cuente los rumores que he oído? ¿Se da cuenta de lo poco fiables que son los rumores que corren por el instituto?

La señora Conrad suspira.

—Procure colaborar conmigo, joven.

—Bueno —digo—, he oído algo sobre la doctora Meyers, pero no lo creo.

—Hum. —La señora Conrad anota el apellido de la doctora Meyers—. ¿Y sobre la estudiante?

El nombre de Juniper tiembla en la punta de mi lengua. Trago saliva y fijo la vista en mis rodillas, conteniéndome.

—Nada.

—¿Nada en absoluto?

Alzo la vista y miro a la señora Conrad. Sus ojos castaños se clavan en los míos, y me esfuerzo en sostener su mirada.

—Nada en absoluto —repito sin pestañear.

[5.](#) *Your vote MATTers.* (Juego de palabras.)



Burke y yo nos detenemos frente a mi casa el lunes por la tarde, en el preciso momento en que mi madre sale para acudir a su cita con el dentista. Me saluda con la mano y dice: —No dejes que Russell coma ningún *snack*, porque luego no querrá cenar. *Y cierra la puerta*. Ayer, cuando llegué, estaba abierta y hace frío.

Mi madre dirige a Burke su habitual sonrisa de circunstancias que reserva para él, porque, como todo el mundo en el instituto, cree que la ropa que lleva es ridícula. Hoy luce un pantalón de cuero que pone de relieve cada músculo de sus piernas, además de una prenda peluda que parece de alpaca sobre sus hombros.

—Que le vaya bien en el dentista, señora Flores —dice Burke, tan educado como siempre, cuando entramos en casa.

Empujo la puerta con el hombro para asegurarme de que quede bien cerrada, y Russ, que está sentado en el sofá, alza la vista de su libro de cartón sobre aviones, me mira y hace un mohín.

—Hola, Russ —digo—. ¿Te acuerdas de Burke?

Russ mira a Burke, responde «sí» y agita la mano con energía. Burke sonrío, se sienta en el sillón junto al sofá y apoya sus botas militares en la mesita de café.

—Tu hermano es el único que no mira mi ropa flipando —me dice.

Yo contesto:

—Yo tampoco.

Y él replica:

—Tú eres el que más flipa de todos.

Suspiro y deajo caer mi mochila al suelo.

—¿Matt? —dice Russ.

Me siento a su lado en el sofá.

—¿Qué?

—¿Dónde está Olivia? —pregunta.

Y yo respondo:

—No sé.

Y él pregunta:

—¿Vendrá a casa otra vez?

—Espera un momento —dice Burke—. ¿Te refieres a *Olivia* Olivia? ¿Cuándo estuvo aquí?

Yo contesto:

—El sábado. Tenemos que hacer un proyecto sobre *El infierno* para inglés.

—¿Y? —pregunta Burke.

—¿Y, qué? —respondo.

Y él dice:

—No sé... ¿Cómo fue la cosa?

Me encojo de hombros y me hundo en el sofá, cohibido.

—No sé, tío —le confieso—. No me la quito de la cabeza.

Al decir esto me siento estúpido, pero es un problema muy serio. La recuerdo sentada a la mesa de mi cocina, concentrada en el trabajo, los dientes clavados en su labio inferior. Veo la forma en que sacudía la cabeza para apartarse el pelo de los ojos, y oigo la risa alegre y espontánea que emitía cada vez que yo decía algo que le parecía gracioso. Imagino su voz clara y rápida, y su ancha sonrisa, y deseo volver a ver todo eso.

Miro a Russell, que sigue observándome con ojos inquisitivos, esperando un veredicto.

—No lo sé, Russ —digo—. Espero que vuelva algún día.

Y él asiente con tal vehemencia que todo su cuerpo se agita antes de centrar su atención de nuevo en su libro de cartón.

Burke baja la voz. Me inclino hacia delante para oírle, con los codos apoyados en mis rodillas.

—Bueno —dice—, ¿y qué pasó?

Yo respondo:

—La semana pasada hablamos por teléfono, tuvimos una conversación bastante personal, y el sábado la cosa estuvo un poco tensa, ¿sabes? —Me paso una mano por el pelo—. Me vuelve loco, tío, pero el proyecto se termina el jueves y... no sé.

—Habla con ella —sugiere Burke, como si fuera tan fácil.

Yo lo miro sin mucho convencimiento.

—Ya —contesto—, como si ella no tuviera otros cien tíos persiguiéndola.

—Nunca lo sabrás si no se lo preguntas. —Burke se toca

distraídamente el aro que lleva en la nariz—. Vamos.

Sale al pasillo y se dirige a la cocina. Yo lo sigo, mirando a Russ para asegurarme de que sigue tratando de comprobar qué avión encaja en una determinada silueta.

Burke se sienta a la mesa de la cocina y yo ocupo la silla frente a él.

—¿Qué voy a decirle? —pregunto.

Burke responde:

—Tienes su número de teléfono...

Y yo respondo:

—Bueno, sí, pero...

—Pues envíale un mensaje.

—¿Qué? —contesto—. No, ésa es una mala idea.

Y él pregunta:

—¿Por qué? —Sus ojos me retan a que se me ocurra algo que no me haga parecer un cobarde. Aunque supongo que en esto lo soy.

—Estoy cagado, tío —le confieso—. He mantenido sólo tres conversaciones con ella, ¿cómo es posible que esté... *así*?

—¿Que estés cómo? ¿Interesado? —Burke abre la cremallera de su mochila y saca una pila de libros tan gruesos que es un milagro que quepan en ella—. Mira —dice, abriendo su libro de texto de economía—, tenéis un proyecto para clase de inglés, igual podrías enviarle un mensaje con un chiste. Hazlo con naturalidad.

—¿Quieres que le envíe a Olivia un mensaje con un chiste sobre Dante? —pregunto, imaginando las infinitas formas en que esto podría volverse en mi contra.

—Bueno —responde Burke—, primero tienes que leer el libro.

Yo me incorporo, indignado.

—Ya lo he leído.

Burke levanta la vista de su libro de texto.

—¿Has leído *El infierno*? —pregunta.

Y yo respondo:

—No sé por qué te sorprende.

Y él dice:

—¿Ah, no? *Estoy* flipando, tío.

Yo suspiro.

—Lo terminé ayer. No sé..., pensé que... quizás eso nos daría un tema de que hablar.

—Joder —dice Burke—. Un momento, ¿así que *no* pretendes sólo llevártela a la cama?

Y yo contesto:

—¡Es lo que trato de decirte, Burke, por Dios!

—Eh, cálmate. —Burke se revuelve el pelo, que esta semana lleva teñido de púrpura vivo—. Bueno, pues envíale un mensaje de texto diciéndole que has terminado de leerlo.

—Pero...

—No discutas. Hazlo. ¿Tengo que empujarte siempre a hacer las cosas? Cuando te cases, tendré que estar en el altar para pellizcarte y que pronuncies los putos votos.

Yo arrugo el ceño pero saco mi teléfono móvil. Mis dedos se mueven con angustiosa lentitud, tratando de mantener las palabras

encerradas en mis manos, pero por fin consigo escribir el mensaje, pulsación a pulsación. Oye, he terminado de leer *El infierno*, tecleo, pensando en todas las películas que he visto en las que los chicos escriben cartas a las chicas, unas cartas dramáticas y elocuentes confesando sus sentimientos, y cuando miro el estúpido texto de siete palabras tengo la sensación de que es totalmente equivalente, que ésta es mi confesión más sincera que revelará de una vez por todas que estoy enamorado de Olivia.

Envío el mensaje de texto.

—Enhorabuena —dice Burke.

Arrojo mi móvil sobre la mesa con gesto malhumorado.

—No dejaré que salgas de aquí hasta que me haya respondido — murmuro, y él arquea sus cejas adornadas con *piercings*, procurando asumir un aire inocente, como si ésa no fuera la causa más perdida de todas las causas perdidas.

Transcurre un minuto. De pronto mi móvil empieza sonar, brincando hacia mí como un cachorro que quiere que lo acaricie. Lo tomo y leo su respuesta. ¡¡Te me has adelantado!! Voy por el Canto 27. No me hagas ningún spoiler, gracias.

Burke me arrebató el teléfono de las manos. Yo alargo los brazos sobre la mesa, intentando recuperarlo, pero él lo aparta de mi alcance, diciendo: —¡Dos signos de admiración! ¡No uno, sino dos! ¡Cálmate, corazoncito mío!

Y yo protesto:

—*Cállate cállate cállate*. —Y le arrebató el teléfono de sus gruesos dedos—. Eres lo peor.

Cuando me siento de nuevo en la silla, tecleo, **Spoiler**, todo el mundo está muerto, y envío el mensaje.

Burke mira la pantalla, entrecerrando los ojos mientras lee el texto boca abajo. No dice nada, pero, cuando abre de nuevo su libro de economía, esboza una pequeña sonrisa de satisfacción.

—¿Por qué coño sonríes? —pregunto.

Y él responde:

—Mola ver signos de vida.

Y yo pregunto:

—¿Y eso qué coño significa?

Y él contesta:

—Eh, deja de soltar tacos, que tu hermanito está en la habitación de al lado.

Yo suspiro, porque Burke tiene razón, como siempre. Apoyo la cabeza en la mesa, con un dedo sobre mi móvil, esperando sentirlo vibrar una fracción de segundo antes de que ella responda.



Me produce una extraña sensación evitar la cafetería el martes, durante el almuerzo. La rígida estructura social facilita el tránsito por ella: las mesas junto a la pared de la fachada son para los miembros de los equipos de fútbol, *lacrosse*, hockey sobre hierba y natación. Las mesas de la pared lateral son para lo que los gilipollas consideran unos deportes menores: tenis, atletismo y *cross-country*. Las mesas en el centro tienen su propio sistema, un orden extraoficial. Aún no lo he descifrado. Pero sé que Matt Jackson y Burke Fischer se sientan siempre cerca de la cola para el almuerzo. Es imposible no ver a Burke, con la ropa que luce. A veces siento celos de ese tipo; parece sentirse totalmente a gusto con su estafalaria apariencia. Pienso que, si yo tuviera esa seguridad en mí mismo, ya habría salido del armario.

Hoy, sin embargo, no tengo ocasión de ver a Burke con un pantalón fluorescente o una chaqueta de *cowboy* de ante. Bajo la escalera, salgo por la puerta principal y atravieso el césped.

Kansas puede ser preciosa. En el Paloma High debemos de estar a unos quince grados centígrados y no hay una nube en el cielo. Echo a andar silbando hacia la pista de atletismo que discurre serpenteando frente a la colina del auditorio. Sorteó las raíces del

Árbol Trepador —un gigantesco roble al que se encaraman los del equipo de natación después de cada torneo que ganamos— y paso frente a los tráileres. Las pequeñas casitas blancas están agrupadas al pie de la colina, reservadas para clases especiales como latín avanzado y escritura creativa. Valentine Simmons está sentado detrás de ellas, en la colina, solo, su pelo rubio blanquecino agitándose como una cometa bajo el sol.

Nadie me ha hablado nunca como lo hizo él. *No me importa*, una brusca interrupción en medio de mi frase. No sé qué lo mueve, pero tengo curiosidad por averiguarlo.

—Hola —digo, dirigiéndome a paso rápido hacia él con la mano alzada.

Cuando me acerco me mira consternado, como si le hubiera interrumpido mientras rezaba. Me siento en la hierba a su lado con un suspiro de satisfacción, me quito la mochila y saco mi almuerzo. Valentine no deja de mirarme hasta que me vuelvo hacia él.

Va vestido igual que ayer, con un pantalón de pana marrón, un jersey, un cinturón de cuero y una expresión acusadora. Parece normal hasta que te fijas en sus deportivas con velcro y sus calcetines color naranja. Parece como si todo lo que lleva de los tobillos para arriba fuera de J. Crew y el resto lo hubiera elegido un niño de cinco años.

—¿Qué haces? —pregunta Valentine.

—Sentarme —respondo.

—Muy gracioso. ¿Por qué has venido?

—Porque me dijiste que almorzabas aquí, y pensé que estaría bien venir a almorzar contigo y que no te molestaría.

—Pues me molesta —replica.

—¿Ah, sí? —Saco mi botella de agua de la mochila y bebo unos tragos sin romper el contacto visual con él.

Él desvía la vista, lanzando un suspiro que resulta demasiado melodramático para ser auténtico.

—Vale.

Sonriendo, saco mi diario de la mochila, lo abro fuera de la línea visual de Valentine y tacho algunas cosas de la lista de cosas que debo hacer hoy.

- ~~Prueba de inglés.~~
- ~~Ponerme con los deberes de mates.~~
- ~~Almuerzo sorpresa con Simmons.~~

Guardo de nuevo mi diario en la mochila. Valentine, con los ojos fijos en los tráileres, bebe su zumo de *brik* con gesto rebelde. Yo ni sabía que uno podía beber un zumo de *brik* con gesto rebelde.

Dejo que goce de su pequeño momento y me lanzo de nuevo.

—Tu madre trabaja en el centro de orientación, ¿verdad?

—Sí.

—¿Es la que lleva unos pendientes enormes? La señora de los pendientes es superagradable. Debe de ser...

—¿Qué escribes? —pregunta, destruyendo la única línea de conversación que yo había preparado.

—¿Ehhh?

—En ese libro.

—Ah, mi lista de cosas que debo hacer —respondo.

Él inclina la cabeza en cierto ángulo para recibir el sol y emite un profundo suspiro.

—¿Por qué, qué te figurabas que era? —pregunto.

—Parecía un libro importante.

—Y lo es. Está lleno de listas. —Saco el diario y lo abro por una página cubierta hasta los márgenes de palabras progresivamente más pequeñas—. Esta lista es divertida. Son mis palabras favoritas, que seguramente no utilizaré nunca pero que quiero recordar.

Él echa un vistazo a la página.

Mis palabras favoritas que seguramente no utilizaré nunca pero que quiero recordar:

- *Vituperio: ¡insulto, calumnia!*
- *Petricor: ¡el olor de la lluvia sobre suelos secos!*
- *Mondo: ¡limpio, libre de las cosas superfluas!*
- *Ataraxia: ¡serenidad!*
- *Olisbos —¡un consolador!*

Me doy cuenta cuando lee *olisbos*, porque se sonroja hasta el nacimiento de su pelo rubio blanquecino.

—Los griegos, ¿no? —pregunto.

Él se aclara la garganta.

—Muy ilustrativo.

Sonrío y cierro mi diario. Los árboles alrededor de los tráileres, bañados por la suave brisa, agitan sus dedos hacia mí.

—Bueno —digo—, ¿qué sueles hacer aquí?

—Los deberes. O leo.

—¿Qué estás leyendo?

Él me muestra un grueso tomo y lo deja caer de nuevo en el

suelo. Entreveo la foto de un astronauta y algo sobre Marte en el título.

—El espacio —comento.

—El espacio —responde.

—En alguna parte tengo una lista de constelaciones —digo, pasando las páginas de mi diario—. Me equivoqué tres veces al dibujar el cinturón de Orión.

Él no se ríe, ni siquiera sonrío. No ha sonreído en ningún momento, su rostro muestra siempre una expresión seria y sosegada.

—¿Cómo puedes equivocarte al dibujar el cinturón de Orión? —inquire—. Son tres puntos.

Yo sonrío.

—Me equivoqué con los nombres.

Busco la página y le muestro la lista. La constelación León Menor de tres puntas está situada en la parte inferior derecha; Delfín se halla en la parte superior; Orión se encuentra en el centro, con mis errores tachados sobre el cinturón.

—Hum —se limita a decir Valentine, pero observa la página con detenimiento. Al cabo de un segundo cierro de nuevo el diario y, de improviso, él intenta arrebatármelo. Con un breve y lastimoso resoplido, tira con fuerza de él, tratando de obligarme a soltarlo.

—¿Qué haces? —pregunto, perplejo. Sea cual sea el motivo por el que quiera apoderarse de mi diario, jamás lo conseguirá. He visto tallos de apio con unos músculos más definidos que los de este chico. Al fin se da por vencido con gesto malhumorado. El pelo le cae sobre la frente y se lo aparta.

—Da la impresión de que ocultas aquí un plan para dominar el mundo.

Yo vuelvo las páginas del libro.

—Tengo un plan para comprar una isla algún día. ¿Eso cuenta?

Una de las chicas que iba a Pinnacle me inspiró ese plan. Su familia tenía una isla; su abuelo la había adquirido y le había puesto su nombre, y en el punto más elevado de la isla hay una estatua de él. No sé si eso me produce ganas de vomitar o si es el objetivo principal de mi vida.

Valentine me mira con cara de pena.

—¿Cómo piensas comprar una isla?

—Voy a ser banquero. Y me forraré.

—¿Las matemáticas se te dan bien?

—¿A qué viene ese tono escéptico?

Él se encoge de hombros.

—Es... la voz que tengo.

Yo me río.

—Te entiendo. Según algunos, tengo una voz tan optimista que da miedo. Lo siento si te hace sentir incómodo.

—Me siento incómodo desde que invadiste mi privacidad.

La franqueza de su comentario me pilla desprevenido.

—¿Qué? ¿Por qué?

Él se encoge de hombros y observa la pista de atletismo. El sol se refleja en los números, del 1 al 6, pintados en los carriles. Tras un largo silencio, dice: —No entiendo cómo esos juegos de interacción no les parece estresantes a la gente, pero debe de ser

porque la gente no me cae bien.

—Pero... ¿es porque las personas no te caen bien o porque te estresan? Porque son dos cosas muy diferentes...

—Ahórrame el psicoanálisis, por favor. —Casi me parece verlo pertrecharse detrás de un escudo.

—Vaya, perdona —contesto—. Sentía curiosidad, eso es todo.

—Curiosidad... de mí —dice, como si le pareciera inconcebible.

—Claro.

—¿Por qué sientes curiosidad de...? —Suspira—. Déjalo.

No logro descifrar su voz, que es impresionante, aunque, por lo general, a los cinco minutos de conocer a una persona, nueve de cada diez veces me formo una idea bastante precisa de ella.

Es una cuestión de práctica. Cuando te mueves mucho, te acostumbras a las personas. Todos los rostros empiezan a ofrecer el mismo aspecto. Sus patrones son curiosamente similares en la superficie, y muchos también son curiosamente similares en el fondo. Empiezas a desprenderte de las personas en cuanto las encuentras, tachándolas tan pronto como las anotas. Las coleccionas como objetos relucientes y las desechas como oro falso. Al cabo de un tiempo empiezas a odiarte por hacerlo, por ver a las personas de esa forma. Mercenaria.

Sin embargo, tengo la impresión de que Valentine no es oro falso. Es un fragmento de algo distinto. Topacio, ojo de tigre, o madera petrificada.

Guardo de nuevo mi diario en la mochila.

—No tiene nada de particular que la gente no se te dé bien.

—Te aseguro que no soy envidioso. Me siento satisfecho de mí

mismo. —Se aparta el pelo de la frente—. Sin embargo, las personas como tú sois muy afortunados y ni siquiera os dais cuenta. Es imposible fingir que se te da bien socializar con la gente. Yo estoy atrapado en mis pensamientos. Esto es como una trampa — agrega golpeándose la cabeza con la palma de la mano—. A las personas sólo les gustan las personas que comprenden y las que son amables y se adaptan a ellas. A mí, eso no me importa lo más mínimo.

—¿Estás seguro?

—¿Qué?

—¿Estás seguro de que no te importa? Pregunto.

Me devuelve la mirada sin pestañear. Sus ojos me escrutan con una intensidad exigente y estimulante. Confío en no haber ido demasiado lejos.

Al cabo de unos momentos menea la cabeza.

—¿Por qué te cuento esto? A ti no te importa.

—Sí me importa.

—¿Qué?

—Me interesa.

—¿Por qué? ¿Te interesa sólo porque estoy aquí? ¿Así es cómo funciona tu mente, esparce interés hacia cualquier cosa que se le ponga delante?

—¿Y por qué no? Mi interés no va a gastarse sólo porque lo esparza.

Valentine lanza un sonoro suspiro.

—Vale, Lucas. Muy bien.

Pese a su tono exasperado, el sonido de su voz al decir mi nombre indica una pequeña aceptación. Su voz permanece suspendida en el aire un minuto, oscilando en el viento. Ambos nos centramos en nuestros almuerzos, dejando que se haga el silencio entre nosotros.

—Oye —digo después de olfatear mi sándwich—, ¿piensas ir a la fiesta de Juniper este fin de semana?

—No. Espero poder hablar con ella antes.

—¿Sobre qué?

Aprieta sus delgados labios.

—Es un tema personal.

—Ah —digo.

Es lógico que esté interesado en Juniper. Siempre ha sido una chica inteligente, distinta de Claire, tranquila y extremadamente brillante. El tipo de chica que imagino que le gusta a Valentine.

Curiosamente, siento como si se hubiera desinflado algo junto a mi corazón, pero asumo un tono jovial.

—Puedo conseguirte su número, tío. Ayer me mensajeó preguntándome si podía venderle la priva.

—¿La priva?

—La bebida. Alcohol.

—¿Qué? ¿Te dedicas a eso?

—Sí. Esos trapicheos son mi *hobby* pernicioso. Debí dedicarme a coleccionar álbumes de recortes o algo parecido.

—¿Te pagan?

—Sí, por eso lo hago.

Bajo la cremallera del bolsillo delantero de mi mochila y saco un fajo de billetes de diez y veinte dólares sujetos con una cinta elástica. Valentine los mira pasmado. Luego lanza una carcajada sorprendentemente espontánea y sonora.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Qué tiene de gracioso?

—Nada. No me extraña que te guste todo el mundo, con la pasta que le sacas a la gente.

—La gente me gusta de todas formas. La mayoría de las personas son inofensivas.

Valentine emite un murmullo de fastidio.

—Si por «inofensivas» te refieres a que son aburridas, hipócritas y egoístas, sí, son...

—Eso es muy cruel, tío.

Él cierra la boca.

—No me mires así —digo riendo. Es como si alguien hubiera masacrado a toda su familia—. No es preciso que quieras a todo el mundo, pero tampoco tienes que declarar: *¡Detesto a la Humanidad y lo que representa!*

—Yo no he dicho eso —protesta; sus orejas se ponen rojas—. Lo que detesto es que las personas sean aburridas, hipócritas y egoístas. Lo que al parecer abarca a una proporción exageradamente elevada de la población. Así que...

Reprimo la pregunta unos segundos, pero al fin se desliza por mi lengua.

—¿Eso me incluye a mí?

Valentine se mira las rodillas unos minutos antes de murmurar: —Eso está por ver.

El hecho de que no me odie ya es algo, lo cual hace que me sienta curiosamente orgulloso. Sonrío satisfecho, apoyo las manos en la nuca y me tumbo sobre la hierba de la colina con un suspiro de satisfacción.

Valentine se vuelve para mirarme. Su mirada es como un rayo láser dirigido a mí. Es flaco como un palo y no debe de medir más de un metro sesenta y cinco de estatura. Pero comoquiera que estoy tumbado en el suelo, y debido al poder de sus ojos incoloros e indescifrables, se yergue sobre mí como un titán.

Cuando desvía la vista, parece de nuevo un chiquillo.

—Eres un tío interesante, ¿sabes?

—Lo dices como si te sorprendiera.

—Reconozco que sí. Esto no me suele ocurrir con frecuencia, pero me interesas. —Reflexiona un momento y añade—: Así que puedes tachar eso de tu lista.

Sonrío, tomo mi diario y se lo arrojó. Sorprendido, se ríe y atrapa el libro en el aire. Acto seguido me lo lanza a la cara. No lo esquivo con suficiente rapidez y me golpea en la cabeza, haciéndome ver las estrellas.

—¡Madre mía! —grita—. ¿Estás bien?

Cuando recupero la visión, observo una mezcla de horror y angustia en el rostro de Valentine. Es lo más divertido que he visto en muchas semanas. Me tumbo sobre la hierba y rompo a reír a mandíbula batiente. Al cabo de un segundo, él también se echa a reír, al principio nervioso, luego con gesto de alivio. El alegre sonido llena el ambiente como la luz. Nuestras risas reverberan en la fachada de ladrillo del ala oeste. En los rosales podados que tiemblan en la sombra. En el vasto cuenco del cielo de Kansas.

HOLA,
mi nombre es

Kat Scott

La gente siempre se queja del lunes, pero el peor día de la semana es el martes. Tienes todavía toda la semana ante ti y ya estás agotada. El martes, durante el infinito hastío de la clase de inglés en la quinta hora, estoy tan hecha polvo que sólo soy capaz de escribir mi monólogo del primer acto sobre mi mesa, trazando las palabras con perezosa lentitud.

Me dices: «No seas desagradecida, Faina. No levantes la voz, Faina; no hagas preguntas. No pidas nada, Faina. ¡Faina! ¡No digas una palabra, Faina!» ¿No tengo derecho a hablar, a preguntar? ¿A pedir más? ¿No tengo derecho a desear, a vivir, mientras mi vida se consume como una gota de miel de un panal..., que no tardará en caer? ¿No lo comprendes, padre?

—¿Kat? —dice el señor García.

Tapo lo que he escrito con la mano.

—¿Qué? —Procuro no sentir veinticinco pares de ojos clavados en mí.

—Próspero. ¿Qué cree que simboliza?

Mierda. *La tempestad*. No he leído esa obra.

—¿Es importante? —pregunto de forma instintiva.

—Ah, una pregunta interesante —responde García, apoyando su vara sobre sus hombros—. ¿Es importante el simbolismo?

Se detiene durante unos momentos, como reflexionando sobre si no es importante y todo su trabajo es una mentira. Luego dice:

—Verán, cuando contemplamos los símbolos, jugamos a ser Dios. El simbolismo nos procura una visión más amplia que no se limita a las acciones y los hechos. Esa lente organiza las historias y les da resonancia; añade un orden que nunca vemos en el caos del mundo real. En cuanto a *La tempestad*, el simbolismo es importante sobre todo en el caso de Próspero, que a menudo es considerado... —García escribe en la pizarra, con una letra curiosamente parecida a Times New Roman—: El espejo de Shakespeare, chicos. Básicamente, una descarada autoinserción.

Deja la tiza y se limpia el polvillo blanco de la chaqueta.

—Vayamos a la página treinta y seis del texto...

Yo sigo escribiendo sobre mi mesa.

Cuando suena el timbre, García dice:

—¿Puedo hablar con usted un minuto, Kat?

Mis compañeros murmuran y se ríen. Me dirijo hacia la parte delantera de la clase, ignorándolos.

—¿Sí? —pregunto, deteniéndome delante de la mesa de García mientras los demás salen del aula.

—¿Qué clase tiene a continuación? —pregunta, sentándose.

—Ninguna. Tengo descanso.

—Estupendo, estupendo. ¿Quiere sentarse?

—Pues..., la verdad es que no. —Miro la puerta. La última persona que sale la cierra con un *clíc*.

—Como quiera —dice García—. Quería preguntarle si está bien.

—¿Por qué no voy a estar bien?

Él se encoge de hombros.

—Hay muchas razones por las que podría no estar bien, desde problemas personales a problemas con esta clase, lo cual explicaría por qué hace tres semanas que no me entrega ninguna de las tareas que le he puesto.

Ah, conque es eso. Podría haberlo dicho sin tantos rodeos.

—¿De modo que voy a suspender? —pregunto—. ¿Qué quiere que haga?

—Bueno, para empezar, asistir a clase de forma regular —responde.

Me extraña que no haya sacado antes el tema. García tiene una política de asistencia militante: dice que, mientras se presente un estudiante, él tiene el deber de estar aquí para darnos clase, sin excepción.

Es tremendo. Estuvo enfermo la mitad de septiembre y no faltó ni un día a clase. Aunque, para ser justos, no contagió a nadie. Probablemente porque, como todo germenófobo que se precie, en su mesa tiene una docena de antisépticos de manos.

Abre uno de sus cajones, examina varias carpetas clasificadas con etiquetas de distintos colores y saca una hoja de papel.

—Aquí tengo una tarea para compensar sus malas calificaciones —dice, pasándome la hoja—. Un ensayo sobre *La tempestad*. Convertirá sus dos últimos ceros en cincuentas. No le procurará un sobresaliente, pero ayudará.

Guardo la hoja en mi mochila, observando a García con recelo.

Sin duda, sabe que no he leído esta obra. No puede ser tan idealista.

Él calla, por lo que deduzco que hemos terminado. Me doy media vuelta, pero dice:

—Espere, Kat.

Yo me paro.

—¿Qué?

—Hablaba en serio cuando le pregunté si estaba bien. —Junta las manos—. No se trata sólo de su asistencia a clase. Estamos a principios de noviembre, calificamos el curso a lo largo de todo el año. Todavía puede mejorar su nota antes de mayo. Sé que puede.

Me dan ganas de responder *No de la forma en que usted califica los exámenes*. El último ensayo que me devolvió parecía como si lo hubiese bañado en tinta roja.

—Lo digo en serio —dice—. Entre ahora y mayo tendrá muchas oportunidades de mejorar su nota. Empléese a fondo, complete ese trabajo y todo irá bien. Eso no es lo que me preocupa.

—Entonces...

—Lo que me preocupa es que, aparte de no realizar sus tareas y, excepto hoy, no participar en la clase, no la he visto sonreír ni reír ni hablar con nadie en varias semanas. Ni aquí ni durante los ensayos.

La acusación me sorprende.

—Hum, vale, ¿ha estado tomando nota o algo? —pregunto, dándome cuenta de que empleo un tono defensivo—. ¿Qué le importa si sonrío o no? ¿Acaso estoy obligada a ser feliz?

—No, claro que no. Pero si puedo hacer algo para...

—¡Por favor, basta! —exclamo con un ademán de exasperación. La mochila se me escurre del hombro y cae al suelo—. ¿Por qué está todo el mundo tan obsesionado con juzgarme?

García arquea sus tupidas cejas. Las sienes me martillean. Todo está en silencio.

No tardo en asimilarlo. Acabo de chillarle a un profesor. Cuando mi voz se disipa en el aire, mi primer instinto es echar a correr, pero mis pies parecen de hierro, soldados al suelo.

—Lo siento —digo con voz ronca—. No debí...

García levanta la mano y callo. Se limpia el polvo de tiza de las manos con un generoso chorro de antiséptico.

—¿Puedo decir algo?

—Éste es un país libre —murmuro.

—¿Cuántos años tiene, dieciséis?

—Diecisiete.

—Diecisiete. De acuerdo. —Señala con la cabeza una mesa en la primera fila—. ¿Quiere sentarse?

Yo obedezco, fijando la vista en mis manos. A la luz de la lámpara fluorescente muestran un color blanco verdoso.

Él se quita las gafas y se frota el caballete de la nariz.

—Bien, Kat..., no digo que éste sea su caso, pero lo que recuerdo principalmente de cuando tenía su edad era sentirme atrapado. Había tantas cosas que quería hacer... Marcharme de casa, mudarme a otro lugar, vivir solo.

Lo que dice me suena familiar, lo cual me choca, porque casi nunca pienso en marcharme de Paloma. Desear este tipo de cosas, pensar en el futuro como algo no demasiado lejano requiere

demasiada energía.

—Pronto dejará el instituto —continúa García—. Faltan menos de dos años para que termine sus estudios en Paloma High. Entretanto... Bueno, no le digo que no se desanime y sonría. Sólo digo que tiene un millón de posibles futuros esperándola. De momento quizá convendría que se centrara en imaginar esos futuros.

Me tiemblan los labios. Las palabras desesperadas pugnan por salir.

—¿Cómo voy a centrarme en lo que pasará dentro de varios años? Apenas tengo energía para resistir un día más.

—Concéntrese en resistir un día más —responde—. Es cuanto necesita, despertarse y decir: *Un día más*. Y, cuando haya resistido un día más, a la mañana siguiente se despierta y vuelve a decir: *Un día más*. Si resiste varios días seguidos se convertirán en meses y años, y antes de que pueda darse cuenta habrá conocido a muchas personas maravillosas y descubierto un millón de cosas ocultas. Día a día, pasito a paso.

Sin sus gafas, los ojos de García son tan oscuros, tan compasivos, que me duele mirarlos. El convencimiento que expresa su voz remueve algo intenso y olvidado en mi pecho. Quiero gritar *¿Cómo puedes prometer eso?*, pero no me permito otro arrebato.

—Ahuyento a la gente —digo bajito.

—¿De veras? —contesta García—. Pues, para que lo sepa, sus compañeros de reparto piensan que es guay.

—¿Qué?

—El otro día, después del ensayo, Emily me dijo que usted la inspira. Es una estudiante de primer año, y la admira.

Casi suelto una carcajada. Emily, bondadosa, reservada, ¿cree que soy digna de admiración? ¿Qué sentido tiene eso?

—Es cuestión de tiempo —digo—. Algunas personas tratan de conversar conmigo, pero enseguida se dan cuenta de que no merece la pena.

—¿Qué le hace pensar eso?

Abro la boca para explicarle que Olivia y yo nos hemos distanciado, pero me detengo. No fue Olivia la que se cansó de mí, soy yo la que se cansa de la gente. No fue ella. Desde que mamá se marchó...

Supongo que es eso. Era ella la que pensaba que yo no merecía la pena. Una mano fría, conocida, me oprime el pecho, causándome un profundo dolor aunque han pasado dos años y medio. *Eres una persona a la que ni una madre puede querer.*

Alzo la vista y miro a García. He guardado silencio largo rato.

—No sé por qué pienso eso... Pero es lo que pienso.

—Kat —responde él con dulzura—, no merece sentirse sola.

Aprieto los lados de la silla de plástico con tal fuerza que las manos me duelen.

García me observa un momento, se inclina hacia atrás y vuelve a ponerse las gafas. Pasan unos minutos. Por fin, retiro las manos de mi asiento, recojo mi mochila y me dirijo hacia la puerta. Antes de salir, me vuelvo.

—Nos veremos en el ensayo —dice García.

—Sí. —Apenas oigo la palabra que sale de mis labios.

Mis pies se mueven. Me conducen a través del pasillo. Al cabo de unos momentos me encuentro en el patio, aturdida, bajo un sol de

justicia y un viento helado.

En esos momentos, allí, me siento increíblemente viva.

HOLA,
mi nombre es

Olivia Scott

El jueves, al final del almuerzo, entro en el aula del señor García diez minutos antes de la hora para mostrarle nuestra presentación.

Matt ya ha empezado a agrupar las mesas en las estaciones.

—Hola —digo, cerrando la puerta—. ¿Dónde está García?

—Tenía que ir a una reunión. —Matt instala la última mesa en su lugar y coloca una tarjeta que dice *Traición: Noveno Círculo*.

—¿Una reunión de qué? —pregunto, clavando nuestro póster con chinchetas en la pizarra.

—Parece que van a empezar a entrevistar a los profesores, lo que...

—No tiene mucho sentido —digo, rematando la frase—. ¿Qué espera Turner, que confiesen porque van a hacerles unas preguntas?

—Ya, no lo sé.

Deposito mis cosas en el Segundo Círculo y suspiro. Si ha pasado sólo una semana y media desde la asamblea y han empezado a interrogar a los profesores, es probable que para cuando lleguen las vacaciones del día de Acción de Gracias instalen micrófonos

ocultos en nuestros coches.

Observo la melancólica expresión de Matt.

—¿Estás bien? —pregunto.

—¿Qué?

—Pareces... triste.

—No. No es nada. —Matt se sienta en la estación del Quinto Círculo y se pasa la mano por el pelo, que asume diversas posiciones, a cuál más cómica, antes de recuperar su estado habitual—. Hablar en público no se me da bien.

Saco nuestro guion de mi bolsa.

—No te preocupes —digo, acercándome y entregándole una copia. Él echa un vistazo a las páginas subrayadas mientras me siento a la mesa a su lado y apoyo los pies en la silla—. Habla en voz bien alta. Sólo tienes que fingir interés durante unos quince minutos.

—No tengo que fingirlo —contesta—. Me ha parecido un libro muy guapo.

—Ya, si lo que te va son los castigos superatroces.

Tras una fracción de segundo de silencio, me doy cuenta de cómo ha sonado ese comentario.

—Ostras —digo—. No quería decir eso.

Matt se esfuerza en reprimir la risa. Pero no lo consigue y estalla en carcajadas.

Yo me sonrojo.

—Ostras —repito, sepultando la cara entre las manos.

—Podríamos hacer nuestra presentación sobre eso —propone

—. Es un tema mucho más interesante.

Intento darle un pescozón, que él esquivo sonriendo.

García entra en el aula sosteniendo una carpeta llena de papeles.

—¿Le importa levantarse de la mesa, Olivia? —pregunta—. La gente apoya la cara en ella. No deberían hacerlo, pero lo hacen, de modo que...

Me levanto de la mesa con las mejillas ardiéndome todavía.

—Desde luego. Sí.

—¿Ocurre algo? —pregunta García.

—No —respondo alzando la voz, y Matt rompe de nuevo a reír.

—Entiendo. —García se sienta a su mesa y gira en su silla.

—Por cierto, señor García —digo, cambiando de tema con cierta agresividad—, ¿es muy estricta la regla de los quince minutos? Quiero decir, si consumimos catorce minutos y cincuenta y nueve segundos en nuestra presentación, eso...

—Si son catorce cincuenta y nueve no pasa nada —responde García—. Cincuenta y ocho segundos, por supuesto, significa un suspenso fulminante.

Yo me río. García abre su carpeta y añade:

—A propósito, he visto que los dos se postulan para presidente de la clase de penúltimo año. Espero que esto no haya causado excesivos conflictos políticos.

—Ya —contesto—. Prepárese para el próximo Watergate.

—No te ofendas —me dice Matt—, pero creo que los dos estamos condenados a competir contra Juniper.

—No, si estoy de acuerdo.

Miro al señor García en busca de una opinión, pero está ocupado organizando sus papeles en ordenadas pilas.

Cuando los otros estudiantes entran en el aula, empiezo a ponerme tan nerviosa como parece estarlo Matt. Creo que sería capaz de hablar delante de todo un auditorio sin problema, pero el hecho de hacerlo delante de la clase, con los ojos de la gente tan cerca y tan pendientes de mí, me aterroriza.

El guion no parece que tenga una duración de cinco minutos, y menos todavía de quince, pero después de que Matt y yo hayamos conducido a todos a la novena estación, dejando que se instalen en los círculos del infierno, ya hemos consumido veinte. Tras unos aplausos muy alentadores, volvemos a colocar nuestras mesas en sus lugares correspondientes, acompañadas por unos espantosos chirridos que sugieren, en efecto, una tierra de infernales tormentos.

Cuando me siento, la mirada de Matt se cruza con la mía durante una fracción de segundo. Sonríe, una sonrisa tímida que dibuja unos hoyuelos en sus mejillas. Curiosamente, durante el resto de la clase siento su presencia tres filas detrás de mí, serena y tranquilizadora.

Cuando suena el timbre, Matt y yo salimos juntos del aula. Él gira en la misma dirección que yo y echamos a andar por el pasillo al mismo paso, lo bastante cerca como para que él sea consciente de mi presencia, pero lo bastante alejados para que el silencio no nos resulte incómodo. Quiero decir algo sobre la presentación, hacer unos comentarios al respecto, pero el silencio está tan cargado que no me atrevo a romperlo.

Por fin, cuando nos dirigimos hacia el ala antigua, él se vuelve

hacia mí y dice: —¿Olivia?

Siento calor en las palmas de las manos.

—¿Sí? —contesto, deteniéndome junto a la fuente expendedora de agua.

Él se para a pocos pasos, con los ojos sobre mí.

—Estuviste... —dice—, yo, hum... Esto ha sido... —Levanta la vista hacia el techo y respira hondo, haciendo que su cazadora de algodón se expanda y contraiga—. Supongo que estoy...

—¡Olivia! —grita una voz. Claire se acerca a mí apresuradamente, su coleta agitándose en el aire.

—Hola, tía —digo, sin apartar la vista de Matt. Su expresión es difícil de descifrar, la arruga del entrecejo está medio oculta por el pelo. ¿Qué iba a decir?

—Me alegro de haberme topado contigo —dice Claire—. ¿Podemos caminar y hablar? Empiezo a rayarme por la fiesta de Juniper. Creo que debemos montar un sistema de control de daños. —Se vuelve hacia Matt—. Hola.

Él alza la cabeza de forma casi imperceptible, en un gesto que podría interpretarse como un saludo si una se sintiera generosa.

—Vamos, Liv —dice Claire, tomándome del brazo.

—De acuerdo —respondo, dirigiendo una sonrisa tentativa a Matt—. ¿Nos vemos más tarde?

—Sí. —Se frota la nuca—. Hasta luego.

Cuando Claire y yo nos adentramos en el ala antigua, ésta me pregunta: —¿De qué iba eso?

—¿Qué, con Matt? Cosas de la clase de inglés.

—No lo parecía.

—Vale, KGB, no es preciso que me sometas a un interrogatorio. —Procuro decirlo con tono jocoso, pero aprieto con fuerza mi carpeta. Tengo que conseguir que Claire no insista.

—Muy divertido —contesta con tono brusco y mordaz—. ¿De modo que ése ha pasado a ser uno de tus babosos?

De acuerdo, se acabó. Me paro en seco junto a la escalera, apartándome del camino de la multitud.

—¿Por qué volvemos siempre al mismo tema, Claire?

—¿Qué quieres decir?

—¿No oíste nada de lo que te expliqué el sábado? ¿Qué puedo hacer a estas alturas? —Bajo la voz, escrutando los rostros que pasan junto a nosotras, cerciorándome de que nadie nos escucha—. ¿Quieres que jure que no volveré a tener interacciones sociales con humanos masculinos y me haga monja? ¿Quieres que diga una estupidez pasivo-agresiva como «Lamento que algunos chicos se sientan atraídos por mí»? ¿Cuál es el problema en verdad?

El labio superior de Claire se curva en un evidente gesto de desdén, una expresión que jamás he visto en los seis años que la conozco. Parece una persona distinta.

—No se trata de ti —contesta—. Dios.

Tras esto, da media vuelta y se va, dejándome confundida y más que un poco cabreada.



Unos estudios científicos han demostrado que el viernes, a la hora del almuerzo, es el mejor momento para fumar frente al gimnasio, porque ninguno de los profesores de gimnasia quiere almorzar junto a la pista de atletismo, de modo que todo está desierto. Burke y yo estamos sentados debajo de las gradas, terminando de fumarnos la colilla de un porro, mientras unos delgados rayos de luz iluminan la chaqueta de terciopelo que Burke luce hoy. Cuando el porro se consume por completo, lo aplasto con el pie, rebuscando en mi bolsillo otro papel de liar.

—Bueno —dice Burke, agitando una bolsa vacía—, nos hemos fundido lo que quedaba.

Y yo respondo:

—Tengo en mi coche, ¿quieres que vaya?

Y él pregunta:

—¿Cuánto falta para que termine el almuerzo?

Yo consulto mi reloj.

—Veinte minutos —digo, y Burke asiente con gesto solemne.

—De acuerdo, ve.

Paso a través del laberinto de los soportes que sostienen las gradas, atravieso la pista y me dirijo por el sendero cubierto con una fina capa de cemento hacia el edificio principal. Cuando paso frente a los tráileres situados al pie de la colina del auditorio, el intenso sol vespertino se refleja en sus tejados y muros blancos, obligándome a entrecerrar los ojos y protegerlos tras un escudo de lágrimas. Me recuerda el resplandor de la nieve, la nieve de las riberas de Chestnut Peak, donde hace seis eneros mi familia y yo fuimos a esquiar, donde mi padre se cayó y se partió una vértebra pero insistió en quedarse para que mi madre y yo pudiéramos disfrutar de unas auténticas vacaciones. Que yo recuerde, es la última vez que mi padre hizo algo generoso por alguien.

Mi visión empieza a oscurecerse y desvanecerse bajo el resplandor de los tráileres, una hilera de ampollas como fruta dañada bordeando la dolorosa blancura, y levanto una mano para bloquear la luz, dispuesto a darme la vuelta, cuando veo una pequeña figura sobre uno de los contenedores: Valentine Simmons, encaramándose hacia el borde del techo. Me detengo junto a un gigantesco roble, temiendo durante un segundo que se caiga, aunque no se haría mucho daño porque los tráileres tienen el techo tan bajo que es como dar clase en unas cajas de zapatos. Por un segundo, la corteza del árbol frente a mi rostro me distrae: una hilera de hormigas rojas reptando sobre el grano de la corteza, y tengo la sensación de que podría sostener una larga charla sobre lo que eso significa en el contexto de la Humanidad, pero me olvido rápidamente, porque Valentine distrae mi concentración saltando del techo y acercándose a la puerta del tráiler con una sonrisa de satisfacción en la cara, como si esperara una sorpresa agradable, la cual se produce, porque al cabo de un instante alguien sale de la puerta y se aproxima tanto a él, que juraría que se están besando...

Un momento. ¿Se están besando?

Asomo la cabeza, tratando de ver mejor, pero no sé si se están besando o están colocados en un ángulo forzado, manteniendo una intensa conversación.

Pero, cuando se separan, observo que la otra persona tiene el pelo oscuro y rizado, la mandíbula pronunciada, luce la camiseta de un nadador y una sonrisa exageradamente jovial, por lo que está claro que se trata de Lucas McCallum, y, teniendo en cuenta lo que me preguntó el otro día, supongo que sí podrían estar besándose, ¿pero, Dios, *Valentine Simmons*? ¿Valentine Simmons es gay?

De pronto, Lucas se vuelve un poco y me oculto detrás del árbol, observando el edificio del instituto como si estuviera conspirando contra mí, y procuro controlar mis pensamientos. Supongo que Lucas tiene una sonrisa lo bastante potente para los dos. Quizá sea verdad que los polos opuestos se atraen.

Echo a andar deprisa por el sendero, con la cabeza gacha, hacia el aparcamiento, pero al llegar donde comienza el césped choco con alguien que sale del edificio principal. Retrocedo, levantando las manos a modo de disculpa, y me doy cuenta de quién es.

—Olivia —digo, blasfemando por dentro porque va a preguntarme qué quería decirle ayer, y es un tema que no quiero abordar estando colocado.

—Matt —dice.

—Hey, hola —respondo.

Nos miramos unos segundos, y mis ojos se posan una fracción de segundo en las pequitas que tiene en los pómulos y su obstinado mentón, y la brisa agita unos mechones de pelo sobre su rostro, y ella se los recoge detrás de las orejas con los dedos, y observo que tiene las uñas pintadas de color dorado, y digo: —Hum...

Y ella pregunta:

—¿Lo de ayer...?

Y yo la interrumpo con lo primero que se me ocurre procurando disimular que estoy aterrorizado.

—Burke y yo estamos fumando debajo de las gradas. ¿Quieres venir?

Y ella responde:

—No fumo. Pero gracias.

Y yo digo:

—Vale, suponía que no fumabas.

Y ella pregunta:

—¿No temes que os pillen fumando allí?

Y yo contesto:

—No, es como una ciudad fantasma, las únicas personas que he visto eran Lucas y su novio o lo que sea.

Y tan pronto como lo suelto me quedo helado, porque él me pidió expresamente que no dijera una palabra.

La expresión en el rostro de Olivia... Sus ojos —esos universos oceánicos y luminosos— me miran con incredulidad.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Su..., su novio?

Y yo contesto:

—No, es...

Y ella exclama:

—¡Madre mía!

Y yo digo:

—No, Lucas me pidió que no dijera nada... No se lo digas a nadie, Olivia, por favor.

Y ella retrocede.

—Tengo que ir en busca de Claire —dice.

Yo la llamo para que vuelva, pero se apresura hacia el edificio principal y desaparece.

—Mierda —digo—, mierda, *mierda*.

Doy media vuelta, contemplando el sendero hacia los tráileres. Tengo que hacer algo. Pero ¿qué puedo hacer? ¿Por qué soy tan jodidamente estúpido?

El sentimiento de vergüenza me pesa como una losa, oprimiéndome el pecho y las costillas centímetro a centímetro. Deseo encogerme y ocultarme de mi pánico, pero saco mi teléfono móvil y envío un mensaje de texto a Burke. Tío, la he cagado, la he cagado.

Como de costumbre, él me contesta al instante. ¿Qué has hecho?

Creo que he sacado a alguien del armario sin querer.

¿¿¿??? Cómo se te ocurre...

¡Ha sido un accidente!

Él tarda un rato en contestar. Bueno, digamos que has sido tú, ¡merecen saber que es culpa tuya! En serio, Matt, ¡eres un trasto! ¡No puedo dejarte solo ni 5 minutos!

Ya te lo he dicho. Ha sido un accidente. Además, llevo un ciego monumental.

Tío, no me hagas reír, esa es una excusa de mierda, yo iba colocado en mi último examen de cálculo y lo clavé, así que no se te

ocurra utilizar esa gilipollez.

Lo siento.

¡No te disculpes conmigo, colega! ¿Quieres que te diga que no pasa nada?

Guardo mi teléfono móvil y me dirijo de nuevo hacia los tráileres.

Cuando llego al pie de la colina, Valentine ya se ha marchado y Lucas está metiendo su bolsa del almuerzo en un cubo de basura lleno a rebosar. Al verme sonrío y dice: «Hola, Matt». Cuando me mira a los ojos, unos temblores nerviosos me recorren el cuerpo.

—Hola, Lucas —respondo, y todos mis instintos me gritan que no confiese lo que he hecho, pero cruzo los brazos y pienso *Eres un cobarde, Matt*, de modo que respiro hondo y digo: —Oye, tío, tengo que decirte algo.

Y él contesta:

—Vale, ¿de qué va?

—Mira, la he cagado. Estaba hablando con alguien y... se me escapó que tú... no eres hetero.

Durante un segundo me mira confundido, y su confusión hace que la opresión que siento en el pecho debido a los remordimientos se intensifique. Luego, su perpetua sonrisa se borra de su cara, deslizándose como agua cuesta abajo, y sin ella parece una persona distinta, sin las líneas curvas de sus mejillas, sus ojos castaños serios e inexpresivos.

—Pero ¿por qué lo has hecho?

De pronto no quiero volver a fumarme un porro en mi vida ni darme la oportunidad de arruinar la existencia de alguien debido a

mi torpeza, y cualquier excusa que tuviera se evapora de mi mente, y no se me ocurre nada que decir excepto: —No lo sé, tío. Os vi a ti y a Valentine, se me ocurrió, y...

Lucas arruga el ceño.

—¿Nos viste a Valentine y a mí? ¿A qué te refieres?

—¿No estabais los dos..., no estabais hace un rato...?

—Pero no tiene nada que ver —protesta—. Mierda. ¿Has dicho algo sobre Valentine?

Y yo contesto:

—No.

—Menos mal —dice—. Le sentaría como un tiro, creo.

Lucas guarda silencio unos minutos. Observo su sonrisa tratando de fijarse de nuevo en su rostro, sus labios esforzándose en dibujarla, pero no lo consiguen.

—¿Qué voy a hacer? —pregunta.

Un cúmulo de pensamientos se agita en mi cabeza, embotada debido al sentimiento de culpa.

—Si alguien te dice algo, le parto la boca —declaro.

Y él dice:

—Gracias, pero me basto para darle un puñetazo a cualquiera que se ponga imbécil.

—Vale —respondo—. Hum... He pedido a Olivia que no se lo diga a nadie.

—¿Olivia Scott? —pregunta.

Yo asiento, y la poca compostura que le quedaba se viene abajo. Me mira con ojos como platos, boquiabierto, y dice: —Ella se lo

contará a Claire.

Me devano los sesos en busca de algo que decir, pero él me corta: —Demasiado tarde, tío.

Y echa a andar por el sendero, sujetando las correas de su mochila con tal fuerza que los nudillos se le ponen blancos. Yo me quedo mirándolo con la sensación de que —en un momento de descuido— puedo haber arruinado la vida de una persona.



Entre la sexta y la séptima hora —tan cerca de la libertad de la tarde del viernes que casi puedo saborearla—, Olivia me localiza en el pasillo. Me lleva aparte y me da la noticia con tal delicadeza que se diría que me está informando de que alguien ha muerto.

Durante un momento no sé qué hacer. Mi primer instinto es gritar, porque, si Lucas es capaz de ocultarme ese secreto durante trece meses de relación y medio año de tratarnos como amigos, no merece que no se descubra.

El pánico me produce un sabor amargo a bilis.

—Debo irme —digo con voz ronca, dirigiéndome directamente al lavabo.

—Claire —me llama Olivia, pero no me vuelvo.

Nunca me salto una clase. Saltarse las clases es cosa de fumados y perdedores. Pero cuando ha transcurrido la mitad de la séptima hora aún estoy en el lavabo, con la frente apoyada en el espejo.

Me muerdo las cutículas. Mi tercer dedo empieza a sangrar. ¿Quién es el chico? ¿Se ha mirado alguna vez en el espejo con el único fin de descubrir todos sus defectos? ¿Ha pasado meses

pensando en cómo transformarse en alguien digno de que Lucas le preste atención?

La puerta se abre. Me vuelvo, dispuesta a fulminar con la mirada a quienquiera que sea y obligarla a marcharse, pero Juniper y Olivia asoman la cabeza. Se acercan a mí. Olivia está tensa y erecta, rígida como un esqueleto. Los ojos de Juniper rebosan simpatía.

Me vuelvo de nuevo hacia el espejo. Están a mi lado, Juniper con su pelo dorado blanco, peinado con secador, Olivia con sus largas piernas enfundadas en unos vaqueros oscuros y ajustados. Y yo... *Fijaos en mí*, con manchas en la cara, bajita y rechoncha, incapaz de presentar nunca un aspecto medianamente decente.

—Tienes que hablar con él —dice Olivia.

Aprieto los dientes. No tengo nada que hablar con Lucas. Ni de nuestra relación, por lo visto basada en la inmerecida confianza que deposité en él, ni nuestra ruptura, por lo visto el equivalente de la eutanasia. No tengo nada que hablar con el chico que me dijo que *no podía compararme...*, por lo visto no podía compararme con personas que jamás sospeché que fueran mis rivales.

Lucas y yo nunca tuvimos sexo con penetración, pero estuvimos cerca. ¿Qué sentido tiene eso? Si él es gay, no habría podido hacer las cosas que hicimos. Debe de ser bisexual, por fuerza.

Déjalo estar. ¿Qué más da? Lucas tiene ahora un novio. Es lo único que me obsesiona. Él y otra persona, un concepto masculino anónimo.

—No es sano que reprimas tus emociones —dice Olivia—. Como dejaste de hablar del tema, supuse...

—Lo sé.

Es natural que piensen que él ya no me interesaba. Se supone

que soy capaz de superar las adversidades de la vida. Tengo cosas más interesantes en que pensar antes que en chicos. Es humillante quedarte atrapada en una situación de este tipo.

—¿Qué vas a...?, ¿cómo te sientes? —pregunta Olivia.

Mi garganta se cierra como una bolsa con cordón. Por fin consigo responder:

—Como si eso te importara.

Juniper y Olivia se miran.

—¿Qué...? —empieza a preguntar Olivia.

—No —digo—. He empezado a ser la última persona en enterarme de lo que ocurre en vuestras vidas, así que ¿por qué he de contaros cómo me siento?

Retrocedo hacia la puerta.

—No voy a decir una palabra. Olvidaos del tema. —Trago saliva—. Espero que os divirtáis el sábado. No contéis conmigo.

Cuando salgo del lavabo, sus expresiones son idénticas. Una dosis de impotencia, una generosa ración de resignación... y un toque de irritación.

HOLA,
mi nombre es

Olivia Scott

Abro la puerta de la casa de Juniper y me aparto a un lado, dejando que entre la primera riada de gente.

—Hola, chicos —digo—. Las bebidas están en la cocina, por allí. Atravesad el cuarto de estar.

La noticia de esta fiesta se ha propagado con rapidez, pero, desde la crisis que sufrió Claire ayer, a Juniper ya no parece hacerle ilusión. Tuvimos una pequeña prefiesta sólo nosotras dos, pero fue deprimente, porque nos pasamos todo el tiempo hablando sobre la tercera persona que faltaba.

—¿Crees que quiere pasar de nosotras? —me preguntó Juniper entre virulentos tragos de sidra.

—Eso parece —respondí—. Pero quizá sea mejor que le demos un respiro mientras se aclara las ideas. Me echó la bulla porque *hablé* con un chico. A estas alturas, empiezo a estar hasta los ovarios de estas chorradas, ¿comprendes?

Juniper asintió.

—Creo que debe de haber algo más. Trato de verlo desde su punto de vista, pero no es fácil cuando ni siquiera quiere hablar

con nosotras. —Bebió otro trago de sidra—. Quizás aparezca esta noche y podamos aclararlo todo, ¿no crees?

—Yo no contaría con ello. Sobre todo porque es probable que venga Lucas.

Menos de media hora más tarde, ese vaticinio se cumple. Lucas hace una entrada triunfal, acompañado por la mitad del equipo de natación, circulando entre la gente con su sempiterna sonrisa. Cuando me saluda con la mano, la culpa me corroe. No debí contárselo a Claire. Está claro que Lucas aún no ha salido del armario; en realidad, no conozco a ningún chico en el Paloma High que lo haya hecho. Hay un par de chicos que parecen claramente gais, pero no es algo que conste en su cuenta de Facebook. En el instituto, la persona con un aspecto menos convencional es Burke Fisher, aficionado a lucir *jeggings* y tacones, y a quien parece importarle bien poco lo que los demás piensen de él. Pero Burke es un lobo solitario, y dudo que Lucas pudiera sobrevivir sin su constante legión de colegas.

Entiendo que sea una perspectiva aterradora, y el Paloma High no es una tierra hiperprogresista que acoja a los gais con los brazos abiertos, pero me parece increíble que Lucas no se lo dijera a Claire. Es un tema muy serio para mantenerlo oculto tanto tiempo. Y más de la persona de quien dices estar enamorado.

Aunque supongo que, si quieres a alguien, la idea de perder su aprobación debe de ser el doble de aterradora.

La fiesta está en pleno apogeo cuando me doy cuenta de que he olvidado mi bolsa de viaje. Juni pone a mi disposición todo lo que hay en su casa, desde luego, pero necesito mi solución para limpiar mis lentes de contacto, y toda su familia tiene una visión perfecta. También me ofrece su ropa, lo cual me hace soltar una carcajada. Ponerme la ropa de Juni sería como tratar de enfundarme uno de

esos diminutos jerséis que la gente pone a sus terrier escoceses.

Llamo por teléfono a Kat.

—¿Qué? —gruñe. Un saludo tan jovial como esperaba.

—¿Ha vuelto papá a casa? —pregunto.

—Negativo.

—He dejado mi bolsa en la mesa de la cocina. ¿Podrías acercármela a casa de Juni cuando regrese papá con el coche?

Kat lanza un sonoro suspiro.

—Vale. Sabe Dios a qué hora volverá.

Imagino que mi padre ha tenido que quedarse hasta que cierren, porque al cabo de una hora Kat aún no ha aparecido. Las amplias estancias de la casa de Juni están llenas de gente. Hay montones de atletas, manadas de estudiantes de segundo año que no dejan de parlotear y grupos de nerviosos estudiantes de primer año, que parecen tan pequeños que me dan ganas de arrebatárselos las bebidas de las manos y darles los devedés de *En busca del valle encantado*. Paso junto a un chico que hace una imitación bastante aceptable de Chewbacca, entro en la cocina y veo a Juniper sentada frente a la encimera haciendo de pinchadiscos.

Me acerco a ella, tomando nota de la cerveza que sostiene en la mano.

—¿Cuántas llevas? Sé sincera.

—¡Hola! Tres. Me lo tomo con calma.

—Genial. No es que la semana pasada no lo fuera, pero...

Juni sonrío.

—Vomitó a saco. Lo sé.

—Una pregunta vital: ¿te queda algo de aquella limonada burbujeante de mi fiesta de cumpleaños?

—Quizás haya una botella en la nevera de mis padres — responde—. La utilizan para mezclarla con otras bebidas, así que no te lo aseguro. Oye, de paso, si te encuentras a alguien allí, haz el favor de echarlos.

Yo tuerzo el gesto.

—Vale.

En agosto, durante mi fiesta de cumpleaños, pillamos no a una, sino a dos parejas pasándolo bien en la cama de los padres de Juniper. Simultáneamente. Aunque dudo que haya alguien haciéndolo en este momento: las diez y cuarto es muy pronto para este tipo de cosas.

Cuando paso por el estudio hacia la amplia escalera de caracol, oigo gritar a alguien:

—¡Chupitos!

Yo suspiro. Espero que Juniper se abstenga.

Subo la escalera que asciende junto a la pared circular del vestíbulo, enmarcando una pesada araña que vierte lágrimas doradas. La gruesa moqueta en el rellano del segundo piso amortigua mis pisadas cuando entro en el dormitorio de los padres de Juniper. En las paredes cuelgan numerosas placas de los logros de Juniper, primer premio de violín en un concurso tras otro.

Abro la puerta empujándola con el hombro. Es una habitación suntuosa, de dos niveles. En las paredes artesonadas cuelgan unos óleos, y en el segundo nivel, al que se accede por una escalera oscura de roble, hay un espléndido bar con un espejo. Una balaustrada de la misma madera oscura separa la zona del bar, y al

dirigir la vista hacia allí me quedo helada. Matt Jackson está junto a la barra. Su presencia me produce un extraño y cálido sobresalto.

Rompo el silencio.

—Matt, ¿qué haces aquí?

—Yo..., abajo había mucho ruido, así que... —contesta—. No sé. La verdad es que no había ninguna persona conocida y me sentía incomodo. ¿Y tú?

—He venido a por limonada —respondo de forma poco convincente—. Pero ¿qué haces aquí, en casa de Juniper? —Cierro la puerta y me dirijo hacia la escalera—. No suelo verte en estos saraos. Nunca.

—En realidad... —Se frota la nuca.

Subo la escalera y abro la pequeña nevera mientras él busca las palabras.

—Confiaba en toparme contigo —concluye.

—Ah. —Levanto la vista y digo—: Bueno, pues aquí me tienes.

Matt se ríe. Tiene la boca ligeramente torcida, por lo que su risa suena un poco bobalicona y descentrada.

Me pregunto qué sentiría si lo besara. Me lo pregunto respecto de la mayoría de los chicos que conozco, aunque sea una curiosidad pasajera, pero la idea de besar a Matt me produce un pellizco en la barriga. Lo cual me sorprende porque, objetivamente, no es tan atractivo. He besado a chicos mucho más atractivos que él, con unos rasgos armoniosos y una magnífica musculatura, unos chicos que podrían hacerme olvidar que mido uno ochenta de estatura.

Pero hay algo en la expresión neutra y cautelosa de Matt que hace que me sienta atenta. Cada segundo en su compañía tiene una

intensidad especial. Quizá sea su actitud, reservada y calculada. Quizá sean sus rasgos angulosos y la expresión penetrante y tímida de su mirada.

Aparto los ojos de él y me agacho para coger la botella de limonada. Entre la colección de curiosos utensilios metálicos, tomo un objeto afilado para extraer el corcho.

—Esta casa es la hostia —comenta Matt.

—Ya —digo—. Esta habitación es más bonita que toda mi casa. —Bebo un sorbo. Las burbujas de la limonada, dulzonas, me estallan en la lengua.

—¿A qué puñetas se dedican sus padres?

—Su madre trabajó en Wall Street durante un tiempo, y ahora es la dueña-barra-cerebro del banco de Paloma. Y... bueno, no sé lo que hace su padre, pero siempre está trabajando. Quizá sea un espía internacional. —Me apoyo contra la barra—. ¿Qué querías? ¿Por qué querías localizarme? —pregunto adoptando un tono de coqueteo, confiando en que sea el motivo por el que los chicos buscan a las chicas en las fiestas.

Matt se sienta en uno de los taburetes del bar.

—Yo... Ayer la cagué. No debí contarte lo de Lucas.

El alma se me cae a los pies; debí suponer que quería hablarme de eso. Él continúa, como si se sintiera un poco perdido:

—Descubrí por error que es..., ya sabes, y debí callarme, porque a él lo preocupa... No se lo habrás dicho a Claire, ¿verdad?

Siento un nudo en la garganta.

—Lo siento. Le dije que es un secreto, pero... sí. No pude evitar contárselo.

—Mierda. —Matt cierra los ojos—. Espero que no se lo diga a nadie.

—¿A quién va a decírselo? Claire está por encima de cotilleos.

Matt junta las manos, las separa y vuelve a juntarlas. Baja la escalera y se detiene ante una extraña litografía que cuelga en la pared.

—Dios. Soy... un idiota.

—Fue un error. —*Y yo lo he empeorado contándoselo a Claire*, dice una voz implacable en mi cabeza. Me siento en la balaustrada y me deslizo hasta el primer nivel. La madera cruje—. ¿Has hablado con él?

—Sí. No estaba enfadado. Me miró..., no sé. Como si temiera tener que afrontarlo. Es normal, pero si yo hubiera estado en su lugar me habría partido la boca. —Matt se sienta en un sillón junto a la balaustrada y estira las piernas. Sobre sus vaqueros asoman unos centímetros de estómago, visibles desde mi visión periférica—. Bueno, supongo que ya no puedo hacer nada.

—Yo podría enviar un mensaje de texto a Claire diciendo que no diga nada a nadie o envenenaré a su perro —sugiero—. Aunque no podría hacerlo. No tiene perro. Así que me resultaría difícil envenenarlo.

Observo la insinuación de una sonrisa antes de que Matt siga mordiendo el labio inferior. Su rostro muestra una expresión casi atormentada, como si se muriera de ganas de decir algo.

—¿En qué piensas? —me pregunta.

Decido responder con mi habitual sinceridad. *¿Quieres hacer el favor de bajarte la camiseta? Me distrae. Perdona la franqueza. Pero me lo has preguntado.*

Pero lo único que sale de mi boca es:

—Hum..., nada.

—Lo dudo.

—¿Cómo te atreves a dudar de mi sinceridad? —replico. Él me dirige una sonrisa radiante, y mi mente se queda en blanco.

De golpe caigo en la cuenta de que estoy pillada por él, lo cual me aterroriza.

No. Esto no puede suceder. Los enamoramientos arruinan vidas y destruyen almas. Los enamoramientos provocan incómodos sentimientos no correspondidos o la disparatada idea de mantener una relación.

Al fin digo:

—Deberíamos, eeh... Deberíamos salir de la habitación de los padres de Juni.

—De acuerdo —responde, levantándose.

Durante un momento me quedo inmóvil. Lo tengo muy cerca —¿a un metro? ¿Un metro y medio?—, y su proximidad no hace que me resulte más fácil descifrarlo, pero hace que todo adquiera una gran nitidez. La punta de su nariz. El bronceado de su piel. El vello en su mentón. Durante un segundo, me pregunto qué sentiría al acariciar su cabello.

Él me mira a los ojos, supongo que esperando que diga algo o a que me comporte como una persona normal. Por desgracia, eso no está al alcance de mis presentes facultades. Sólo soy capaz de mirarlo, inmóvil en nuestro contacto visual. El contacto visual es algo aterrador: saber que alguien te está mirando con toda su atención, que por un momento tú eres lo único en este mundo que exige su interés.

Yo podría averiguar si está interesado en mí. Sería muy fácil preguntarle: *¿Quieres besarme?* En todo caso, sería menos violento que dejar que este silencio se prolongue. Pero mi voz está bloqueada, lo cual es raro, porque por regla general bloquear mi voz resulta tan sencillo como bloquear a un rinoceronte en plena embestida.

No quiero decir nada que lo ponga en fuga.

¿Por qué le doy tanta importancia? Esto es una pésima idea. Espero que quienquiera que inventara las emociones esté congelado en el noveno círculo del infierno. Se lo merece.

—Sí, bajemos —me apresuro a decir, dirigiéndome hacia la puerta.

La sostengo abierta y, cuando pasa, percibo la estela que deja tras él. Esta noche no huele a su habitual *eau de maría*. Esta noche huele a algo viejo y un poco dulzón. A cuero curtido y a miel. Camina con las manos enfundadas en sus deshilachados bolsillos, y me pregunto qué tacto tienen las yemas de sus índices, y si las palmas de sus manos son ásperas o suaves, y qué diría si yo lo tomara de la mano.



Es el primer viernes por la noche en casi un año que tengo un plan. La última vez, contemplé un eclipse lunar parcial con mi padre y un grupo local de aficionados a la astronomía formado por varios sesentones. No creo que esta noche resulte ni de lejos tan divertida.

Juniper me dijo que su fiesta empezaba a las nueve y en Internet sugieren que quedaría un poco raro que me presentara antes de la diez. No sé por qué no empiezan a las diez, pero ¿quién soy yo para introducir modificaciones en las normas sociales?

Después de cenar, me entretengo leyendo un nuevo libro que he sustraído del estudio de mi padre. Cuando dan las diez, estoy tan absorto en el ejemplar que no quiero marcharme. Me entretengo otros quince minutos, pero al fin me convengo de que debo ir, cojo las llaves de reserva y me dirijo hacia la puerta.

Una voz me detiene, llamándome desde el sillón reclinable frente al televisor.

—¿Vas a salir, chaval?

Mi padre dejó de adaptarse al hecho de que he ido cumpliendo años cuando cumplí los diez, y ahora sólo se refiere a mí como

«chaval», «chavalote» y «campeón». He pensado regalarle en Navidad un manual para padres publicado después de 1960.

—Está claro —contesto.

Unos mechones de color castaño gris asoman por el respaldo del sillón en el que está sentado mi padre cuando mueve la cabeza contra su cojín ergonómico para mirarme.

—¿Adónde vas? —pregunta. En sus orondas mejillas se dibuja una sonrisa esperanzada. Resulta casi triste verlo tratar de conectar conmigo de alguna forma, por insignificante que sea.

—A una fiesta. Tengo que hablar con una chica de mi clase.

—¿Una chica? —Mi padre me guiña el ojo—. En ese caso, no te entretengo. Ve a por ella.

Doy media vuelta, reprimiendo un suspiro de exasperación.

—Vale. Sí.

Ésas son las cosas por las que procuro hablar lo menos posible con mis padres.

—Vuelve antes de las doce, ¿de acuerdo? —Mi padre centra de nuevo su atención en el canal Histórico, yo mascullo un «sí» y me dirijo hacia la puerta.

Llego al barrio donde vive Juniper a las diez y media. El lugar, que se llama Mossy Grove, se compone de un laberinto de calles sin salida. Las casas están diseñadas de una forma que parece como si un arquitecto hubiera mirado en Google «zonas residenciales» y hubiera realizado sus bocetos de acuerdo con los resultados. Cada casa tiene el mismo gablete sobre la puerta principal, el mismo espacio cubierto para coches a un lado, el mismo tejado negro abovedado con una chimenea junto al borde. Yo me pierdo no una, sino dos veces, gracias al genio que decidió que era necesario que

existieran Mossy Grove Place y Mossy Grove Court.

Reduzco la marcha, comprobando por triplicado la dirección. Juniper vive en la parte posterior del barrio, con otras viviendas que casi pueden describirse como «mansiones». Su casa está situada sobre un extenso y oscuro césped, al fondo del mismo, en un terreno elevado, como un rey contemplando su reino. En el jardín, a medio camino de la casa, arranca un sendero embaldosado que discurre junto a una fuente de dos niveles, y unas elevadas coníferas bordean la hierba, haciendo que el sendero de acceso parezca más largo de lo que es. La luz dorada que se filtra por las magníficas ventanas, junto con el sonido distante de los bajos, indica que es una fiesta multitudinaria.

Tengo la garganta agarrotada. No puedo creer que vaya a romper mis sesenta y tres horas y veinte minutos de soledad de fin de semana para enfrentarme a una multitud y ruido. Aún no he llamado a la puerta y ya me siento al borde del pánico. Pero aquí me tienes, circulando despacio frente a la hilera de coches que ocupan todo el bordillo de la calle de Juniper.

Por una parte, no quiero averiguar de qué profesor se trata ni descubrir toda la historia. Saberlo me haría sentir aún más responsable de lo que me siento. Yo no quería verme involucrado en esto.

Aunque todos mis instintos me aconsejan lo contrario, aparco el coche, me armo de valor y echo a andar hacia la casa.



El delgado cuello metálico del lavabo
está empañado con mi aliento
¿qué hago aquí, tumbada en el suelo?
estoy borracha perdida y sólo son las once.
es patético.

mi paladar sabe a vómito.

no puedo *huir de mí misma (te necesito, eres mi único trocito de cordura, lo sabes)*.

no. lo que necesito es controlarme.

levantarme. respirar. salir.

la sonrisa en mis labios sabe a sangre y a barra de labios seca.

¿de dónde rayos ha salido esa sangre? ¿de mi estómago? ¿de mi garganta? ¿de mi corazón?

el remedio a una borrachera es, claro está, *¡beber más!*

dios, ayuda, quema.

desde que me dejaste sólo sé que tengo la sensación de vivir en

la edad de las tinieblas, en la edad del hielo.

cuando me dijiste adiós, oí «suerte».

desde entonces no encuentro alivio en nada.

ahora —minutos, horas, sabe Dios— todo es lo mismo.

voy dando traspiés... ¿dónde estoy? es difícil saberlo desde el suelo (*Juniper, no hagas el ridículo, no te caigas*) (*murmura unos sonidos alegres de saludo; comparte unas risas con las chicas que reconocerías si estuvieras sobria pero*) la puerta se abre.

¿*valentine?*—pronuncio la palabra sin pensar.

lo conozco desde hace dos años y jamás lo he visto fuera del edificio del instituto.

parece que haya crecido allí,

cultivado en un tubo de ensayo, con esmero, cultivado con esmero.

y ahora está aquí, lo menos natural que he visto en mi vida.

¿*podemos hablar, por favor?*, pregunta. *llevo toda la semana intentando localizarte, pero no te he pillado a la salida del instituto, y a la hora del almuerzo es... complicado, ¿podemos hablar, en privado?*

yo: ¿*por qué él: es un tema delicado* mi garganta se cierra. (estoy mareada, el mundo gira a mi alrededor) tropiezo.

golpeo la pared con la palma de la mano

mi estómago se agita

mi cerebro ha vuelto a centrarse en su tema favorito.

mis dedos sudorosos palpan el móvil en mi bolsillo...

¿sería una debilidad por mi parte enviarte un mensaje de texto?, ¿preguntarte (*¿estás bien sin mí, no me eches de menos, no quiero que sufras*

como yo) o sería cruel?

saca la mano del bolsillo, juniper.

él puede arreglárselas solo.

valentine: *¿te encuentras bien?*

yo: *sí, muy bien, creo... voy a tomarme otra birra* avanzo con cuidado, pasito a pasito

valentine: *agua, lo que necesitas es agua.*

agua, la perspectiva es tentadora, me tambaleo

valentine: *madre mía, deja que te ayude.*

su mano me roza la espalda, pasamos trastabillando frente a un montón de cuerpos nos detenemos junto a la encimera en la cocina

y la botella empieza a verter el líquido que contiene.

valentine, bajito: *no bebas más.*

yo obedezco.

pero el líquido transparente como el cristal es precioso.

estoy sedienta...

estoy famélica...

mis pensamientos son un millar de bocas voraces.

yo: *¿de qué querías hablarme?*

él: *¿podemos ir a algún sitio, hum..., privado?*

yo: sonriendo: *hum, ¿qué clase de conversación es ésta? ¿puedo fiarme de tus intenciones?*

(¿estoy flirteando con valentine simmons?)

la idea me parece tan cómica que voy a echarme a llorar, estoy a punto de hacerlo)

él: *¿fiarte de mis intenciones?*

yo: *claro que me fío de ti, era una broma, no te preocupes no te preocupes él: ¿te fías de mí? ¿por qué?*

yo: *qué, por qué me fío de ti, pues... me fío de cualquiera que sea razonable y amable él tiene una risa extraña, como el sonido de una cuerda de guitarra al pulsarla, un tenor ligero. te parezco amable yo: me pareciste amable cuando charlamos.*

él: *por supuesto.*

yo: *bueno, qué querías preguntarme...*

parece nervioso, cambia de postura, entreabre los labios, *verás*, dice, *esto es...* se ríe a medias, pero su risa se desvanece enseguida, toma un vaso, lo llena de *sprite*, se lo bebe de un trago y sus ojos pierden su luz y se suavizan y el gesto obstinado de su boca se relaja, y lo estudio a fondo durante breves instantes.

él: *trato de encontrar la forma de preguntarte...*

david...

me rindo.

voy a contárselo a valentine, *espera, no te vayas, tengo que... ir al baño, vuelvo enseguida* paso a hurtadillas por varias habitaciones hasta llegar a un cuarto de invitados, oscuro, oculto...

abro el armario y rebusco en él para tomarme otra copa secreta (que se helará y sudará y ahogará un grito contra mi mano) giro tres veces el tapón

dos tragos ácidos de la botella y

pulso el número de...

del único.

dos tonos y un clic y oigo su voz. (tan fácil, demasiado fácil.) *yo... ¿Juniper? ¿Estás bien? ¿Por qué me has llamado? ¿Qué ocurre?*

el murmullo de su voz es cálido, después de una sucesión de días fríos y sombríos.

recuerdo, antes de que nuestro amor se perdiera entre tanto esfuerzo, que veía el futuro descrito en señales de tráfico, deslumbrante desde el borde de oscuras autopistas.

recuerdo que, a poco que le diera pie para mostrarse poético, me hablaba de la luna llena.

tumbada en la cama, bebo otro sorbo del gélido líquido e imagino el espacio vacío ocupado por su cuerpo.

la cabeza aún me da vueltas

perezosamente, como una escultura articulada.

mi cerebro se agita a un metro sobre este cuerpo somnoliento.
david... david ¿Estás ahí? Háblame. ¿Todo va bien?

¿estás en casa? pregunto.

Sí (pausa.) *¿Por qué has llamado?*

no debo decirlo. *te echo de menos. te echo de menos.*

(pausa.) *Estás bebiendo.*

lo siento, no lo siento.

June...

¿Qué?

(pausa.) *No cojas el coche.*

david, nunca te dije. me doy la vuelta. sé que tenías motivos para hacer lo

que hiciste, desde luego, sé...

Sí...

le interrumpo. (¿suenan mis palabras como palabras?) las siento tambalearse, trastabillar, caer). *no quiero que te conviertan en... no quiero que todos te juzguen por mis decisiones...*

él suspira. *No lo harán, me juzgarán por las mías.*

lo sé, lo sé, he leído cada argumento, he leído cada artículo, pero en última instancia, me siento... david, soy perfectamente capaz de pensar por mí misma...

lo sé, pero es...

por fin lo digo: *yo te elegí a ti, tú nunca me presionaste, pero te elegí cada día, con cada aliento, quizá seas una mala elección, pero eres mío, mío.*

June, así no es como...

te necesito. (necesito que estés a salvo, tú eres lo único que no puede correr peligro ¿no lo entiendes?)

la oscuridad es un bálsamo sobre mi frente

su silencio un fuego.

y su voz suena chirriante, estresada: *por favor, no me digas eso. Me duele oírlo.*

david, lo siento, lo siento mucho, vuelve junto a mí, por favor, no me dejes de esta forma. Te quiero, di que me deseas, di que...

Juniper, estás desvariando. Me das miedo. ¿Tienes agua? ¿Hay otras personas ahí?

david...

me clavo los dientes en el labio, noto de nuevo un sabor a sangre, la urgencia me agarrota la garganta.

(necesito saber que te tengo, eres la única cosa y el único ser)
me incorporo y el mundo se derrumba

ven a verme. quiero verte, ahora mismo No puedo.

por favor te espero...

(mi maldita *cabeza* va a estallar...) y de pronto...

no hay respuesta.

toc. toc. toc.

él pregunta: *¿Hay alguien ahí?*

no...

(tengo que cerrar la puerta con llave, tengo que impedir que
entre alguien para que yo pueda disponer de este

lugar seguro)

me levanto demasiado rápido, la cabeza me da vueltas la
garganta me escuece

se me cierra

siento náuseas

¡Juniper! ¿Juniper?

(siguen llamando a la puerta...)

trato de moverme, trato de acercarme a la puerta...

la botella se estrella contra la alfombra

(¿qué les pasa a mis pies?)

me levanto y busco a tientas el pomo de la puerta en la
oscuridad soy un caos

soy

(un *clic* en la cerradura) me desplomo en el suelo

¿he obtenido mi respuesta?

despierta, juniper...

(oigo su voz en alguna parte

me grita para que yo...

qué canción de cuna

qué

canción

de

cuna

adiós

)



A las doce menos cuarto, las luces de la casa están apagadas, alguien ha subido el volumen de la potente cadena de música de Juniper y en el centro del conocido como salón de esparcimiento, donde el parquet está tan resbaladizo que he presenciado tres caídas en los diez últimos minutos, se ha organizado un auténtico maremágnum. El espectáculo me hace pensar que ha llegado el momento de retirarme.

Desde el revoltijo de personas, cinco o seis voces profieren al mismo tiempo un lamento a voz en grito —alcanzo a entender: *¡Qué desastre!*— y los cuerpos trabados se separan, revelando una gigantesca mancha de cerveza cuya reluciente espuma se extiende sobre el suelo. *Sí, yo me largo*, pienso. Pero, cuando echo a andar hacia la puerta, mi hombro choca con Olivia y mi estrategia de marcharme sigilosamente se desvanece. Con el golpe, la bolsa de gimnasia que Olivia lleva colgada del hombro cae al suelo y el frasco de líquido para limpiar sus lentes de contacto rueda por el parquet.

—Mierda, es culpa mía —digo, agachándome para recoger sus cosas.

Ella contesta sonriendo:

—Tenemos que dejar de encontrarnos de esta forma.

Noto que las mejillas me arden. Le entrego su bolsa y farfallo: —Tú, hum... Esto... ¿Te quedas a pasar la noche aquí?

Y ella responde:

—Sí. Me dejé la bolsa con mis cosas, así que mi hermana me la ha traído.

Miro a mi alrededor, esperando ver aparecer a Kat Scott de improviso, pero Olivia añade: —Ella no se queda. Ha ido al baño, y luego se irá a casa. —Sus ojos se fijan en la pista de baile a mi espalda—. Además, esto tiene mala pinta, tío.

—Y tanto —respondo.

Ella tuerce el gesto.

—Joder, tengo que ir en busca de Juniper. Sus padres han ido al teatro a Kansas City para celebrar su aniversario de bodas, pero volverán sobre la una. Le advertí que iba a costarle la hostia echar a la gente de aquí a medianoche.

—Vi a Juniper hablando con Valentine Simmons por... la cocina.

—Ah, sí, la cocina y el *office* —dice Olivia con gesto de alivio—. ¿Cuándo la viste?

El volumen de la música se intensifica y ella avanza un paso hacia mí, haciendo que pierda la concentración. En la penumbra, un lado de su rostro está pintado en sombras, el otro iluminado por la parpadeante luz blanca y azul del televisor. En sus ojos relucientes se refleja el parpadeo de la pantalla.

Procuro no mirarla con insistencia.

—Hace una media hora.

—Mierda —dice Olivia—. Bien. Empezaré a echar a la gente.

En ese momento aparece Dan Silverstein sosteniendo un vaso de cartón rojo, y al vernos se dibuja una sonrisa en sus rechonchas mejillas. El alma se me cae a los pies cuando se dirige hacia nosotros, alzando la voz para hacerse oír a través de la música.

—¿Conoces a Olivia, Matt? —pregunta.

Y yo contesto:

—Sí, nosotros... vamos juntos a clase.

Olivia levanta una mano y Dan dice: «Estás muy guapa esta noche», dándole un repaso de arriba abajo, y yo me siento abochornado y cohibido, pensando, *¿Por qué no se me ocurrió decirle que estaba muy guapa?*, porque lo está, con un *top* negro de un tejido holgado y unos vaqueros ajustados que dejan la parte inferior de sus largas piernas al descubierto, y quizá sea un anticuado, pero al contemplar sus tobillos desnudos —esos centímetros de piel tan curiosamente personales— siento que me arde la nuca.

—Gracias —dice Olivia—. ¿Has visto por casualidad a Juniper, Dan?

—No.

Él avanza un paso hacia Olivia y observo que ella se inclina un poco hacia atrás. Me dan ganas de atizarle un puñetazo, pero me controlo. No me corresponde a mí protegerla.

—¿Te apetece una copa? —le pregunta Dan, inclinándose hacia su oreja, y ella responde: —No, gracias.

Y él insiste:

—¿Por qué? Ven, Matt, vamos a por una copa para esta chica.

Y ella dice:

—En serio, tengo que ir a buscar a Juniper para empezar a echar a la gente de aquí. Además, no bebo, así que ya sabes.

Dan se ríe.

—Eso me mola. Tú me molas. No eres como las otras tías.

Olivia arquea una ceja.

—¿Qué tienen de malo las otras tías? —pregunta.

Y Dan responde:

—Nada, es que tú... eres muy divertida.

Y Olivia dice:

—Estás de suerte. Hay montones de chicas divertidas.

Dan me dirige una mirada de exasperación.

—Trataba de hacerte un cumplido —dice.

Y Olivia contesta:

—Vaya, pues...

Pero Dan no espera a que termine la frase.

—Me alegro de haberte visto —dice—. No sabía si te habías marchado.

Dan me dirige otra mirada, que en esta ocasión dice, *Sé buen amigo y lárgate*. Pero no pienso marcharme cuando está claro que este chaval no conoce las reglas sociales más básicas.

—Ya, pero no —responde Olivia—. Soy la coanfitriona, así que no puedo marcharme.

Y él pregunta:

—¿Quieres que vayamos a algún sitio más tranquilo para hablar?

Y ella contesta:

—No, yo...

—Venga, vamos —dice Dan, apoyando una mano en la cadera de Olivia. Ella da un paso atrás, pero él insiste—: No seas así.

Yo decido romper mi silencio.

—¿No la has oído, tío? Ha dicho que no. Joder.

Dan me mira perplejo. La ira se suma a su expresión como sangre mezclándose con agua. Yo espero que se encare conmigo, que me diga que me calle y se organice una pelea de borrachos.

De repente oímos unas sirenas. Al principio es un sonido débil y agudo, pero los tres nos quedamos helados, mirándonos.

—¿Eso es...? —pregunta Dan.

Y yo respondo:

—Sí.

Y Olivia echa a correr, gritando:

—¡Apagad la música! Todos fuera. Salid...

Nadie le hace caso hasta que ella grita: —¡POLICÍA!

Entonces alguien apaga la música, el sonido de la sirena rasga el aire y el pánico cae sobre los asistentes como un alud.

Todos echan a correr. Jamás había presenciado una estampida como ésta, un grupo de personas huyendo hacia la salida más próxima, abriéndose paso por todos los medios posibles. Me apretujo contra la pared, confiando en capear el temporal, pero una voz grita: «¡Eh!» y me vuelvo hacia la izquierda. Valentine Simmons, con los ojos desorbitados, trata de abrirse paso nadando contra corriente, empujado hacia atrás por una persona tras otra,

sin que sus palabras desesperadas consigan detener a la multitud.

—¡Socorro, ayuda! ¡Juniper se ha encerrado en una habitación y no consigo que salga!

Grito el nombre de Olivia mientras Valentine agita la mano frenéticamente para indicarle que se acerque. Los tres nos agachamos para esquivar a la gente que huye por el pasillo de un kilómetro de largo mientras corremos hacia la puerta cerrada con llave. Lucas McCallum está arrodillado frente a ella, tratando de girar el pomo.

Cuando nos detenemos en seco, Olivia se quita una horquilla del pelo y la parte por la mitad.

—Déjame a mí —dice a Lucas.

Cuando él se aparta, ella se inclina sobre el pomo, torciendo un lado de la horquilla.

—Que uno de vosotros vaya a abrir a la policía —dice, y echo a correr por el pasillo, resbalando sobre la moqueta decorada con borlas. Evito chocar con la puerta del baño cuando se abre y Kat Scott asoma la cabeza. Cuando llego al vestíbulo y me detengo ante la puerta abierta de par en par, los chicos han invadido el césped de Juniper como hormigas.

No es un coche de la policía lo que está parado junto al bordillo, sino una ambulancia.

Y por el camino de acceso sube un lujoso coche negro, con dos adultos horrorizados sentados muy erguidos detrás del parabrisas. Los padres de Juniper han llegado a casa antes de lo previsto.



Esta noche, hace un rato, cada uno de los invitados, al poner un pie en esta casa, exclamó: «¡Hostia!», pero yo me he abstenido de mostrarme impresionado. La mayoría de mis amigos suponen que soy rico, porque estudié en Pinnacle y visto como un chico de Pinnacle. Si alguien me lo pregunta, no mentiré, pero tampoco voy a delatarme mirando a mi alrededor con cara de estupefacción.

Ahora la casa merece ese «¡hostia!» por otras razones. Los invitados la arrasaron como quien arrasa un postre decadente. Todas las alfombras están torcidas, con las esquinas levantadas. Un par de recios sofás de cuero en el salón principal están volcados. Una licorera de cristal tallado está hecha añicos sobre el parquet de madera clara del comedor, bañada en un charco de whisky que debe de costar más que mi furgoneta. El grupo que se había congregado en el pasillo después del *rap* despectivo de Lil Jon guarda un silencio sepulcral.

Cinco de nosotros estamos en el vestíbulo, observando cómo la ambulancia parte de la casa en la oscuridad, con la sirena puesta, seguida por los padres de Juniper en su Mercedes. Valentine, a mi izquierda, traslada su peso de un pie al otro sin cesar, como si estuviera sobre ardientes arenas movedizas. Olivia y Kat Scott, junto

a la puerta, discuten sobre algo en voz baja. Matt Jackson, que anda cerca, mira de vez en cuando a Olivia.

—Bien —dice Olivia, volviéndose hacia nosotros. Su hermana muestra el rostro de fastidio del siglo—. Vamos a recogerlo todo antes de irnos. ¿Podéis quedaros para echar una mano?

—Claro que sí —contesto. Me siento como atontado. Tengo grabada en la mente la imagen de los técnicos sanitarios llevándose a Juniper tendida en la camilla, su rostro blanco como el mármol. Ahora mismo no quiero quedarme solo.

Matt asiente con la cabeza. Valentine no responde, sino que echa a andar por el pasillo con un semblante tan inexpresivo como de costumbre.

—¿Está bien? —pregunta Olivia, señalándolo con la cabeza.

—Creo que sí —contesto. Valentine entra en el cuarto de invitados que está al fondo del pasillo, donde Juniper perdió el conocimiento. Yo me dirijo hacia allí, seguido por los demás.

Valentine se detiene al pie de la cama, contemplando los vómitos en el suelo, más desparramados donde Juniper cayó sobre ellos. Son rojizos, el color del ponche. Al verlos siento también ganas de devolver. Aparto la vista, girando mi reloj una y otra vez alrededor de mi muñeca.

—Yo lo limpiaré —dice Olivia, indicando los vómitos.

—¿Estás segura? Puedo hacerlo yo —tercia Matt, aunque parece cien veces más asqueado por el espectáculo que ella.

—Deja, no te preocupes. En las últimas semanas los vómitos de Juni y yo nos hemos hecho amigos. —Olivia señala hacia el pasillo—. ¿Puedes limpiar la cocina, o recoger...?

De pronto suena el teléfono de alguien. Todos nos tocamos los

bolsillos, pero veo un móvil asomando debajo de las ropas de la cama que deduzco que es de Juniper. Me acerco a la cama, sorteando los vómitos, y tomo el móvil. Miro la pantalla extrañado.

—No tiene guardado este número —observo—. ¿Contesto?

—Puede ser importante. Dámelo —dice Olivia. Yo se lo entrego y ella pulsa el botón de aceptar—. ¿Hola?

Al otro lado del hilo telefónico suena una voz masculina, audible a varios pasos de distancia. Al cabo de unos segundos, Olivia cambia de expresión y emite un ruidito de asombro.

Un momento después, la voz de su interlocutor se detiene.

—No soy..., no soy Juniper —murmura Olivia con voz ronca—. Soy Olivia Scott. ¿Es usted...?

Silencio. Matt y yo nos miramos perplejos.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—No lo sé —responde él.

—¿Quién es? —inquiero a Olivia alzando la voz.

Los demás nos estremecemos, salvo Valentine, que sigue mirando los vómitos con expresión de angustia.

—¿Valentine? —digo, pero no se mueve.

La voz al otro lado del hilo telefónico cobra de nuevo vida.

—¿Es usted el señor García? —pregunta Olivia bajito.

El aire en la habitación se hace más denso e irrespirable.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo al comprender a lo que estamos asistiendo. Los semblantes de Kat y de Matt asumen un gesto tan inexpresivo como el de Valentine.

Al otro lado del hilo telefónico suena de nuevo una voz, pero

Olivia palidece y agita la cabeza.

—No puedo... debo irme —dice.

Cuando Olivia aparta el teléfono de su oreja, capto una palabra:

—*Espere...*

Ella deja caer el teléfono sobre la cama, retrocediendo como si éste fuera a escupir veneno. No doy crédito a lo que acaba de suceder. No podía creer que el rumor fuera cierto, y menos que yo conociera a la implicada. ¿Cómo es posible que sea Juniper Kipling? Claire no cesaba de repetir lo perfecta que era, que se había trazado un plan para los próximos diez años hasta el último detalle, lo sensata y equilibrada que se mostraba...

—Bueno, ahora todo está claro —dice Valentine, como si acabáramos de escuchar el boletín meteorológico en lugar de descubrir el escándalo del siglo en Paloma entre un profesor y una estudiante del instituto.

—Un momento. ¿Tú ya lo sabías? —pregunta Matt, señalando a Valentine—. ¡Lo sabías! ¡Joder!

Valentine le dirige la mirada más fulminante de todos los tiempos.

—Claro que lo sabía. ¿Por qué crees que estoy aquí?

—Joder, no puedo creer que sea ella —dice Kat Scott.

—¿Te sorprende? —pregunta Valentine.

—Hombre, pues claro —responde Kat—. ¿Una chica megapopular, *valedictorian*,⁶ el regalo de Dios a la Humanidad o algo así? Follarse a un profesor no encaja en el esquema.

Valentine se aclara la garganta y dice:

—En primer lugar, Juniper es una *salutatorian*. Yo soy un

valedictorian.

Joder con Valentine. Casi suelto una carcajada.

—Da lo mismo. Eso no es lo importante. —Kat se pasa la mano por su deshilachada coleta—. Tenemos que denunciarlos, ¿no?

Yo asiento, mirando a mi alrededor. Olivia asiente con vehemencia; da la impresión de que si abre la boca se pondrá a vomitar. Los otros también asienten, excepto Valentine. La duda tira de sus delgados labios hacia abajo.

—¿Estáis seguros de que debemos hacerlo? —pregunta.

—Al menos, tenemos que denunciar a García —responde Kat—. Es un violador que ha abusado de una menor.

Todos evitamos mirarnos a los ojos al oír la palabra «violador». Suena como una serie de policías, algo relacionado con la escena de un crimen, nada que ver con cinco chicos tratando de limpiarlo todo después de una fiesta. Introduce a la fuerza la imagen de Juniper y García en mi mente y pestañeo para borrarla.

Al cabo de un segundo, Valentine saca su teléfono móvil del bolsillo.

—¿Cuántos años tiene Juniper?

—Creo que diecisiete —responde Kat. Olivia asiente.

Después de teclear algo durante un minuto, Valentine guarda de nuevo su móvil en el bolsillo.

—Entonces no es violación de una menor. La edad de consentimiento en Kansas es dieciséis años.

—Eso no significa que esté bien —tercia Olivia con tono áspero—. Que hayan elegido una edad de consentimiento en una ley no significa que él no la esté presionando.

—¿Te dijo él que habían tenido sexo? —pregunta Valentine—. ¿Te lo dijo ella? ¿Alguien te ha hablado de la relación sexual que mantenían?

—Bueno, no, pero...

Valentine se cruza de brazos.

—Entonces, al menos debemos hablar con ella.

—Oye, tío —dice Matt—, ¿por qué te resistes a hacer lo que debemos hacer?

—¿Y por qué tienes tantas ganas de denunciar a Juniper? —le espeta Valentine—. Mira, si contamos esto a alguien se joderá tanto la vida de ella como la de él. No sabemos nada, por más que os empeñéis, y supongo que hace tiempo que esto ocurre. Así que, ¿qué importancia tienen unos días más o menos? Es mejor que *aclaremos* con uno de ellos lo que pasa.

La perorata de Valentine genera un tenso silencio. Se sonroja, un sonrojo que se extiende por su rostro hasta el nacimiento del pelo.

—Sí —digo—. Tienes razón. Debemos esperar.

Valentine me mira y capto una fracción de segundo de gratitud en sus ojos.

—Yo..., de acuerdo —dice Olivia, resignada—. Pero esto me preocupa mucho.

—Bueno —dice Valentine—, lo mejor que podemos hacer es no destrozar la vida de Juni mientras yace en la cama de un hospital con un tubo metido en la nariz.

Siempre la viva imagen del tacto, Valentine. Alzo las manos en un intento de intervenir para calmar los ánimos.

—Todo se arreglará, Olivia —digo con el tono más conciliador que soy capaz de asumir—. Ya pensaremos en la forma de resolverlo en algún momento que no sea la una de la mañana, ¿vale? Cuando Juniper salga del hospital y haya descansado un poco, podrás hablar con ella y a partir de ahí ya veremos lo que hacemos. ¿Te parece bien?

Ella esboza una media sonrisa.

—Gracias, Lucas.

—Genial. Y ahora vamos a limpiarlo todo. —Miro a los otros y me froto las manos, ofreciéndoles mi sonrisa más animosa—. ¿Por dónde empezamos?

Pero en el fondo creo que esto es muy serio. Me veo participando en el programa de *El confesor*, ocultando un secreto que vale 50.000 dólares. Los cinco somos prisioneros de él, atrapados en un círculo imperfecto pero indestructible.

6. *Valedictorian*: título académico otorgado al graduado con mejor nota de su clase en Estados Unidos, Filipinas y Canadá.

Salutatorian: título académico otorgado al segundo graduado con mejor nota de su clase. (*N. de la T.*)



Ésta no es mi cama.

Estas sábanas blancas y limpias parecen, bajo la luz, estar cubiertas de polvo. (¿Es polvo? ¿Es azúcar? ¿Es pata de gallo triturada? Joder, mi cabeza, *mi cabeza...*) Esta luz solar, jaspeada y rota. Cada fragmento...

pum pum

en la parte posterior de mi cabeza.

Mis dedos palpan el gotero que tengo insertado en mi cuerpo: si lo arrancaran, ¿daría mi cuerpo una sacudida, sufriría convulsiones moriría?

Soy frágil. Soy frágil. Soy imperfecta, *sí*, y por una vez, Dios, por una vez, el mundo me trata como tal.

localizo el reloj,

recuerdo que la posición de las manecillas indica *las 4 de la tarde*.

Lo recuerdo todo y nada en absoluto.

Pero David...

Me sobresalto. Una mala noche. Anoche.

Mis ojos unen las piezas de lo que me rodea: goma y un suelo embaldosado y unas persianas finas y quebradizas...

Hospital. Alcohol. Pillada.

Ya puedo despedirme de mi pasado futuro. (Se acabó.) Estoy llorando, como si pudiera permitirme el extracto salino.

Mi madre vela junto a mi cama.

El periódico yace en su regazo como un pájaro muerto.

Está tan desconcertada que me da pena.

«*Cielo...*»

Quiero gritar: deja de tratarme con guantes de seda. Deja de tratarme con guantes de seda y regáñame. *Adelante...*

Pero sólo se atreve a decirme: «*Espero que esto no vuelva a suceder*».

«¡No me jodas!», contesto.

La gente dice que tengo los ojos de mi madre, pero espero no tener ese aspecto tan cobarde, que se arruga a la primera señal de peligro, a la primera señal de fuego.

¿Dónde está el implacable profesionalismo en que se enfunda cada mañana para ir a trabajar?

Debería estar hecha una furia. No te atrevas, debería decir, no te atrevas a hablarme en este tono.

Tú sabes...

(Lo sé de sobra.)

«*Juniper* —dice—, *dime cómo te sientes.*»

«*Eres increíble*», murmuro.

«*Cielo...*, *¿por qué?*»

La ira que bulle en mi cabeza estalla. «*¿No estás enfadada conmigo? Lo he jodido todo... ¿Por qué no estás enfadada conmigo? ¿No vas a preguntarme cómo he llegado aquí? ¿Por qué no me impides comportarme de esta forma?*».

No me doy cuenta de que estoy gritando hasta que el gozne de la puerta protesta y me tumbo de nuevo en la cama.

La almohada bloquea mi visión periférica.

(¿Cuándo me incorporé en la cama?)

La obligan a marcharse; parece sentirse perdida.

Tres horas más tarde estoy de regreso en casa. Los ojos de mi madre oscilan de un lado a otro como un péndulo, incapaces de fijarse en mí. Parece como si tuviera la boca cosida.

Mi padre regresará esta tarde. Si se atreve siquiera a levantar la

voz, significará que se ha producido una revolución radical, arrebatándome el poder.

Mi madre me arropa en la cama,
que me acoge con sus cálidos brazos.

En cuanto mi madre desaparece, saco mi teléfono móvil y veo doce llamadas perdidas, una docena exacta, recibidas anoche.

Capto unos retazos de lo ocurrido pasada la medianoche de ayer. El vago recuerdo de la pantalla oprimida contra mi mejilla, caliente como un beso, y el murmullo estático de su suspiro. (Imagino sus estrechos omóplatos encogiéndose como un origami.)

Abro mi buzón de voz y le oigo decir:

«Juniper, ¿estás bien? Por favor, llámame. Llámame en cuanto recibas este mensaje. Si no sé nada de ti dentro de tres minutos, pediré una ambulancia. Envíame un mensaje de texto, llámame, lo que sea. Por favor».

(una breve pausa.)

«June, te necesito. Necesito que estés bien.»

(clic.) Lo escucho una y otra y otra vez.

Tengo que hacer un esfuerzo titánico de voluntad para dejar el móvil.

«Te necesito», dijo. Esto me llena de felicidad.

David.

Ansío volver a tu casa...

(aún tengo la llave, que me abraza, dentro de la funda de mi almohada) siquiera una última vez,

a tu cuarto de estar, donde me quité la chaqueta y la dejé caer

en el sofá, o a la cocina, donde bebimos café y murmuramos palabras perfumadas con lavanda a las cuatro menos cuarto de la madrugada, o al baño, donde te lavaste los dientes con ojos somnolientos la mañana después de que me atreviera a pasar la noche contigo, o al dormitorio, donde me abrazaste, tan sólo me abrazaste, donde traté de tocarte mil veces pero dijiste, «*No, June, no podemos*», *no podemos*, o a la azotea, donde nos helamos juntos y mis dedos besaron tu muñeca, nuestras palabras se besaron, suspendidas suavemente en el aire, mezclándose como nuestro aliento en el cielo negro.

David.

Acaricio tu nombre como si estuviera herido.

Es angustioso el influjo que tengo sobre ti, el influjo que tú tienes sobre mí, el poder que tenemos uno sobre el otro.

Dios mío, me pregunto qué se siente al mantener una relación sana.

Nos necesitamos demasiado.

O puede que el amor nunca sea sano y debemos proteger nuestros corazones en hospitales para prevenir futuros daños.



El domingo, al atardecer, oigo a mi hermana bajar la escalera para poner la mesa. Siempre reconozco las pisadas de Grace. Baja los escalones cojeando, con paciencia. Un accidente de coche le destrozó el pie de muy joven, de modo que quiere ser enfermera. No es nada egoísta. Tiene el don de convertir lo negativo en positivo.

Estoy sentada a mi mesa, frente a la ventana, admirando el atardecer durante un segundo. Ha sido un fin de semana extraño, tranquilo, sin Olivia ni Juniper. La soledad no me gusta —me duele—, pero me siento bien tras haber expuesto por una vez mis inseguridades.

Cierro el rotulador, lo coloco junto a mi cartel y me aparto de la mesa deslizándome hacia atrás en la silla con ruedas para admirar mi obra de arte. No soy la persona más artística del mundo, pero he realizado tantos pósteres para los clubes que estoy acostumbrada a diseñarlos. UN HOMBRE SIN UN VOTO ES UN HOMBRE SIN PROTECCIÓN, dice éste.
LYNDON B. JOHNSON.

El jueves harán el recuento de votos y el viernes se sabrán los resultados. Mi madre me preguntó hace un rato por qué no me había presentado. *A fin de cuentas, Claire, si quieres que las cosas se hagan*

como es debido...

No podría explicárselo. Las elecciones no son como un deporte, que practicas hasta mejorar. Algunas personas poseen un encanto especial y, no nos engañemos, nadie gana unas elecciones en el instituto si carece de él. ¿La posibilidad de que yo gane un concurso de popularidad? Risible.

Cuando iba a secundaria era un desastre. Tenía buena parte de mi cara cubierta de granos. En sexto me colocaron un corrector en los dientes y no me lo quitaron hasta que empecé segundo año en el instituto. La ropa no se ajustaba bien a mi cuerpo, como si la hubieran diseñado sobre un maniquí que no era de mi talla.

Las cosas han mejorado, pero no estoy hecha para presidenta de la clase. Los políticos deben tener prestancia, no como yo, que soy bajita, gasto una talla 42 y no soy nada diplomática.

—La cena está lista —dice Grace desde abajo.

—¡Ya voy! —grito, pero en ese momento suena mi móvil. Lo miro: el número de mensajes de texto enviados por Olivia ha aumentado desde esta mañana. Y ahora tengo cuatro llamadas perdidas.

Hoy estuve a punto de llamarla a ella y a Juni, pero al final me faltó valor. No dejaba de pensar en la expresión de sus rostros, la exasperación. Me duele recordarlo. Así soy yo: siempre esperando que suceda algo que aumente mi frustración. Supongo que se arrepienten de haberme contado lo de Lucas.

No obstante, son muchos mensajes y llamadas.

«De acuerdo», me digo, y desbloqueo mi móvil. Los textos de Olivia aparecen en una larga línea.

12:38 am: Hola, Claire. Juniper está en el hospital. Yo estoy en su

casa, limpiándolo todo con algunos compañeros. Sus padres están allí con ella.

Siento un pellizco en el pecho. Me enderezo en la silla y sigo mirando mis mensajes y llamadas. Dios, las dejo solas una noche, y ocurre esta catástrofe.

2:24 am: Sus padres me han mensajado diciendo que J se pondrá bien.

2:32 am: Me voy a casa.

11:08 am: ¿Claire? Me gustaría tener noticias tuyas.

1:54 pm: Le han dado el alta. Su madre me envió un mensaje diciendo que J está agotada e irritable, pero que está bien y va a dormir la mona. Quizá no vaya a clase mañana, pero no están seguros. Esta noche iré a visitarla después de cenar, por si quieres venir conmigo.

No sé qué hacer. Mi primer impulso es coger el coche e ir a casa de Juni. Lo menos que puedo hacer es llamarla.

Pero una pequeña y oculta parte de mí murmura: *No te molestes*. A juzgar por esta saga de textos, está claro que se ha recuperado. Ésta no es más que otra historia que contar, otra mala noche.

Leí y releí los mensajes de Olivia. Al final, dejé mi móvil en la mesita, sin responder a ellos.

HOLA,
mi nombre es

Olivia Scott

Cuando asomo la cabeza por la puerta de la habitación de Juniper la veo incorporada en la cama, apoyada contra una montaña de almohadas, leyendo una manoseada copia de *Harry Potter y el prisionero de Azkaban*.

—Hola —dice Juni, insertando un punto de libro entre las páginas del ejemplar. Tiene un aspecto normal. No sé que esperaba yo, ¿que tuviera un aspecto desastroso ahora que sé lo de su relación con el señor García? Pero no. Las personas no cambian porque averigües más cosas sobre ellas. Incluso las que crees que conoces, al final resulta que están repletas de materia extraña.

—Veo que sigues en cama. ¿Te encuentras bien?

—Muy bien, pero mi madre no quiere que salga de mi habitación. —Se aparta el pelo de los ojos—. Se comporta como si me estuviera muriendo de tuberculosis o algo así.

—¡Ay de mí! —Finjo desmayarme sobre la cama—. ¡Si la tuberculosis te arrebatara de mi lado, pereceré de pena!

—Ya, no perezcas ni hagas cosas raras.

—Tu preocupación por mi salud me abruma. —Me reclino en la

silla, dispuesta a ir a por todas. No hay más remedio—. Bueno, ¿a qué vino lo de anoche?

—¿A qué te refieres?

—Lo de... ¿por qué te encerraste?

—Por nada. Estaba borracha y soy una gilipollas, supongo — responde sin inmutarse. No me había percatado de lo bien que miente.

Evito sus ojos; mis pensamientos están atestados de ridículas teorías que se me ocurrieron anoche, cuando estaba desvelada y aturdida. (¿Y si esto dura desde el primer año de instituto? ¿Y si Juni tiene otro teléfono móvil oculto en la cisterna de agua en el lavabo, como en *Breaking Bad*? ¿Y si Juni tiene en realidad cincuenta años y no lo sabíamos?)

Recuerdo el día de la asamblea, sentada a mi lado, con los ojos como platos. Entonces supuse que era debido a la sorpresa, pero ahora creo que era temor.

—¿Pasa algo? —pregunta.

El corazón me da un vuelco, como un pescado agonizante. Me devano los sesos en busca de palabras. ¿Cómo puedo formular una pregunta que podría arruinarle la vida?

—Sí. ¿Puedo hablarte de una cosa? —pregunto, tratando de controlar el temblor nervioso de mi voz.

—Claro que sí. ¿De qué quieres hablarme? ¿Estás bien?

—No, sí, estoy bien. —Trago saliva—. Mira, anoche nos pusimos a limpiarlo todo después de la fiesta. Los cinco. Mi hermana, Lucas, Valentine Simmmons, Matt Jackson y yo. Estábamos..., encontramos tu teléfono móvil. Cuando sonó.

Al mirarla a los ojos, puedo precisar el segundo en que se da cuenta de lo que estoy diciendo. Su rostro asume una expresión ausente. El corazón se me encoge como una esponja, se para y me deja exangüe.

—Ya —dice ella—. Mi móvil —pronuncia las palabras con tal serenidad que parece un mensaje grabado. *El número solicitado ya no existe.*

Juniper mira el libro que tiene en su regazo. Yo floto en el silencio hacia el techo; esta confesión tácita nos libera de la ley de la gravedad del mundo real. Esto lo cambia todo, nos cambia a nosotras. A partir de ahora ambas cargaremos con esto, juntas, hasta nuestra graduación e incluso después.

—Los cinco —musita—. Dios, esto es..., eso suena fatal. ¿Has dicho Valentine Simmons? ¿Y *Matt*? No, eso no está bien, ese tío es un capullo. ¿Qué voy a hacer...?

—Tranquila, en verdad no es un capullo —le aseguro, esforzándome en darle ánimos—. He comprobado que es como..., no sé..., ¿un crustáceo? Tiene un caparazón duro, pero por dentro es blando.

Juniper me mira desde su legión de almohadas. Un temblor de incredulidad en sus labios la delata.

—¿Un crustáceo? ¿Estoy muerta de miedo y sólo se te ocurre decirme eso?

La tensión se rompe.

—Oye, esa comparación es bastante buena dada mi extrema incultura.

Juniper se recoge un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Vale. Así que... ¿Cómo lo averiguasteis?

—Tu móvil empezó a sonar, yo lo cogí y dije una palabra, y él estalló. Dijo: *Gracias a Dios, estaba muy preocupado*, y siguió con el mismo tema. —Me muerdo el labio—. Los otros estaban en la habitación. Debí salir cuando reconocí su voz. Lo siento.

—No lo sientas. Es normal que no supieras cómo reaccionar. — Está pálida como la cera—. ¿Se lo ha contado alguien a los del instituto?

—La mayoría queríamos hacerlo, pero Valentine nos convenció para que no dijéramos nada.

El alivio que se dibuja en su rostro es tan intenso, tan absoluto, que siento que me he quitado un peso de encima.

—¡Menos mal! —exclama—. Pensaba que alguno lo habría contado.

—Valentine nos hizo prometer que primero hablaríamos contigo.

—Estate segura de que le daré las gracias —dice—. No debéis complicarle la vida a David.

—David —repito; el nombre me suena extraño en mi boca—. ¿*David*? Perdona, Juni, pero todo esto es demasiado raro.

Juniper ríe divertida. La gravedad que flota en el ambiente se suaviza un poco, pero adquiere de nuevo toda su intensidad cuando su risa se desvanece.

—¿Cómo pasó? —pregunto—. Ni siquiera estás en su clase.

—¿Recuerdas cuando estuve trabajando en Java Jamboree durante el verano?

—Claro. Fueron unas semanas alucinantes de *lattes* gratis.

—Él empezó a venir en junio durante una semana entera.

Trataba de envalentonarse para hablarme, según me dijo. —Juni me mira como si tratara de reprimir una sonrisa. Hace que sus ojos adquieran un brillo especial—. Acababa de mudarse aquí, y al quinto día pidió un café muy complicado y luego se acercó a donde estaba yo. «¿Algún problema con el café?», le pregunté, y él respondió: «No, sólo quería decirle que me alegro de haber descubierto la mejor cafetería de la ciudad, y a la camarera más guapa».

—¿Ése era su rollo para ligar contigo?

—Sí —contesta Juniper secamente—. Lo dijo balbuceando. Para ser un experto en teatro, los monólogos se le dan fatal. —Juni suspira—. De todas maneras, como ha empezado este año, yo no sabía que era profesor. Quiero decir que sabíamos que había una diferencia de edad, pero yo intentaba no pensar en ello, y evitaba el tema cada vez que él lo sacaba. La primera vez que me dijo dónde trabajaba, no pude asimilarlo. Me encerré en mi coche. No podía... —Su voz se quiebra.

Se frota los antebrazos. Tiene un trocito de tiritita pegado todavía cerca del codo, junto a la señal del lugar donde le insertaron el gotero. Yo espero, no quiero presionarla.

—Así que... —dice—. Cuando empezó el curso, me pasé al programa avanzado para no seguir en su clase de estudiantes de honor. En el instituto no nos veíamos. Puede que dos o tres veces, así que ha sido mala suerte que alguien lo descubriera. Y, cuando él se enteró de que en la asamblea iban a tratar el tema, rompió conmigo. —Su voz vuelve a quebrarse—. Ahora mismo estamos... No sé en qué punto estamos.

Juniper se sumerge bajo las ropas de la cama. Yo no me muevo. No habría podido aunque quisiera.

—No lo sé. —Fija la vista en el espejo sobre su escritorio. Parece un espectro, pálida y consumida—. Tengo la sensación de que llevo haciendo esto desde siempre, no cinco meses. No me refiero a ocultarlo, sino a necesitarlo a él. Estar enamorada de él es como estar... como una música que suena al fondo. Todo el tiempo. A veces es guay y otras veces me desespera. —Arruga el ceño, como tratando de comprender sus propias palabras—. Es un hombre brillante. Algunas personas... Es increíble lo que saben, lo inteligentes que son. Él es así, me di cuenta la primera vez que hablamos. —Se suelta su coleta llena de enredos, dejando que el pelo le caiga en una delgada línea rubia sobre un hombro—. Es fuerte, porque nunca creí en eso de... Pero a veces lo sabes, supongo. —Sus ojos grises relucen a la luz de la lámpara. Por primera vez observo en ellos todo el peso de su agotamiento. Al mirarla siento ganas de llorar.

Sus ojos me miran con gesto de súplica.

—No puedes contárselo a los del instituto, Olivia. Nadie tendrá en cuenta que nos conocimos como dos personas normales tomándose un café; nadie tendrá en cuenta cómo terminó. Nadie tendrá en cuenta que ni siquiera hemos... —Se aclara la garganta—. Ya sabes..., no hemos tenido sexo. Lo único que oirán es «el lío entre una estudiante y un profesor», y la vida de él se convertirá en una mierda para siempre.

Me muerdo el labio. Hemos llegado a la pregunta que no quiero hacer, pero que es imprescindible que haga.

—Perdona, pero ¿tú y él *no* habéis tenido sexo? ¿De ninguna clase?

Juni se sonríe hasta las orejas.

—Bueno, es legal, ya sabes, pero a él no le parecía bien, así que

no lo hicimos. Tocamientos y poco más.

Siento un profundo alivio. Eso hace que me parezcan más aceptables los motivos de García. Si él la estuviera utilizando no cumpliría la promesa que le hice a Valentine, sino que lo denunciaría sin pensármelo dos veces. Y, si Juni me odiara por ello, mala suerte. Me arriesgaría a que me odiara para protegerla.

—¿Lo sabe alguien más? —pregunto.

—Nadie, ni mis padres. —Juniper aprieta sus delgados labios—. No sé, quizá no hayan notado nada diferente. Están siempre tan liados y son tan distraídos..., pero no sé. Cuando hago algo mal no me lo tienen en cuenta. No hay consecuencias. Y es genial en teoría, pero es como si no me vieran y es bastante horrible. —Juni suspira—. Tengo que decírselo, sé que debo hacerlo. Ellos no se han dado cuenta, y sería mucho más fácil no decir nada. Pero, cuando abran los ojos, entonces ¿qué?

Me siento perdida en el torrente de palabras que ha pronunciado. ¿Cómo ha podido guardarse para sí todo esto?

No sé qué hacer. Me inclino hacia delante y la abrazo con torpeza. Sus brazos me rodean la espalda, apretándome tan fuerte que me asfixia. Al cabo de un minuto, me separo de ella. En las comisuras de sus párpados observo unas lágrimas, pero ella pestañea para reprimirlas.

—Lo peor fue cuando cortó conmigo —dice—. Él era la única persona con la que podía hablar del tema. Las dos últimas semanas me he sentido sola, como... no sé, un náufrago.

—Bueno, ahora me tienes a mí, para lo que necesites —respondo—. No te soltaré el rollo mientras nos tomamos un café, pero puedes contarme todo lo que quieras.

Su sonrisa se desvanece con la misma rapidez con que apareció.

—No sé qué hacer con Claire.

Yo arrugo el ceño.

—Le he enviado varios mensajes. Un montón. ¿No se ha puesto en contacto contigo?

—No.

—Joder...

—Ya —dice Juni—. Pensé que esto podía...

—¿Hacerla cambiar? Yo también —murmuro, mirando mi teléfono móvil. Claire no ha contestado a mis mensajes de texto, ni me ha llamado—. Odio decirlo, pero yo que tú no le contaría nada. Cualquiera sabe cómo reaccionará en estos momentos.

—Ya —responde Juniper—. Pero es una pena, porque creo que le gustaría saberlo.

—Oye, mira —digo, dando una palmada a un bulto debajo de la ropa de cama que imagino que es su rodilla—, lo saben siete personas, y es mejor que no lo sepa nadie más. Ella lo comprendería.

Juni estrecha *El prisionero de Azkaban* contra su pecho y calla.

Yo consulto mi reloj.

—Tengo que hacer un par de recados y luego me voy a casa. — Ella asiente con la cabeza y me levanto de la cama, inclinándome para darle un último y torpe abrazo.

Mientras nos abrazamos, dice:

—Tengo miedo.

El hecho de oírla confesarlo me aterroriza.

—Haré lo que pueda para que esto no se descubra —le aseguro

—. Te lo prometo, Juni.

—Gracias. Por estar ahí. —Sus palabras suenan tensas en mis oídos—. Significa mucho para mí.

—Por supuesto. —Retrocedo hacia la puerta haciendo una reverencia con un sombrero imaginario—. Duerme bien, hermosa doncella. No te mueras de tuberculosis.

Ella sonrío mientras cierro la puerta.



—Me siento decepcionada, Valentine.

No es la primera vez que me sermonean, pero nunca había sonado a nada tan suave y horrible como esa frase. Si los sermones son declaraciones de guerra, «me siento decepcionada» es como un ataque de la guerrilla, sobre todo cuando te la sueltan de regreso a casa en coche desde la tienda de comestibles. Mi madre esperó estratégicamente iniciar esta conversación cuando yo no podía huir más que tirándome del vehículo en marcha. Muy hábil.

—No volverá a pasar —respondo cuando nos detenemos en la entrada. Supongo que debería alegrarme de que mi madre postergara esta conversación hasta este momento; yo no podía escapar de ella para siempre.

—Valentine —me suplica mi madre cuando me bajo apresuradamente del coche. Me sigue cargada con las bolsas de la compra—. ¿De qué conoces a esa chica? ¿Sois amigos? Espero que no bebieras... Porque tu padre y yo siempre hemos sido muy tajantes con el tema del alcohol. Sólo en casa, con personas de confianza, y nunca si has de coger el coche.

Abro la puerta de entrada sin volverme.

—Esa chica no es amiga mía. Yo estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado, así que no tienes que ponerte tan...

—*Valentine.*

Cierro la boca cuando entramos en casa.

—¿Quiénes son esos chicos con los que sales? ¿Es preciso que hablemos de...?

—¡Por el amor de Dios! —protesto. ¿Cómo es posible que no comprenda que un incidente no es representativo de toda la vida de una persona?—. No, no estuve bebiendo, de modo que haz el favor de calmarte.

Los labios de mi madre tiemblan. Deposita las bolsas de la compra y cierra la puerta de entrada con un sonoro portazo. Yo me encojo, sorprendido de que el marco de madera de la ventana no se haga añicos.

—Estoy tratando —dice mi madre con voz trémula— de comprender lo que ha sucedido. ¿No lo entiendes? ¿No ves que me estoy esforzando? —Extiende las manos como si me ofreciera una bandeja con todos sus intentos fallidos—. ¿Tienes idea del susto que nos llevamos anoche tu padre y yo? Después de no tener la menor idea de lo que haces en tu tiempo libre, cuando por fin averiguamos algo sobre tu vida privada nos encontramos con *eso...* Tu teléfono está muerto, no nos envías un mensaje de texto en toda la noche y te presentas a la una de la mañana, pálido como un fantasma, hablando sobre una chica que han llevado al hospital en un coma etílico. ¿Cómo crees que nos sentimos?

No sé qué decir. Mi madre nunca me ha mostrado ese atisbo de inseguridad sobre su cometido como madre. Siempre supuse que estaba convencida de que lo hacía maravillosamente.

—No sé qué hacer —dice con un valeroso y obvio intento de

controlar su voz—. Si no quieres visitar de nuevo al doctor Hawthorne, allá tú, pero...

—No —me apresuro a responder. No pienso volver a poner el pie en la consulta de ese perturbado. Jamás me sentí tan desnudo y humillado como después de mi primera y única consulta con él.

—Entonces, ¿qué? —pregunta mi madre—. ¿Qué plan tienes? ¿Quieres hacer el favor de hablarme?

Ojalá pudiera hacerlo. Apenas puedo articular palabra.

—Juniper ha regresado a su casa. Está bien. Todo va bien.

Echo a andar por el pasillo, dejando a mi madre en silencio a mi espalda. Mi padre asoma la cabeza por la puerta de su despacho, sus tupidas cejas disparadas hacia el cielo.

Cierro la puerta de mi dormitorio y me apoyo contra ella, sintiendo que me ahogo. Paseo la vista sobre mis estantes alfabetizados, sobre la zona catastrófica de mi mesa, sobre el libro que está abierto junto a mi ordenador portátil, un grueso libro de consulta sobre el sistema límbico. Todo tiene un aspecto muy pequeño, y las paredes están demasiado juntas, aplastándome con una repentina sensación de claustrofobia.

Mi dormitorio tiene una puerta que da a un porche lateral. Desde él podría salir a la carretera y caminar hasta perderme en un laberinto de calles. Caminar hasta los confines del mundo.

Oigo el zumbido de mi móvil en el bolsillo. Lo miro mientras un texto aparece en la pantalla. ¡Hola!

Es de Lucas, quien esta semana almorzó conmigo y me atosigó hasta que el viernes nos intercambiamos los números telefónicos. Me concedo un segundo antes de responder: **Hola.**

¿Cómo te sientes esta maravillosa tarde?

No muy bien.

¡Lo siento! ¿Es por lo que sucedió anoche? ¿¿O te pasa algo??

Observo los signos gratuitos de interrogación y oigo su voz rápida y entusiasta en mis oídos. Sí, tecleo, y lo envío. Tras unos minutos sin recibir respuesta, pienso que quizás he sido un poco opaco y le envío un segundo texto. Mi madre se ha tomado muy mal lo que pasó anoche.

Oh, no, responde. Bueno, espero que no te arranque las vísceras...

No, ése no es el problema. Lo que me preocupa es que quizá llevo años interpretando mal la opinión que mis padres tienen de mí. Pero no puedo enviar un mensaje de texto diciendo eso.

Arrojo mi móvil sobre el escritorio y me siento en él.

A veces me pregunto por qué me resulta tan difícil hablar con ellos. No es por las mismas razones por las que evito entablar conversación con la gente en el instituto. No tengo paciencia para aguantar a los chicos del Paloma High, lisa y llanamente; pero mis padres parecen estar atrapados detrás de un grueso muro de cristal. Tengo la sensación de que sería inútil tratar de establecer contacto con ellos. En cierto sentido, con mi hermana me ocurre lo mismo, aunque apenas viene a visitarnos, por lo que tengo escasas oportunidades de charlar con ella. Diana está en último año en Darmouth, es una chica bulliciosa y con poco tacto, pero apreciada por sus compañeros. No creo haber mantenido nunca una conversación con ella en la que al final no rompiera a reír y me dijera: «¡Eres un pequeño friki!», revolviéndome el pelo.

Por supuesto que soy un friki. Sobre todo comparado con mi familia tan normal, normal.

Mi móvil suena de nuevo. Mira por la ventana, dice el texto.

El corazón me da un extraño vuelco. Descorro un poco las cortinas de algodón. En la calle hay una camioneta aparcada; del asiento del conductor emana un resplandor.

Estás loco, tecleo. ¿Cómo has averiguado mi dirección?

¡¡¡Pasé por tu casa de camino a la mía y vi tu coche!!! Espero que no te moleste. ¿¿Quieres que hagamos algo?? :D

¿Hay alguien contigo?

¡Tranquilo, joven recluso, estoy solo!

Me vuelvo y miro mi puerta. De acuerdo, tecleo. Ahora bajo.

Salgo de mi habitación, salto del porche al jardín y lo atravieso. Me vuelvo para mirar mi casa. Mis padres están de pie en el comedor, iluminado por la cálida luz de la araña. Están muy juntos, conversando con los brazos cruzados y los ojos clavados en el suelo, como en un velatorio. Mi padre se pasa la mano por la calva. Mi madre menea la cabeza, agitando sus rizos canosos.

Me detengo. No merecen preocuparse por mí.

Pero hasta la fecha huir me ha resultado muy útil. De modo que me monto en el coche de Lucas y nos vamos.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

—No lo sé —responde Lucas—. A veces, cuando vivía en Nueva York, mis amigos y yo nos subíamos al primer tren que pasara. Nos bajábamos en las paradas que tuvieran los nombres más divertidos y vagábamos de un lado a otro hasta que encontrábamos las tiendas más auténticas y los restaurantes más raros. Hablábamos con extraños.

—Eso suena muy loco y peligroso.

—No, era guay. Siempre éramos seis y, bueno, te juro que merecía la pena. Recuerdo esos días mejor que todo lo demás. —Su voz rebosa de nostalgia.

Al mirar por la ventanilla, imagino los rascacielos de Nueva York. Paloma debe de parecerle tedioso en comparación con la gran ciudad. Es curioso, pero esa idea hace que me sienta acomplexado, como si fuera responsable de la falta de lustre de la ciudad.

—Por cierto, tío, lo siento —dice Lucas—. Por raptarte. Hoy estoy lleno de energía.

—No me extraña.

Durante un momento compartimos el silencio; el lío amoroso de Juniper está muy presente entre nosotros.

—¿Crees que no debemos decir nada? —pregunta.

—Quiero saber más. Pienso que no tenemos suficiente información y que debemos esperar.

Él no responde. De pronto se me ocurre una idea. Dudo un segundo si exponérsela.

—Sigue por esta carretera —digo.

—¿Tienes algún plan?

Asiento con la cabeza.

Pasamos frente al centro comercial, donde los tenderos bajan las persianas de sus escaparates. Al atardecer, la ciudad se apaga poco a poco. Las pocas luces que siguen encendidas relucen como velas a punto de consumirse. Lo único que permanece vivo es el McDonald's, cuyas luces emiten un resplandor melancólico al otro lado de la calle.

Pasamos por la zona residencial donde vive Juniper, con sus

calles de nombres arbóreos y casas casi anónimas en su suntuosidad. Luego atravesamos otro barrio, cuya riqueza es pura fachada: estatuas posando sobre céspedes; mansiones tan grandiosas como carentes de gusto, pintadas de colores pastel, con columnas y coches BMW. Por último atravesamos un laberinto de calles con pequeños bungalós, dos por cada sendero de acceso, y Paloma atrás.

—No sé adónde vamos —me recuerda Lucas cuando enfilamos hacia el campo.

—Sigue adelante.

Después de circular durante varios minutos por una carretera cada vez más oscura y estrecha, extendiendo una mano.

—Allí —digo, señalando.

Lucas gira el volante con la palma de la mano hacia la izquierda y tomamos un camino de tierra. Su camioneta avanza a trompicones, emitiendo una sinfonía de chirridos y sonidos metálicos.

A nuestra derecha se yerguen unos árboles oscuros y gigantescos; un campo en barbecho se extiende hasta el infinito a nuestra izquierda. De improviso surge de la tierra un silo de grano, medio demolido, como el casco de un barco que se hunde. Atravesamos un estrecho puente y nos adentramos en el bosque mientras el último rayo de sol desaparece debajo del horizonte. Lucas hace avanzar la camioneta a través de una arboleda, mirando con gesto de asombro por la ventanilla.

—Madre mía —dice—. Nunca había estado aquí. Pensé que lo había visto todo en treinta kilómetros a la redonda.

—Reduce la marcha —digo.

Lucas pisa el freno con tal entusiasmo que ambos salimos proyectados hacia delante. Yo suspiro, sintiendo un curioso afecto por su desastrosa forma de conducir.

La camioneta sale de entre los árboles y nos encontramos en la cima de una empinada pendiente. Nos detenemos. A nuestros pies, la carretera discurre alrededor de un inmenso lago oculto.

Desde aquí observo que el agua del lago está más sucia de lo que recuerdo, sus bordes cubiertos de espuma. En la superficie flotan unas ramas, y sus orillas están llenas de esqueletos de hojas. Pero Lucas se comporta como si contemplara a Dios.

—¡Increíble! —exclama. Pone la camioneta en punto muerto, salta del vehículo y echa a correr por el camino de tierra. Yo lo sigo a paso normal.

—Vaya, *vaya* —dice.

Sus palabras se pierden en el viento que baja soplando por la cuesta tras él. Cuando el vendaval remite, cae el silencio. En verano, cuando visito este lugar, se oye el zumbido de los insectos y el canto de los grillos. Cuando está oscuro y silencioso como ahora, resulta solemne.

—¿Vienes mucho aquí? —me pregunta Lucas cuando llego al pie de la cuesta.

—Cuando necesito pensar —respondo, acercándome a él con las manos en los bolsillos. Me detengo a su lado.

Él me da un codazo.

—Gracias por esto. Ha sido un fin de semana duro.

—Ya —respondo.

Por una vez, Lucas parece conformarse con dejar que el silencio

se instale entre nosotros, en lugar de llenarlo con su cháchara. Yo contemplo el agua turbia del lago mientras los pensamientos se agolpan en mi cabeza. Es curiosa esta nueva capacidad de compartir esos pensamientos con otra persona. Estoy tan acostumbrado a meditar a solas que la posibilidad de compartir mis sentimientos con alguien se me antoja un lujo.

Las palabras brotan vacilantes de mis labios. Es la primera vez que he expresado algo como esto, que he mostrado a alguien otra faceta mía que no sea mi seguridad en mí mismo.

—Yo tengo la culpa —digo— de que ella acabara en el hospital.

Se produce un breve silencio. En esos tres segundos, cada pequeño temor social me asalta. ¿Y si él se muestra de acuerdo conmigo? ¿Y si se burla de mi sentimiento de culpa? ¿Y si le tiene sin cuidado?

Pero, cuando habla, lo hace con tono serio y sosegado.

—¿Por qué?

—Yo... Ella me dijo que tenía que ir al baño, cuando lo que quería era seguir bebiendo, pero yo la creí, como un gilipollas.

—Hombre, no. No es culpa tuya. Cualquiera habría hecho lo mismo.

—Yo no soy *cualquiera* —replico, ofendido—. Debí sospechar lo que hacía.

—Un momento, ¿habías bebido?

—No, claro que no. Sólo es que... no me doy cuenta cuando las personas mienten. Siempre ha sido un problema. —Las mejillas me arden—. Cuando era más joven tampoco comprendía el sarcasmo. Tardé mucho en pillarlo. ¿Crees que otra persona habría adivinado que ella mentía?

Lucas se encoge de hombros.

—No lo sé. Todos creemos a veces las mentiras que nos cuentan. Eso no significa que seas responsable de las decisiones que ella tomara. Ella no te culparía de eso, y yo menos.

Su seguridad resulta desproporcionadamente tranquilizadora.

—Sé que ver estallar este tipo de cosas a tu alrededor resulta duro —dice—. Quieres hacer algo, pero no puedes hacer nada. Pero eso no es cosa tuya, ¿comprendes? No tienes que preocuparte por el resto del mundo. Ya se preocupará el mundo de lo que le concierne.

—Desde luego.

Miro de nuevo el lago. Mi vista se ha aclarado gracias a la adrenalina, como si hubiera corrido un par de kilómetros en lugar de hacer algo tan prosaico como hablar de mis sentimientos. No entiendo cómo la gente puede hacer esto de forma sistemática, exponer sus vulnerabilidades todos los días. ¡Debe de ser agotador!

—¿Te gusta? —pregunto, señalando el agua.

Lucas brinca como un crío. Un crío de dos metros de alto con hombros de boxeador.

—¿Que si me gusta? —Se echa a reír—. ¿Cómo no va a gustarme? Pues claro. Voy a incluirlo en mi lista de lugares favoritos.

Pero no mira el lago. Me mira a mí, como si hubiera algo en mí que mereciera esta felicidad.

Aparto la vista y la fijo de nuevo en las aguas calmas, que se oscurecen con la noche que está a punto de caer, ocultando un millón de complejidades. Lucas empieza a hablarme sobre el estanque que hay detrás de la casa de sus tíos en Florida; de joven, solía capturar montones de renacuajos en ese estanque. Yo le hablo

sobre la rana sureña de Darwin, cuyos renacuajos maduran en la boca del padre hasta que los escupe cuando son adultos. Él dice que le parece repugnante. Yo me muestro de acuerdo.

Nuestra conversación asume un ritmo que empieza a resultarme familiar, pero son las pausas las que me llaman la atención. Los momentos en que él suspende su entusiasta parloteo para admirar el lago, o esperar a que me toque el turno de hablar.

Es extraordinario. Por primera vez en mi vida, no hay nada aquí que no me satisfaga, nada que me parezca digno de criticar. No hay nada que cambiaría de estos momentos, en la embarrada orilla de este lago, charlando con un amigo mientras el anochecer cae sobre nosotros.

HOLA,
mi nombre es

Olivia Scott

Cuando llego a casa ha oscurecido. Deposito las bolsas de la compra en la mesa, subo la escalera y llamo a la puerta de Kat. No me ha preguntado por Juniper, pero creo que debo informarla de que una de mis mejores amigas no ha muerto.

Después de que Kat me invite a pasar, murmurando como siempre entre dientes, entro en su cuarto.

—Hola —digo—. He ido a ver a Juni.

Ella detiene su videojuego y levanta la vista. En momentos como éste, veo un destello de la vieja Kat en sus ojos azules, un leve indicio de preocupación que la delata. Pero su voz, inexpresiva hasta el extremo de parecer robótica, oculta toda concepción de que el estado de mi amiga pueda importarle.

—Supongo que está bien.

—Sí.

—Se soltó la melena a tope —comenta Kat, reanudando su juego.

—No digas eso. Juni atraviesa por unos momentos difíciles. No *se suelta la melena*.

—Vale, como quieras. —Kat mira la puerta—. ¿Te ibas ya?

—Te das cuenta de que eso es muy maleducado, ¿verdad?

—Ésta es mi habitación.

Me doy cuenta de que las manos me tiemblan. He llegado al límite de mi paciencia.

—¿Por qué estás siempre de mal humor? —pregunto, articulando cada sílaba con precisión.

—Yo...

—Y no lo niegues. No digas que te limitas a meterte en tus cosas y que yo debería hacer lo mismo. Es natural que me preocupe por ti. ¿Por qué me tratas así? Eso también me preocupa, porque no es normal. Antes no eras así. Dime qué te pasa.

—Te trato como trato a todo el mundo —contesta con tono hosco.

—Exacto. Arremetes contra todo el mundo porque ya no sabes hacer otra cosa. —Me acerco a la cama—. Hay algo que está destruyendo tu vida, Kat. Tienes que resolverlo.

—Por Dios, déjame en paz, ¿quieres? Estoy mejor sola.

Antes de que yo pueda responder, continúa con su andanada:

—Tú también estarías mejor sola, pero no te das cuenta. Eso es lo malo. Ni siquiera sabes quiénes son tus amigas. Por ejemplo, Claire. En clase de ciencias informáticas se queda sentada, escuchando cómo los tíos hacen chistes guarros sobre ti. Sin rechistar. Y Juniper..., Juniper es otra historia.

—Basta —le espeto—. No cambies de tema. No se trata de mis amigas, sino de ti. Haz el favor de contestarme. ¿Por qué estás tan empeñada en apartarme de tu vida?

No hay respuesta.

Observo a mi hermana, su pronunciado mentón y sus enjutas mejillas. Mantiene la vista en la pantalla de su ordenador. La he perdido. Cada vez que se encierra en sí misma como ahora siento que se aleja un poco más de mí, como una palabra escrita en el dorso de tu mano que se va borrando cada vez que te la lavas. Pronto habrá desaparecido por completo.

El pánico me atenaza la garganta. De repente siento como si los dos últimos años fueran unas cadenas que llevo arrastrando desde entonces. Estoy cansada de cargar con ellas.

—Es por mamá, ¿verdad? —pregunto.

Kat cierra su ordenador portátil con furia.

—No quiero hablar de ella —contesta con tono grave y amenazador.

—Lo sé. Por eso no hablamos nunca de ella, porque tú no quieres. Y, por si te interesa, no me parece justo. ¿No se te ha ocurrido que yo quizá sí necesite hablar de ella? ¿Te parece normal que siendo mi hermana no te hayas dado cuenta?

Kat se levanta de la cama golpeando el suelo con los pies.

—Corta el rollo de la culpabilidad —dice—. Tú quieres hablar de ella y yo no. Tu argumento no es mejor que el mío.

—Yo creo que sí —replico—, porque tu negativa a hablar de mamá te ha llevado a no querer hablar de nada.

Me mira furibunda.

—De acuerdo. ¿Quieres hablar? ¿Sobre *tíos y maquillaje y fiestas*? ¡Genial!

—Espera un momento, ¿estás de coña? —Casi suelto una

carcajada—. ¿Cuándo he intentado hablarte de esos temas? ¿Y cuándo has empezado a juzgarme por utilizar maquillaje e ir a fiestas?

—Quizá desde que tú empezaste a juzgarme por quedarme en casa y jugar con videojuegos.

—No te juzgo por quedarte en casa. Quiero que tú..., que tú...

—¿Qué? ¿Que sea como tú?

—No. ¡Quiero que me digas qué te pasa!

—¡Esto es lo que me pasa! —grita avanzando hacia mí—. Siempre quieres hablar de mamá, pero la última vez que hiciste un comentario sobre ella omitiste que ha *destruido* a papá y tú piensas que deberíamos perdonarla. —Kat se detiene a medio metro de mí—. Pues no pienso perdonarla. Olvidarla, quizás. Arrojarla con el resto de la basura, quizá. ¿Perdonarla? ¡Una mierda!

—¿No la echas de menos? —pregunto, asombrada por su arremetida—. ¿Ni siquiera un poco?

Kat lanza una risotada.

—Claro que la echo de menos, ¡de eso se trata! Si no la echara de menos, si tú y papá no la echarais de menos, su ausencia no nos dolería. Por supuesto que la echamos de menos, a todas horas, y nos abandonó como si no significáramos nada para ella. Ni una llamada, ni siquiera un mensaje por nuestro cumpleaños. Los tres estamos jodidos por su culpa. —Sus finas cejas se juntan en un gesto de furia—. Espero que sufra por ello todos los días. Espero que la culpa la atormente el resto de su vida, porque sabe Dios que yo la odiaré el resto de la mía. No merece menos.

—No —digo con firmeza—. Mamá es una buena persona, Kat, pero odiaba este lugar. ¿Crees que debió quedarse en este pueblo

dejado de la mano de Dios, en Kansas, con alguien a quien ya no quería, aguantando una pelea tras otra y...?

—¡Sí! *Por supuesto* que debió quedarse. ¿No podía haber aguantado otros cuatro años, hasta que termináramos el instituto? ¿Qué madre es capaz de mirar a sus hijas y decir, bueno, el instituto no será fácil, pero ya se las arreglarán...?

—Cuatro años es mucho tiempo...

—Basta, por favor. «Cuatro años es mucho tiempo» —repite Kat imitándome con rabia—. Dios. No adoptes ese aire de superioridad. Te has puesto de su lado. ¿Por qué no defiendes tu propio lado en este marrón?

—Aquí no se trata de lados. ¿No lo entiendes? El juego ha terminado y todo el mundo ha perdido, como sucede a veces, y ahora tenemos que limpiar el campo y resolver nuestros problemas, Katrina.

—¡No me llames así! —me espeta Kat, golpeándome en el hombro con la palma de la mano. Retrocedo tambaleándome contra su mesa. Ella se abalanza sobre mí y me clava el dedo entre los omóplatos—. Deja de tratar de ser nuestra madre de una puta vez, Olivia. Deja de tratar de convencerme de que es una santa incomprendida y deja de tratar de ser mi psicóloga y rescatarme. No lo necesito. No *te* necesito.

Sus palabras son un jarro de agua fría, que amortiguan el dolor que me ha causado su dedo en el pecho.

—Lo último que deseo —contesto con voz ronca— es ser como mamá.

El silencio se asienta en el espacio entre nosotras. Unos mechones me caen sobre la cara, agitándose cada vez que respiro de forma trabajosa. Cuando me los aparto, mis dedos tiemblan

visiblemente, y en el rostro de mi hermana se dibuja una expresión semejante al arrepentimiento. Pero se desvanece con tal rapidez, que quizá me lo haya imaginado.

—¿Así que no me necesitas? —pregunto.

Ella abre la boca, pero no dice nada. Su expresión denota determinación, como si estuviera empeñada en seguir furiosa.

—Está bien —digo. Salgo del rincón donde me ha acorralado, abandono la habitación y no me molesto en cerrar la puerta tras de mí.



El lunes, al entrar en el instituto y circular por los pasillos, tengo la sensación de ver a las mismas cinco personas una y otra vez. Las hermanas Scott, Matt, Valentine. Y la propia Juniper. Me cruzo con todos en los pasillos, sonrientes o serios, ocupados con sus teléfonos móviles o riendo con sus amigos. Al verlos pienso que rara vez vemos a los demás con aspecto de sentirse atemorizados.

Cada vez que cruzo la mirada con uno de ellos, lo que sé sobre Juniper me grita desde el fondo de la mente con tal fuerza que estoy seguro de que los demás pueden oírlo. El sentimiento de culpa me asalta, elevándose como el mercurio en un termómetro, pero no sé por qué me siento culpable. ¿Por haber callado? Seguro que también me sentiría culpable si denunciara a García a la dirección del instituto.

Me he sentido culpable desde niño. Dado el altruismo de mis padres, crecer y darme cuenta de que era egoísta fue duro. Recuerdo la escuela primaria, las veces que ocultaba mis lápices en mi mesa y me negaba a compartir mi almuerzo cuando otros chicos me lo proponían, y recuerdo mi abrumadora sensación de culpa. Ahora la manejo mejor, pero aún me sorprende a veces. Siempre estoy pidiendo perdón. Siempre me pregunto qué he hecho mal;

veo un rostro enfurecido y pienso que lo he arruinado todo, que soy responsable de las guerras y los desastres y todos los males del mundo.

Así que, como era previsible, cuando Claire me localiza junto a mi taquilla durante el recreo, entre la primera y segunda hora, el pánico hace presa en mí.

A raíz de lo ocurrido el sábado por la noche, Claire ha descubierto que no soy como los demás, pero ahora la ansiedad me asalta con fuerza. Yo supe que esta confrontación se produciría en cuanto Matt se disculpó conmigo. Debí ahorrar energías en lugar de salir anoche hasta tan tarde, conduciendo, riendo, descubriendo más cosas sobre Valentine.

Pensar en él me pone nervioso. Siento un interés excesivo en él. Quiero hablar con él y sólo con él. Quiero ganarme sus risas, y quiero tomar nota de cada palabra que dice y pegarla en las páginas de mi diario. Valentine es la ecuación que no quiero resolver nunca.

—Hola —dice Claire—. Tenemos que hablar.

Catalogo a Claire. Su tono es brusco, su mirada fulminante. Hoy lleva los ojos perfilados de color verde, la máscara de pestañas negra, como de costumbre, y una sombra de ojos dorada, una extraña y fascinante combinación que contrasta con el azul pálido de su iris. Es estrafalaria a su estilo, en un sentido rígido y dogmático. Cuando rompimos, durante un tiempo la vida me pareció muy insulsa.

Me obliga a seguirla y terminamos en el hueco de una escalera en el ala vieja del edificio, debajo de los escalones. Por la mugrienta ventana se cuele una luz gris. Tomo nota de los signos negativos, que tacho en mi imaginación:

- *Los brazos de Claire, cruzados, que anuncian una bronca.*
- *Ese tic en un lado de su nariz, como si tratara de controlarse.*
- *Mi falta de concentración; no puedo defenderme así.*

Claire va al grano y sin rodeos. En esto es muy eficiente.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde segundo de secundaria.

Cierra los ojos con fuerza, mostrando la sombra dorada que se ha acumulado en las arruguitas junto a los ojos. Respira hondo y pregunta:

—¿Cómo te diste cuenta?

—Pues... Me enamoré por primera vez de un chico cuando tenía unos nueve años, pero no comprendí lo que me ocurría hasta al cabo de un tiempo. En segundo de secundaria. Había oído hablar de la pansexualidad, y tenía sentido...

—¿Qué es la pansexualidad?

—Que puedes sentirte atraído por alguien de cualquier género.

—Así que eres bisexual.

—No es exactamente lo mismo. Yo... Básicamente, no existen sólo el género masculino y el femenino. Algunas personas se identifican con otros géneros. Ahora me miras como si te hubiese dicho que han aterrizado unos alienígenas.

—¿Otros géneros?

—El género es un invento social. No me refiero al sexo biológico, eso es distinto. Pero el género... Algunos creen que las mujeres son de una forma y los hombres de otra, pero si eres una mezcla de ambos, por ejemplo, no encajas en ninguna parte, así

que...

—Lucas.

—... los pansexuales pueden sentirse atraídos por cualquier género, un chico o una chica, o alguien fuera del sistema binario, puedes leer artículos sobre el tema en...

—*Lucas.*

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—No entiendo una palabra de lo que dices —responde Claire—. ¿Quieres parar un momento? No..., no voy a morderte, ¿vale?

Se produce un instante de silencio. Claire se recoge el pelo. Es de un color naranja como el fuego en el monte, tieso debido a la electricidad estática generada por la sequedad ambiental. En el fondo tengo la sensación de que nada de esto es real. Hablar de este tema con ella me resulta más que raro.

Ella me mira con recelo.

—Vale. ¿Cómo sabes que *no* eres bisexual? ¿Has conocido a alguien, una chica o un chico, que cree que no lo es?

Me encojo de hombros.

—¿Y tú cómo sabes que no has conocido a alguien así?

—Yo...

—No suelen airearlo. Incluso la homosexualidad hace que algunas personas reaccionen diciendo: «Bueno, no te lo tomes así, en plan militante, esto es muy fuerte».

—Hum —responde Claire. Lo cual no significa que esté de acuerdo.

No es que le importe demasiado si soy *bi* o no. Sólo quiere tener

razón.

De pronto recuerdo lo poco que echo de menos discutir con ella. Los recuerdos de nuestras peleas se han borrado de mi mente, pero persisten unas pinceladas.

- *«Me fastidia cuando te pones así...»*
- *«Calla y escucha...»*
- *Sus ojos penetrantes.*
- *Mis interminables disculpas.*

Y vuelvo a caer en lo mismo.

—Mira, lo siento, ¿vale?

—Claro que deberías sentirlo. Tuviste muchas ocasiones de decírmelo. Si te daba corte hacerlo en persona y lo hubieras hecho a través de un mensaje, ¡incluso de Facebook!, habría sido mejor que...

—Claire, escucha. Era más fácil..., ¿comprendes? Era más fácil no hacerlo.

—Ésa es una excusa absurda.

—Vale.

Evito sus ojos. Estuvimos juntos más de un año, y siempre lo supe, pero no me arrepiento de no habérselo dicho. Habría preferido que lo hubiera descubierto ella. Me fastidia pensar que tengo la obligación de informar a todo el mundo al respecto.

No fue fácil mantenerlo en secreto. Recuerdo cada vez que estuve a punto de confesárselo. Las imágenes aparecen y desaparecen con la velocidad del rayo: cada vez que yacía junto a ella, que la besaba, que la abrazaba, sentía una cuña invisible entre nosotros. Y cada vez hacía marcha atrás en lugar de confesárselo.

Me sentía asfixiado. No es *fácil* mantenerlo en secreto.

Pero es *más fácil* que fingir que soy otra persona.

—Mira, Claire, si te lo hubiera dicho... —Me doy cuenta de que no quiero terminar la frase. Demasiado tarde.

Ella cruza los brazos.

—¿Qué?

—Verás, sabía que si te lo decía te lo tomarías fatal.

—Es un tema muy serio.

—No para mí. Cuando salíamos juntos, tú eras la única persona que me interesaba, del género que fuera.

—¿Quieres decir que no es un problema?

—No hagas eso —protesto—. Deja de ignorar lo que trato de... No desvíes el tema.

No suelo perder el genio, pero Claire tiene el don de sacarme de mis casillas. Hace que todo sentimiento adquiriera más intensidad. Antes me encantaba.

—No desvió el tema. —Su voz, para mi sorpresa, se ha suavizado—. Cuando te abstienes de hablar de algo, no significa que no sea importante. Al contrario, eso lo hace aún más importante.

Abro la boca para decir algo pero vuelvo a cerrarla.

¿Está en lo cierto?

Si me llevaran a rastras al programa *El confesor*, ¿me pagarían diez mil dólares por enfrentarme al equipo de natación y decir «soy pansexual»? ¿Veinte mil por mirar a Valentine a los ojos y decirlo? ¿Cincuenta mil por subir al escenario de nuestro auditorio, colocarme sobre el podio delante de todo el instituto y decirlo?

Porque no lo haría gratis, eso seguro.

Me digo que esto es tan duro para otros como para mí. A fin de cuentas, voy a misa con chicos de este instituto; todos los días, después de clase, comparto el vestuario con el equipo de natación y no quiero que crean que tienen que preocuparse por algo. Pienso, *así es más sencillo, es preferible para todos que el tema no se plantee*. Pero por supuesto que se plantea. Se plantea cada vez que uno llama a otro «maricón», cada vez que se acusan unos a otros y bromean sobre el tema, y yo callo.

De pronto, mi silencio me asfixia.

—Lo siento —dice Claire—, pero para mí todo esto es rarísimo. No digo que el hecho de que seas pansexual sea rarísimo, sino que *a mí* me lo parece. Desde que rompimos me tratas como si..., como si yo no fuera nadie. No me dices nada que tenga el menor interés. Me miras como si no existiera. Hemos pasado de cero al infinito de la noche a la mañana, te has convertido en un extraño, y desde entonces he tratado de adivinar por qué me dejaste, fuera lo que fuera, porque no tuviste la decencia de explicármelo. ¿Y encima esto? No sé. Esto confirma que eres una persona distinta de lo que yo pensaba.

—Un momento. —Esta conversación ha dado un giro que no me esperaba—. ¿Quieres saber por qué corté contigo? ¿Es eso?

—¡Sí! Quiero que me digas, abro comillas, con quién no puedo compararme, cierro comillas.

—Yo... ¿qué?

—Eso fue lo que me dijiste en mayo —grita con voz ronca debido a la ira—. «No puedes compararte.» Con Dios sabe quién. ¿No te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. —Cierro los ojos—. Joder, Claire, no

me refería a que fueras inferior a nadie, sino que *no puedes compararte con otras personas*, pero te pusiste a llorar y te piraste y...

Retrocede con ojos que echan chispas de indignación.

—¡Yo no me comparo con otras personas!

—Pero ¿qué dices? —estallo—. ¡Si no haces otra cosa! ¿No lo ves? ¿No ves lo obsesionada que estás con los demás? Hablabas sobre Olivia y Juniper como si fueran tus mayores rivales, como si fueran un equipo al que tuvieras que derrotar en el próximo torneo de tenis. Y yo... —Trago saliva—. Empecé a llevar la cuenta. Hice una lista mental. Me daba mucha rabia. Tratas a todo el mundo como varas de medir tu propia valía y, puestos a ser sinceros, rompí contigo porque confiaba en que resolvieras el problema, pero está claro que no lo has hecho. Ahora mismo me hablas como si mi sexualidad representara un insulto personal contra *ti*. Yo no pedí ser así, ¿vale? ¡No pedí ser así!

El hueco de la escalera es un megáfono. Las palabras parecen repetirse sin solución de continuidad. Giran y rebotan contra la piedra.

Me apoyo en mis talones. Me paso la mano por el pelo.

—Lo siento, lo siento.

Claire rompe a llorar. Dice que se pone muy fea cuando llora. Pero yo no lo creo. Aún recuerdo las cosas que decía sobre sí misma. La peor lista mental que he llevado nunca:

- «¡Dios, qué estúpida soy!»
- «Lamento ser un desastre.»
- «Vaya, tengo peor aspecto de lo que imaginaba.»
- «¿Por qué no puedo ser como ella? ¿Por qué no puedo ser como..., por qué no puedo ser como..., por qué no puedo ser

como...¿?>>

Siempre esperaba que yo le llevara la contraria, pero, aunque yo le dijera lo opuesto mil veces, nunca me hacía caso. Nunca le mentí, porque al principio todo lo que me atraía de Claire era maravilloso: lo inteligente que era, lo resuelta, lo competitiva. Me gustaban todas sus facetas. Pero ¿de qué sirvió? De nada. Nada de lo que yo pensara podía cambiar lo que ella pensaba de sí misma.

—Lo siento —repito.

—No te molestes en decir que lo sientes. —Cierra los ojos. Se limpia la mancha del perfilador de ojos, que se ha corrido—. Hemos terminado.

—Claire...

—Creo que es mejor que no volvamos a hablar. Creo que así será *más fácil*.

Me deja mirando el sol matutino por la ventana, sintiendo la frustración que se acumula detrás de mis labios sellados.



La segunda clase transcurre lentamente, seguida de la tercera, pero no asimilo las palabras del profesor. Observo mis manos, que parecen estar separadas de mí, temblando de forma intermitente.

Me muerdo las uñas. Me las muerdo sin cesar. La amarga capa de laca que me doy cada mañana se me pega en la lengua, pero el sabor no puede detenerme hoy.

Cuando comienza la cuarta clase, los dedos me sangran. Al ver la sangre me doy cuenta de lo furiosa que estoy.

Me siento dolida, como si alguien me hubiera golpeado lo bastante fuerte como para partirme un hueso. Mi mente no deja de pensar en lo que él dijo, y las palabras resuenan en mis oídos, obligándome a prestarles atención.

Compararte con otras personas. No haces otra cosa.

Bueno, al menos nunca le mentí. Al menos no le oculté una parte importante de mi identidad. ¿Cómo se atreve a darme lecciones de autoestima?

No he odiado a nadie desde primaria. En esa época, Olivia era la reina de South Paloma Elementary, y yo la odiaba. Le tenía tanta

envidia, que el mero hecho de verla me ponía enferma. Cada vez que sonreía me daban ganas de abofetearla. Mostraba ese gesto de satisfacción que sólo los críos de ocho años son capaces de perfeccionar, y a mí me entraban ganas de ponerme a gritar. Pero cuando empezamos segundo curso de secundaria la quería tanto que le habría contado cualquier cosa. Con algunas personas es todo o nada: un cariño bestial o un odio absoluto, una sensación como si tuvieras una cinta elástica alrededor del pecho que está a punto de romperse. Y, por primera vez desde primaria, vuelvo a experimentar esa sensación.

Cuando suena el timbre a la hora del almuerzo, la energía nerviosa que llevo dentro está a punto de estallar. Me meto en el lavabo, aprieto los dientes y cierro la puerta del cubículo de un portazo. Una, dos, tres veces. El sonido agudo y metálico no ayuda. ¿Qué puede hacerlo? ¿Qué puede remediar el hecho de que durante dos años he querido a alguien que al parecer piensa que soy una egomaniaca envidiosa?

Salgo del lavabo con tal furia que un estudiante de primer año se aparta de un salto y lanza un grito. Paso frente a las puertas de las aulas y tablones para fotos del instituto. Todo es como una mancha borrosa en mi visión periférica, hasta que llego a la puerta principal. En la puerta cuelga un cartel anunciando los torneos regionales de natación que se celebran mañana. ¡SUERTE!, pone, con una gigantesca foto del equipo. Mis ojos se posan de inmediato en la sonrisa de Lucas, segundo de la izquierda en la segunda fila. Aprieto los puños.

Pienso, lo cual es absurdo, que ojalá lo hubiera golpeado. Ojalá me hubiera puesto en plan cretina melodramática y le hubiera abofeteado. Eso me habría satisfecho. Ver su estúpida e inocente cara mirándome con ojos como platos. Hasta pensar en ello me

satisface.

Sigo adelante a paso acelerado, concitando miradas de extrañeza, pero me tiene sin cuidado. Entro como una furia en la sala de dibujo, donde en marzo, después de clase, nos ocultábamos en el armario y hacíamos unos extraños *collages* y nos besábamos contra los caballetes. Paso frente a la taquilla que él tenía el año pasado, en la que guardaba unas listas de nuestros chistes íntimos. Paso frente al centro de orientación.

Y me detengo en seco.

Un pensamiento perverso se cuela en el fondo de mi mente. Es enfermizamente gratificante: un placer culpable incluso como concepto.

De la puerta del centro de orientación cuelga una delgada funda de plástico que contiene los cuestionarios que tuvimos que rellenar. *¿Tiene alguna información sobre la identidad de alguna de las partes que pudo estar implicada en una relación ilícita?*

Me acerco despacio a la puerta. Tomo un cuestionario en blanco sintiendo cómo el odio circula lentamente por mis venas como lodo. Nada hace que me sienta más despreciable que el odio.

¿Puedo hacerlo? ¿Seré capaz de...?

Mis pulsaciones se aceleran cuando tomo el lápiz de detrás de la oreja y escribo cinco palabras. Deslizo el cuestionario por debajo de la puerta del centro de orientación.

No me entretengo, sino que me largo a toda prisa.

Quienquiera que se esté acostando con un profesor, espero que me agradezca que mi nota haya servido para despistar a la administración.

Me pregunto si el instituto me creerá. Lucas lo negará, como es

natural, y no hay prueba de lo que he dicho. Pero su reputación como Míster Simpatía se habrá terminado para siempre.

Esto es lo peor que he hecho en mi vida, y nunca me he sentido más vengativa ni más satisfecha. Quizá sea una mala persona, pero no me importa.

¿Quería vengarme? ¿Buscaba la forma de hacerlo?

Al final ha resultado más fácil de lo que imaginaba.



La primera vez que la directora me llamó a su despacho, yo tenía nueve años. Dije a uno de mis profesores que el aliento le olía a pescado y que se parecía a mi padre, suponiendo que mi padre fuera un siglo mayor. A mi profesor no le hizo ninguna gracia. Recuerdo que dije a la directora: «Mis padres dicen que siempre debo ser sincero».

La segunda vez tenía catorce años. Me metí en una pelea. Ni siquiera era mi pelea. Vi a dos chicas gritando y pegándose en el pasillo. A mis catorce años ya medía un metro ochenta y ellas un metro sesenta, por lo que supuse que no me costaría separarlas. El error más estúpido de mi vida. Terminé con un ojo morado y una de las chicas me arrancó un mechón de pelo.

Esta vez es diferente. No ha habido insultos, ni peleas, ni explicaciones. Sólo tengo una defensa: *No sé nada*. La mesa desnuda de la directora Turner reluce. Hay unas fotos de ella colgadas en la pared a su espalda, y unos certificados y diplomas colocados en una ordenada hilera en su estantería. Su despacho rezuma excelencia. Un castigo administrado por ella debe de ser terrorífico.

—¿Trató él alguna vez de obligarlo a hacer algo que usted no...?

—Directora Turner, se lo prometo, he hablado contadas veces con el doctor Norman fuera de clase.

—Lamento insistir en esto, señor McCallum. —La directora apoya una mano sobre la otra y me observa sobre el borde de sus gafas—. Pero si se siente presionado para que guarde silencio por...

—Nadie me presiona. No tengo ni idea de por qué alguien cree que soy yo. Debe de ser una broma pesada.

¿Podría ser alguien del equipo? La semana pasada, los chicos se reían del tema, bromeando sobre qué profesor era el peor en la cama. ¿Pero se atreverían a llevar esta broma tan lejos?

No. No se arriesgarían a que yo no pudiera participar en el torneo de mañana. Y, si tengo que perdermelo debido a esto, soy capaz de prender fuego al instituto. Ésta ha sido la temporada más dura de mi vida; nuestro nuevo entrenador es un sádico, pero nos obliga a todos a superarnos, de modo que no podemos quejarnos de sus métodos. Confía en que mañana me clasifique en los 500 metros libres.

—Siento no poder ayudarla —digo—. Lo siento de veras.

—No tiene por qué disculparse, señor McCallum. Si esto no es verdad, alguien tendrá serios problemas por haberse inventado unas acusaciones falsas. Y, si es verdad, tampoco tiene culpa alguna en esto. Créame, lo único que me preocupa es su bienestar.

—Ya. —Pero la expresión implacable de sus ojos me hace dudar de ello. Quiere encontrar al culpable. Es natural. Pero ¿cómo puedo convencerla de que no soy yo?

Una vocecita me dice que eche mano de la salida obvia. Podría denunciar a Juniper y a García.

Pero el domingo por la mañana hice una promesa a Valentine.

Le juré que guardaría el secreto.

¿Es posible que esto sea obra de uno de los otros? Puede que Olivia quiera salvar a Juniper. ¿O que Juniper quiera colgarle el muerto a otra persona?

Dios, dame paciencia. Me muevo nervioso, desorientado, metido en una habitación con cero gravedad. Tengo la sensación de estar girando. El mundo a mi alrededor no se detiene.

Me centro en un pensamiento: anteanoche, el oasis de ese recuerdo. Esto fue lo que escribí en mi diario:

La quietud del lago.

La voz firme y sosegada de Valentine.

Los ecos del aire nocturno...

—De momento —dice Turner—, regrese a clase. Le agradecería que no divulgue ningún detalle de esta conversación.

Espiro despacio el aire que había contenido.

—No, por supuesto.

—Puede retirarse.

Al principio Valentine no me cree cuando se lo cuento, pero al cabo de un rato se da cuenta de que no estoy bromeando.

—Bueno —dice con su habitual y tranquilizador tono despectivo—, ¿por qué van a creer a alguien con cero pruebas? No te preocupes, archivarán el asunto en cuanto comprendan que necesitan pruebas.

—¿Tú crees?

—Seguro. —No me mira a los ojos, pero ya estoy acostumbrado. No me molesta.

—Me preocupa que mis amigos no me crean —digo—. No quiero que las cosas se pongan tensas. Quiero que se fíen de mí, y...

—Yo me fío de ti —declara Valentine. El corazón me da un vuelco.

Mi primer instinto es decir, *Por supuesto que te fías de mí, estabas allí el sábado*. O bromear, *Pues lo siento por ti, porque no soy una persona de fiar*. Pero me mira de una forma, con una mezcla de indecisión y aprensión, que me abstengo de hacer ningún comentario.

Me pregunto a cuántas personas les ha dicho eso. Supongo que podría contarlas con los dedos de una mano.

Me recuesto en la colina y cruzo los brazos, sosteniendo su mirada. He observado que le cuesta menos mirarme a los ojos cuando no estoy demasiado cerca, pero, por lejos que yo esté, sus ojos siguen siendo igual de penetrantes. Llenos de vida y pensamientos. Me extraña que no me fijara en él desde Nueva York, casi en el otro extremo del país.

—Gracias —digo bajito—. No sé si los demás me creerán, pero me alegro de que tú lo hagas.

—Desde luego.

Traga saliva, haciendo que resalte su nuez. Cuando por fin aparta la vista, siento que puedo volver a respirar.



El rumor se propaga por el instituto como la pólvora, alcanzando a todo el mundo al final del día. No tengo ni idea de quién lo ha lanzado, pero tienen que sofocarlo cuanto antes, por el bien de Lucas.

No he dejado de pensar en el domingo. El viento frío, el olor a tierra junto al lago y la forma en que Lucas se reía, sin darme la impresión de que quería que yo fuera alguien más normal. Quise preguntárselo durante el almuerzo, pero no me pareció una pregunta oportuna debido a los últimos acontecimientos: ¿cree que nos hemos hecho amigos?

Suena el timbre. Me pongo la chaqueta, salgo de clase y me meto en la habitual arteria del pasillo atestada de gente.

A mi espalda, dos nadadores hablan sobre el torneo de mañana. Me subo la mochila sobre los hombros, procurando evitar sus empujones, cuando uno de ellos pregunta:

—Oye, ¿te has enterado de lo de Lucas?

Aprieto los labios, mis hombros se tensan.

—Sí, joder —responde el otro chico—. ¿Crees que es verdad?

—Sería muy fuerte —dice el primero—. Me refiero a que fuera gay.

—No sé. Lo del profesor es más fuerte que el hecho de que sea gay.

—Pero es repugnante, tío. Nos ha visto en bañador toda la temporada. ¿Crees que está en el equipo de natación para ver pollas?

Aprieto los puños. La voz de ese chico es resonante, segura, familiar. Me paro en seco y me vuelvo, suscitando las protestas de la gente que se abre paso a mi alrededor por el pasillo.

Es Dean Prince, el chico que estaba con Lucas hace una semana y me llamó friki. Dice esas cosas de Lucas basándose en meras especulaciones.

—Cierra la boca —le espeto.

Dean pestañea un par de veces.

—¿Qué?

—No es verdad, así que deja de alimentar ese rumor.

Durante un segundo guarda silencio, al parecer sorprendido de mi osadía. Luego, alzando la voz como un pájaro enfurecido que protege su territorio, exclama avanzando unos pasos hacia mí:

—¿Quieres bulla? ¿Eres también un mamón al que le gusta...?

El pánico hace presa en mí un instante. Luego alzo el brazo como un lanzador de béisbol y le asesto un puñetazo en la nariz.

Lo que la mayoría de los medios omiten decir sobre el hecho de atizar un puñetazo a alguien en la cara es que resulta tan doloroso para la mano que asesta el puñetazo como para las regiones faciales de la otra persona. Debí preverlo —una reacción igual y opuesta, y

todo lo demás—, pero no estoy de humor para recordar ese tipo de información.

Sin embargo, suele dar resultado. Me froto la mano, sosteniéndola contra mi pecho. Dean se palpa la nariz, tambaleándose. La gente a nuestro alrededor retrocede, exclamando, cuando Dean cae al suelo.

—Pero ¿qué coño...? —pregunta su amigo pelirrojo con admirable elocuencia.

—La próxima vez, ten cuidado con lo que dices —le advierto.

El tipo pelirrojo intenta abalanzarse sobre mí, pero retrocedo trastabillando. Me abro paso entre la multitud a empujones y codazos.

Cuando salgo al frío aire exterior caigo en la cuenta de lo que acabo de hacer. La sola idea me golpea, me zarandea: he atacado a alguien. Si Dean me denuncia a la dirección del instituto, me expulsarán. Espero que su orgullo le impida irse de la lengua.

La adrenalina circula por mi sangre. Meto las manos en los bolsillos y me reprimo para no echar a correr hacia mi coche. El pánico cae a mi alrededor como un líquido en una caja de cristal, ahogándome centímetro a centímetro. ¿Qué pensará Lucas de mí, pese a su carácter compasivo, cuando se entere de lo que he hecho?

Entro en el garaje de mi casa, me bajo apresuradamente del coche y cierro de un portazo. Cuando entro en la vivienda, un montón de pensamientos se agolpan en mi cabeza. ¿Debería denunciar a García y a Juniper..., debería contarles lo que dijo Dean antes de que él pueda contar a alguien que le pegué..., debería hacer un millón de cosas?

—Hola, chaval —dice mi padre desde su estudio, asomándose al pasillo—. ¿Cómo estás?

Paso de largo a toda velocidad, sin mirarlo a los ojos. Cuando se entere de lo que he hecho, renegará de mí.

—Hay lasaña para cenar —dice con tono jovial.

—Muero de felicidad —contesto, y al ver que la sonrisa se borra de su rostro me arrepiento en el acto. ¿Por qué he dicho eso? ¿Por qué no puede mi mente colaborar conmigo? ¿Por qué no puedo ser *normal*?

Cierro la puerta de mi habitación. El móvil se me cae del bolsillo, atormentándome, recordándome que no tengo a nadie a quien llamar. He apartado a todo el mundo de mi lado con ambas manos y la fuerza de una lengua viperina. Si no puedo decírselo a Lucas, volveré a quedarme solo.

Qué estupidez. ¿Por qué no voy a decírselo? ¿No estamos los dos del mismo lado? Supuse que un amigo debía defender a otro. Pero hace sólo una semana que lo conozco, ¿estaría un amigo dispuesto a hacer eso al cabo de tan poco tiempo?

Cuando almorzábamos le dije que me fiaba de él, y es verdad, pero me disgusta que haya cometido el error de confiar en mí con su generoso y estúpido corazón. Es la primera persona que se ha molestado en intentarlo; ha aceptado todas mis excentricidades sin objetar nada. Y yo se lo pago golpeando a su compañero y echando a correr.

¿Puedo arreglarlo? Podría demostrar su inocencia ante la dirección del instituto.

No. No puedo abandonar la causa de Juniper, no después de obligar a los otros a prometer que guardarían silencio. No quiero sentirme responsable de que despidan al señor García.

Me siento a mi mesa, pensando en lo prescindible que soy, lo frágil que es el hilo que nos une a Lucas y a mí. No te das cuenta de

lo solo que estás hasta que sales de tu jaula, o hasta que alguien consigue entrar. Y, ahora que Lucas ha entrado en ella, me encuentro contra los barrotes, temiendo que vuelva a salir.

HOLA,
mi nombre es

Kat Scott

Emily termina su monólogo y salgo al escenario, borrando todo pensamiento superfluo de mi mente. ¿Correr para pillar el autobús por la mañana? Eliminado. ¿La pelea que tuve anoche con Olivia? Eliminado. ¿Lucas McCallum y el doctor Norman? Eliminado. Eliminado definitivamente.

Aunque sé que es mentira.

Concéntrate.

Aunque debería denunciar a Juniper.

¡Concéntrate!

—¿Estás cansada de esperar? —pregunto con tono brusco a Emily, que retrocede asustada—. De modo que *tú* estás cansada. ¿Tú, Natalia, que me dejaste plantada en esta ciudad? Mírame. Mira en qué me he convertido.

—Ya te miro —responde.

—Mírame bien.

—Veo a una madre entregada, a una hermana afectuosa. Veo...

—No ves nada —replico—. No soy nada excepto un potencial

desaprovechado. Nada. —Avanzo un paso—. Ibas a ser mi maestra. Dijiste que yo era brillante, un prodigio. Ibas a llevarme lejos de aquí, enseñarme todo lo que debía saber, ¡pero huiste a la primera oportunidad que tuviste! —grito.

—Un momento —nos ordena García.

Dudo unos segundos, arrugando el ceño frente a la platea. García dijo que no detendríamos este ensayo bajo ningún concepto. Miro hacia abajo —quizás Emily o yo no ocupamos nuestros lugares correspondientes—, pero no, estamos bien situadas en las zonas iluminadas del escenario.

García se inclina sobre el borde del escenario, frente a mí. Eso me sorprende. ¿El problema soy yo? ¿Qué he hecho mal?

—El objetivo aquí... —dice—, su objetivo... ¿Qué quiere de ella?

—Una disculpa —respondo—. Yo... he pensado si puede haber algo más. Pero es lo único que se me ocurre.

García frunce el ceño. Tiene los ojos enrojecidos, como si se los hubiese frotado. Menea la cabeza.

—De acuerdo. Si va a abordarlo de esta forma, tiene que buscar otras tácticas. Aquí sólo... Viéndola interpretar esta escena es como si se limitara a regañarla. No me refiero a los personajes. Es como verla a usted, Kat, regañar a Emily. Emplea una excesiva dureza, una excesiva... —García chasquea los dedos—. Debe contener su ira. Resulta monótono, repetitivo. Aburrido.

Lo miro sin dar crédito. Es una crítica mucho más dura que las que ha dirigido al resto de mis compañeros juntos.

Quizá lo dice porque piensa que soy capaz de encajarla. Sé que debería decir, *De acuerdo, trabajaré más esta escena*, abordarla con más sutileza. Pero lo que sale de mi boca es:

—¿No se me permite mostrar mi ira?

—¿Perdón?

—Ella se fue —digo, señalando a Emily—. Me dejó, ¿y no puedo mostrarme furiosa? Creo que es realista. —Mi voz se eleva sin que pueda controlarla. *Concéntrate*, murmura la voz en mi cabeza, pero ya no estoy fuera de mí. Kat ha conseguido ser de nuevo el centro de atención, y su voz continúa implacable—: Creo que si alguien regresara al cabo de los años, tras abandonarme de esa forma, es lógico que estuviera furiosa con esa persona.

—Kat —dice García, a modo de advertencia. Eso me indigna. Primero Olivia, ahora esto. Después de lo que pasó el martes, supuse que García lo había comprendido, me comprendía a mí como nadie lo había hecho, pero no. ¿Hay alguien de mi lado?

—¿Por qué no me da una razón? —pregunto. El corazón me retumba en las palmas de las manos. Emily me mira con los ojos muy abiertos y relucientes—. Si alguien es capaz de explicarme por qué no debo estar furiosa —digo—, lo aceptaré. Pero, a mi modo de ver, tengo sobradas razones para estar furiosa. Usted me ha dicho que reflexione sobre el tema de la disculpa. Pues ¿sabe qué le digo? Que no me convence. Ella *merece* una disculpa después de que alguien en quien confiaba la apuñalara por la espalda.

Los murmullos procedentes de ambos lados del escenario me distraen. El resto de mis compañeros se han congregado para contemplar esta escenita.

García se sube al escenario y se dirige hacia mí. A medida que se aproxima me percato de lo alto que es, y cuando se detiene ante mí observo que tiene aún peor aspecto de lo que pensé en un principio. Tiene el pelo encrespado. El enrojecimiento de sus ojos hace visibles unas venitas en los bordes de sus párpados.

—Basta —dice. La voz no le tiembla; es hielo puro—. Esto es un lugar de trabajo, y debe dejar todo lo demás en la puerta, ¿entendido? Tiene que despojarse de sus problemas, no traerlos al escenario. Si yo trajera a este teatro todos mis problemas, ¿sabe cuántas veces habría perdido los nervios durante los ensayos?

—Por supuesto que lo sé —contesto.

—¿Qué? —pregunta con tono vacilante.

No me detengo para explicarle todo lo que sé.

—Por otra parte, quizá debería perder los nervios más a menudo. A ellos les vendría pero que muy bien —digo, señalando con el dedo a un lado del escenario. Los otros actores me miran atónitos—. Sí, sí. Dios, hoy es el día que habéis prestado más atención a un ensayo. ¿Os dais cuenta de lo exasperante que es?

En ese momento García pierde los nervios.

—¡Kat! —grita—. ¡Ha venido aquí para representar su papel, no a atosigar al resto de los actores!

Sus palabras reverberan sobre las paredes al fondo del teatro, y a medida que se desvanecen, segundo a segundo, él se desinfla visiblemente. La dureza desaparece de sus ojos, dejando una expresión de agotamiento.

Aquí tengo mi respuesta. Él no está de mi lado; nadie está de mi lado.

¿Estoy yo de mi lado?

No. No lo estoy. En el silencio sepulcral, me doy cuenta de que odio cada fragmento de la persona en la que me he convertido. Debí comprenderlo antes, debí comprender que paso cada segundo de mi vida tratando de huir de mí misma. Ya sólo me tengo a mí, y no me quiero.

Cierro los ojos, mirando dentro de mí. Contemplando por primera vez lo que hay en mi interior. Me doy cuenta de lo horrible que es este odio. Contra todo el mundo. Contra mí misma. Una furia amarilla e intensa, pulsando entre mis costillas.

Espiro el aire que contenía, que se torna frío y gris como el metal al enfriarse.

Cuando abro los ojos me siento sin fuerzas, como si alguien hubiera pinchado mi cuerpo como un globo. Toda mi furia se ha evaporado. No me queda nada, nada que dar a nadie, ni siquiera en este escenario.

—Volvamos al trabajo —dice García con voz ronca.

—No —respondo. Me siento distante, como si alguien hubiera levado mi ancla y yo flotara a la deriva, sin raíces, en un mar estancado—. Lo siento —murmuro—. No puedo hacerlo.

Me acerco al borde del escenario, recojo mi mochila, me echo el abrigo sobre los hombros y me bajo del escenario. Al llegar a la puerta, me vuelvo. El señor García me mira como si le hubiera asestado un puñetazo en el vientre.

—Kat —exclama Emily con vehemencia—. No lo hagas, por favor. Por favor.

Abro la puerta y salgo. La puerta se cierra a mi espalda con un sonido metálico y definitivo. El viento gélido agarra mis brazos desnudos, pero no lo siento. Soy como un disco duro que han vaciado, del que han borrado todo su contenido.



No sé si me siento mejor o peor ahora que todo el mundo sabe que Lucas es gay, porque por un lado, aunque se lo conté a Olivia, al menos no soy la persona que se inventó esas mentiras sobre él y el doctor Norman. Pero, por otro lado, a partir de ahora su vida será tan estresante como supuse y, Dios, ya está empezando a serlo. La tarde en que se filtra la noticia, cuando me abro camino entre la multitud en el aparcamiento de estudiantes de penúltimo año, después de clase, veo a Lucas. Angie Bedford, una chica pospunk que baila de miedo, y que está apoyada en su coche fumándose un cigarrillo, le suelta: —Hola, homo, ¿cómo está Norman?

Las conversaciones en el mar de personas se interrumpen un segundo, y algunos se ríen y otros fingen no haberlo oído, y otros miran a Lucas como diciendo: *¡Ese tipo es un perdedor!* Y Lucas deja de sonreír y saludar a la gente, y se queda quieto, con cara de sentirse perdido y dolido.

No puedo evitarlo. Siento una opresión en el pecho —una furia abrasadora, que va en aumento—, y sin pensármelo dos veces me acerco al coche de Angie, le arrebató el cigarrillo de la mano y lo arrojó al suelo al tiempo que le pregunto: —¿Tienes algún problema?

La expresión de asombro de Angie se convierte al instante en ira. De repente la veo esgrimir un espray de pimienta en la mano. ¿Lo tenía preparado?

—Sigue hablando —me espeta.

—Como que me vas a atacar con un millón de personas mirando —me burlo.

Y Angie replica:

—Es en defensa propia, tío, estás muy agresivo.

Y yo contesto:

—No estoy agresivo, te he dicho que no te metas con mi amigo.

Y ella pregunta:

—¿Tu *amigo*?

Y me guiña el ojo como una estúpida y no sé por qué me arde el cuello de vergüenza. Ni siquiera soy gay y, además, al fin y al cabo no es más que un tipo de persona. No hay nada de qué avergonzarse.

Antes de poder satisfacer mi deseo de hacer a Angie la peineta con el dedo, una voz masculina grita a mi espalda: —Eh, maricón, ¿eres su novio?

Sus amigos se echan a reír y durante un segundo no reacciono, porque creía que ese tipo de cosas sólo se veían en las películas.

Mi opinión sobre los derechos de los gais siempre ha sido que no es asunto mío. Mi madre me enseñó desde pequeño que no debemos odiar a las personas por cómo son. Lo decía ella y lo decían en la iglesia, de modo que me convencí de ello, y antes de este episodio yo creía que el resto de nuestro instituto pensaba lo mismo, porque, que yo supiera, nadie había sido insultado o

apaleado por su orientación sexual. Pero al parecer estaba equivocado.

Me vuelvo hacia la persona que me ha llamado maricón —un chico lleno de granos, con gafas, que creo que está en el equipo de tenis—, y digo: —Algún día tendrás un amigo que no sabrás que es gay, y soltarás una burrada como ésa delante de él y no volverá a confiar en ti.

Su sonrisita burlona se borra un segundo y replica:

—¿Así que reconoces que eres su novio?

Sus amigos se ríen y lo jalean.

En mis labios se dibuja una mueca despectiva.

—Y ¿qué? Más vale ser el novio de alguien que un puto homófobo.

La gente murmura entre sí y miro a mi alrededor en busca de Lucas, pero se ha marchado. Me dirijo hacia mi coche, asqueado con todo y con todos.

Cuando llego a casa, mi asco se ha reducido a una sensación de cansancio. Subo al porche y abro la puerta, dejando que un rayo de luz vespertina entre en nuestro húmedo cuarto de estar. El aire huele a sal y agua hirviendo, y Russell está dormido en el sofá. Su pelo oscuro se riza en las puntas como el mío cuando era pequeño, y antes de salir al pasillo se lo revuelvo.

—Mateo, *ven aquí* —dice mi madre en español desde la cocina.

Es curioso. Casi nunca me habla en español salvo cuando quiere ocultar algo a Russ. Aún más raro es el hecho de que esté en la cocina. Cuando entro, las luces están empañadas por el vaho. Dejo caer mi mochila en la desteñida alfombra, me siento a la mesa y digo: —¿Qué pasa? ¿Por qué estás...?

Y ella responde:

—Lava unos platos, haz el favor. Estoy preparando la cena.

Como si fuera obvio, como si no cenáramos del microondas siete noches a la semana.

Y yo digo:

—De acuerdo, pero ¿por qué...? —Y me detengo porque veo que le tiemblan las manos y me siento avergonzado. Mi madre controla tan bien su expresión, que no me había percatado de que algo va mal.

—*¿Qué pasó?* —pregunto en español.

Ella me mira y responde «nada» con ese tono alegre y despreocupado.

Yo insisto:

—En serio, mamá.

—Te he pedido que vengas para ayudarme a organizar la mesa —responde con tono de advertencia.

Y yo insisto:

—Pero dime qué...

Mi madre deja el cucharón de madera sobre el fogón con un golpe seco y contesta: —¡Mateo, haz lo que te digo y deja de hacer preguntas!

Y en los segundos que transcurren tras ese golpe frío y seco me vuelvo, como en un trance, para recoger las cosas de la mesa con manos torpes, y entonces los veo, los papeles de divorcio, encima del periódico como si fueran unos folletos. Cuando me vuelvo de nuevo hacia mi madre, está medio de espaldas, su cuerpo encorvado como una tienda de campaña a punto de desmoronarse,

y no puedo hacer otra cosa que mirarla mientras se inclina sobre la encimera. De repente todo su cuerpo se estremece. Una lágrima rueda por su flácida mejilla. Se lleva los nudillos a la boca y se muerde uno con fuerza, y se echa a temblar como el agua bajo los relámpagos, y parece como si fuera a disolverse.

Yo callo.

A veces te engañas durante mucho tiempo, pensando que has alcanzado la madurez, o que eres más maduro de lo que piensan los demás, y vives en un estado constante de autoafirmación, y durante un tiempo nada puede derribarte del pedestal que te has construido porque estás convencido de que eres más que competente. Y de pronto alguien hace algo que supone un duro golpe para tu ego y tienes la impresión de que eres de nuevo un crío de nueve años, formado por una mezcla de humillación, torpeza juvenil e ideas pueriles. *Por favor, que alguien me diga qué debo hacer, porque nadie me enseñó a afrontar esto, ¡Dios, la de cosas que sigo sin comprender!*, y no consigues asumir la suficiente presencia de ánimo para hacer nada salvo quedarte ahí plantado como un pasmarote, en silencio, arrepentido.

O puede que esto no le suceda a todo el mundo. Puede que yo sea el único que confía en aprender todo esto, que confía en hallar un lugar desde el que comprenderlo todo y a todos, cómo funcionan las cosas y por qué vuelvo las páginas de la vida con dedos torpes, y quizá yo sea el único que está atrapado en esta parálisis emocional porque estoy tan obsesionado tratando de dar la impresión de que soy un adulto y sentirme adulto que no he crecido, y quizá yo sea el único que me encuentro en una habitación pequeña, mal iluminada, observando a una persona a la que quiero desmoronarse ante mí sin saber qué hacer ni adónde ir ni quién soy.

Las siete y cuarto vienen y se van, y mi padre no ha llegado. No pregunto dónde está. Tengo algo en la garganta que me lo impide.

Russ, sentado a la mesa balanceando las piernas, pregunta: — Mamá, ¿dónde está papa?

Y yo le digo:

—Venga, Russ, come.

Y Russ me mira con sus ojos grandes y redondos —como los ojos de papá— y pregunta: —¿Dónde está papá?

Y yo trago saliva y empujo su pequeño tenedor hacia él y digo: — Calla y come.

Mi madre mueve la mandíbula de forma mecánica mientras mastica, con los ojos fijos en el salero, como si tratara de contar cada grano que contiene.

Observo a Russ mientras come, preocupándome por mil cosas. Quizá sea una estupidez que me preocupe por mi hermano cuando un millón de niños crecen entre dos casas y no sufren ningún trauma, pero es extraño pensar que su infancia va a ser muy diferente a la mía, y que puede que mis padres vuelvan a casarse y Russ tenga un padrastro o una madrastra, o que cuando llegue a mi edad y eche la vista atrás no recordará haber vivido en la misma casa con mis padres y conmigo. Y puede que eso se desvanezca también de mi memoria cuando yo sea mayor, y de la de mis padres, si consiguen olvidar, y cuando todos hayamos olvidado cómo nos sentíamos aquí será como si esta familia no hubiera existido nunca. Seremos unas personas distintas, cuyo único vínculo seremos Russell y yo.

Después de cenar llevo a Russell a su habitación. Subimos la empinada escalera salvando los escalones al mismo tiempo.

—*Uno, dos y tres* —digo, como si entonara una pequeña canción de marcha, y él extiende las manos, saltando con sus *shorts* de grandes bolsillos.

Junto a la habitación de Russ hay un pequeño baño, más bien un cubículo que hace esquina. Mientras nos cepillamos los dientes, agachados, miro su coronilla y siento una especie de vértigo, y recuerdo a mi padre, junto a mí, cepillándose los dientes, cuando yo era niño. Todas las noches sin excepción, durante años.

Alzo la vista y me miro en el espejo cuando los ojos empiezan a escocerme, y pestañeo un par de veces, escupo, me enjuago la boca y escupo.

Llevo a Russ a su habitación y le pongo el pijama.

—Léeme un cuento —me pide cuando lo acuesto y lo arropo.

Hace un par de meses mi madre lo pasó de la cuna a una cama individual. Me siento junto a él sobre el desteñido edredón, saco de debajo de la cama el libro *Donde viven los monstruos* y lo abro por donde lo dejamos ayer, una página con ojos amarillos, un pequeño bote rojo oscuro y unos animales feroces y encantadores que hacen rechinar los dientes. Cuando le enseño las ilustraciones, digo con voz de gruñido: «Te queremos tanto, que te devoraremos», y Russ me mira con sus ojos redondos y solemnes, y levanta la mano como el chico vestido con traje de monstruo, que se sube en su bote privado, y se despide agitando la mano.

A la mañana siguiente me despierto después de haber dormido más horas que en muchos meses, un sueño apacible, sin oír gritos en el pasillo. Me ducho con el agua tan caliente que mi piel se pone roja. Voy al instituto en coche sin rebasar el límite de velocidad, tomo notas en la clase de historia de Estados Unidos, camino por los pasillos con paso firme y ojos despejados, sintiendo como si

tuviera la cabeza vacía, como si alguien hubiera introducido un gancho a través de mi oreja y me hubiera sacado los sesos en una larga ristra.

Suena el timbre del almuerzo, recordándome que apenas tengo apetito. Ni siquiera me apetece fumar. Bien pensado, no me ha apetecido fumar desde... ¿el viernes pasado? Eso es mucho tiempo para mí, pero por alguna razón no lo echo de menos.

Me dirijo a la clase de García —desierta hasta la una porque está almorzando— y dejo mis cosas en mi asiento. En el fondo del aula, donde García ha colocado un letrero que dice GABINETE DE LIBROS, hay una estantería gigantesca que los chicos del Club de la Poesía miran siempre con envidia. Acercó una silla a la estantería y contemplo los lomos, ordenados por orden alfabético, volúmenes de tapa dura con títulos contundentes como *Los versos satánicos* y *Crimen y castigo* mezclados con delgados libros en rústica con letras grandes y divertidas; no parecen más extensos que los libros infantiles. Paso el dedo sobre los lomos, recordando esa media hora del domingo, mientras terminaba de leer *El infierno*, durante la cual había asimilado la poesía de Dante hasta el punto de que se deslizaba ante mis ojos con la suavidad de la seda sobre la piel, y sólo tuve que buscar un puñado de veces la definición de alguna palabra. Había olvidado la sensación que experimentaba al leer de más joven, las imágenes grabadas a fuego en mi mente, mi imaginación ardiendo sobre el pedernal y la yesca de las páginas que iba pasando.

Saco un libro de tapas grises titulado *El monarca del espejo negro* y lo abro.

El día que Vern cumplió once años, el primer teniente del monarca fue a buscarla.

La historia cae sobre mí como agua, goteando sobre mi coronilla hasta que estoy sumergido de pies a cabeza, transportado

entre las páginas del libro. No he leído nunca tan deprisa, y no es Dante, pero cada vez que la protagonista demuestra ser más lista que un soldado o descubre algo sobre su pasado mi fascinación aumenta y este mundo adquiere una mayor nitidez, hasta que abandono el mío.

—¿Matt? —dice una voz, sacándome de este extraño trance de lectura. Me vuelvo. Olivia está en la puerta. Me observa con la cabeza ladeada, sus labios pintados de rojo cereza.

—Hola —digo, levantándome.

Se dirige hacia su mesa y deja su mochila en el asiento.

—¿Qué lees?

—*El monarca del espejo negro* —respondo.

Y ella dice:

—Ah, he oído hablar de ese libro. ¿Te gusta la fantasía?

Y yo contesto:

—Eso parece.

Olivia se acerca a la estantería del Gabinete de Libros y examina un título tras otro. Tomo un clip sujetapapeles del estante, lo coloco entre las páginas y cierro el libro.

—Escucha —dice Olivia—, no quería decírtelo en un mensaje de texto, pero gracias por lo del sábado por la noche.

—De nada —respondo—. Vosotras dos habríais tardado toda la noche en recogerlo todo.

Y ella dice:

—Sí, eso también, pero me refería a lo de Dan.

La miro a los ojos, cautelosos y medio ocultos por sus pestañas

cortas y castañas.

—Ya. Se pasó de la raya. —Al cabo de un segundo, agrega—: ¿Todo va bien? Pareces un poco...

—¿Qué?

Ella se encoge de hombros.

—Distante.

Y yo digo:

—Bueno, no sé.

—¿Ha ocurrido algo?

—No lo sé —respondo—. Bueno, sí, pero no creo que te interese.

Y ella se apresura a decir:

—Claro que me interesa.

Me apoyo contra la estantería.

—Anoche me enteré de que mis padres van a divorciarse.

Un espacio oscuro separa sus labios, sus ojos me miran con simpatía y bajo la vista, fijándola en mis zapatos.

—Lo siento —dice, y yo trato de poner en orden mis pensamientos, que se han precipitado de nuevo como una manada impaciente, compitiendo por ocupar el primer lugar.

—Mis padres... Quiero que sigan intentándolo —murmuro, avergonzado de decirlo, avergonzado de desearlo—. Se amargan la vida mutuamente, así que es estúpido, pero me siento... No sé. ¿Traicionado? No por *mí*. A mí me importa una mierda, es por Russ. Hace tres años tuvieron un hijo. A mi modo de ver, eso constituye una especie de promesa que le hicieron, y la han roto.

Olivia se apoya contra la estantería al otro lado, jugando con el borde deshilachado de su camiseta. Tiene unos dedos largos, cubiertos de anillos.

—¿Vas a hablar con ellos del tema? —pregunta.

—No lo sé. Es difícil hacer algo. Tengo la impresión de haberme pasado cinco años, más o menos, oyéndoles gritarse por tonterías desde mi habitación. Me siento como si estuviera atrapado. Creo que no tiene sentido cambiar de forma de actuar o... no sé.

—Te entiendo —dice Olivia—. No es fácil romper la rutina. Pero nunca es demasiado tarde para tratar de cambiarla. —Esboza una media sonrisa y asume un tono seco—. De todas maneras, aquí tienes a una persona a quien le falta la figura materna y no ha resultado tan mal, creo.

Bajo la vista y miro la cubierta del libro —la espada y el escudo de la heroína— y luego a Olivia, que me observa con su habitual y apacible buen humor.

—Yo creo que esa persona es una pasada —respondo, sintiendo un tímido cosquilleo de emoción que me recorre los brazos hasta las yemas de los dedos.

De repente las mejillas de Olivia se tiñen del rubor más increíble y se echa a reír, tirando con más fuerza del borde de su camiseta. Y, mientras observa sus mugrientas deportivas, me permito contemplar los rasgos de su rostro, su frente amplia y elevada, los arcos irregulares de sus cejas que le dan esa expresión despreocupada, el pequeño hoyuelo en su mentón y la redondez de sus mejillas. Cada pequeño detalle hace que sea ella. Entonces se pone a jugar con sus anillos, girándolos en sus dedos, y avanza un paso hacia mí, y, aunque es un poco más bajita que yo, al aproximarse la miro a los ojos y es como contemplar un pozo

profundo en el centro de su persona, y veo allí algo reluciente y pulsante, muy vivo, que me engulle como agua hirviendo. Su espeso cabello castaño le cae sobre la frente, y observo un pequeño bulto, un granito sobre su ojo derecho, sobre el que ha aplicado un poco de crema correctora, y veo unos grumos de rímel en sus pestañas, y cada detalle me encanta porque significa que estoy lo bastante cerca de ella como para descubrir esos pequeños secretos. Me pregunto qué ve en mi rostro, y trago saliva, nervioso, y miro su boca, y el brillo de sus labios hace que me den ganas de besarla hasta sentir el sabor que siente ella. Quiero apartarle un mechón detrás de la oreja, y deslizar el pulgar sobre su mandíbula y acariciarle la cara... Dios, quiero tocarla.

—Yo... hum... —dice—, estoy un poco...

Y digo:

—Yo también. ¿Nerviosa?

Y ella responde:

—Sí, eso..., sí.

Y me río, y entonces nos reímos los dos como tontos y paseamos la mirada por toda la habitación para no mirarnos el uno al otro, y de golpe guardamos silencio, como si alguien hubiera apagado la luz, y nos miramos a los ojos y ella dice: —Mira, ya sé que...

Y en ese momento se abre la puerta y una voz en mi cabeza dice *Pero ¿cómo se te ocurre...?*, y nos separamos con tal rapidez que choco con la silla en la que estaba sentado. García se dirige hacia su mesa y dice: —Hola, Matt. ¿Eso es *El monarca del espejo negro*?

Y yo contesto «sí», procurando disimular la furia que me invade, aunque tengo ganas de agarrar a García y sacarlo de la habitación por la fuerza. ¿Se puede ser más inoportuno?

—Es muy entretenido —comenta—. Puedes tomarlo prestado, si quieres.

Y yo respondo:

—Eh..., gracias.

Cuando los otros chicos entran en clase, miro a Olivia. Su rubor se ha intensificado.

—Hum... —dice—, te escribiré más tarde.

Y se dirige apresuradamente a su mesa, su melena castaña balanceándose de un lado a otro. Cada músculo de mi cuerpo sigue en tensión debido a su proximidad.



Lista de lo que debo hacer:

- ~~Asegurarme de que todos sepan que no es verdad.~~

Ninguno de mis amigos estaba en su lugar habitual durante el recreo.

- ~~Almorzar con Valentine.~~

Valentine no estaba hoy junto a los tráileres. No ha contestado a mis mensajes de texto. No lo entiendo.

- *Clasificarme en el torneo de natación.*

Saco la cabeza del agua boqueando. El rugido en mis oídos remite y el aire fresco me golpea las mejillas. El corazón me retumba en el pecho cuando miro el reloj.

He llegado tercero, superando mi mejor crono en dos segundos.

Trato de recuperar el resuello y reprimo una sonrisa. Cuando salgo de la piscina, mis músculos tiemblan. Algunos miembros del equipo aplauden, y el eco reverbera en el techo abovedado. Mis pies se hunden en los charcos de agua en el suelo de baldosas. El

presentador sigue parlotando con voz atronadora.

Me seco con una toalla, tiritando. En otras circunstancias mis compañeros me felicitarían con unas palmadas en la espalda, pero hoy mantienen una distancia prudencial. No me sorprende. Supongo que no están dispuestos a creer en mi inocencia hasta que no se demuestre mi culpabilidad. Si me hubieran acusado de acostarme con la doctora Meyers, la profesora de economía que está más que buena, ¿mostrarían la misma actitud?

El torneo se salda con éxito. El entrenador abandona el edificio pavoneándose, como si hubiera participado en cada una de las pruebas. Sale silbando del auditorio y toma el autobús que lo dejará en casa al cabo de cuarenta minutos.

Soy el último en subir al autobús. Echo a andar por el pasillo, un sendero de goma negro, y todo el mundo evita mirarme a los ojos. Veo unas mochilas sobre unos asientos. Las de Derek Cooper y Alison Gardner. Yo podría sentarme allí, pero ellos no apartan sus cosas.

Arrastro conmigo un denso silencio que recorre todas las hileras del autobús, como un manto sobre mis hombros, mientras los demás miran hacia otro lado o escriben en sus teléfonos. Nadie quiere darme posada. Cuando paso junto a Dean Prince, que tiene la nariz hinchada y deforme, me fulmina con la mirada. Yo frunzo el ceño y sigo adelante.

Herman, de química, Layna, de cálculo, Bailey, mi compañero de relevos: ninguno dice una palabra. Mi corazón se deshincha como un viejo y triste globo.

Me siento al fondo, en el rincón izquierdo, a solas con mi diario.

Pienso en todo lo que hice para trabar amistad con esta gente. Dos años de esfuerzos, sin resultado. Es como si fuera mi primer

día. Como si acabara de bajar del avión. Un botón de *reset*, y no fui yo quien lo pulsó. No fui yo quien tomó esa decisión.

Aprieto los dientes y miro el teléfono móvil que sostengo en las manos, pensando en Valentine.

Cuando alzo de nuevo los ojos, veo a Sophie Crane murmurando algo a Bailey. ¿De veras se lo creen? La acusación es tan ridícula... Bajo las capas de preocupación y dolor, me ofende que los demás piensen que tengo tan mal gusto como para enrollarme con el doctor Norman.

Miro por la ventanilla mientras el autobús sale del aparcamiento a paso de caracol. ¿Por qué me ha jugado alguien esa mala pasada? ¿Por qué se han inventado esa historia? ¿Quién ha sido capaz de hacerlo? ¿Alguien que quería sacarme del armario? Pero si Matt sólo se lo contó a Olivia, y Olivia sólo se lo contó a Claire...

Ella no me haría eso.

Claire no me haría eso.

No oculta su resentimiento, pero no sería capaz...

¿O sí?



Los dientes de la llave muerden la cerradura.

La puerta de su casa se abre como si destapara un tesoro. Se derrama un chorro de luz como oro líquido.

Me quito la capucha, levanto la cabeza, me aseguro de que nadie me ha visto...

Cálmate, corazón.

Cierro la puerta detrás de mí y echo a andar por el pasillo.

¿Hola? ¿Hay alguien ahí? Una voz familiar, un olor familiar.

Doblo la esquina y la escena me resulta tan familiar...

Una taza de café en una mesa de cristal. La luz vespertina en sus cansados ojos. Su jersey gris con parches sobre sus estrechos hombros, arremangado hasta los codos.

El asombro inunda su expresión.

Sorpresa, digo.

La habitación se expande, se desdobra, se deshace.

Entre nosotros se interponen kilómetros de hilo gris.

Un silencio cavernoso, y esos ojos,
esos ojos.

June. ¿Qué haces aquí?

(Echaba de menos verte mientras dices mi nombre.)

Estoy helada. Todo está helado. Los dedos de mis pies y mis manos, largos y pálidos. *Tenía que verte. Con todo lo que dicen de Norman..., quería asegurarme de que estás bien.*

Él abre la boca, pero en su lengua sólo hay silencio.

El hombre elocuente se ha convertido al fin en un tintero seco.

Avanza hacia mí y observo sus

pasos decididos,

sus deportivas gastadas y grisáceas debido a las carreras matutinas, se detienen a pocos centímetros de las mías.

No sé qué decir, dice. No sé quién ha propagado esa historia sobre el chico McCallum y Neil Norman, ¡precisamente Norman!, pero conseguirán que los ánimos se encrespen más. Yo..., Dios, si Norman se ve en una situación comprometida..., tiene esposa e hijos, hay...

Ya pasará. Tienen cero pruebas.

Supongo que sí. Su voz se quiebra. Se humedece los labios. June, he pensado...

¿Sí?

Podemos cortar todos nuestros vínculos. Puedo borrar tu número, los mensajes de texto, los correos electrónicos, todo... Puedo asegurarme de que nadie lo averigüe nunca. No puedo solucionar lo que ocurre en el instituto, pero si con eso te ayudo...

Sus ojos oceánicos, negros, profundos y tumultuosos como las

tormentas con relámpagos...

Mis cuatro palabras, cuatro gotas de lluvia. *Ni se te ocurra.*

Pero

Si sucede algo, yo estaré a tu lado.

Observo que su corazón late más acelerado. *¿Estás...?*

Por supuesto que estoy segura. Mi pecho está tan lleno de amor, que pienso que se me van a partir las costillas. *No he venido aquí para decirte adiós, David.*

Lo sé.

He venido aquí para... Yo quería...

Lo sé, repite.

Sus palabras encienden un fuego debajo de mis pulmones. Mi aliento es denso como la ceniza.

¿Qué vamos a hacer?, pregunta.

No lo sé.

Pero ¿me quieres?

Claro que te quiero.

Mi corazón, cerrado a cal y canto, se abre por fin, y mis temores salen volando como cuervos.

Se derraman como pintura negra,

dejándome vacía, sonrosada, como nueva.

Esperanzada.

Él extiende la mano. Yo extendiendo la mía para tomarla, a través de un velo de culpa, bamboleándome a escasos centímetros de sus ojos. *David.*

Sus manos se apoyan en mis hombros, ligeras como alas,

(tus labios caen sobre los míos, con la naturalidad de la ley de la gravedad, se cierran sobre mi labio inferior, ásperos y dulces.

yo toco, muero, saboreo.) Lo consumo.

(los sonidos en el fondo de mi garganta son tuyos, todo es tuyo.)

Me aprieto contra su cuerpo. Entre nosotros se interpone una pequeña falla, que no un fallo...

Sus delgadas manos se apoyan en mi espalda y me estrechan con fuerza contra él.

Cada centímetro de mi piel arde,

siento un calor denso, una sensación intensa, un hormigueo abrasador.

Yo también te necesito, murmuro, excitada, anhelante.

Sus labios son como un bálsamo sobre los míos. Delicados. *June,* murmura, nada más.

Resplandor y crepúsculo, éxtasis y un deseo cegador.

(te siento, te abrazo, te amo.) Cuando por fin nos separamos...

Te he echado de menos...

Muchísimo...

Nuestras palabras compartidas susurran y se mezclan y se confunden.

Un beso, un beso apasionado, cuyo sello es un calor abrasador.

Él se aparta, tirando un poco de mí,

y sonrío.

En mi rostro se dibuja también una sonrisa,

envolviéndome en una sensación de confort.

Durante semanas he sudado,
me he esforzado,
tratando de empujar la piedra de Sísifo cuesta arriba por esta
montaña eterna, y he aquí la cima.

He aquí sus ojos. He alcanzado
la luz solar de su mirada.

Es la una de la mañana cuando nos encerramos para poner a
prueba por enésima vez nuestra fuerza de voluntad.

Su habitación no ha cambiado: las desnudas superficies, la mesa
vacía, los cajones cerrados, el mobiliario escaso y austero.

Desierta, a excepción de sus compañeros de cuarto en la
estantería: Hemingway y Beukes, Christie y Martin, Márquez y
Morrison, Rowling y —su mejor amigo— el Bardo.

El sabor de cada palabra tratado con ternura, las esquinas de
cada página manoseadas y dobladas.

Me acuesto en su estrecha cama. Nos apretamos el uno contra el
otro, como el tráfico de dos carriles en una calle de un solo carril.

Deslizo los dedos por su mandíbula; me pincho con su barba de
un día.

Él me aparta el pelo de la cara. *¿Qué les has dicho?*

*Que iba a pasar la noche en casa de Olivia. No sé. Creo que deberíamos
decírselo a mis padres.*

Lo has dicho ocho mil veces, June.

Ocho mil y una.

Me aprieto contra él. Es como un brasero ardiente,
que me enciende sin piedad.

Huele a manzanas con un toque de alcohol. Apoyo los pies contra sus pantorrillas.

Ya sé que deberíamos decírselo, dice. Pero ¿quieres que lo hagamos?

Por supuesto que no.

Su pecho se contrae en un suspiro debajo de mi mano. *Entonces estamos en las mismas.*

Ya, supongo que tienes razón. Lo beso en el omóplato, en el cuello. Él canturrea satisfecho.

Estoy ilusionado, murmura. Una confesión. Me ilusiona pensar en nosotros. Sé que es una estupidez, pero pienso en nuestro futuro.

Levanto la cabeza y lo miro sorprendida. Esto es un cambio radical de lo que suele decir. David es de los de «aquí y ahora». Es una persona estable y pragmática. No es dado a la fantasía y la imaginación.

¿A qué viene esto?

Yo también, musito, asombrada.

Pienso en ello continuamente. Cuando termines la universidad, viajaremos a Brasil, a la India...

Sonrío. Dejo que mis preguntas se desvanezcan en una bruma de esperanza.

Grecia, digo con voz somnolienta. El monte Olimpo.

El mundo está aquí, en esta cama, junto a nosotros, los continentes unidos por la colcha, el cosmos apoyado contra el cabecero.

Su dedo se desliza sobre mi muñeca, como un patinador creando artísticas figuras. *Venecia. Una habitación pequeña como ésta que*

huele a mar. Alaska. Unas velas encendidas, recuperándonos de una noche de dieciocho horas.

La Gran Muralla, digo. Stonehenge. El teatro de la Ópera de Sydney.

Él me besa. La luna. Me besa de nuevo. La luna.

Es miércoles por la mañana. Sopla un aire fresco y húmedo, como lágrimas cuando se secan.

La última batalla del otoño. (Huele a ramas quebradizas, a viejas hogueras y a un sol frío.) El sol en el cielo es un sueño, cuando lo dejo, cuando regreso a casa.

Abro la puerta de roble, recia e imponente:

Mis pies se deslizan sobre el parquet como flores secas aromáticas, ligeras y sin trascendencia.

Tomo mi mochila y entro en el vestíbulo. Mis padres aparecen en la escalera.

Parecen centinelas de piedra,

sus ojos unos rubíes que no reconozco.

Mi padre: *Juniper, cariño, tenemos que hablar.*

Pero tengo que ir al instituto.

Mi madre: *Anoche te dejaste la muda aquí. De modo que llamé a casa de Olivia.*

Me quedo helada. *Yo... es... Os lo explicaré cuando vuelva del instituto.*

Juniper...

Más tarde. Doy media vuelta y salgo. Conmocionada.

Tres horas más tarde, sigo sin saber qué hacer. Se han dado cuenta. Por fin me hacen preguntas.

¿Me distanciaré de ellos? ¿Me pertrecharé detrás de mentiras?

En el pasillo, entre clase y clase, paso frente a la puerta de su aula. Me asomo y lo veo limpiar unas motas de polvo de la pizarra con los dedos.

Él me mira a los ojos durante una fracción de segundo.

Una mano me atenaza la garganta, impidiéndome emitir sonido alguno, respirar.

Es como si tuviera grabado en la frente —*voy a decírselo a mis padres*— con grandes y grotescas letras de fuego.

Sigo avanzando por el pasillo, apretando el paso.

HOLA,
mi nombre es

Olivia Scott

El miércoles no para de llover. No puedo concentrarme en mis clases; me distraigo observando las gotas que se deslizan por el cristal. Apenas he pegado ojo desde que el lunes se propagó el rumor sobre Lucas. Como es natural, no puedo denunciar a Juniper, pero ¿qué puedo hacer, sabiendo que es mentira? Lucas no se merece eso. Ni Norman, que es el cretino del siglo, pero no se lo merece.

García ha evitado mirarme a los ojos toda la semana, y me esfuerzo en no imaginar a Juniper junto a él. Formarían una pareja insoportablemente fotogénica, lo que hace que el tema resulte ocho veces más impropio. No pienso que los profesores tengan relaciones sentimentales, ni siquiera amistades. A mi modo de ver, existen en su propio espacio: ese espacio de seis metros en la parte delantera de la clase, donde son omnipresentes y todopoderosos, donde gobiernan nuestras miserables vidas. En cualquier otro lugar, no existen.

Pero desde el domingo por la noche no dejo de pensar en qué ocurriría si habláramos con García como si tuviera nuestra edad. Si comentáramos con él nuestras vidas y nuestros intereses y nuestro futuro. Sería curioso verlo a través de esa lente.

Aunque supongo que, dado que Juniper ha dejado de asistir a su clase, no lo conoce a través de la omnipresente lente-profesor. Lo cual me tranquiliza mucho.

Sigue lloviendo cuando llego a casa. Cierro la puerta para dejar de oír ese sonido, suspirando.

Llegar a casa hoy me produce un dolor semejante a una jaqueca. Aparte de unos instantes el lunes por la noche —tenía un aspecto como atontada que me alarmó—, no he vuelto a ver a Kat esta semana. Lo único que tengo son los mensajes grabados de ayer, y ahora de hoy: *Llamamos para informarles de que Katrina Scott tampoco ha asistido hoy a clase.*

Mi móvil empieza a sonar. Lo saco, suponiendo que es Juni, confiando en que sea Claire o Matt. Pero en la pantalla pone: *Daniel.*

Extrañada, contesto.

—¿Hola?

—Hola, Olivia.

—¿Dan? —Dejo mi mochila y la bolsa de la farmacia en la mesa de la cocina—. ¿Cómo..., esto..., cómo va todo?

—Bastante bien, bastante bien.

—O sea..., ¿bien? ¿*Por qué me llamas?*

—Oye, me he enterado de que Juniper ha estado ingresada en el hospital. Es muy fuerte.

—Sí.

—¿Está bien?

—Esto..., sí —respondo con tono monocorde para que deje de hacerme preguntas, sin saber a qué viene esta llamada.

—¿Y tú cómo estás? Supongo que estresada.

—Pues sí. Pero Juni está mejor. —Entro en la sala de estar y me siento en el sofá. Los muelles crujen—. Dan...

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué?

—Porque si quieres venir más tarde, yo encantado. Ya sabes, para aliviar tu estrés.

Aparto el móvil de mi oreja y lo miro, medio flipando, medio asqueada.

—¿Perdón? —balbuceo, llevándome el móvil de nuevo a la oreja—. Un momento, espera. ¿Me estás proponiendo en serio lo que creo que me estás proponiendo?

—Yo... no sé.

—Vale, te lo aclararé: ¿me has llamado para que vaya a tu casa a follar?

—Bueno, mis padres no están. Estaremos solos.

—Madre mía, Daniel. Te lo diré muy claro. *No*.

Él calla un segundo. Luego pregunta:

—¿Estás ahora con Matt?

—Eso a ti no...

—Porque ni siquiera es buen tío.

—¿No es buen tío? ¿Aunque eres tú quien sigue llamando cuando te he dicho que no como tres veces? ¿Por qué no llamas a otra chica? ¿Qué tengo que hacer para que lo entiendas?

—¿Así que lo que pasó el otro fin de semana no te importa? ¿Nada en absoluto?

Cierro los ojos.

—Mira, tú y yo debemos de tener un problema de comunicación. Fue divertido, ¿vale? Pero fue una sola vez. Pensé que estaba claro que...

—No tiene que ser sólo una vez.

—Pero lo es. *A*, no quiero volver a enrollarme contigo, y *B*, me gusta otro tío, así que...

—De modo que es Matt. ¿Qué diferencia hay entre follar con él o conmigo?

Mi mente se para. No se me ocurre qué decir, pero da lo mismo, porque el bueno de Dan sigue dale que dale.

—Además, si te acuestas con cualquiera, no puedes reprocharme que yo también lo intente.

Cuando por fin encuentro las palabras adecuadas, salen de mi boca como un torrente:

—¿Así que por haberme acostado con más de un tío he perdido mi derecho a elegir con quién me lío? ¿O pretendes decirme que por haber tenido sexo con varias parejas soy incapaz de enamorarme de una persona? En cualquier caso, *estás loco*.

—Oye, lo único que digo es que no puedes comportarte como una guarra y exigir luego que no te traten como a una guarra. Eso se llama publicidad engañosa.

Hijo de...

Hay varios tipos de ira. Está el tipo de ira que no puedes reprimir. Y está el tipo de ira que estalla por cada poro de tu cuerpo a la vez, haciendo que te sientas como si te expandieras y te retorciera convirtiéndote en algo que no es humano. Sientes unas

oleadas de ira que te abrasan la piel. En estos momentos, juro que podría fundir metal con sólo echarle el aliento.

¿Publicidad engañosa? Estoy harta. Estoy harta de las miraditas y los rumores y la falta de decencia humana, por no hablar de la privacidad. Estoy harta de que me definan por esa única faceta de mi persona.

—¡Yo no anuncio nada! —grito; mis palabras reverberan entre las paredes de mi cuarto de estar—. Mi cuerpo *no te pertenece*. No te debo nada. No debo a los tíos una puta compensación por la fama que tengo. No debo al público una disculpa por mi vida personal. No debo nada a nadie, ¡así que déjame en paz de una vez por todas!

Le doy al botón de desconexión con tal violencia, que en la pantalla aparece una mancha. Durante un segundo me pongo a temblar con los dientes clavados en el labio inferior. Acto seguido me dirijo hacia la escalera tapándome la boca con la mano. Me siento mal.

Entro en mi habitación, cierro la puerta con pasmosa calma y echo el cerrojo. Lanzo mi móvil contra la almohada de *La guerra de las galaxias* que hay sobre mi cama con tal fuerza que los músculos del brazo me duelen. El móvil se hunde en la cara de Han Solo y lanzo un ahogado y feroz rugido de furia. Me miro en el espejo: mis mejillas arreboladas, la manga de mi camiseta torcida, mi expresión angustiada. Tengo la cara roja, hinchada y enfurecida, como una vela que se derrite.

Frente a mi ventana estalla un relámpago como una luz estroboscópica. El día nublado ha degenerado en una tormenta.

En mi cómoda hay una fotografía. Permanece de cara a la pared 365 días del año. Me he acostumbrado a ver la parte posterior negra del marco, un cuadrado de cartón cubierto por una fina capa de

polvo. Pero ahora le doy la vuelta.

Mi madre, mi padre, Kat y yo, preservados detrás de cristal, en una tarde veraniega. Cada año, mi padre insistía en tomar nuestra foto navideña seis meses antes de Navidad, para señalar el momento en que empezábamos a aproximarnos a la festividad. Kat luce una sonrisa radiante. La sonrisa de mi padre muestra unos hoyuelos en sus mejillas, y yo tengo la boca abierta, a punto de emitir una sonora carcajada. Mi madre siempre tenía preparado un chiste para que nuestras sonrisas resultaran naturales. Ese año fue: «¿Cómo se llaman los ayudantes de Santa Claus? Cláusulas subordinadas».

Dios, quiero recuperar a mi familia. Ahora mismo mataría por ver a Kat asentir en silencio u oír a mi padre farfullar frases tranquilizadoras. Quiero que mi madre me recoja un mechón rebelde detrás de la oreja, se invente un cuento cuando me arroja en la cama o me frote la espalda y me prometa que todo irá bien. Era capaz de hablar con rapidez y tono sosegado durante horas, hasta que sólo oía su voz envolviéndome con su calor y aceptación. Yo estaba convencida de que el mundo podía machacarme cuanto quisiera, pero ella siempre estaría ahí para consolarme. Mi madre, con su perfume amargo, sus pulseras tintineantes y su risa espontánea y estrepitosa.

Pero los buenos recuerdos que guardo de ella están contaminados por los que indicaban que iba a marcharse. Al echar la vista atrás, parece obvio. Emprendía misteriosos viajes sin previo aviso, cogía el coche y se ausentaba todo el fin de semana, incapaz de soportar Kansas durante más de unas semanas consecutivas. Coleccionaba un *hobby* tras otro, desde el tenis hasta la pintura, de los que no tardaba en cansarse. Era incapaz de conservar sus amistades, a quienes dejaba de llamar por alguna razón,

pretendidamente convincente, una tras otra.

Reprimo el impulso de tirar la foto a la papelera. Coloco de nuevo el marco en su lugar y me dejo caer en la cama, tratando de controlar mi ira. Fuera, los truenos remiten y la vida se reanuda, perezosa, lánguida y tan profunda que mi casa se estremece.

Mi móvil me tienta. No puedo llamar a Juniper, ya tiene bastantes problemas. ¿Claire? Sabe Dios lo que dirá.

Mis dedos se posan un segundo sobre el número del contacto de Matt. El pobre acaba de averiguar que sus padres van a divorciarse. ¿Es justo que le agobie con mis problemas?

Por lo visto, sí. *Dios, que egoísta soy*, pienso mientras pulso su número. Suenan uno, dos, tres tonos antes de que conteste.

—¿Olivia? —dice—. Yo..., hola.

—Hola —respondo con voz pastosa.

—¿Qué..., hum..., qué hay?

Mi garganta emite un extraño ruidito y me llevo la mano a los labios. *No seas tan débil. No se te ocurra ponerte a llorar. No debiste llamarlo.*

Durante un segundo no puedo articular palabra. Ni siquiera puedo respirar. Siento una opresión en el pecho, enredada en mis costillas como mechones de pelo enmarañados en el peine. Cada latido de mi corazón es una punzada de dolor.

—¿Has... hablado con tus padres? —pregunto por fin—. ¿Sobre Russ?

—No. Lo haré después de cenar, cuando Russ se haya dormido.

—Bien, estupendo, genial. —Fijo la vista en el techo, inspirando y espirando mientras cuento hasta ocho.

—¿Pasa algo? —pregunta Matt—. Puedes decírmelo.

—No es..., no hay...

—Venga, suéltalo de una vez —dice.

Más relámpagos. Las luces parpadean. Fuera, parece que haya anochecido y son las seis menos cuarto.

—Sólo... —Meneo la cabeza. En ausencia de palabras, la lluvia que bate en mi ventana suena más fuerte que un tambor militar.

Guardo silencio un minuto, preguntándome cómo es posible que me sienta como si estuviera fuera de mi cuerpo.

—Lo siento —digo—. Lo siento. Es que... Dan me ha llamado y...

—Mierda. ¿Qué te ha dicho?

—Que soy una zorra y merezco ser tratada como tal. Por «ser tratada como una zorra» se refiere a «ser tratada como si estuviera dispuesta a follar siempre con cualquiera».

Me seco la nariz con el dorso de la mano. Estoy sumida en una autocompasión patética.

—Es un capullo —declara Matt.

—No me preocuparía si fuera sólo él, pero todo el mundo piensa lo mismo. Richard Brown es un putón, pero las chicas nunca dicen «Seguro que se acostaría conmigo si yo quisiera, y, si no lo hace, es publicidad engañosa». ¿Por qué es todo tan injusto? ¿Por qué se meten sólo *conmigo*?

Matt se detiene un segundo antes de responder:

—Porque los tíos piensan en el sexo todo el tiempo, y les parece normal pensar en las chicas en términos de..., ya sabes, sexo.

—Pero algunas chicas también piensan en el sexo todo el tiempo. ¿Por qué los chicos pueden decir: Oye, tío, colega, esta

noche voy a follarme a una tía, y la gente dice *claro, es muy normal*, pero, si una chica dice: Voy a ver si me follo a un tío, todo el mundo se pone en plan puritano?

Matt no dice nada.

—Además —continúo, estoy lanzada—, *tú* no piensas todo el tiempo en el sexo, ¿verdad?

—Bueno, no todo el tiempo —contesta—. Pero muy a menudo, sí. Aunque no es un problema.

—Entonces, ¿por qué se comporta la gente como si todos los chicos fuerais unos maníacos sexuales? Eso también es una chorrada.

—Supongo que sí —dice como si no estuviera muy convencido.

—Lo siento, estoy desbarrando. Yo... Cuando pienso que me enrollé con Dan me parece asqueroso. Mi historial está manchado por su presencia.

Me tapo la cabeza con la ropa de la cama.

—Él, Burke y yo éramos amigos en secundaria —me explica Matt—. Pasó de nosotros en primer año de instituto, lo cual no me quita el sueño. Yo no seré Einstein, pero Dan nunca ha tenido más de ocho neuronas, así que no fue una gran pérdida.

Mi sed de venganza no queda satisfecha con ese insulto contra Dan.

—Ni siquiera es especial —murmuro entre dientes—. Es como...

—¿Qué?

Abrazo mi almohada de *La guerra de las galaxias*.

—No sé. Como los otros chicos con los que he ligado. —Suspiro,

lanzando un soplo de electricidad estática a través del móvil—. A veces pienso que no vale la pena seguir intentándolo. ¿Por qué trato de llenar este espacio con chicos? Es...

—¿Qué espacio? —pregunta Matt.

—Yo..., ¿qué?

—Dijiste que tratabas de llenar el espacio. ¿Qué espacio?

—No lo sé. Supongo que es... —Me muerdo el labio, pero no puedo contenerme—. A veces tengo la sensación de que no valgo lo bastante para retener a una persona a mi lado. ¿Entiendes?

—Ah. Yo..., sí. —Matt baja la voz—. Creo que no tienes razón, pero lo entiendo.

—De todos modos, es una gilipollez. —Fuerzo una amarga risotada—. Creí que los chicos podían compensar mi complejo de que nadie me quiere. —En cuanto digo esa frase, deseo desdecirme. ¿Por qué estoy desbarrando sobre mis inseguridades justo con el chico del que estoy colgada?

Matt calla durante lo que se me antojan varios meses, prolongando mi humillación.

Por fin dice:

—No es verdad que nadie te quiera.

Un escalofrío recorre mis brazos. Matt habla en voz baja, pero lo que hay debajo suena alto y claro: *Yo te quiero*.

No digo nada. No puedo decir nada. En el tenso silencio, ambos ponemos al descubierto nuestras funciones más básicas: el ritmo de nuestra respiración, la sangre que bombea en nuestras venas, el aire que se mezcla en nuestros tímpanos. El más leve sonido que cualquiera de nosotros puede emitir. Y algo en mi interior se calma,

envuelto en una fuente de silencio vespertino.

Abro la boca para decir algo tremendamente divertido, pero, tras un segundo de angustiosa vacilación, digo:

—Cuéntame algo.

—¿Qué? —contesta él.

—Cuéntame algo. Lo que sea. Yo no..., no es necesario que sea... cualquier cosa.

—Está bien —responde, claramente perplejo—. Cuando iba a primero de secundaria me rompí la muñeca, y un chico que se llamaba Adam no se qué va y me pregunta: «¿Eso te ha pasado por utilizar la mano derecha demasiado a menudo?» A partir de entonces todo el mundo me llamó «Matt Paja» durante dos años. Con gestos de manos incluidos. Fue duro.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Dios, los chicos de secundaria son peores que los del instituto.

—No sé qué decirte. Los chicos del instituto son bastante repelentes.

—Algunos son majos. —Dejo que mi voz adopte de nuevo su tono juguetón habitual—. Por ejemplo, tú.

Otra pausa.

—Ahora cuéntame algo tú —dice Matt, pero las palabras suenan cautelosas. Tengo la sensación de que no se refiere a cualquier cosa.

—¿Lo que sea?

—¿Puedo preguntarte por tu madre? ¿Qué ocurrió?

Aparto las ropas de la cama y fijo la vista en el techo, dejando

que la ausencia de mi madre me duela. Los recuerdos de ella permanecen en la superficie, pulsando como heridas que se han reabierto.

—De acuerdo, mi familia se trasladó a Nueva York cuando yo tenía catorce años —digo—. Cuando terminé segundo de secundaria.

Aún recuerdo ver a mamá en la Quinta Avenida; es una imagen nítida y potente, una faceta tallada en el fondo de una gema. Su sonrisa se graba contra la luz vespertina de la ciudad, su pelo rubio blanqueado por el resplandor de un letrero luminoso. Tiene las manos enfundadas en los bolsillos de sus vaqueros, su fular de lino le enmarca la barbilla. En mi imaginación, se parece mucho a Kat. A veces pienso que no queda nada del rostro de mi madre en mi memoria, que Kat sustituyó, a escondidas, los recuerdos que guardo de ella, que me engaño al pensar que recuerdo el aspecto que tenía.

—Pasamos allí un fin de semana —le explico—, alojados en un hotel en Brooklyn. Teníamos que partir en avión el lunes por la mañana, en uno de esos estúpidos vuelos a primera hora, y teníamos que levantarnos a las cuatro de la madrugada. Dormíamos en dos habitaciones, una para Kat y para mí y otra para nuestros padres. Me desperté a las cuatro y oí sus voces a través de la pared. Llevaban años peleándose y gritaban como posesos, supongo que despertarían a toda la planta del hotel. Kat estaba sentada con los brazos alrededor de sus rodillas, aterrorizada. Me levanté y fui a llamar a la puerta de la habitación de mis padres, pero de pronto se abrió y salió mi madre. Echó a correr por el pasillo y bajó la escalera llorando a lágrima viva.

Acerco las rodillas a mi pecho.

—Entré en su habitación y vi a mi padre sentado en la cama,

mirando el pequeño televisor del hotel, donde ponían un estúpido programa sobre la demolición de casas viejas, presentado por un tipo con pinta odiosa y una sonrisa más falsa que un billete de tres dólares. Mi padre tenía la vista fija en la pantalla, pero no estaba mirando el programa. Sabe Dios lo que le diría a mi madre para que saliera corriendo así. Aún me lo pregunto, pero él nunca me lo ha dicho, así que no puedo evitar pensar que... —Trago saliva—. Yo le pregunté: «¿Quieres que vaya a ver si mamá está bien?», y él me miró con una expresión..., como diciendo: «Olivia, pequeña, tienes catorce años y no comprendes lo que ha sucedido, no puedes comprenderlo». Pero por supuesto que lo comprendí.

Me duele la garganta. Llevo mucho rato hablando. Pero continúo:

—Bajé corriendo al vestíbulo y vi la parte trasera de un taxi que arrancaba. Kat y yo dijimos: «Bueno, papá, llamemos a otro taxi», pero no logramos que se moviera hasta pasada la hora en que el avión debía despegar. Así que volvimos en un vuelo por la tarde, y cuando llegamos a casa vimos que mamá se había llevado todas sus cosas. No volvimos a verla. Mi padre tardó unas semanas en conseguir un número de teléfono donde localizarla, pero sólo hablaron una vez, y mi madre... no quería hablar con Kat ni conmigo. Pensó que sería demasiado doloroso.

Matt no dice nada.

Yo trato de sonreír, pero no lo consigo.

—¿Cómo es tu madre? —pregunto.

—No es mala persona. Siempre me quejo de ella, pero no es... No sé.

—¿Tiene buen carácter?

Matt emite un sonido neutro.

—Supongo que basta con que te diga que el verano pasado visitamos Yale para su vigésima quinta reunión, y al final dijo básicamente: «Me siento humillada de que hayas optado por presentar tu solicitud de ingreso en la Universidad de Misuri-Kansas City debido a tus malas calificaciones» —lo dice como si no le preocupara—. Siempre ha pensado que soy idiota. Soy lo bastante listo para darme cuenta de eso. Pero cuando traes malas notas todos los años al final te acostumbras a ser una decepción, y a estas alturas no me afecta.

Su tono de resignación me deprime. Claire tiene un promedio de calificaciones de 4.0 pero es más lista que el hambre. Y el padre de Juniper tiene un doctorado en filosofía, pero el pobre no tiene un gramo de sentido común. Puede que Matt sea el mejor psicólogo del mundo. Quizá sea una de esas personas que puedes dejar en una gigantesca metrópolis y a los treinta segundos aprende a orientarse. Siempre he pensado que todo el mundo es un genio en alguna materia, basta con hacerla aflorar y pulirla.

no se
entiende la
corrección

A mí, en estos momentos, Matt me parece un genio porque ha logrado que vuelva a sentirme normal.

—¿Matt? —digo—. Gracias por esto.

—¿Por qué? —Su tono es más animado—. ¿Por quejarme de mi familia? Podría pasarme todo el día quejándome de ellos.

Yo me río.

—De acuerdo, espero un trabajo de veinticinco páginas sobre

tus quejas para el viernes.

—No hay problema.

—Interlineado simple —añado—. Y no utilices una fuente de letra gigantesca.

—Hum —responde—. Vas a ser una profesora implacable.

—No lo dudes.

El silencio se intensifica; su espalda se encorva bajo el peso de lo que nos abstenemos de decir.

—Bueno, pues... —digo.

—Bueno, pues...

—Mira, no quiero estropear las cosas, porque creo que esto es bueno..., ¿comprendes?

—Sí —contesta Matt—, lo es.

Yo sonrío.

—Y ahora mismo necesito cosas buenas. En todos los sentidos.

—Yo también. —Tras una larga pausa, Matt dice—: Yo tampoco quiero estropearlo. Me refiero a... esto.

—Lo sé. Es que..., hum... —De pronto noto que las palmas de las manos me arden. Desconecto mi cerebro y digo—: Tú me gustas, creo, y bastante.

—Tú también me gustas —responde Matt con cautela, como temiendo que le diga: «¡Te lo has tragado, es mentira!»

—Ah —digo, conteniendo el aliento—. Vale.

—Sí.

Me aclaro la garganta.

—¿Podemos vernos mañana?

—Yo..., claro. ¿Después de clase? Podemos reunirnos en el ala nueva.

—Perfecto. Bueno, pues... ¿Adiós?

—Adiós, Olivia.

Pero ninguno de los dos cuelga, y durante unos momentos ninguno de los dos dice una palabra.

Por fin, Matt dice:

—Está lloviendo a cántaros.

Miro hacia la ventana. Los chorros de agua que se deslizan sobre el cristal descomponen el mundo exterior en un cuadro impresionista. La brisa penetra por el estrecho hueco, removiendo el aire.

—La lluvia me encanta —digo—. Huele como si me despertara.



He dilatado este momento tanto como he podido.

El sol se ha ahogado en la lluvia vespertina.

Abro la puerta con la llave, mis dedos estrangulan la manija.

¿Qué dirán?

Querrán hacer la llamada...

(todo ha terminado, lo saben, han descubierto mi amor.) ¿Me arrastraré ante ellos, mi voz áspera como grava, les suplicaré, mis ojos llenos de desesperación,

me humillaré?

¿Lo perdonarán? ¿Me perdonarán a mí?

¿Me perdonará él por haberlo confesado?

(por favor, perdóname)

(perdóname) Nos sentamos, tensos, en el cuarto de estar.

Transcurre una hora.

Cada detalle que no he detallado; cada problema que ellos no han abordado... lo explico todo.

Ellos me escuchan en silencio, como bombas de relojería.

Ahora ya lo sabéis.

Y estallan al mismo tiempo.

Juniper Bridget Kipling...

¡Juniper!

Cinco meses...

¿Nos has mentido descaradamente...?

Adopto una actitud gélida. Mis palabras se desprenden y vagan a la deriva, como esquifes en un lago en calma.

No me ha costado mentir. Entiendo que tendría poco menos que lanzar fuegos artificiales dentro de la casa para que me amenazaraís con consecuencias.

Eso no es cierto.

¿Te das cuenta de lo preocupados...?

No doy crédito. Agita mis remos. *¿Preocupados? Habéis permanecido cruzados de brazos mientras yo me convertía en un desastre. Si os preocupaba ver cómo me comportaba, no me he dado cuenta.*

Mi madre aprieta los puños.

Los aprieta con fuerza para estrujar el temor que siente, para librarse de él y devolver la normalidad a esta familia.

Mi padre se levanta. *¿Te ha hecho daño ese hombre? Te juro que si te ha hecho daño, si te ha forzado a... hacer algo que tú no querías...*

Por supuesto que no. Yo también me levanto. Ya te lo he dicho, no nos hemos acostado juntos. Ya te lo he dicho, papá.

Su rostro está teñido de un color rojo violáceo. Una acuarela terrorífica. *Esto es increíble. Voy a llamar al instituto ahora mismo.*

No. No puedes...

Por supuesto que puedo. Puedo hacerlo y lo haré.

Mi padre alarga la mano para coger el teléfono. Yo me abalanzo sobre él y le aparto el brazo de un manotazo...

Él grita algo...

Mi madre también grita...

(todo sucede tal como imaginé) y el timbre de la puerta nos sobrecoge con su sonido cristalino.

Enmudecemos. El color se desvanece de nuestras mejillas como un tinte barato. Mi madre se apresura por el pasillo, abre la puerta con una sonrisa aturdida.

Que se cripa en sus labios.

Un escalofrío me recorre la espalda.

¿David?

Estos sofás son duros como los banquillos en los tribunales; en nuestras manos sostenemos un veredicto de culpabilidad.

De modo que..., dice la voz que suena más como la de un juez que como la de mi padre. *De modo que usted es...*

David García. Hola. Quisiera decir que estoy encantado de conocerles, pero, dadas las circunstancias, supongo que ustedes no piensan lo mismo.

Desde luego. ¿Cree que puede acosar a mi hija y...?

Papá. Él no ha acosado a nadie.

No he terminado. Joven, tiene usted una responsabilidad. ¡Por el amor de Dios, es funcionario del gobierno! Tiene una responsabilidad ante los niños de este país...

No soy una niña, protesto como una niña.

Mi madre me interrumpe. *Estoy totalmente de acuerdo. Debería avergonzarse de ser maestro.*

Lo sé. Los ojos de David expresan serenidad. *Por eso me he entregado.*

alguien me ha partido la laringe

emito un sonido entrecortado.

la docencia fue su primer amor,

su gran amor.

(¿david? tú...

no has debido...

¿por qué lo has hecho?) No tengo palabras.

Mis padres tampoco.

Así pues, dicho esto, dice David, no sé cómo proceder a partir de aquí. Entiendo que estén furiosos, por supuesto. Y afrontaré las consecuencias. Haré cuanto esté en mi mano para que el nombre de Juniper quede al margen. Seguro de que la policía emprenderá una investigación, y querrán entrevistarla, pero eso no..., puesto que nosotros nunca..., no debería ser una cuestión legal...

De mis labios escapan unos murmullos, *sí, hum..., ellos ya lo saben.*

De acuerdo. Bien.

david, ¿por qué...?, no era necesario que tú...

Sí lo era. Flexiona la mano, pienso que va a tomar la mía pero no lo hace. *Tenía que hacerlo.*

la agresividad se ha disipado del ambiente.

mis padres me miran, todos me miran.

estoy inmóvil; en mi mente se agitan un millón de pensamientos.

echarán a David, quedará deshonorado.

la voz de mi madre apenas es un murmullo. *Salga de esta casa. Y luego, cuando abandone su puesto, y abandone esta ciudad, dejará en paz a nuestra hija.*

ese tono autoritario que tiempo atrás valía millones.

él lo soporta con dignidad, con estoicismo.

pero yo...

ahogo un sollozo con el puño, mi voz es una explosión que esparce metralla por doquier... *mamá, no..., por favor, por favor...*

Ella tiene razón, June, dice David.

lo miro atónita, sintiéndome traicionada, rota.

incluso mi madre pestañea, confundida.

He obrado mal, dice él. Debí ser más..., debí dejar muy claro desde el principio que nosotros... que esto... no tenía que acabar así. Era mi responsabilidad, y durante cinco meses la he desatendido.

con cada palabra me fracturo un poco más, una nueva y fina raja en una superficie de cerámica.

con cada palabra soy más frágil.

con cada palabra, más vieja.

las lágrimas cesan. *¿así que esto ha sido un error?*

No, eso no... He cometido un error, June, pero tú no has sido un error. Te juro que eres lo mejor de mi vida. Mi error fue no esperar.

mi madre mira a David como si fuera un cuadro y empezara a comprenderlo.

Juniper no se graduará hasta dentro de un año y medio, dice despacio, y, si usted se pone en contacto con ella antes de esa fecha, le aseguro que solicitaré

una orden de alejamiento contra usted.

(¿Antes de esa fecha?)

Las palabras resuenan en mis oídos, la esperanza me produce vértigo.

Mi padre alza su cabeza pelada. Toma la palabra. *Si en algún momento ella trata de contactar con usted, debe informarnos de inmediato. Primero hablará con nosotros. ¿Entendido?*

Sí, dice David.

Me mira a los ojos. Nuestros ojos son cuerdas de salvamento. En sus ojos me veo abrazándolo. En los míos, él sabe que lo amo.

Se levanta.

¿Puedo despedirme de él?, pregunto.

No, responde mi padre, pero mi madre le toca la muñeca.

Se miran a los ojos, una breve y silenciosa batalla.

Mi madre le obliga a ponerse en pie. Nos dejan solos.

Juniper...

Me echo en sus brazos y él me abraza con fuerza,

con tanta fuerza

que podría fundirme con él, piel contra piel y corazón contra corazón.

Todo se arreglará, murmura. Todo se arreglará. Un corte limpio duele menos, te lo prometo.

Pero... Me separo de él. Temo que conozcas a otra mujer en una ciudad más grande, más interesante.

No, eso no ocurrirá. Me aparta el pelo de la frente. Tú eres la única.

Bueno, que tú sepas...

Enseguida me arrepiento de haberle hecho reír...

Ya echo de menos ese sonido.

Me besa en las mejillas, en las sienes.

Miro sus ojos compasivos y lo veo todo.

Volveremos a vernos, dice.

Lo sé.

Y, tras estas palabras, sale al pasillo.

Que lo engulle, palmo a palmo.

Se detiene en la puerta un momento,

una silueta enfundada en un abrigo negro que se recorta contra la luz dorada del porche.

Levanto la mano.

La puerta se cierra,

el *clíc* de un corte limpio.

Estoy mareada, temo disolverme,

pero mi cuerpo resiste.

Las manos no me tiemblan. Tengo la cabeza despejada. Los ojos secos.

Y sé que...

de alguna manera...

todo irá bien.

Esta vez no me vendré abajo.



A las cinco y media suena el timbre de la puerta.

—Yo abriré —digo, asomando la cabeza por el pasillo. Grace me da las gracias desde las profundidades de su habitación.

Bajo salvando los escalones de dos en dos y, al ver quién está al otro lado de la puerta de cristal, me paro en seco.

Es Lucas. En cuanto veo su expresión, pienso: lo sabe.

Abro la puerta. El estruendo de la lluvia se cuele dentro. El hecho de que Lucas no sonría me aterroriza.

Nos sentamos en el cuarto de estar; tiene el pelo húmedo y alborotado. La figura móvil de madera que cuelga en la galería gira y se balancea en la corriente de aire del radiador, distrayéndome.

—Hola. ¿Qué haces aquí? —pregunto.

Se me antoja extraño preguntarle eso, dada su constante presencia bajo el techo de mi casa. Aparcaba frente a ella todas las mañanas para recogerme y regresábamos todas las tardes charlando. Lo besé en la azotea, debajo de las ramas de nuestro roble, un húmedo anochecer estival. Recuerdo la dureza de sus brazos, las palmas de sus manos.

—No lo sé —responde—. No sé qué hago aquí.

¿Qué puedo responder a eso?

Me aclaro la garganta.

—¿Qué... tal fue el torneo de natación ayer?

—Muy bien —contesta—. Me clasifiqué en los 500 metros libres. Dos segundos más rápido que mi mejor crono.

—Pues..., enhorabuena.

—Gracias.

Los segundos pasan lentamente. Es la primera vez que tengo la sensación de estar charlando de cosas intrascendentes con él. Hay algo que falta en nosotros. A veces sientes la indiferencia en la forma en que la persona te mira, la postura de su cuerpo frente a ti, la forma en que pestañea y apoya las manos en la mesa. Falta algo, sin duda. No sé si lo he perdido yo, si lo ha guardado él o si lo tiene otra persona, pero ésta no es la pareja que éramos.

De pronto él dice algo con un tono distinto, un tono que recuerdo con más claridad.

—Siento haber sido tan..., después de que rompiéramos. No debí comportarme como si tú no fueras..., como si no hubieras sido alguien especial para mí.

El velo de cordialidad se corre hacia un lado en el aire y veo su rostro. Dice que lo siente, pero quiere decir otra cosa. ¿Qué? Eso sucedía de continuo. Se disculpaba por algo a regañadientes, malhumorado, en lugar de ofrecerme explicaciones o tratar de enmendarse.

—Está bien —digo, sabiendo que espera que yo también me disculpe. Que me disculpe por lo que le he hecho.

Pero las palabras están en otro lugar, un lugar donde no puedo acceder a ellas, porque lo miro y pienso, quizá no se trate de que no recuerdo lo que éramos. Quizá nunca supe lo que éramos.

Al mirarlo no me siento satisfecha, como me sentí ayer cuando oí a todos hablando de él y de Norman. Ahora recuerdo el peso de haberle dicho que lo quería. En marzo, salimos para celebrar su cumpleaños y pasamos el día recorriendo las tiendas de antigüedades de Paloma, imaginando que los curiosos cachivaches que veíamos eran un tesoro perdido de otro mundo. Después de cenar, me llevó a casa en coche. Me besó al despedirse y se lo dije, de forma abrupta y nerviosa, y su sonrisa se hizo más alegre y más ancha, hasta que pensé que debía dolerle, y dijo que también me quería.

No, esto no es satisfacción.

—Ésta será la última vez que me disculpe contigo, creo —dice con voz ronca—. Espero que sea esto lo que querías.

—Así es.

Lucas menea la cabeza y se levanta. Respira hondo como si fuera a decir algo importante. Sus ojos muestran una expresión acusadora, pero cierra la boca y se marcha, y por primera vez no quiero llamarlo para que regrese. No quiero decir una palabra más.

Regreso a la cocina con paso vacilante. Durante mucho tiempo Lucas fue mi razón de ser. Durante meses he vivido en un brumoso planeta gaseoso de confusión y amargura. Jamás comprendí por qué era mucho peor que otras personas, hasta el punto de que merecía estar sola...

Pero, en última instancia, no se trataba de mí.

Quizás el hecho de culparme a mí misma fuera una especie de egoísmo.

Me llevo las manos a la boca, pero no me muerdo las uñas. Contemplo mi imagen oscura y deformada en la puerta del horno.

Siento un repugnante sabor acre en la lengua, y por fin lo comprendo. El peso de lo que he hecho. Me impacta con tal fuerza que me siento a la mesa de la cocina, resoplando. Observo mis manos temblorosas.

Soy irredimible.

HOLA,
mi nombre es

Kat Scott

Los zombis se abalanzan sobre mí.

—Mierda.

Pulso la tecla «abajo», tratando de volverme y echar a correr, pero sus dientes se han clavado en mis piernas.

—Mierda, mierda, maldita sea —murmuro entre dientes, apartando mi ordenador portátil con gesto de derrota. En la pantalla aparecen los rostros podridos de los zombis, babeando, con unos pellejos colgando de sus pálidas frentes. Me reducen. ¿*Continuar?* pregunta la pantalla, atormentándome. Por supuesto que voy a continuar. Llevo siete horas continuando.

Me hundo en la silla de la cocina. Este nivel es imposible. Después del minijefe, se produce una emboscada. Ninguna de mis armas, y menos mi armadura, es lo bastante potente para cargarme a los no muertos, pero llevo intentándolo todo el día. Mi segundo día de no ir a clase, trasladándome de un lugar a otro de la casa, jugando con mis videojuegos.

Sin pensar en la obra de teatro.

Sin pensar en Emily cuando me dijo: «No lo hagas, por favor, por

favor».

Sin pensar en la expresión de la cara de mi hermana cuando le dije: «No te necesito».

No he pensado en nada de eso.

Cuando pulso «reaparecer» y comienzo de nuevo, la puerta se abre, dejando oír el sonido de la lluvia. Mi padre entra quitándose la capucha de su poncho. Su vello facial ha pasado de la barba de un día a una barba en toda regla, un escudo canoso que le cubre la mitad de la cara. Parece un extraño.

Yo sigo jugando. Mi padre se acerca a la mesa y deposita un par de bolsas de la compra junto a las cosas de Olivia, amontonadas frente a mí. Hace un rato la oí gritarle a alguien por teléfono. *No siento curiosidad*, me digo. No me importa quién fuera.

—¿Esto es de tu hermana? —inquire mi padre señalando la bolsa de la farmacia.

—Sí.

—¿Está enferma?

—Ni idea —contesto, trepando por una valla. El alambre de espino hace que mi barra de vida se reduzca. Registro a un cadáver que yace junto a mí en busca de medicinas mientras mi padre abre la bolsa de la farmacia y examina su contenido.

—Katrina —dice mi padre.

Pulso la tecla de pausa y levanto la vista. Sus ojos, más perspicaces y despabilados de lo que los he visto en mucho tiempo, rebosan de incredulidad. Sostiene en alto una cajita verde. PLAN B: ANTICONCEPTIVO DE EMERGENCIA.

—Yo..., vaya —digo—. Eso es...

—¿Es de tu hermana?

No contesto.

—Ve a buscarla, por favor. —Mi padre se deja caer en la silla frente a mí—. Ahora.

Los tres estamos sentados en un silencio atronador. Miro alrededor de la cocina. Las paredes, de un deprimente color de pan revenido. La lluvia que sigue batiendo débilmente en el cristal. El crepúsculo a través de la ventana, como la luz de la lumbre, ardiendo a fuego lento bajo las pesadas nubes.

¿Qué hago aquí? Si quieren hablar de esto, allá ellos, pero ¿qué tiene que ver conmigo?

Mi padre apoya una mano sobre la otra en la mesa y fija la vista en ellas.

—¿Desde cuándo tomas eso?

—Más o menos desde segundo año de instituto —responde Olivia—. Papá, por favor, no te enfades. El hecho de que tome esa píldora demuestra que soy una persona responsable. De eso se trata.

—¿Esto es ser responsable? —replica mi padre, sin dar crédito—. Olivia, tienes diecisiete años.

—Lo sé, pero...

—Esto no es aceptable —dice mi padre.

En el rostro de Olivia se dibuja una curiosa expresión. Se ríe por lo bajini.

Mi padre arruga el ceño.

—Tienes que reconocer que esto es francamente cómico —dice Olivia—. El hecho de que de pronto te pongas a juzgar *este* tipo de

información, cuando el resto del tiempo estás *in absentia*.

Mi padre se reclina en el asiento, desconcertado.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

Olivia lo mira ladeando la cabeza.

—¿De veras no lo sabes?

—¿Qué?

—Lo distante que estás.

Mi padre levanta la voz.

—No. No sé a qué...

—Ella tiene razón —lo interrumpo.

En mi visión periférica observo que Olivia me mira atónita. Yo me abstengo de mirarla. Mi padre calla, sin duda asombrado de que me muestre de acuerdo con ese juicio más que evidente.

—Papá —dice Olivia—, tenemos que hablar. Es preciso. No se trata sólo de lo que no sabías, sino de lo que te estás perdiendo. En septiembre ingresé en la Asociación de Estudiantes de Honor y no asististe a la ceremonia, aunque te lo pedí. No fuiste a ver las obras de teatro en las que trabajó Kat la primavera y el otoño pasados. Estuvo genial en las dos, y te las perdiste. Ha estado haciendo novillos, y me dijo que tú firmaste una nota diciendo que había estado enferma. Eso no es..., ¿le has preguntado qué estaba haciendo? Te lo diré yo. Es adicta a los videojuegos y se ha aislado de todo el mundo. Y, para que lo sepas, estoy asustada. Los fines de semana no se levanta de la cama, no come, y tú ni te dabas cuenta. *No te das cuenta, papá.*

Miro a Olivia. Sus palabras, dirigidas a otra persona, no suenan como una acusación. No desencadenan ese mecanismo de defensa

en mi pecho; lo único que siento es una fuerte punzada al percibir el pánico en su voz. ¿Por qué suena tan distinto cuando se lo dice a papá?

Cuando por fin lo comprendo, me siento humillada por haber tardado tanto en captarlo. Olivia no trataba de obligarme a ser como ella. Estaba *preocupada*.

Cada vez que me atosigaba por algo durante el último año —*¿has comido? ¿por qué no te levantas de la cama? ¿vas a clase?*—, me decía: *Me preocupas. Te quiero. Te quiero*. Y yo sólo oía: *No vales nada*.

Guardo silencio, tratando de procesar esto. Tratando de eliminar la vergüenza que me cubre como una espesa capa de miel, asfixiándome. Quisiera poder tragarme todo lo que le dije el domingo. Cada una de mis airadas palabras.

—No sé qué decir —contesta mi padre, demudado. Sus arqueadas cejas se juntan en el centro—. No me di cuenta... No sabía que pensabais eso. Las dos.

—Tranquilo —se apresura a decir Olivia—. Sé que ha sido duro desde que mamá se fue. Pero a veces las dos tenemos la sensación de que te hemos perdido. Sólo digo que necesitamos recuperarte. —Mi hermana se vuelve hacia mí—. Al menos, yo necesito recuperarte.

No te necesito, dice esa voz cruel en mi cabeza.

Me invade un profundo sentimiento de culpa. Estoy sentada en nuestra humilde cocina, inmersa en el silencio, observando a dos personas a las que he mantenido alejadas de mí con todas mis fuerzas. Y un millón de recuerdos se agitan en mi mente, una tormenta de cinta de teletipo. Rebosantes de color, como fotografías demasiado retocadas. Recuerdo que Olivia y yo nos mirábamos sonriendo, sus ojos de ese color azul ultrasaturado que

tiene la pintura espesa. Recuerdo que esperábamos en lo alto de la escalera, la mañana de Navidad, cuando nuestra balaustrada estaba decorada con verde y rojo, y veíamos a papá aparecer al pie de la escalera, con los brazos abiertos, sonriendo. Recuerdo cuando teníamos ocho años y bajábamos corriendo por la acera de nuestra calle sin salida. Olivia y yo. Juntas desde que nacimos.

—Yo también os necesito —digo—. A los dos.

Mi hermana me mira a los ojos, y es demasiado. Demasiado personal, demasiado intenso, demasiado sincero. Bajo la vista y la fijo en mi regazo cuando Olivia mira el reloj.

—Un momento —dice—. Son las siete. ¿No deberías estar en el ensayo general?

—Lo he dejado.

—¿*Qué?*

—Sí. El lunes. Tuve una especie de crisis. —Trago saliva—. Les grité a todos. He dejado la obra.

Otro largo silencio. Miro a Olivia de refilón; tiene la boca abierta, pero no dice nada.

De repente, mi padre dice:

—Levántate.

—¿*Qué?*

Se levanta y saca las llaves del bolsillo.

—Irás al ensayo general —dice, su voz cada vez más firme.

—No puedo volver allí, papá. No comprendes que yo...

—Tienes razón —contesta—. No lo comprendo, pero quiero comprenderlo. No he estado allí. Pero eso va a cambiar.

Lo miro asombrada. Hay algo familiar en sus ojos. Es el fervor que ponía al referirse a los campeonatos de los curiosos deportes a los que era aficionado. Campeonato Internacional de Wiffle Ball⁷ o Campeonato de Bolos con Sandías. Es la expresión chispeante que mostraba cuando contaba un chiste, esperaba a que mamá gimiera y la besaba en la frente con gesto triunfal. Son recuerdos de cuando yo era más joven, y no me había percatado de lo mucho que los echaba de menos.

—Anda, levántate —dice papá, dirigiéndose hacia la puerta—. Vamos.

Cruzo una mirada con Olivia. Nos levantamos y salimos detrás de nuestro padre.

Me acerco a la puerta de la sala de espera de los actores, pero cuando la abro, Emily, que se disponía a salir, choca conmigo. Los demás actores están detrás de ella. Al igual que el equipo técnico, todos agrupados en la sala de espera. ¿He interrumpido alguna reunión previa al ensayo general?

Pero nadie se ha cambiado, y faltan unos minutos para que comience a sonar la música antes de que se levante el telón. Tengo la sensación de que algo va mal. Todos se muestran muy tranquilos, no siento la tensa energía propia de un ensayo general.

Entro en la sala de espera y cierro de un portazo.

—¿Kat? —dice Emily—. ¿Qué haces aquí?

Trago saliva y miro a los actores y el equipo técnico. Todos me observan con gesto acusador. Pero no me inmuta.

—Lo siento —digo—. Siento haber perdido los nervios, y siento haberme marchado. No debí...

—Ya no importa —me corta Emily—. El señor García no ha

venido.

El alma se me cae a los pies.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? ¿Está enfermo?

—No, estuvo dando clase, pero... —Emily mordisqueea un mechón de pelo—. Esta noche no se ha presentado. Ayer nos dijo que estaba tratando de encontrar a alguien que lo sustituyera, y supongo que no lo ha conseguido.

—Pero no es normal que no se haya presentado sin una explicación —digo, pero de pronto me asalta una idea angustiosa. García no se ausentaría de un ensayo general, a menos que lo obligaran a hacerlo.

Recuerdo los rumores que corrían por el instituto el lunes sobre Lucas y el doctor Norman. Recuerdo lo tenso, incluso desesperado, que se mostró García esa tarde durante el ensayo.

¿Le ha denunciado alguien?

Todos están pendientes de mí. Me enderezo y adopto un tono de firmeza.

—¿Sabéis lo que os digo? No importa que él no esté aquí. Nosotros conocemos bien la obra.

Emily levanta un poco la mano.

—¿Pero podemos estar aquí sin que alguien nos supervise?

—¿Quién va a impedírnoslo?

—Ya, pero... —responde Emily débilmente, mirando al resto de nuestros compañeros. Mi marido en la obra cruza con ella una mirada indecisa.

—No —digo—. Nada de *peros*.

Cuando contemplo a mi alrededor esos veinte semblantes preocupados, el espacio vacío en mi pecho se calcifica en un coágulo de determinación. Vamos a hacerlo aunque tenga que interpretar yo misma todos los papeles de la obra.

Me vuelvo hacia el equipo técnico.

—El domingo estuvisteis ocho horas montándolo todo. Andrea, has dedicado mucho tiempo a diseñar el decorado. Crystal, tú sola has creado unos efectos de sonido flipantes. Y Lara, has asistido a las reuniones de producción desde principios de año. —Miro de nuevo a los actores—. ¡Me habéis *soportado* durante ocho semanas! ¿Y ahora queréis tirar la toalla? Y una mierda. —Cruzo los brazos—. Todos sabemos lo que hay que hacer. ¿Qué más da si esta noche actuamos en un teatro vacío?

Se produce una larga pausa. Luego, Emily dice:

—Bueno..., si nadie nos lo impide supongo que...

Yo le sonrío. Parece como si estuviera a punto de desmayarse. Se me ocurre que ninguna de estas personas me ha visto sonreír nunca.

—De acuerdo —dice Lara—. Id a cambiaros. Crystal, pon en marcha la música. Dentro de media hora se levanta el telón.

Mis compañeros no me dicen una palabra cuando bajamos a los camerinos, pero de vez en cuando me miran de refilón. Y, por primera vez, no me molesta que lo hagan. Por primera vez, no temo mirarlos a los ojos.

7. *Wiffle Ball*: una versión en miniatura de béisbol que se juega en un espacio reducido. (N. de la T.)



El jueves me despierto con mis pensamientos hechos un lío. Apenas he dormido una hora.

Me levanto de la cama y me peino a golpe de cepillo, deseando que el impacto contribuya a aclarar mi mente. Me miro en el espejo. ¿Te has sentido alguna vez como si tu rostro no te perteneciera, como si fuese una minuciosa falsificación, una parodia? Los ojos que me miran desde el espejo no parecen los míos. He permanecido desconectada de mi imagen reflejada, desenganchada, desacoplada.

Esos ojos no los perfilo yo. No pego, no aplico ni dibujo nada sobre esa chica. Bajo la escalera descalza por primera vez en sabe Dios cuánto tiempo.

—¿Estás bien, Claire, bonita? —pregunta Grace, removiéndome sus cereales. Hoy no va a clase, porque al parecer tienen fiesta todo el día en la universidad—. Pareces cansada.

La observo ladeando la cabeza. Los ojos verde mar de mi hermana resplandecen.

—¿Has metido alguna vez la pata? —pregunto con voz ronca y somnolienta—. ¿Tan profundamente que temes que nunca podrás

remediar lo que has hecho?

—Por supuesto.

—¿Qué hiciste?

—Fue cuando estaba en penúltimo año. —Grace retuerce entre los dedos un mechón de su pelo rubio—. Regresaba a casa en coche y atropellé al perro del señor Fausett.

—Pero fue un accidente.

—Aun así... —Su voz se encoge al pronunciar esas palabras—. El pobre me miró con una cara..., como diciendo: «¡Dios!», ¿comprendes?

—¿Qué hiciste?

—Lo que pude —contesta—. Todo lo que pude. ¿Sabes?

Durante el trayecto en coche hasta el instituto conduzco como en un trance. Tengo los hombros agarrotados debido a la tensión.

Se me ocurre dar la vuelta y regresar a casa. Ocultarme en mi cama. Ocultarme en la oscuridad. Incapaz de enfrentarme a mí misma.

Durante la primera hora, la voz de la directora Turner suena por el interfono.

—Les ruego que presten atención para escuchar el comunicado de esta mañana.

Alzo la vista hacia el altavoz negro, imaginando a Turner hablando con el doctor Norman. Imaginándolo a él regresando a su casa, pensando qué hará si pierde su empleo. ¿Está casado? ¿Tiene hijos? ¿Ha tenido que informarles de esto? Y Lucas... Me imagino gritando *Lucas McCallum ha salido del armario* por el interfono, que es básicamente lo que he hecho.

—Estudiantes y profesores —dice Turner con tono grave—. Hemos resuelto el problema que expusimos durante nuestra asamblea hace dos semanas.

Me quedo helada en mi silla. Es imposible que hayan averiguado que el culpable es el doctor Norman basándose en el detestable impulso de veinte segundos que me llevó a cometer esa cobardía. No hay pruebas.

La gente murmura a mi alrededor, haciendo todo tipo de cábalas. *Norman. Lucas. Norman.*

Turner prosigue:

—Nuestro profesor de inglés, el señor David García, que da clase a los estudiantes de honor de penúltimo año, ha confesado haber mantenido una relación sentimental con una estudiante.

Todos enmudecemos. Miramos el interfono, sin dar crédito, en silencio.

El hecho de que casi nadie bromeara sobre la posibilidad de que el culpable fuera él demuestra el aprecio que todos sienten por el señor García.

—Hemos tomado medidas disciplinarias —dice Turner—, y el señor García está siendo investigado por la policía. Rogamos a los alumnos que asistían a sus clases que tengan paciencia mientras buscamos un sustituto permanente. Una cadena de televisión llegará después de clase para hacerles unas preguntas. Les ruego que se muestren respetuosos y digan la verdad y, ante todo, que no tengan en cuenta los rumores que han circulado por el instituto, puesto que son infundados. Gracias por su atención.

Cuando la directora Turner termina de hablar, en parte siento deseos de llorar de alivio..., y en parte porque me remuerde la conciencia. Ya no hay peligro de que el doctor Norman pierda su

empleo. Quizá la gente deje de meterse con Lucas. Quizás esto remedie en parte el daño que he causado.

Diez minutos antes de la segunda hora, las aulas están en silencio. La gente ha comprendido por fin la gravedad del asunto. Un profesor que apreciaban se ha marchado para siempre —¿ha bastado este escándalo?—, pero aún les oigo murmurar sobre la identidad del estudiante. No les oigo pronunciar una sola vez el nombre de Lucas.

A medida que me dirijo hacia el aula donde está él, siento un nudo en la barriga. Mis deportivas rechinan sobre el suelo recién pulido, los fragmentos de mica relucen como luciérnagas.

Choco con alguien y murmuro una disculpa sin levantar la vista. Entonces siento una mano en mi hombro. Cuando levanto los ojos, veo a Juni.

—¿Qué ocurre? —pregunta, cruzando los brazos.

No me molesto en intentar convencerla de que no es nada. Observándome con expresión preocupada, me conduce hacia la escalera y salimos por una puerta lateral.

—Yo también tengo que decirte algo —me informa—. ¿Quieres hablar tú primero?

Me encojo de hombros y pienso distraídamente: *Dios, necesito una chaqueta más gruesa. Hoy hace un frío polar.*

—De acuerdo —dice—. Cuéntame qué pasa.

—No, yo... —Clavo la vista en mis deportivas.

—Dime qué es, Claire. Por favor. Mírame.

Me cuesta mirarla, y cuando lo hago observo una expresión severa en sus ojos. Juni se lo toma todo muy en serio. Tengo la

impresión de que ya lo sabe. La odio por ello. La quiero por ello.

Un avión surca el cielo sobre nuestras cabezas, dejando una estela de humo blanco. La brisa suspira en mi oído.

—Hice algo despreciable —digo—. ¿Sabes que Lucas..., que la gente pensaba que era él quien...?

—Sí.

—Fui yo. Rellené un formulario diciendo que había sido él.

Juni me mira abriendo mucho los ojos.

Continúo hablando de forma atropellada.

—No pensé en las consecuencias. Yo... estaba furiosa y no podía hablar con nadie y...

—Pudiste hablar conmigo. Ya sé que nos peleamos, pero pudiste...

—No, no podía —contesto. Ella cierra la boca y yo sigo sin detenerme—: Estoy harta, Juni. ¿No lo entiendes? La semana pasada me peleé con vosotras dos. Estoy harta de que seáis tan superiores a mí. ¡Olivia siempre se las arregla para ser el centro de atención y tú siempre eres la puta *perfección!*

Mis palabras se elevan en una espiral hacia el cielo. Gigantescas e irrecuperables.

Respiro trabajosamente. Unas volutas de vaho blanco se deshacen ante mí en el gélido ambiente.

Juniper va a decirme que hemos terminado, lo sé. Entre lo que acabo de decirle y el hecho de no haberla llamado cuando abandonó el hospital, me va a mandar a hacer puñetas, y me quedará sola, y me lo merezco. ¿Acaso no me lo merezco?

—Pensé que me conocías —dice con tono quedo.

Intento tragar saliva. Tengo la lengua áspera y seca.

—Por eso no te llamé el domingo. Cuando me enteré de que estabas en el hospital, yo... ¡Dios, es una mierda! En parte pensé, *por fin*. Por fin ha hecho algo que no hace que las demás nos sintamos unas del montón. Que no hace que yo me sienta como una gilipollas.

En las esquinas de sus ojos aparecen unas arruguitas..., ¿de lástima? No puedo mirarla mucho rato.

—No sólo porque eres tan inteligente, y todo el mundo está enamorado de ti, y todo lo que haces es guay. Eso también, desde luego, pero por la forma en que te *comportas*. —Bajo la vista y miro mis deportivas—. Cuando te quedas a dormir en casa, cuando estamos las tres juntas..., incluso en privado, nunca eres mala. Nunca te muestras insegura o furiosa o... ¿Cómo lo consigues? ¿Cómo es posible que seas así? Hace años que somos amigas y sigo pensando que no es justo, que es imposible que alguien sea tan...

—Claire —dice Juniper—. Era yo.

—¿Tú eras qué?

—El señor García. Estaba conmigo.

Siento como si algo se rompiera en mi pecho. La miro sin dar crédito. Sus ojos grises muestran una expresión seria, serena.

El nudo en mi mente se deshace, desencadenando la fuerza de un millón de recuerdos.

Es curioso, pero lo primero que recuerdo es la masa de rizos desordenados que yo tenía en cuarto de primaria. Recuerdo que quería tener kilómetros de pelo largo y rubio, como Cenicienta o Rapunzel o Juniper Kipling, porque ya entonces era la niña bonita.

Recuerdo que empecé a detestar ver mis ojos en el espejo, su

color, su forma, sus pestañas cortas. Recuerdo, en sexto, los cuerpos secos como palos de las chicas prepubescentes más populares. Juniper era la más guapa y elegante. Recuerdo que deseaba ser como ella con tal ansia, tal afán, que cuando nos hicimos amigas soñé que podía absorber algo de su persona en mí, renunciando a quién era y lo que se me había dado.

Recuerdo el pasado mayo, cuando terminamos segundo año. Un día Juniper dijo en broma que Lucas y yo no tardaríamos en comprometernos. Al día siguiente, él me dejó. Cuando nuestra relación terminó, sentí como si una gargantilla formada por un millón de tópicos me estrangulara, pero no dije nada, no podía hablar de ello. El sufrimiento te reduce a lo que un millón de personas han sufrido un millón de veces antes que tú.

Recuerdo sentir demasiado y luego no sentir nada, y cuando mi corazón volvió a ponerse en marcha tenía una luz roja parpadeante para ahuyentar a cualquiera que tratara de acercarse mucho. Recuerdo que miraba a Juniper preguntándome cómo era posible que tuviera ese cabello largo y liso. ¿Cuánto tiempo dedicaba a arreglárselo? Empecé a pensar de dónde sacaba Olivia su atractivo. ¿Lo vendían en alguna parte? ¿Era algo por lo que sacrificaba su integridad? Tenía que ser eso. Poco a poco, mi maquillaje pasó de ser un vehículo de autoexpresión a unas pinturas de guerra, y día tras día mis bromas se volvían más corrosivas.

Y ahora, al mirar a Juni a los ojos, siento que podría evocar cada pequeña envidia, cada pequeño odio de los seis últimos meses. Comparando mis calificaciones académicas con las de Juni; mis tallas y mi peso con los de Olivia; mis ojos, mi piel y mi rostro con los de ambas. Como si fuera un concurso. Como si nos colocaran en ambos lados de una balanza y yo no pudiera nunca dar el peso.

Todas las preocupaciones que me han amargado estos últimos

meses, y resulta que nuestra Juni ha estado ocultando el secreto de una vida, sin dedicar un solo momento a compararse conmigo.

—Dios mío. —Reprimo las lágrimas que me abrasan la garganta.

—Nadie es perfecto, Claire. Todo el mundo tiene la mierda que desea, la mierda que no puede tener y la mierda que tiene que soportar. Tú lo sabes bien. —Juni se coloca la mochila más alta sobre los hombros—. Yo no soy distinta. ¿Sabes cuántas veces he deseado ser Olivia o tú desde el verano? ¿Cuánto más sencillo habría sido todo?

Quisiera que me tragara la tierra. ¡Qué ciega he estado!

Las lágrimas ruedan por mis mejillas.

—Lo... siento —balbuceo—. Lo siento, lo siento...

Ella me tranquiliza con palabras dulces.

—Te he echado de menos —dice—, echo de menos nuestro grupo. No quiero que seas otra persona, y no espero que lo hagas todo bien. Yo tampoco lo hago todo bien. —Frunce el ceño—. Pero lo que le hiciste a Lucas fue despreciable. Ésa no eres tú, Claire..., ¿quién es esa persona?

—No lo sé. —Me sorbo los mocos. Alzo la vista y miro el cielo a través de mis lágrimas—. Haría lo que fuese con tal de poder tragarme lo que dije. ¡Dios, fueron sólo veinte segundos y él tendrá que soportarlo durante el tiempo que le quede en el instituto! El resto de su vida. Será una de las historias que circularán cuando se gradúe, y será la más horrible. —Me limpio la cara. Me enjugo las lágrimas bajo mis ojos—. Mierda, no sé qué hacer.

Juniper me observa ladeando la cabeza.

—Siempre sabes más de lo que crees —dice—. Estoy segura de que sabes lo que debes hacer.

Todo cuanto pueda, dice la voz de Grace en el fondo de mi mente.

Miro a Juni y respiro hondo. Las lágrimas se secan en mis mejillas y siento unos alfilerazos en la parte inferior de mis pulmones.

—Nos vemos más tarde, ¿vale?

—Sí. Sí, claro —responde Juni; su voz denota un profundo alivio.

Sonrío. Es una sonrisa débil pero auténtica. Me siento como alguien que hace meses que no se ha puesto de pie y avanza pasito a paso. Junto con una sensación de mareo.

—Vale, seguro. Nos vemos más tarde.

Acto seguido entro en el edificio. Echo a andar por el pasillo hacia el despacho, apretando el paso a medida que avanzo. Me armo de valor, aprieto los puños, dispuesta a confesarles que fui yo quien mintió.



Me apresuro hacia la arcada que da acceso a la cafetería. Odio comer aquí, lo odio más que a los atascos de tráfico y a los matones juntos, pero al cabo de tres días sigo sin saber qué decir a Lucas sobre el lunes. Hasta ahora, mi método de evitarlo a toda costa ha funcionado.

Cuando me aproximo a la arcada oigo a mi espalda una voz nasal.

—¡Vaya, eres tú!

Me vuelvo.

—Dean. —Me aparto a un lado para dejar pasar el tráfico. Dean tiene el caballete de la nariz hinchado y rojo—. Estoy dispuesto a aceptar tu disculpa cuando quieras.

Él se echa a reír.

—¿Disculpa? ¿Crees que te debo una disculpa?

—Sí. —Cruzo los brazos—. Dije que no era cierto lo que todo el mundo decía sobre Lucas. Y tenía razón. Así que me debes una disculpa.

—Me estás provocando —dice avanzando un paso hacia mí. Me

quedo inmóvil, dispuesto a esquivar el golpe y echar a correr en cuanto mueva los puños.

—Basta —dice una voz con tono cansino. La voz de Lucas. Me vuelvo hacia él.

Los estudiantes que pasan junto a nosotros evitan mirarlo a los ojos. La mayoría parecen sentirse avergonzados, como es natural, teniendo en cuenta lo que han estado diciendo de él desde el lunes.

—Basta, Valentine —dice Lucas—. No vale la pena.

Señalo a Dean.

—Pero él dice que tú...

—Y es verdad.

Yo flipo.

—¿Qué?

—¿Ah, sí? —pregunta Dean.

—Más o menos. —Lucas mete las manos en los bolsillos—. No soy gay, pero soy pansexual, que es un poco como... ser bisexual, pero...

—Sé lo que es —lo interrumpo.

—Genial —dice Dean—. Así que yo tenía razón, Simmons. A ver cómo arreglas esto —agrega, señalando su nariz.

Me encaro con él, mirándolo con desprecio.

—No te di un puñetazo por decir que Lucas era gay, cretino. Te lo di porque estabas haciendo el gilipollas.

—Da lo mismo. No tenías ningún derecho. —Dean mira a Lucas con rabia mientras se dirige hacia la arcada—. Me alegro de que la

temporada haya acabado.

Ambos observamos cómo se aleja durante un segundo; a continuación, Lucas se dirige hacia un aula vacía. Yo lo sigo y, después de entrar, Lucas cierra la puerta, aislándonos del ruido exterior. Tras un minuto de silencio, me aclaro la garganta, sintiéndome un tanto violento.

—De modo que eres..., ¿y no se lo dijiste nunca a tus colegas del equipo de natación?

Lucas se encoje de hombros, un gesto habitual en él.

—Tenía miedo —responde como si tal cosa, como si reconocer que uno tiene miedo no fuera algo brutalmente personal.

—Entonces, ¿por qué le has dicho a Dean la verdad? —pregunto—
—. Él habría creído que era un rumor.

Lucas esboza una sonrisa torcida, como si le doliera.

—Quería controlar yo el tema. No quería empezar de nuevo a mentir. —Se pasa una mano por el pelo—. Por cierto, no tenemos que hablar si no quieres. Puedo... irme. No quiero complicarte la vida.

—¿Crees que voy a ponerme en plan *sin mariconadas*?

—No lo sé. Quizá. Sí.

—Pues muy bien —contesto secamente—. No me importa.

Él suspira profundamente.

—Dios, pues menos mal. Después de lo del lunes, pensé que tú...

—¿Sí?

—No sé. Que yo no te interesaba.

—Te equivocas —respondo, aunque no consigo descifrar su expresión. ¿De cautela, quizás?—. Eres un tío interesante —digo—. Te he evitado porque supuse que te habrías molestado porque había golpeado a un compañero...

Se inclina hacia mí y me besa.

Me produce la sensación que supuse que me produciría. Piel sobre labios, labios sobre piel. Lo más extraño es la proximidad: saber que la mente de Lucas está a escasos centímetros de la mía, que en ella se agitan, saltan y brincan sus pensamientos, sus listas y sus colecciones, catalogando todo lo que sucede, incluso en estos momentos. Ladea la cabeza, oprimiendo la nariz contra mi mejilla, y apoya la mano en mi nuca. Uno de sus largos y musculosos brazos me rodea la espalda. Es una sensación casi demasiado intensa para procesarla.

Arrugo el ceño conforme el beso se hace más profundo; su lengua se desliza contra la mía, produciéndome una sensación rara. Espero que ocurra algo novedoso en mi cabeza, algo diferente.

Por fin se aparta y retira la mano de mi pelo.

—No te ha gustado —dice, mientras yo inspiro lentamente.

El sabor de su boca se enfría en mis labios, un sabor a menta. No desagradable. No es como para transformar mi vida, pero es otra experiencia.

—Porque tú me gustas —dice, sosteniendo mi mirada. Sus ojos son más oscuros de lo que yo creía, unos radios de chocolate negro sobre aceite—. Me gustas bastante, Valentine.

Me siento mareado. Las mejillas me arden.

—Sí. Ya lo supuse por el..., hum..., sí.

—¿Y tú...?

—Yo... no...

—De acuerdo. No te gustan los tíos —dice, visiblemente decepcionado.

Mi frustración va en aumento. Es atractivo, eso es obvio. Nunca había conectado con un ser humano como lo he hecho con él. Y, sin embargo..., *sin embargo...*

—No me gusta nadie —digo, desesperado—. No sé si es porque apenas tengo amigos o qué, pero siempre he tenido problemas a la hora de conceptualizar un enamoramiento. Yo... no... —Las palabras se quedan atascadas en mi garganta. Las repito como un disco rayado escupiendo frases entrecortadas—. No lo sé.

—Pero... yo te deseo —lo dice como si se sintiera perdido y confundido, como un niño.

Yo me mantengo en mis trece.

—Pues no sé qué hacer con eso.

—Ah. —Poco a poco, la decepción abandona su expresión, dando paso a un gesto serio y adusto. Espero un arrebató de frustración, pero se frota la frente, como si estuviera a varios mundos de distancia—. Y eso no va a cambiar —dice.

—No, creo que no.

—Vale. —Lucas me mira a los ojos, esperanzado—. En tal caso, ¿qué te parece si dejamos las cosas como estaban?

Lo miro sorprendido.

—¿Te conformarías con eso?

—¿Por qué no?

—Porque te sientes atraído por mí y no te correspondo.

—Si a ti te parece bien, a mí también —dice—. Puede que me lleve un tiempo..., pero... Sí. —Sonríe y me tiende la mano—. ¿Amigos?

Lo miro asombrado. En menos de una semana ha perdido a sus amigos del equipo de natación, ha soportado los rumores de que se acostaba con un profesor, se ha visto obligado a salir del armario y yo lo he rechazado. Y sigue con la sonrisa pintada en la cara, una mano dentro de su chaqueta de North Face, su diario asomando por la parte superior de la mochila. Lucas, un tipo interesante, atractivo, entusiasta, optimista. Que siempre pone buena cara al mal tiempo.

Le estrecho la mano. Quiero decirle: *gracias*; quiero decirle: *lo siento*; quiero decirle: *eres un tipo increíble*.

—Sí —digo—. Sí. Amigos.



Nunca me ha parecido que un jueves transcurriera tan despacio, pienso mientras miro el reloj. Por lo general, ni siquiera noto el paso de las horas vespertinas a medida que el colocón de la hora del almuerzo remite, pero no he fumado en toda la semana, y he perdido la noción del tiempo.

Nunca han pasado más lentamente los últimos treinta segundos de la séptima hora de un jueves. La segunda manecilla se mueve a paso de caracol, y cuando se detiene en las 12 y suena el timbre soy el primero en levantarme de mi asiento y salir disparado.

Me apresuro por el pasillo, nadando contra la corriente de gente que se dirige hacia la escalera, y cuando paso a través del arco donde el ala antigua se une con la nueva los pasillos se vacían poco a poco, dejando unas cuantas personas ante sus taquillas, y una chica muy alta frente a los ventanales de vidrio laminado que dan al césped. La luz hace que sus ojos resplandezcan como diamantes. Los alargados rayos vespertinos dan a su perfil un nítido relieve, proyectando unas sombras desde sus arqueadas cejas sobre sus ojos, y cuando me ve sonrío, y al ver su sonrisa siento un pellizco en el vientre.

Me detengo frente a ella. No parece estar tan nerviosa como yo,

con esa alegre sonrisa en sus labios. Incapaz de sostener su mirada, dirijo la vista hacia el amplio ventanal. Paloma High es uno de los edificios más altos en muchos kilómetros, y desde aquí se divisa la mitad de la población. Parece minúscula. Las carreteras serpentean como venas a través de pequeños recintos verdes, cada pequeña vivienda es el universo desconocido de alguien, y, si aguzo la vista, juraría que alcanzo a ver la mía.

—Hola —dice Olivia.

Y yo respondo:

—Hola —lamentando no haber elegido un lugar donde podamos estar solos en vez de quedar en medio del pasillo. Poco a poco, su atención borra por completo el mundo que me rodea.

—¿Cómo está Juniper? ¿Se va recuperando? —pregunto, cuando recuerdo que la sonrisa de Olivia no es lo único que existe.

—Sí. Ha tenido que responder a preguntas de la policía, pero es una chica muy sensata.

—¿Y tú estás bien?

—Yo..., sí. —Enrolla un mechón de pelo alrededor del dedo—. Anoche hablé con mi hermana y mi padre. Hablamos en serio.

Yo digo:

—¿Ah, sí?

Y ella responde:

—Estamos tratando de resolver las cosas. Creo que al final lo conseguiremos.

—Tu hermana está en la obra de teatro, ¿verdad? —pregunto, recordando los anuncios a la hora de almorzar. Por el interfono oímos la voz de Kat, con su peculiar forma de alargar las vocales,

invitándonos a asistir a una obra titulada *Las cosas ocultas*, escrita por un ruso.

—Es la protagonista —me informa Olivia con orgullo—. Y en el último minuto ha logrado encontrar un sustituto de García, un profesor que los asesore. —Su sonrisa se desvanece—. ¿Y tus...? ¿Qué tal fue la charla con tus padres?

—No sé —contesto—. Les dije que estaba preocupado por Russ. Y contestaron ya, nosotros también... Por estúpido que parezca, nunca pensé que estuvieran preocupados por eso. Siempre están tan enfadados que es como si el resto quedara anulado. —Me encojo de hombros—. Les pregunté si estaban dispuestos a volver a intentarlo, pero no va a ocurrir. He intervenido demasiado tarde.

Bajo la voz.

—Yo... pensé que, si lo intentaba, podría solucionar algo, ¿comprendes? —Contemplo el horizonte por la ventana, las nubes que se deslizan con rapidez, como cisnes a través de la llanura—. No sé. Lo peor es el cambio. Con todo lo que está pasando a tu alrededor y no puedes impedirlo, ni remediarlo, ni siquiera comprendes por qué sucede, y te sientes... ¿Qué coño puedo hacer?

—No lo sé —responde ella—. Pero, aunque no puedas resolverlo todo, no significa que no deba preocuparte, o que no debas intentarlo.

—Lo sé —digo, contando los centímetros que nos separan. El mundo desaparece de nuevo, palmo a palmo, y sólo queda ella.

—Ven, quiero enseñarte una cosa —dice—. Vamos.

Me conduce por el pasillo. Doblamos una esquina, entramos en un pasillo lateral y abre una puerta. Miro dentro. Es un trastero lleno de viejos libros de texto y montañas de papel amarillento.

—¿Qué...? —pregunto.

Su mano, cálida, toma la mía con fuerza, tira de mí y cierra la puerta del trastero. La oscuridad cae sobre nosotros, y su otra mano aterriza sobre mi pecho. Me empuja contra la puerta, inclinando la cabeza, sus labios a medio centímetro de los míos en la oscuridad. Siento su aliento. Apenas la vislumbro. Una parte de su cuerpo roza mi cadera y una descarga eléctrica sacude el mío. Su mano se desliza sobre la mía —de los dedos a la palma, de la palma a la muñeca, trepa por mi antebrazo con angustiosa lentitud— y me agarra del bíceps.

—Eh —susurra, y la breve exhalación impregna mis labios—. Entonces..., ¿qué te parece? ¿Vamos a...?

Me inclina hacia delante y el hueco entre nosotros desaparece.

Se ha aplicado una crema hidratante en los labios, que saben a limón. Me besa con pasión, sus dientes tiran de mis labios y su lengua juguetea con la mía. Apoyo las manos en su cintura, conteniéndola, sintiendo su movimiento mientras nos despojamos de nuestras mochilas entre beso y beso. Cuando caen al suelo, apoyo una mano en su espalda, estrechándola contra mí, y la otra en su nuca, acariciándola, enredándose en su larga melena. Ella se aprieta contra mí. Siento cada una de sus curvas, su pecho cuando respira. Mi cuerpo arde de pasión.

Olivia sabe lo que me está haciendo; con cada segundo que pasa es más evidente. Cuando levanto el borde de su camiseta, acariciando con el pulgar la suave piel de su cadera, sus labios se trasladan a mi mandíbula. Levanto el mentón, dejando que me bese la nuez, dejando que besuquee unas terminaciones nerviosas que yo ni sabía que tenía. Sus dientes mordisquean el punto donde se unen mi mandíbula y mi cuello, y emito un sonido ronco de frustración que se abre paso a través del silencio, y cuando me besa

de nuevo siento que sonrío.

La empujo suavemente contra la estantería y deslizo la mano debajo de su camiseta, subiendo desde su cadera hasta el encaje áspero de su sujetador, sintiendo sus pechos turgentes y pesados. Mi mente es un rugido en blanco, rebosante de sensaciones. Ella me besa con más fuerza, sus manos enredadas en la parte posterior de mi camiseta como si fuera a desgarrarla, y siento como si algo hirviera en mi vientre, formando unas nubes de vapor en mi cabeza, y el corazón me late acelerado como si se me fuera a saltar del pecho. El sabor a limón de sus labios se mezcla con un olor intoxicante, agridulce, proveniente de la masa de pelo castaño que le cae sobre los hombros. Me abraza con una fuerza casi dolorosa, como una persona nerviosa que se agarra al borde de su asiento, y cuando mis ojos se adaptan a la penumbra empiezo a vislumbrarla entre sombras y tonos grises —el pronunciado caballete de su nariz y sus labios húmedos por habernos besado—, y cuando cierro de nuevo los ojos y la beso con pasión ella emite un sonido breve y agudo en mi boca, que me excita tanto que apenas puedo moverme.

—Joder —digo, apartándome.

—¿En qué piensas? —pregunta ella.

Y yo respondo:

—Ahora mismo me resulta complicado pensar.

Y ella dice:

—Tómalo con calma. Con tono despreocupado, como si no acabara de proporcionarme la experiencia más impresionante de mi vida, y siento que un rubor virginal se extiende sobre mi rostro, y las palabras surgen de mi boca torpe y atropelladamente.

—Entonces..., ¿podemos salir juntos?

Ella sonr e.

—Claro que podemos salir juntos —contesta—, aunque es la forma m s pasiva de formular esa pregunta.

Y yo digo:

—De acuerdo, quiero ser tu novio. Quiero que seas mi novia. Te deseo.

Y ella responde:

—Hum,  de veras me deseas?

Y debajo de su tono t mido y coqueto percibo algo real, el leve temor de que yo pueda desear otra cosa que estar simplemente con ella, como si eso fuera posible.

—Te lo prometo —respondo.

Quiero decirle que le prometer a el mundo si pudiera ofrec rselo. Quiero decirle que nada ni nadie antes que ella me habr a hecho cumplir una promesa, y ahora no quiero romperla jams . Por una vez, ella guarda silencio. La beso en la frente, y su aliento sobre mi pecho me hace estremecer.

—Te lo prometo —repito, bes ndola en la nariz, las mejillas, los labios—. Te lo prometo. Te lo prometo. Te lo prometo.

HOLA,
mi nombre es

Kat Scott

Concéntrate.

Se hace el silencio entre bastidores. Un silencio entre los actores, y un silencio en mi cabeza.

Todo está en silencio excepto Emily, que está en el escenario, su voz más animada y dinámica que nunca. Constituye un punto de color mientras recita su monólogo con ademanes y corazón, esculpiendo con valentía cada segundo de intención.

—... y estoy cansada de esperar —concluye, triunfante.

Yo dejo que el silencio se alargue unos segundos, mientras su voz reverbera en el público de la noche del estreno. Es un público entregado. Se ríen lo justo. Lo cual siempre es de agradecer, dado que el noventa y nueve por ciento de la obra es profundamente deprimente.

Salgo a escena.

—¿Tú estás cansada de esperar? —pregunto. Emily retrocede, turbada—. De modo que estás cansada de esperar —repito—. ¿Tú, Natalia, que me dejaste plantada en esta ciudad?

Los diálogos tienen un tono distinto esta noche. Ya no los

utilizo como armas arrojadas, no los utilizo como martillos de culpabilidad con que machacar al personaje de Emily. Esta noche, algo tiembla en mi voz y mis manos, es como si estuviera suplicando.

—Mírame. Mira en qué me he convertido.

—Ya te miro —responde ella.

—Mírame bien.

—Veo a una madre entregada, una hermana afectuosa. Veo...

—No ves nada —insisto—. No soy nada más que un potencial desaprovechado. ¡Nada!

Espero. Me doy cuenta de que espero que su personaje me contradiga. Pero no lo hace.

Avanzo unos pasos y mis manos se alzan como por iniciativa propia, como si sostuvieran agua.

—Ibas a ser mi maestra. Dijiste que yo era brillante, un prodigio. Ibas a llevarme lejos de aquí, enseñarme todo lo que debía saber, ¡pero huiste a la primera oportunidad que tuviste!

Mi voz alcanza su tono más agudo y se quiebra. El corazón me late acelerado. Esta vez no me he dejado a mí misma entre bastidores. Kat Scott está muy presente, cada terrible fisura y cicatriz puestas al descubierto por los focos. Cada instante de desesperación y furia de los dos últimos años está aquí, sangrando ante el público. Todas las veces que me he sentido abandonada, expuestas sin pudor.

Dejo que el silencio quede suspendido en el aire un momento. Me aparto el pelo de la cara y mi voz, trémula, se quiebra de nuevo.

—¿Y ahora vuelves y dices que estás cansada de esperar? Eres

una hipócrita.

—Lo siento, Faina —responde ella, y en ese momento me doy cuenta de que el señor García tenía razón. Yo no quería oírla decir que lo sentía. Quería que me abrazara, que me consolara. Quería que me prometiera que aún podía obtener de ella todo cuanto había deseado.

Pero ella se limita ofrecirme una débil disculpa. Como si eso pudiera enmendar lo que me ha hecho.

Meneo la cabeza y abandono el escenario, sin sentirme satisfecha.

Durante el resto del segundo acto permanezco entre bastidores, a la izquierda del escenario. Aní recuerda cada movimiento que debe hacer. Elizabeth se sitúa en cada punto iluminado que le corresponde. No sé qué hemos hecho para complacer a los dioses del teatro, pero la representación discurre como la seda, cada vibrante diálogo dando paso al siguiente, cada escena más tensa y electrizante que la anterior.

Por fin, comienza la última escena. Entro en la vieja escuela al atardecer. La masa de hilos grises que forma nuestro telón de fondo está teñida de una luz jaspeada del color de una sanguina. Cuando entro, las candilejas se intensifican, cubriéndome como pintura roja.

—Faina —dice Emily. Está junto a la pizarra, escribiendo el comienzo de una ecuación.

—Natalia —la saludo.

—Supuse que te vería aquí. Pensé que regresarías.

—Siempre regreso a este lugar.

Ella sonrío.

—¿Sabías que me encontrarías aquí?

—Me lo imaginé. —Tras una fracción de segundo, agrego—: Pero tengo que regresar pronto para cenar. Mi hija es una pésima cocinera. Tendrá que casarse con alguien que sepa cocinar o se morirá de hambre.

—¿Cuántos años tiene? —pregunta Emily.

—Va a cumplir quince.

—¿Va todavía al colegio?

—Sí —respondo—. Es una buena niña, pero no tiene mi inteligencia ni la determinación de mi marido. Escribe muy bien, eso sí. La pequeña, por el contrario, tiene un talento especial para las matemáticas. Pese a lo joven que es, se le dan muy bien.

Cuando Emily traza unas raíces cuadradas y unos signos de sumar en la pizarra, se caen unos pedacitos de tiza.

Dejo que las palabras tiemblen sobre mis labios un momento antes de pronunciarlas.

—Para mí eras como una madre —digo. La fuerza de la frase me impulsa hacia ella paso a paso, pero no se vuelve—. Yo era muy joven. Para mí lo eras todo. Pensé que me querías.

—Y te quería, Faina —contesta Emily, como aturdida, absorta en lo que escribe—. Te quería, y sí, a veces te consideraba mi hija. Pero... —Por fin termina la gigantesca ecuación. Retrocede un paso, para admirar su obra de arte, y se vuelve hacia mí—. ¿Qué te parece?

Trago saliva y observo la pizarra. Paso el índice sobre la última parte. Tomo la tiza y recompongo el pequeño fragmento de la línea que he borrado.

—Es una maravilla. Un trabajo maravilloso.

—¿Comprendes ahora por qué tuve que marcharme? — pregunta Emily—. ¿Por qué tuve que reanudar mis trabajos de investigación?

—No, no lo comprendo. Pero es un trabajo maravilloso.

Dejo caer la tiza al suelo, que se parte en dos con un pequeño chasquido. Bajo la vista y la observo unos instantes. El espacio que compartimos Emily y yo se hace denso, y el corazón me late acelerado. El maquillaje que lleva Emily para parecer mayor resulta oscuro bajo los focos, con unas ojeras blancuzcas y unas arrugas a ambos lados de la nariz.

En su rostro se dibuja una expresión de disculpa. Al acercarse a mí siento un cosquilleo en las palmas de las manos. Por fin tratará de recuperar mi afecto y cumplirá todas las promesas que me hizo.

—¿Quieres que te enseñe el resto? —me pregunta—. Podría tratar de hallar una solución. Podría regresar y preguntar a los otros profesores si puedes incorporarte a nosotros en la universidad. Podría...

—Mamá —dice una voz. Me vuelvo en el momento en que mi hija entra en escena.

—Ya está —dice—. He preparado la cena. Y... te estamos esperando todos en casa.

Observo a Ani, sorprendida por la esperanza que expresa su voz. El ruego de que la acepte y la quiera. Durante un segundo, sus ojos azules me recuerdan a los de mi hermana.

En ese momento comprendo a qué se refería García cuando me pidió que me replanteara el final de la obra. Ésta no termina con la derrota de mi personaje. Años atrás soñaba con conseguir algo,

pero entretanto he hallado algo aún más hermoso. Algo que no he valorado hasta la última escena.

Lo que durante todo este tiempo consideraba una obligación hacia mi familia no era una obligación, sino un privilegio. Y por fin me siento feliz de tenerlo. Incluso afortunada.

Soy afortunada.

—Gracias, cariño —digo a Ani con voz entrecortada por la emoción. Me vuelvo hacia Emily—. No puedo ir contigo.

—Pero...

—No puedo ir —repito, y esta vez no es resignación. Es aceptación de mí misma. Aquí, elijo amar lo que tengo. Aquí, elijo amar lo que ahora soy.

Me alejo de Emily con una media sonrisa. Tengo las mejillas húmedas y frías debido a la sal y el agua.

Cuando abandono el escenario, el telón cae pesadamente, como exhausto. El público rompe a aplaudir en la oscuridad, un sonido atronador como la lluvia torrencial y purificadora.



Lo imagino la semana que viene.

conduciendo por la I-70 hacia el Este, con manos firmes, sosteniendo el volante con firmeza, a una velocidad constante, desapareciendo a un ritmo constante.

Me imagino el año que viene

subiendo a un escenario,

sin que me tiemblen las piernas, respirando de forma acompasada, con paso firme, serena.

¿Y qué recordaré de sus ojos aparte de que él estaba en ellos, y hacían que me sintiera...

enferma de esperanza?

Me imagino a Hemingway y a Beukes, a Christie y a Martin, a Márquez y a Morrison, a Rowling y al Bardo guardados en unas cajas selladas, apiladas junto a una rueda de recambio.

El contenido de su casa apenas llenaría un coche...

Está destinado a transportar su casa a la espalda.

Me imagino

futuros con él y futuros sin él.

Pero el jueves por la noche no sueño con él.

Sueño con una ciudad de cuerdas de violín y papel film,
ardiendo bajo el sol estival.

Sueño con voces que aún no he oído, que aún no echo de
menos;

con lugares que no conozco,

piezas que no he tocado

y personas que no he amado.

Me despierto con el sonido de música, el canturreo del despertador, y fijo la vista en el techo de mi cuarto, serena.

Creo que empiezo a comprender la forma en que dos corazones encajan.

No como claveles marchitos que se apoyan en sus muletas.

No como parras entrelazadas, asfixiando a sus huéspedes.

Sino como dos árboles:

dos sistemas de raíces profundas, no enredadas, dos patrones de ramas en flor, cuyas hojas absorben su propia luz solar y respiran su propio aire.

Dos árboles con una cosa suspendida entre ellos, una hamaca, un tapiz o un columpio, un tercer objeto maravilloso, sin el que ninguno de los dos morirá.

Unos corazones que encajan como manos.

No por necesidad.

Por decisión propia.

HOLA,
mi nombre es

Olivia Scott

—Jo-livia —dice una voz masculina a mi espalda.

Tengo la boca llena de judías verdes. Vuelvo la cabeza, resuelta a poner verde al tipo que ha hecho el comentario de «jo-livia». Pero, por desgracia, la multitud de estudiantes que entra a toda velocidad por este canal en la cafetería oculta la identidad del culpable. Decido ponerlo verde en otra ocasión y me vuelvo de nuevo.

—Eh —grita Matt al tío del comentario.

—No merece la pena —le digo.

Matt suspira y se reclina en el asiento, dibujando unas caritas en sus notas de historia. Burke Fischer, sentado al otro lado de él, tiene la nariz, cuyo tabique está atravesado por un *piercing*, sepultada en Kierkegaard.

—¿Qué ha dicho? —me pregunta Juni, sentada frente a mí—. No he pillado el insulto, gratuito, que te ha soltado.

—Jo-livia —le explico a través del parloteo que reverbera en el techo de la cafetería—. Se supone que es muy divertido, porque *jo* se refiere a joder y rima con la primera sílaba de mi nombre. Ja, ja. Un chiste excelente.

—No dejes que te afecte —dice Juni—. Tienes cara de cansada, tía.

Yo lanzo un gruñido.

—Decir que estoy «cansada» es quedarte corta. —Señalo a Kat, que está sentada al lado de Juni—. No me dijiste que el noventa y nueve por ciento de la obra era deprimente a más no poder.

Ella se encoge de hombros y sigue bebiendo su zumo de brik.

—Es rusa.

Alguien me da un golpecito en el hombro. Me vuelvo, pensando que quizá sea el tipo del Jo-livia, pero no.

—Hola, Claire —digo, dejando mi tenedor sobre la bandeja.

Juniper me contó ayer la conversación que mantuvieron, pero Claire no se reunió con nosotras a la hora del almuerzo. Espero que haya pedido perdón a Lucas.

—¿Os importa que me sienta? —pregunta; cada palabra es un tentativo empujoncito.

—Claro que no.

Se sienta en el disco de plástico azul a mi derecha. Un mechón de pelo se escapa sobre su oreja.

—Creo que ya lo entiendo.

—¿A qué te refieres?

Claire baja la voz.

—Por qué es injusto que los chicos crean que... pueden conseguir algo de ti. No deben respetarte menos por lo que hagas, y..., hum..., yo tampoco. —Traga saliva—. Lo que trato de decir es que lo siento. Por haberte juzgado. No volveré a hacerlo.

Siento un reconfortante sentimiento de gratitud. Conociendo a Claire, esto debe de ser lo más duro que ha hecho en su vida.

—¿Lo has ensayado ante el espejo? —pregunto con tono burlón pero sin pasarme.

La piel debajo de sus pecas se pone colorada.

—Es posible. —Mira a Juniper y luego a mí—. También he pensado que... hace tiempo que no salimos las tres. ¿Queréis venir a casa cuando salga del entrenamiento?

Observo que Claire se muerde el carrillo. Dios, no la había visto tan nerviosa desde los torneos de tenis de primer año.

—De acuerdo —contesto—, pero sólo si, primero, ponemos *Parks and Rec*, y, segundo, dejás de hablarnos como si fuéramos a pelearnos.

—¿Qué?

—Claire —digo, dándole un golpecito afectuoso en el hombro—. *Claire*. Todo va bien, ¿vale?

Las palabras tardan un minuto en desprenderse de su lengua:

—¿Todo va bien?

—Yo estoy bien —tercia Juni.

—Y yo hace mucho que no me sentía tan bien —digo—. Así que si te has recuperado, y te sientes bien, nuestro trío debe de estar, por definición, bien.

—Yo..., vale —dice Claire.

¡Juro que siento el profundo alivio que emana de ella en suaves oleadas! En su rostro se dibuja una sonrisa.

—Entonces todo va bien —dice, y su voz asume de nuevo su

tono práctico habitual—. ¿Queréis incorporaros a los Jóvenes Ecologistas? Porque tengo todos los folletos. He impreso como un centenar, y...

—Eso es mucha tinta —apunto.

En los ojos de Claire asoma una expresión divertida.

—Ya lo sé.

—Bueno —digo con una sonrisa impertinente—, teniendo en cuenta el objetivo de los Jóvenes Ecologistas, me parece un derroche problemático de recursos, ¿no crees?

—Yo creo que tú eres un derroche problemático de oxígeno — replica Claire secamente, y mi sonrisa se ensancha. Hemos recuperado a nuestra vieja amiga.

Por el altavoz suena la voz de la directora Turner.

—Les ruego presten atención al anuncio de los presidentes de clase.

Claire se endereza, impaciente, mi hermana pone los ojos en blanco y Burke exclama: «¡Ostras!», mirando de un candidato a otro.

—Apuesto veinte pavos a que gana Juniper —dice Matt.

Juniper tuerce el gesto.

—Pues yo apuesto veinte pavos a que ganas *tú*.

—Sí, en serio —digo—. Tus carteles eran tan malos que rayaban en lo esperpéntico.

—Gracias —dice Matt—. Creo.

Turner se aclara la garganta. El interfono emite un zumbido.

—El presidente de la clase de primer año es Xavier Lee.

Unos chicos sentados a una mesa al otro lado de la cafetería acogen la noticia con vítores. En el resto de la habitación suenan unos aplausos sin entusiasmo. Claire aplaude por educación.

—Yo creo que los de primer año son incapaces de gobernarse a sí mismos —declaro.

Matt asiente.

—Dales un dictador. Juniper puede añadir eso a la lista de cosas que debe hacer cuando gane.

Capto el final del nombre de un chico. Lamentablemente, nos hemos perdido el anuncio del presidente de la clase de segundo año. Entonces, Turner dice:

—El presidente de la clase de penúltimo año es Matt Jackson.

Matt abre los ojos como platos y yo asesto un puñetazo en el aire.

—Lo sabía —digo, mientras la directora anuncia el nombre del presidente de la clase de último año—. Veinte pavos para Juniper y para mí. Nos debes cuarenta pavos, Jackson.

—Con esto concluimos los comunicados de hoy —dice Turner—. Les deseamos unas felices vacaciones del día de Acción de Gracias.

La mención de las vacaciones del día de Acción de Gracias suscita unos vítores y aplausos más entusiastas que el anuncio de los presidentes.

Matt da un pescozón a Burke, que parece que se está asfixiando de tanto reírse.

—¿Cómo es posible? —pregunta Matt—. ¿Qué sentido tiene esto? Yo no hice campaña para ganar.

En el rostro de Juniper se dibuja una sonrisa serena y centra de nuevo su atención en su almuerzo.

—No dejes que el poder se te suba a la cabeza.

Cuando miro alrededor de la mesa, siento una sonrisa que arranca en mi pecho y se expande, elevando un poco el mundo.

Aparto la vista de nuestra mesa y la fijo en la de al lado, donde una chica con el pelo teñido de rubio platino gira de modo frenético las páginas de un libro de química, y en la mesa al otro lado del pasillo, donde dos chicos echan ketchup en sus *briks* de leche. Centenares de voces rebotan del suelo embaldosado, del mural desconchado en la pared de ladrillo de ceniza, unos sonidos que se esfuman tan pronto como se producen. Quizá mi nombre esté aún mezclado en esos sonidos —no lo sé—, pero no me importa. Porque recuerdo hace tres semanas el silencio de mi familia, el resentimiento de Claire, el secreto de Juniper, y, por imposible que parezca, todo eso ha quedado sepultado en el pasado. Ahora comprendo que siempre avanzamos hacia delante. Pasamos a toda velocidad a través de nuestras vidas. Nunca nos quedamos quietos.

Agradecimientos

Debo este libro a mi editora, Anne Heltzel, por su visión de futuro; al equipo de Amulet por su talento y entusiasmo; y a mi agente, Caryn Wiseman, por su perspicacia y perseverancia.

Debo mi cordura a Goat Posse, cuyo nombre es desenfadado y su amor, incondicional; a la comunidad de Tumblr, que me reconforta incluso cuando me pongo insoportable; y a las increíbles escritoras que conocí a través de AgentQuery Connect, en particular Stephanie Diaz, R. C. Lewis, Mindy McGinnis, Michelle Reed y MarcyKate Connolly.

Todo lo demás se lo debo a mis padres, cuyo amor y paciencia son infinitos; a mi hermana, cuyo sentido del humor y vivacidad son envidiables; y a mis amigos, que lo son todo para mí.

Quiero dar también las gracias a las becarias de Abrams, Lauryn McSpadden y Kristen Barrett, por su entusiasmo durante las adquisiciones. Os estoy profundamente agradecida. Vuestro apoyo significa mucho para mí.